



**LA
MEMORIA
Y EL
OLVIDO**

**LEONARDO
PADURA**

Lectulandia

Vinculado desde 1995 a la corresponsalía cubana de la agencia *Inter Press Service*, y desde hace varios años colaborador del servicio mundial de columnistas de la central de la agencia en Roma, ha sido gracias al espacio que le brindó el canal de difusión de *IPS*, que Padura ha continuado realizando una sostenida labor periodística de la que ya compiló un primer volumen, *Entre dos siglos* (2006), y al que ahora da continuidad con esta selección de los últimos cinco años de su trabajo.

Un abanico de temas de candente actualidad aparecen tratados en estas crónicas: desde la sociedad y la cultura cubanas de unos años de constantes tensiones y cambios, hasta una mirada en la espiritualidad del cubano contemporáneo, sus aspiraciones y dificultades, siempre desde la perspectiva del periodista-ciudadano en estrecha relación con la realidad que lo circunda.

La memoria y el olvido nos entrega, sin renunciar a los recursos del periodismo y a la altura de la prosa narrativa característica de este escritor, una imprescindible mirada analítica de los avatares de un lustro signado por los cambios y las búsquedas, pero también por los acechos de los olvidos. Es una memoria de nuestro presente, grabada como testimonio vivo para el futuro.

Lectulandia

Leonardo Padura

La memoria y el olvido

ePub r1.0

Titivillus 25.10.15

Título original: *La memoria y el olvido*

Leonardo Padura, 2012

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*El mayor defecto del olvido
es que a veces incluye a la memoria.*

JORGE LUIS BORGES

PRESENTACIÓN

Un pueblo sin memoria es un pueblo sin futuro. Pero la conservación y la evocación de la memoria suele ser un asunto complicado. Lo que recordamos nunca refleja la totalidad de un hecho, un país, una época, sino sólo aquella percepción de lo que hemos vivido, condicionada además por lo que somos y pensamos, y que evocamos además selectivamente. Por eso es tan importante para la memoria colectiva contar con múltiples relatos, todos necesarios para evitar los olvidos, también selectivos, que pueden ocultar importantes lecciones imprescindibles para el futuro.

Estamos ante una recopilación de textos sobre esa época reciente que hemos vivido, muchas veces mal contada, llena de evocaciones muy selectivas y de olvidos imperdonables. Aunque el libro no incluya todo lo que debe recordarse, sí está lleno de momentos que no deben ser olvidados.

Escritos con elegancia y buen gusto, propios del estilo de su autor, descuellan sobre todo por su honestidad y su cubanía. Son un espejo donde podemos reencontrarnos con nuestros propios recuerdos. Son también una fuente donde los historiadores del mañana encontrarán una mirada otra de este tiempo y un acercamiento periodístico que les resultará nada común en sus hallazgos.

La editorial Caminos siente gran satisfacción al brindar a sus lectores esta obra, una selección de textos publicados originalmente por la revista *Cultura y Sociedad* de la oficina en Cuba de IPS-Inter Press Service y por el Servicio Mundial de Columnistas de esa agencia. Fruto de una larga tradición de ayudas mutuas entre el Centro Memorial Dr. Martin Luther King, Jr. c IPS, esta es la primera vez que logramos la coedición de un libro. Esperamos no sea la última.

EDITORIAL CAMINOS

CRÓNICAS CUBANAS PARA COMPRENDER EL PRESENTE Y PREPARAR EL FUTURO

Para una agencia de cooperación no es prioritaria la publicación de un libro con textos periodísticos o literarios, aún cuando su autor sea un reconocido escritor. Su mandato es cooperar con los países en los cuales está presente para mejorar las condiciones de vida, según las necesidades percibidas. Pero, cuando se trata de las columnas periodísticas que el escritor cubano Leonardo Padura Fuentes escribiera entre los años 2006 y 2011, entonces sí, interesa.

Hemos leído antes sus crónicas, escritas entre 1995 y 2005, en un espacio promovido por IPS-Inter Press Service y luego una selección, reunida en el libro *Entre dos siglos*. Estas constituyen anales imprescindibles, observaciones y reflexiones para compartir, discutir, recordar, y, finalmente, comprender la vida en la Cuba de las postrimerías del siglo xx y los inicios del xxi.

Y, ¿existe algo más importante para una agencia de cooperación que entender el país con el que quiere colaborar, la sociedad a la que quiere aportar, las mujeres y los hombres con los que quiere avanzar?

La respuesta a esta pregunta ha sido la decisión de apoyar la publicación de este libro que reúne las más recientes columnas de Leonardo Padura, en un viaje que nos conduce, mediante la palabra, a la actualidad, que siempre es más difícil de comprender. En estos textos encontramos al cronista, a La Habana, a Cuba y al mundo.

Padura ha viajado y publicado mucho en los últimos años. Sus crónicas no son simples observaciones de un peatón en la capital de todos y todas las cubanas o en cualquier lugar del planeta; el autor refleja la vida, la sociedad y la política en la Cuba de hoy de manera multifacética.

Desde el patio de su casa del barrio obrero de Mantilla hasta el cementerio de Pantin en París, donde se encuentra la tumba de la madre de Ramón Mercader, el asesino de León Trotsky —cuya historia contó magistralmente en su novela *El hombre que amaba a los perros*—; Padura analiza la diversidad, las generaciones, la historia, las comunicaciones oficiales, las expresiones culturales de todo tipo...

La lectura de sus textos es, definitivamente, un desafío, y a cada rato nos hace preguntarnos: ¿Esta es la ciudad que pensamos conocer? ¿Este es el país en que vivimos?

Las columnas de Padura son como piezas que permiten armar como mosaico la Cuba actual y la futura. Por eso, no sólo nos importa que sean publicadas, sino que las cubanas y cubanos tengan acceso a estas en sus bibliotecas y otras instituciones abiertas al público, en toda la isla.

Cuba parece vivir hoy un momento histórico. Prestemos atención a todo aquello que contribuye a comprender mejor su actualidad, como ahora lo hacemos a estas

crónicas de Leonardo Padura Fuentes.

REGULA BÄBLER
Directora residente
Oficina de Cooperación Suiza en Cuba
Octubre de 2011

LAS COLUMNAS

LA MEMORIA DEL FUTURO

En el baño de mi casa, en una viejísima botella de barro vidriado de las que alguna vez se utilizaron para envasar cerveza, mi esposa colocó un ramillete de espigas de trigo secas. Ninguno de los amigos que ha visitado la casa en los últimos años y ha sentido las urgencias líquidas o hasta sólidas de hacer una escala en el sanitario, nos ha preguntado jamás, a mi mujer o a mí, qué hacen unas espigas de trigo europeo en un baño cubano. Ante tal indiferencia —supongo que lo asumen como un simple adorno— hacia un trigo que en realidad no es un trigo cualquiera, yo hasta he pensado ponerle un pequeño cartel al cuello de la botella, donde pudiera advertir algo más o menos así: «Espigas de trigo arrancadas de la tierra que separa la tumba de Vincent y Theo Van Gogh en el cementerio de Auvers sur Oise, uno de los lugares más tristes del mundo».

Casi estuve decidido a escribir el cartel explicativo cuando vimos en la televisión la película *Vincent y Theo*, una desoladora historia de locura, genialidad, indiferencia y enfermedad, en la cual se recuerdan todas las miserias físicas y morales que debieron sufrir estos dos hermanos antes de ir a reposar al triste cementerio de Auvers sur Oise en unas tumbas miserables sobre las que, con frecuencia, admiradores anónimos dejan caer algunos girasoles.

Lo más aleccionador de la película, sin embargo, resulta el perverso juego temporal con que el guionista y el director abren el relato, pues antes de introducirnos en el mundo sórdido en el que gastaron su vida los Van Gogh, dedican un minuto del filme a reproducir una subasta de arte, a finales del siglo xx, en que unos famosos *Girasoles* de Vincent van Gogh son vendidos por los más de veinte millones de dólares que jamás soñó poseer el enloquecido genio holandés, cuya residencia en la tierra (como la de su fiel hermano Theo) se disolvió en la miseria y el fracaso por no haber logrado vender siquiera una de sus piezas.

En ese minuto inicial de *Vincent y Theo* está resumida una de las verdades más absolutas e inquietantes de la existencia humana: el destino que el futuro le depara a los actos y obras de los hombres, una vez llegado el único momento inevitable de la vida, es decir, la muerte. El juego irónico entre la trascendencia reverencial y millonada del futuro hacia la obra de un pintor y lo que fue en el pasado su vida de privaciones e incertidumbres (incluso artísticas) delata de forma ejemplar que no siempre el presente de los individuos es capaz de revelar las circunstancias que el porvenir le puede deparar a su obra, sus actos y su memoria.

Fuera de un ámbito familiar y privado no son muchos, ciertamente, los habitantes de este planeta que pueden gozar de esa *memoria del futuro* (es una forma que me parece propicia para llamar a la «trascendencia»). Menos aún son los que, convencidos de que sus actos y obras serán recordados en la posteridad, pueden estar verdaderamente seguros de cuál será el juicio que merecerán por parte de las

generaciones encargadas de sucederlos.

El destino grandioso —imprevisible para Vincent van Gogh—, que tendrían unos «simples» girasoles pintados con óleo sobre lienzo me hizo pensar entonces que a lo largo de la historia debieron existir pocos hombres que soñaran tan desmedidamente con los beneficios de la memoria del futuro como Josef Stalin. Si evoco su caso, paradigmático entre los paradigmáticos, patológico por excelencia, de incesante preocupación por la trascendencia histórica (como otros que se consideran elegidos por la Historia) es porque se trata de un hombre que, con plena conciencia de causa pero cierta miopía para los efectos, trabajó segundo a segundo por la inmortalidad más gloriosa, de la cual llegó a disfrutar en vida cuando encamó el espíritu mismo de la Revolución Mundial y gozó, entre otros muchos, de títulos como los de «genio de la Revolución» y «padre de los pueblos progresistas», que le fueron conferidos en 1933 durante el XVII Congreso del Partido Comunista soviético... presidido por el propio Stalin.

Aquel hombre, que fraguó con intrigas y traiciones su condición de elegido por la historia, llegó a tener el poder absoluto de decisión sobre vida, destino, bienes y memoria de millones de seres humanos de muy diversos países durante los veinticinco años que fungió como el máximo dirigente del partido y el Estado soviéticos y el proletariado comunista universal. A lo largo de esos años, desde su altura magnífica, creó un imperio multinacional en el cual, por decreto y hasta por convencimiento popular en muchísimos casos, se le adoraba como un Dios y se le veneraba en fotos, cuadros y esculturas diseminadas desde Berlín hasta Vladivostok, imágenes también visibles en oficinas partidarias del resto de la geografía mundial. Su palabra llegó a ser la más sagrada sentencia y encarnó (al menos eso pretendía y proponía) la esperanza de dignidad de los desposeídos y trabajadores de todos los países.

Resulta difícil imaginar que Stalin, desde su megalomanía criminal y enfermiza, pudiera concebir cuál sería el futuro que le esperaba a sus actos y obras. Para garantizar aquel futuro, asesinó y encarceló, torturó y reprimió, atemorizó y esclavizó (directa o indirectamente) a millones y millones de seres humanos, convencido, sin duda, de que con esos actos y obras creaba un mejor presente y preparaba un inmejorable futuro a la humanidad y a su propia trascendencia. No creo posible, por ejemplo, que en los últimos tiempos de su vida, cuando la gloria del mundo estaba a sus pies, Stalin tuviera la menor sospecha de que toda su labor y su vida caerían en lo que él mismo solía llamar «el vertedero de la historia» y que, apenas momificado, sus imágenes multiplicadas comenzarían a desaparecer de su imperio geográfico e ideológico hasta casi esfumarse de la iconografía visual de las postrimerías del siglo xx, un siglo que Stalin protagonizó históricamente.

Como Stalin, cientos de predestinados y mesías mayores y menores de la política, la cultura o la vida social, que vivieron sus existencias no sólo en función del presente sino encimados a su futuro, han corrido una suerte similar.

Un caso para mí particularmente doloroso ha sido el de la memoria de Ernest Hemingway, uno de los escritores que mejor se labró su imagen pública y que deslumbró a cientos de aprendices de novelistas, entre los que me conté con especial vehemencia. Sin embargo, el deterioro de su imagen en los últimos veinte, treinta años, las revelaciones de su egoísmo, capacidad de herir a los demás, la falsedad de su machismo, sus traiciones e infidelidades, me han obligado a mí y a muchos otros a verlo desde una perspectiva diferente, aun cuando debamos reconocer que si el ser humano Hemingway fue un hombre detestable, una parte de su memoria todavía está a salvo por haber escrito relatos como «La breve vida feliz de Francis Macomber».

Pienso que quizás la justicia del tiempo es la responsable de que, en nuestras vidas, hayamos visto casi tantas imágenes de estatuas derribadas como de estatuas levantadas. La historia, por lo general para bien, suele ser testaruda y eficiente. El tiempo, implacable, posee la molesta costumbre de colocar las cosas en su sitio cuando ciertas fuerzas pierden su impulso. Y aunque lo ocurrido en el pasado no se pueda reparar desde el presente, lo cierto es que cuando unos girasoles de Van Gogh se convierten en un símbolo de la belleza de la creación humana o cuando la momia georgiana de un «padre de los pueblos progresistas» es lanzada a una trastienda, despojada de honores y categorías, o la biografía de Hemingway nos parece una payasada de mal gusto (y podría citar otros muchos casos), la memoria del futuro está ajustando sus cuentas con la perspectiva y la equidad que le faltan al presente, por las más diversas razones: incomprensión, miedo, estupidez, coincidencias coyunturales, manipulación...

¿Qué les depara la memoria del futuro a tantos famosos, poderosos, exitosos de hoy? De esos rostros que dominan la iconografía política, cultural, social del presente, ¿cuántos sobrevivirán la prueba del tiempo y se conservarán erguidos en sus pedestales? ¿Cuántos dueños de la verdad de hoy, cuántos adorados de esta hora no serán negados —ya no tres, sino muchas veces— mañana? Lo seguro es que, por más que se esfuercen en anclar sus cimientos, muchas estatuas de hoy caerán mañana, arrasadas por la implacable memoria del futuro. ¿Los que viven posando para la posteridad aprenderán alguna vez esta lección? Creo que no, pero la lección llegará, a veces incluso más temprano que tarde.

Septiembre, 2006

LA EDUCACIÓN SENTIMENTAL

Hoy los golpes vienen desde la calle del fondo. Ayer llegaban de la casa del lado y el fin de semana fue desde algún punto indeterminable de la esquina. Son como el calor de este verano, ubicuos y, lo peor, persistentes. Desde hace dos años mi barrio, como casi todos los barrios de La Habana y de buena parte del mundo hispano, viven con la pauta rítmica de esos golpes y con unas voces que en ocasiones se escuchan, otras no, y de las que he podido entresacar que hablan de una pobre diabla, quien clamaba por un hombre que no vale un centavo, o de otra, para nada pobre diabla, a la cual le encanta la gasolina y lo mejor es darle más gasolina. Se trata, de más está decirlo, de la fiebre del reguetón, que muchos pensamos efímera, como tantas otras furias juveniles y adolescentes, pero que esta vez ha demostrado una temible capacidad de resistencia.

Desde que comenzó esta invasión del espacio sonoro he tratado de imponerme a mis gustos ya asentados, a mis años y mis prejuicios, de abrirme mentalmente a las exigencias de la evolución social y al entendimiento del espíritu iconoclasta y rebelde que debe de caracterizar a los jóvenes, sobre todo cuando su iconoclastia y rebeldía tienen pocos márgenes para manifestarse. He hecho mi mayor esfuerzo por no resultar retrógrado y obligarme a entender que el reguetón es una expresión de los modos de pensar de los jóvenes de hoy, hijos de una globalización en donde no tiene demasiado mercado la inteligencia, unos jóvenes llegados al mundo sin muchos de los rezagos que debimos matar nosotros y para quienes el sexo ha dejado de ser un tabú y se practica con tanta fruición verbal y coreográfica en un «perreo» reguetonero como con disfrute físico en una cama o en una escalera oscura.

Tengo cincuenta años y soy un «recordador» que vivo de mi memoria y de otras memorias, y cuando me invade el impulso de rechazar el ritmo agresivo del reguetón, me impongo recordar que treinta y cinco años atrás a mí y a mis contemporáneos se nos criticó y se nos acusó de «penetrados ideológicos del imperialismo» y otras lindezas por el estilo, porque nos gustaba bailar las canciones de Los Beatles, los Rollings, Led Zeppelin, y escucharlas incluso, sin saber apenas de qué hablaban. A nosotros, en realidad, no nos importaba demasiado de qué hablaban, porque sabíamos, eso sí, que se dirigían a nosotros y, sin entender las palabras, captábamos su sentido y repetíamos «*all you need is love*».

Cada generación ha tenido sus iconos artísticos y pseudoartísticos y a las generaciones concomitantes siempre les ha sido difícil aceptar, y más aún entender, ciertas preferencias. Que a un joven de la década de 1950 le haya gustado escuchar a Pedrito Rico cantando «La perrita pequinesa» les puede parecer, a los de mi edad, tan absurdo como constatar que a un adolescente de hoy le fascine el reguetonero Don Omar cantado «Gata gángster» (con los tiempos cambian los animales y también sus atributos). Igual le ocurrió a nuestros padres cuando nos oyeron repetir «*Fool on the hill*» y les ocurre a estos jóvenes de hoy cuando ven que nos estremecemos con «*I've*

got you under my skin». Es la lógica del cambio generacional, del relevo de gustos, de las modas epocales.

El reguetón expresa pues una forma de ver el mundo y como tal hay que aceptarlo, incluso cuando habla de la diabla que se pone en cuatro (ya se sabe para qué) y hasta practica la chupada del pirulí y otras piruetas directamente sexuales. Su simplicidad rítmica (y no se me acuse de estar «fuera de onda», léase una partitura del género, si es que existen) y la elementalidad y por momentos sordidez de sus textos (tampoco se me puede catalogar de puritano, sólo hay que oír el reguetón que habla del culito, ¿de la diabla o de la gata?) es reflejo de la simplicidad, elementalidad y sordidez de los días que corren. El reguetón no surgió de la nada ni se ha impuesto en el gusto masivo de adolescentes y jóvenes por arte de magia, sino que es una emanación de estos tiempos, capaz de ofrecerles algo que ellos necesitan, casi se diría que exigen. Estos son hechos y oponerse a aceptarlos sí es una postura retrógrada.

Lo que me duele del reguetón y sus letras no es tanto lo que provocan ahora entre sus consumidores, sino y sobre todo lo que dejarán en ellos como sedimento cultural, sensorial, afectivo, como sustancia para la evocación cuando los tiempos de hoy ya sean los de ayer.

Esta certeza me asaltó hace unos días cuando, movido no sé por qué resorte de la nostalgia, coloqué en mi grabadora ese objeto del pasado que es el casete y mientras hacía los ejercicios que exige mi maltrecha espalda, escuché las viejas canciones de *Siembra*, el resultado milagroso del encuentro entre Rubén Blades y Willie Colón, cuando hicieron el disco que es, según lo calificó un amigo, «el *Abbey Road* de la salsa». Mientras disfrutaba aquellas letras con las que Rubén nos hablaba de la identidad hispana, de sus sueños y frustraciones, de la tragedia del pobre Pedro Navajas, y Willie le ponía un ritmo pegajoso que todavía no ha perdido su aglutinante, recordé que esa fue la música que bailábamos y cantábamos en los 70, cuando ya teníamos a Los Beatles instalados en la memoria, y cuando para enamorar a mi propia Lucía tenía a la mano la «Lucía» de Serrat y en lugar de decirle pobre diabla le cantaba (es un decir) que «no hay nada más bello que lo que nunca he tenido, ni nada más amado, que lo que perdí, perdóname sí...». ¡Por Dios, coño!

Entonces, tirado en el suelo y controlando el júbilo de mi espalda, me sentí privilegiado por haber tenido la educación sentimental que me regaló mi tiempo, tan lleno de carencias que en el barrio había una sola grabadora (de casetes), tan pleno de represiones y censuras gratuitas (primero, Los Beatles y compañía, después esos mismos salseros, acusados de «robarse» la música cubana) y de agresiones seudoculturales (como las de José Feliciano y sus canciones carcelarias, entre otros horrores olvidados). Me sentí satisfecho porque en lugar de a Paulo Coelho o Dan Brown, pudimos leer a García Márquez, a Vargas Llosa y a Antonio Machado (por culpa de Serrat) y, en vez de fanatizarnos con Shakira o Paulina Rubio, tuvimos el privilegio de oír a Ana Belén y a Tina Turner, desde que cantaba, con Ike, «*Proud*

Mary».

La memoria, ya se sabe, es selectiva, para los buenos y para los malos recuerdos. Pero su alimento suele ser sólo uno: la realidad vivida, los placeres y dolores consumidos, las experiencias que nos han tocado. No me queda más remedio, entonces, que sentir un poco de pena por la generación del reguetón, con acceso a tanta información, incluida la cultural, pero que está creando sus futuras nostalgias con las canciones de Daddy Yankee y Don Omar, con el baile del perreo y los videoclips de Shakira, y que nunca entenderán del todo que el mundo alguna vez se dividió entre los *farts* de Lennon y los de McCartney, que un poeta de la generación del 98 español escribió las mejores letras de canciones que jamás escuchamos y que unos locos en Nueva York se impusieron hacer salsa con conciencia para buscar América y lograron que otro loco en Santo Domingo se pusiera a clamar, a ritmo de merengue, para que lloviera café.

2006

EL MIEDO GLOBAL

Cada noche, antes de acostarme, debo cumplir un rito. Sea la hora que sea, haya estado todo el tiempo en la casa o recién haya llegado de la calle, debo sentarme en el jardín, por unos cinco, diez minutos, para que mis dos perros, *Chori* y *Nata*, lancen los últimos ladridos y las meadas finales de la jornada. *Chori* y *Nata* son dos satos inofensivos y gritones que disfrutaban especialmente el ladrarle a algún congénere callejero que pase por la acera, sacando incluso la cabeza entre los barrotes de las rejas. Con menos vehemencia pero con igual satisfacción, suelen ladrarle a los transeúntes nocturnos, que la mayoría de las veces los miran con indiferencia o con justificada antipatía.

Hace unas noches, recién habíamos bajado hacia el jardín, cuando *Chori* y *Nata* se lanzaron a ladrarle a un transeúnte que apenas comenzaba a pasar frente a la casa, provocándole al individuo un lógico sobresalto. Mientras el asustado peatón seguía avanzando, con la mirada fija en los perros que insistían en sus ladridos, advertí cómo en sus ojos el odio había sustituido al sobresalto. Era un muchacho de unos quince, dieciséis años, delgado, con el pelo muy corto y vestido con discreta normalidad. Una vez rebasado el frente de mi casa, el joven regresó sobre sus pasos y ejecutó una acción que cambió en un segundo todo el sentido de aquella escena y me enfrió de inmediato: se levantó la camisa, extrajo un cuchillo de su cintura y comenzó a acercarse a los perros. No sé qué pensé hacer en ese instante pero me puse de pie y sólo entonces el muchacho tuvo noción de mi presencia. Por un momento, con el cuchillo en la mano, el muchacho volvió a mirar a los perros, luego observó calle arriba y calle abajo, y quizás al comprobar que nadie lo estaba mirando y que su dignidad asustada por dos perros satos no corría peligro, guardó el cuchillo y, lentamente, se alejó musitando algo por lo bajo.

Cuando el joven se perdió de mi vista, comprendí que el frío que me había recorrido era la expresión de un miedo capaz de inmovilizarme y pensé entonces qué podría haber sucedido si el muchacho hubiera tratado de atacar a mis perros con aquel cuchillo. ¿Además de gritar, yo hubiera sido capaz de hacer algo? ¿Habría avanzado hacia el joven armado? ¿Qué está dispuesto a hacer un individuo que en una coyuntura tan anodina y casi cotidiana reacciona sacando un cuchillo de la cintura y avanzando hacia el ofensor? Y, sobre todo, empecé y todavía no he dejado de preguntarme: ¿por qué aquel joven andaba armado?

Al día siguiente, todavía impresionado, le conté la historia a mi barbero, y su comentario me dejó francamente anonadado: ¿Tú no sabías que la mayoría de esos muchachos andan «ensillados»? y agregó: Antes las broncas eran a piñazos, ahora cualquiera saca un cuchillo, y lo usa.

La visión del joven armado, de mis perros ladrando y de mi miedo concreto y frío no ha dejado de perseguirme, quizás porque he visto en ella la expresión alarmante de un fenómeno que nos toca a casi todos los habitantes del planeta y que bien se podría

llamar «el miedo global».

Ya se sabe que cada día las calles del mundo son un sitio menos seguro, que las mafias y pandillas tradicionales y las emergentes dominan cada vez más los ámbitos urbanos, imponiendo sus leyes y sus modos de actuar, y que las expresiones de la violencia callejera y cotidiana recorren por igual las sociedades pobres que las ricas, pues su esencia generadora, la desigualdad de posibilidades y realidades, es también un fenómeno universal.

Sin embargo, nunca antes en la historia humana el miedo había sido una sensación tan concreta, habitual y con semejante capacidad para afectar a tantas personas en tantos lugares a la vez. La violencia, como expresión de las relaciones sociales, políticas y hasta personales, se ha convertido, con una persistencia enfermiza, en la respuesta a la cual acuden lo mismo los individuos que los grupos sociales y hasta las naciones, y ha conseguido justamente que el miedo se extienda a todos los niveles de la sociedad, haciéndonos vivir en un estado permanente de inseguridad y zozobra.

Cierto es que hay miedos potenciados y utilizados por los poderes (miedo al cambio, a lo diferente —incluso a personas «diferentes», como los inmigrantes—, miedo a lo que escapa de los intereses o el dominio del poder) y que no toda la violencia es irracional y gratuita, pues casi siempre habrá la posibilidad de encontrarle raíces económicas, sociales, políticas relacionadas con la marginación, la pobreza o, en el extremo opuesto, con la prepotencia de los fuertes o de los que se creen fuertes y buscan imponer su voluntad por cualquier medio, incluida la violencia.

El miedo ha llegado a convertirse entonces en un fantasma oscuro que nos persigue a cada instante y en cualquier situación, pues sabemos que la violencia puede saltarnos encima en toda circunstancia y lugar: en el avión donde se viaja hacia las vacaciones, en la playa donde se disfruta de esas mismas vacaciones, en la ciudad cuyos monumentos visitamos como parte de las vacaciones. También puede seguirnos, por ejemplo, hasta el estadio de fútbol o, más aún, hasta el tren donde viajan esos exaltados fanáticos del fútbol. En una oficina o en una fábrica, donde la competencia genera tensiones y, con ella, violencia. En un parque donde alguien parece haber extraviado un teléfono móvil que en realidad es un detonador. O puede esperarnos en el apacible jardín de nuestra propia casa, donde ladran nuestros perros.

La vida de cada uno de nosotros está cercada hoy por terrorismos y antiterrorismos, por guerras preventivas y guerras santas, por ladrones y policías, por emigrantes, fundamentalistas, pandilleros, frustrados de toda laya, y hasta por piratas informáticos capaces de entrar en nuestras propias vidas a través de una línea telefónica. No quedan sitios seguros, no hay margen para las actitudes inocentes; casi nadie está a salvo del miedo, comenzando por los más poderosos, necesitados siempre de más guardaespaldas y de vigilantes de esos guardaespaldas. La violencia y su hijo natural, el miedo, son omnipresentes, incontenibles, ubicuos, taladrantes. Son

parte importante y activa de lo que Maiakovski llamó (refiriéndose a una sociedad que potenciaba el miedo) «la mierda petrificada del presente».

Creo que ni siquiera en los días de la amenaza atómica, durante los tiempos más arduos de la guerra fría, el miedo fue tan masivo y penetrante. En aquella época siempre nos quedaba la ilusión de que la sensatez podría imponerse y evitar la guerra y la segura desaparición de la especie humana. Hoy el miedo atómico regresa más exultante y descabellado, para sumarse a los otros miedos, cuando la sensatez y demás rompeolas parecen haberse extraviado y la gente vive entre amenazas de bombas y bombas que explotan, encerrados entre muros físicos y muros legales cuya argamasa es el miedo, entre prohibiciones, limitaciones, vigilancias que, pretendiendo protegernos, sirven a la vez para potenciar el miedo y la incertidumbre y, por supuesto, para hacernos más débiles y manejables. Un mundo que ni siquiera George Orwell pudo imaginar.

Es lógico que algo tan primitivo como un joven con un cuchillo en la mano, en una calle de La Habana, sea capaz de provocar un miedo visceral y concreto. Pero ese joven armado es, sobre todo, la evidencia de que la violencia desatada puede tocar a tu puerta la noche más apacible, mientras sacas a tus perros.

Y constituyo, a la vez, la síntesis y representación del modo de vida y el concepto social con el que entramos en el siglo XXI: a cualquier agresión, por inocua que sea (unos perros que ladran) la respuesta puede ser desproporcionada y, sobre todo, violenta. La tuerza, la agresividad y el rechazo demoledor como reacción a cualquier acción. Y el miedo convertido en constante, en sentimiento global para los habitantes de un mundo que, sin embargo, algunos todavía pensamos que puede ser un lugar amable y bello para vivir. Sin cuchillos, sin bombas, sin muros, sin terrorismo, sin tantos policías y leyes contra la libertad de los individuos. Tal vez incluso sin tanto miedo.

Noviembre, 2006

EL REFUGIO DE LA RELECTURA

Hace unos ocho, diez años, con ese retraso, a veces benéfico, pues suele asentar las cosas y, empecinadamente, colocarlas en su sitio (o al menos, despojarlas de las efímeras alharacas de la moda y las coyunturas), descubrí la literatura de Paul Auster. El primero de sus libros que cayó en mis manos fue la famosa *Trilogía de Nueva York* y recuerdo haber sentido el estremecimiento profundo que le provoca a un lector el encuentro con un escritor que se le ha anticipado en la posibilidad de elaborar y plasmar obsesiones comunes. Como cuenta uno de los personajes de Salinger, me dominó entonces el deseo de poder marcar un número de teléfono para hablar con mi amigo Paul y simplemente decirle que su literatura no sólo me resultaba maravillosa, reveladora, sino que me parecía tan cercana como para sentir que también era mía.

En los meses siguientes fui devorando otras historias de Paul Auster y, en los años siguientes, las he ido releendo con una pasión más asentada pero sin perder la emoción de los primeros encuentros. Había en aquellos libros (*Ciudad de cristal*, *El país de las últimas cosas*, *Mr. Vértigo*, *Brooklyn Follies*) una «densidad» literaria y humana capaz de comunicarme lo que más le exijo a la literatura: la facultad de enfrentarme a los misterios que anidan en el alma de todos los hombres.

Si evoco el hallazgo revelador de Paul Auster y su literatura es porque la relectura de sus libros me colocó ante una realidad de la cual, hasta entonces, sólo tenía una vaga conciencia: desde hacía varios años prefería releer a determinados autores antes que lanzarme en busca de otros nuevos. Pienso que varios factores funcionaron como catalizadores de esa preferencia y uno de ellos, por supuesto, son los años que uno va acumulando y que, tristemente, lo cargan de un cierto conservadurismo, por fortuna inofensivo para el prójimo cuando se trata de lecturas literarias, pero tan dañino cuando se refleja en otras manifestaciones de la vida y los oficios, como por ejemplo, en la política.

Recuerdo que, en su momento, Paul Auster tuvo la capacidad de devolverme aquella exaltada emoción que, veinte años antes, en pleno apogeo de mi voracidad literaria (coincidente con el llamado *boom* de la novela latinoamericana), me había provocado la lectura de García Márquez, Vargas Llosa, Carpentier, Cortázar, Rulfo y Cabrera Infante, a los que luego se sumarían el Bryce Echenique de *Un mundo para Julius* y el Fernando del Paso del maravilloso *Palinuro de México*. Ellos, junto a mis admirados novelistas norteamericanos —de Hemingway y Fitzgerald a Salinger y John Updike, pasando, claro está, por Hammett y Chandler— formaron un sólido pelotón de preferencias en el que resultaba difícil colocar una nueva cuña (Vázquez Montalbán, Milan Kundera) que, si lograba entrar, pasaba a formar parte del equipo de escritores leídos y vueltos a leer, con la misma fruición con que se devoran los platos fijados por nuestro paladar en el gusto más recurrido.

Si la lectura de un libro recién editado tiene el sabor aventurero del encuentro con lo desconocido, el regreso a los ya leídos aporta la seguridad de recorrer un terreno

transitado en el cual, si bien quedan sorpresas por descubrir (todos los grandes libros revelan sus recónditos misterios luego de muchas lecturas, o nunca llegan a revelarlos del todo), nos mueve la seguridad un poco cobarde de la certeza de un arribo a puertos que sabemos seguros. Pero, sobre todo, volver a esos viejos conocidos nos cura en salud de las decepciones que, por los ecos del mercado y la propaganda, en ocasiones nos arrojan en brazos de lecturas que nos hacen lamentar las noches invertidas en sus páginas, cuando bien sabemos que los años de nuestras vidas son ínfimos para leer todo lo bueno e imprescindible escrito por nuestros congéneres.

Quizás la más desagradable de esas sensaciones la tuve mientras leía *El código Da Vinci*, convencido de que, al menos para opinar en su contra, debía de pasarme sus seiscientas páginas entre pecho y espalda. Como mi juicio no afectará para nada la popularidad y la economía de Dan Brown, puedo escribir sin sentimiento de culpa que, en muchos años, no había leído algo tan lamentablemente escrito, mal urdido, artísticamente falso. Lo preocupante era cómo algo a todas luces tan artísticamente endeble había logrado convertirse en el «libro» del momento (un momento que parecía interminable, mientras las cifras de cientos de miles pasaban a la de millones de ejemplares vendidos) y hasta había creado una moda que me llenó de espanto cuando, ante el escaparate de una librería española, encontré que de los quince, veinte títulos expuestos para fijarse en la retina del presunto comprador, la casi totalidad de ellos se referían a historias de ángeles y demonios, de templarios, sociedades secretas, mantos divinos y aventuras evangélicas con María Magdalena a la cabeza del nuevo *star system* del negocio editorial, con Dan Brown (sobre quien se publicaba una biografía «no autorizada»), a la derecha.

La tonta provocación de lo establecido urdida por Dan Brown resulta tan inocua y falaz que la industria pudo asumirla alegremente y convertirla en un negocio en el cual participaban diversos componentes mercantiles pero del que quedaba al margen (más allá del margen) lo que siempre debiera estar en la proa: la literatura.

Recuerdo cuánta alegría me provocó, hace unos meses, cuando mi casi sobrina Ámbar, luego de escucharme hablar con entusiasmo de mi encuentro de adolescente con *El conde de Montecristo*, le pidió a su padre que le buscara un ejemplar del clásico de Dumas y comenzó a leerlo. Ámbar, que a sus diez años es una lectora voraz y compulsiva, vivía por aquellos momentos un ardiente romance con Harry Potter, cuyas aventuras ya había devorado de cabo a rabo. Unos días después, un tanto apenada de sí misma, Ámbar me confesó, en un susurro (nadie debía oírla) que *El conde de Montecristo* le había gustado más que Harry Potter y su mundo mágico. ¿Había logrado la literatura imponerse al empuje de la más demoledora y aceitada propaganda editorial? ¿Será capaz la verdadera literatura de vencer en tan desigual combate contra ángeles, demonios y profetas de la autoayuda?

El mercado editorial de hoy, superpoblado de novedades, capaz de publicar tantos libros que muchos de ellos ni siquiera llegan al más discreto rincón de las librerías, ha tenido que valerse de los más disímiles recursos para garantizar su supervivencia y,

como en otros ramos mercantiles, ha debido ofrecer «libros a la medida», fabricados con componentes precisos, pero capaces de cumplir su rol de literatura para llevar y botar... pero ante todo para vender y, de paso, para alentar los deseos de evasión al lector. Campañas de prensa, premios amañados y concedidos de antemano, celebridades mediáticas convertidas en (dicen) escritores, explotación de lo religioso, lo sexual, lo políticamente escandaloso o lo falsamente espiritual, se imponen como preferencias de los lectores, mientras que la verdadera literatura se siente arrinconada ante una agresividad hasta hace poco desconocida.

Sería sencillamente estúpido afirmar que ayer se escribía mejor que hoy. Ejemplos (no citaré ninguno) pueden demostrar que ayer se escribió muy mal y que hoy todavía se escribe muy bien. Sólo que la mala literatura del pasado es parte del pasado y del olvido, y la buena está asentada en la memoria cultural que nos acompaña hasta hoy. Pero la mala literatura del presente, aun cuando también está condenada al olvido, cuenta con una maquinaria publicitaria de una potencia inusitada y, lamentablemente, convence a una parte notable de esa cada vez más exigua cantidad de lectores que en el mundo son.

Por eso, ante la duda de si tras una bella portada se esconde un gato o vive una liebre, prefiero esperar a que el tiempo asiente los lodos y ver nacer del detritus del mercado esas flores que siempre brotarán. Mientras, tengo en mi librero suficientes pertrechos de relecturas para resistir varias temporadas.

Diciembre, 2006

LOS ADVERTIDOS

Uno de los más bellos relatos de Alejo Carpentier se titula «Los advertidos»^[1] y — permítanme— cuenta una historia conmovedora: la del anuncio celestial, al héroe mitológico indoamericano Amaliwak, de la llegada de grandes trastornos a la vida del hombre. Sin saber la última razón de los dioses, Amaliwak debe preparar una gigantesca embarcación en la que albergará a su familia y una pareja de los animales que habitan la tierra. Como ya recordará el lector, comienza entonces a caer una «Lluvia de cólera de Dioses», según la llama Carpentier, que azota la tierra por un tiempo que el sabio Amaliwak es incapaz de medir. El giro magnífico del relato se produce cuando, cesada la lluvia y anegado el mundo, la canoa de Amaliwak se comienza a encontrar con naves iguales y diferentes a la suya, en donde vienen otros hombres de diversas partes del mundo y del tiempo, «advertidos» como él, de que se acercaba la gran catástrofe. Del Reino de Sin se ha salvado, con su familia y animales, un anciano de tez amarilla; de la tierra del Olimpo, los escogidos han sido el rey de Pitia, Deucalion, hijo de Prometeo, y su esposa Pirra; de la tierra electa de Yahvé viene el anciano Noé, con sus seiscientos años a cuestas; y de la región de la Boca de los Ríos el salvado es el babilonio UtNapishtin, advertido por el gran dios Enlil. Todos ellos han tenido el privilegio divino de cruzar las fronteras del porvenir y recibir instrucciones de lo arcano con la misión de salvar la vida en la tierra en un momento en que el Creador, encolerizado por la perversidad y la corrupción humanas, decide destruir el mundo con un diluvio bien llamado universal, capaz de reunir, en las pocas páginas de este relato, varias leyendas sobre la llegada de la gran lluvia purificadora. «Todo está en saber si los hombres habrán salido mejores de esta aventura», piensa Amaliwak, y Carpentier se encamina al cierre de su narración.

Los profetas y sabios de los orígenes de la humanidad pensante, tan cercanos a sus creadores (Noé, según el Génesis, es la décima generación de Adán y Eva), podían tener el privilegio de que sus divinidades les advirtieran sobre las consecuencias de la depravación de la raza humana, que sería cruelmente castigada por sus actos contra la naturaleza y contra sí mismos. Los hombres del siglo XXI, tan lejanos de los dioses que en ocasiones hemos refutado su existencia, tenemos, en cambio, la fortuna de que la ciencia (y la realidad misma) nos haga advertencias similares que, quizás, todavía estemos a tiempo de escuchar, sin que debamos comenzar a construir un arca en el patio de nuestras casas.

Es evidente que nunca, como hoy, los seres humanos han estado tan advertidos de la gravedad de sus actos contra una naturaleza que los incluye. Cifras espeluznantes, vaticinios apocalípticos, evidencias tenebrosas nos acompañan cada día para anunciarnos que el desastre es cada vez más inminente. Nunca, como hoy, la raza pensante ha tenido la responsabilidad de luchar por su propia subsistencia sobre el planeta donde se concretó el gran milagro de la vida inteligente.

Pero los pronósticos son cada vez más desalentadores. Sólo ante la evidencia de que los osos siberianos hayan perdido el sueño por la tardanza del invierno, que un glaciar ártico se haya quebrado con la amenaza de que, al derretirse, hará aumentar el nivel de los mares, o de que cada nuevo año podría ser uno de los años más calurosos vividos en la Tierra desde los días de la muerte de los dinosaurios, deberían bastar para enfrentarnos a lo evidente y detenernos violentamente.

Determinadas acciones locales, cada vez más extendidas, han comenzado a realizarse en el mundo para salvar la naturaleza y, con ella, al hombre que la vive y explota. Sin embargo, la lentitud global al enfrentar el más grande desafío que se le ha presentado a la humanidad, y la indolencia incluso con que muchos gobiernos (entro más poderosos más indolentes) asumen el riesgo de un futuro de más y mayores catástrofes naturales por preservar las ganancias y hegemonías del presente, causan verdadero pavor por el nivel de irresponsabilidad que entraña.

Hace ya varios siglos los descendientes de Deucalión y Pirra establecieron la existencia de un juego dialéctico entre el exceso y el castigo. El hombre parecería haber tenido tiempo suficiente, desde entonces, para aprender la necesidad de los equilibrios en cada uno de sus comportamientos y en su relación con el mundo circundante. Sin embargo, no ha sido así, y, lamentablemente, no parece que las cosas cambiarán demasiado pronto en ese sentido. Maremotos o tsunamis, huracanes, lluvias, sequías, calores y olas de frío desaforadas... esas son las advertencias de los «dioses» a los humanos de hoy por sus excesos. ¿Seremos tan sordos como para no oír esas llamadas de la naturaleza que nuestros remotos antepasados ponían en bocas divinas?

La humanidad vive hoy una encrucijada dramática con la conciencia de que hasta es posible calcular el tiempo de acción que le queda a este tercer acto. El agotamiento de las reservas de combustibles fósiles; la escasez de agua que ya sufren millones de seres; la imposibilidad de la tierra de deglutir todos los detritus naturales (mierda humana incluida), tóxicos y hasta radioactivos; la emisión de gases de efecto invernadero en cantidades inadmisibles, ponen el reloj geológico e histórico ante el hombre moderno con la alarma activada y la hora de sonar cada vez más cercana.

La inteligencia ha sido el signo distintivo de una especie capaz de elevarse sobre todas las demás en un pequeño planeta afortunado de la Vía Láctea. Sólo esa fabulosa cualidad de pensar y razonar puede hoy salvar al género, aunque al ritmo que van las cosas, con tan pocos líderes mundiales y voluntades individuales dispuestas no sólo a pensar, sino a actuar drásticamente, todo parece indicar que las campanas sonarán y no podremos preguntar por quién: doblan por todos nosotros, por los hijos y los nietos de nosotros. Ya estamos más y mejor advertidos que Noé y Amaliwak.

Enero, 2007

VERGÜENZA AJENA

A muchos de los que trabajamos cada día con ese material esquivo que son las palabras, siempre nos ha parecido extraño que un idioma tan rico y específico como el español (el castellano, me rectificarán algunos), armado de sustantivos para casi todo lo existente y adjetivos para las más mínimas y extraordinarias cualidades, no haya logrado patentizar una palabra capaz de encerrar el significado de uno de los sentimientos más inquietantes que existen: la vergüenza ajena.

Aunque no tan dolorosa y previsible como la vergüenza propia ante una actitud o idea desatinada, la ajena tiene proporciones dramáticas, y por lo general se manifiesta cuando asistimos al comportamiento avergonzante, o lamentable, de una persona que, con o sin conciencia (peor es cuando lo hace *con*), comete un acto que nos obliga a sentir una molesta vergüenza por la situación en la cual ha caído nuestro congénere.

Mi vieja preocupación por la falta de bautismo semántico de la vergüenza ajena se despertó hace unos días al recibir una súbita oleada de ese sentimiento emitida desde una actitud y un personaje de los que nunca imaginé que podrían provocarme tal sensación. Todo comenzó con una foto, ya común cada año, en la que se refleja la cara satisfecha del director de cine que, en la megadifundida ceremonia de entrega de los premios Oscar, saluda al público levantando en sus manos la codiciada estatuilla que lo reconoce como «el mejor».

En la más reciente premiación, el congratulado resultó ser uno de los artistas que más admiro y respeto, el veterano Martin Scorsese, escogido como mejor director, gracias a la también congratulada como mejor película del año, *Infiltrados*.

Durante mucho tiempo he sentido una veneración compacta por un artista que me ha obligado a regresar, una y otra vez, siempre con la certeza de estar asistiendo a la llamada de un genio, a películas como *Taxi Driver*, *Toro Salvaje*, o *Uno de los nuestros*, obras maestras que, por la razón que fuese, nunca alcanzaron la máxima distinción hollywoodense pero que desde ya gozan del privilegiado estatus de clásicos.

Infiltrados, sin embargo, alcanzaba el galardón que les fue negado a aquellas obras y el gran Scorsese, sonriente, con su estatuilla dorada en la mano, ha sido una imagen que en los últimos días ha recorrido el mundo. Y desde el primer encuentro me provocó el maligno sentimiento de la vergüenza ajena.

Si el inteligente y genial Scorsese leyera estas líneas (dudo que se digne a hacerlo) quizás entienda mi desasosiego ante el hecho lamentable de que se le reconozca como mejor director de la mejor película por una pieza que, un hombre como él, *no puede dejar de saber* que no pasa de ser una operación comercial y un mal ejercicio cinematográfico. Para empezar, *Infiltrados* es, como se sabe, un *remake* de la cinta *Infernal Affairs*, estrenada hace apenas cinco años por dos directores de Hong Kong, Wai Keung Lau y Siu Fai Mak, y aunque la película fue poco favorecida por la distribución internacional dominada por las grandes casas norteamericanas, en

ella Hollywood detectó la presencia de una magnífica historia y se lanzó, casi de inmediato, a reciclarla y promoverla por sus poderosos canales. Pero, lo más triste ha sido constatar que *Infiltrados* resulta, comparada con el cine del propio Scorsese, una obra de baja temperatura artística y poca densidad en la revelación de las actitudes humanas que tan bien ha manejado este director.

Con independencia de las conocidas veleidades del premio en cuestión (y de tantos otros premios) y de las poco escrupulosas maniobras de la industria norteamericana del cine, me niego a creer que Scorsese considere *Infiltrados* como una obra memorable. De hacerlo estaría ofendiendo su propia inteligencia. Por eso, su sonrisa y su estatuilla en alto me embargaron de esa corrosiva e innombrada vergüenza ajena por un hombre al que las circunstancias obligan a sonreír satisfecho, cuando bien debería de saber (o sabe) que su premio sí agrade la inteligencia de los demás, el arte y la justicia.

Buscando actitudes que me hubiesen provocado el mismo sentimiento logré recordar la entrevista televisiva a una persistente cantante cubana que se quejaba (desplazando la culpa sobre los otros) de que en sus más de treinta años de vida artística ninguna casa discográfica la hubiese solicitado para grabarle y distribuirle un disco. La respuesta unánime de las disqueras (en este caso no imponían, ni por asomo, algún tipo de censura política o moral) advertía a las claras lo que todos más o menos sabemos: que grabar a dicha cantante sería un acto cultural y comercialmente suicida. Sin embargo, la pobre mujer, convencida de que sobre ella se cernía un complot, y se cometía una enorme injusticia histórica, resultaba incapaz de entender que la razón de su fracaso no estaba en los otros, sino en ella misma. La falta de conciencia de sus limitaciones la hacía lanzar un patético reclamo, capaz de despertar la vergüenza ajena por un acto que la cantante cometía sin conciencia pero con altanería.

Lo terrible de recibir una oleada de vergüenza ajena es la sensación de que su emisor muchas veces pudo evitar el acto que la genera. No es el caso, digamos, del boxeador, la bailarina o hasta el político, ya envejecidos y fuera de forma y tiempo, que se empeñan en mantener su preeminencia y reciben golpes, abucheos, rechazos que la mayoría de las veces apenas nos producen lástima o nos ratifican la mezquina condición humana de no saber establecer determinados límites y aferrarse al poder y la gloria.

La vergüenza ajena que algunos hayamos podido sentir por Scorsese en nada afectará, por supuesto, las cifras millonarias que recaudará su película luego de recibir las dos grandes coronas en la noche de los Oscars. Pero el solo hecho de que yo haya percibido esa maligna sensación y de imaginar que, con su almohada, el gran director tal vez habrá confesado su vergüenza propia, me provocan un sincero malestar, pues me demuestra que incluso los más lúcidos se ven expuestos a propiciar el surgimiento de ese sentimiento tan común y doloroso como necesitado de un nombre, al menos en mi lengua.

Marzo, 2007

LA HABANA, UN DRAMA COTIDIANO

El turista de una caricatura ha viajado por una semana a La Habana y, al regresar a Europa, satisfecho de su experiencia, le comenta a un amigo: «Bebí un mojito, me bañé en la playa, me puse una camiseta con la imagen del Che, me fumó un tabaco, bailó salsa, caminó por la Habana Vieja, le hice el amor a una mulata, tiró fotos en la Plaza de la Revolución y compró algo de artesanía... Ahhhh, estuve en Cuba». Si el visitante es además fotógrafo profesional, seguramente regresará con la idea de proponerle a una editorial la publicación de un libro con imágenes de La Habana, pues no sólo habrá captado la arquitectura agreste de la Plaza de la Revolución, sino que llevará consigo decenas de fotos de una ciudad plagada de ruinas, de gentes sudorosas en ómnibus atestados, de mulatas exhibicionistas de dientes blanquísimos y de hombres empecinados en poner en marcha un viejo auto norteamericano de los años 40 o 50 del siglo pasado.

Como pocas ciudades del mundo, La Habana suele ser vista —incluso dentro de ella misma sólo por sus tópicos: la revolución, la pobreza, la alegría o el cansancio de sus gentes, sus edificios derruidos, su malecón (amable o agresivo) o sus niños uniformados y felices asistiendo a las escuelas, según los intereses de quien, en cada momento, se aferre a unos u otros tópicos, casi siempre desde prejuicios (mayormente políticos) ya establecidos. El ejercicio de «conocer» La Habana se practica con una levedad y vehemencia difícil de igualar por otras capitales y, sin embargo, muchas veces lo esencial de ella se mantiene inalcanzable para los tópicos y la propaganda, de uno u otro signo político.

Si resulta visible y significativa esa persistente mirada esquemática y prejuiciada sobre La Habana es porque en pocas ocasiones el destino físico de una ciudad (no de un edificio emblemático, ni de un sector con valores históricos o arquitectónicos, sino el de *toda* una ciudad, con sus habitantes dentro) ha preocupado tanto a los seres que la viven y, especialmente, a los que la piensan y la aman, como ocurre hoy con La Habana.

El cine y la literatura cubanos de las dos últimas décadas han insistido en la búsqueda de una imagen más profunda y densa de la ciudad. Con las lamentables excepciones que suelen existir, la mirada develadora de los artistas sobre el ámbito urbano ha tratado de sobreponerse a las propagandas limitadoras (a favor o en contra) para llegar a los conflictos que se esconden en el alma de los habaneros y en las paredes desconchadas de los edificios donde nacen, viven y mueren. El resultado, casi siempre, ha tendido a reflejar la desolación, la conciencia de que la ciudad va siendo devorada por sus propias ruinas al mismo tiempo que un desgaste moral se va adueñando de sus habitantes, con manifestaciones alarmantes de desencanto y desidia. También a develar un compacto sentido de pertenencia, dignidad y amor.

No parece casual, entonces, que desde hace unos años se desarrolle en Cuba un debate (para algunos demasiado tiempo aplazado) alrededor de los avatares sufridos

en el último medio siglo por el urbanismo, la arquitectura y la construcción (incluso como profesiones) y se haya colocado el presente y el destino de la urbe entre los puntos de reflexión más agudos y polémicos.

Dentro y fuera de la isla se ha reconocido la obra de preservación y rescate del patrimonio arquitectónico histórico más importante de la ciudad, aglutinado en la llamada Habana Vieja. Esta obra, emprendida con especial fuerza a partir de los años 90 del pasado siglo, se presentó como un reclamo inaplazable para un espacio urbano cuyo deterioro ya no permitía dilaciones. Dirigido por la Oficina del Historiador de la Ciudad, este proyecto de enorme complejidad arquitectónica y social —para el cual tampoco han faltado detractores— ha conseguido no sólo revertir el deterioro físico del llamado casco histórico, sino incluso revertirlo, otorgándole una nueva imagen a la ciudad vieja.

Sin embargo, más allá de los límites de la antigua villa amurallada, ni las inversiones, ni el entusiasmo ni las realizaciones han sido las mismas, y los años de desgaste han ido cobrando su precio a los viejos —y actuales— barrios proletarios de la ciudad hasta colocar a algunos de ellos al borde de un colapso físico, junto al que se ha desarrollado una visible degradación moral.

Para los urbanistas y arquitectos cubanos los peligros que acechan a La Habana del futuro son múltiples y devastadores si no se emprende una acción drástica desde el presente. Si la ciudad, por condiciones políticas muy concretas, estuvo ajena al desproporcionado y muchas veces mal planificado crecimiento urbano que recorrió las ciudades latinoamericanas en los años 1960, y logró conservar su fisonomía de los horrores de una modernidad constructiva que se expresó en autopistas y rascacielos acechados por villas miseria, la inexistencia de soluciones paralelas y, sobre todo, eficientes para la preservación y crecimiento de La Habana, también son patentes.

La creación de la nueva «ciudad socialista» en espacios donde se arracimaron cientos de edificios multifamiliares, sin respeto por la estética y ni siquiera por el urbanismo, pretendió resolver en las décadas de 1970 y 1980 el problema de la alta demanda habitacional, que nunca ha sido solucionado. Mientras, la ciudad ya construida, acusó aceleradamente la falta de atención y el estado lamentable al que han llegado construcciones y viales exige hoy de grandes inversiones que el país no parece estar en condiciones de realizar, pero que mantiene en convivencia promiscua a miles de familias y pone en mente de los especialistas la preocupación por un futuro en el cual se podría desvirtuar la fisonomía de la ciudad con una intervención demasiado dilatada o con otras soluciones emergentes y desesperadas.

La Habana es hoy, física y humanamente, una ciudad atrapada entre su pasado y un futuro convertido en signo de interrogación. Bajo sus piedras, calles y dentro de sus habitantes se desarrolla un drama esencial y cotidiano que escapa de las retóricas y miradas turísticas o prejuiciadas. La capital cubana es un dolor, para los que la amamos, la vivimos y la necesitamos, porque La Habana somos también cada uno de los habaneros.

Abril, 2007

LA ÚLTIMA HORA DE CARIDAD MERCADER

A diferencia de los de Père-Lachaise, Montmartre y Montparnasse, el también parisino cementerio de Pantin no puede exhibir una nutrida lista de celebridades que hayan hecho de él su última morada. Su ubicación, en el borde noroeste de la ciudad, y hasta de mausoleos elegantes y personalidades ilustres en igual densidad a la que muestran los otros tres famosos camposantos de la capital francesa, se advierte desde que el visitante traspone los muros de Pantin: sus muertos sólo reciben las visitas de quienes los quisieron en vida y no las de curiosos turistas, que muchas veces ni siquiera saben de la existencia de esta necrópolis.

Profusamente arbolado por castaños de Indias y ciruelos japoneses, quizás lo más impresionante del cementerio de Pantin sean los enormes cuadrantes donde yacen soldados y civiles víctimas de las guerras mundiales. Las pequeñas lápidas colocadas sobre la tierra, en una imagen similar a la que recorrió el mundo en el filme de Steven Spielberg *Salvar al soldado Ryan*, son modestas y están mohosas, aunque sobre ellas ondee una bandera francesa.

Si recientemente visité el cementerio de Pantin es porque en un rincón apartado de su territorio yace un personaje de los más tétricos, misteriosos y peculiares del siglo xx. Aunque su nombre quizás no diga nada a la mayoría de las personas que hoy habitan el planeta, apenas con mencionarlo y gracias a la informática y la eficiencia del empleado que trasiega con las ubicaciones y destinos de los muertos de Pantin, el nombre de Caridad del Río Hernández se convierte en una parcela, una fila, una tumba y, sobre todo, en una inquietante pregunta que el empleado, con cierta esperanza que no logra ocultar tras su cara de eficiente empleado, formula al buscador de tumbas: «¿Es usted familia de esa persona?». Desde hace varios años el empleado comenzó a hacer esta pregunta a los extraños y contados interesados en esa precisa tumba, pero nadie le ha respondido afirmativamente y una de las razones es que, al parecer, nadie quiere ser familia de la tal Caridad del Río Hernández, también conocida en su momento como Caridad Mercader.

Según reza en la tapia de granito de la tumba que comparte con su yerno Jacques Dudouyt, Caridad del Río nació en Cuba en 1892 y murió en París, en 1975. Pero a lo largo de esos años, la mujer que yace en la tierra de Pantin forzó el destino hasta llegar a colocarse en uno de los recodos más extraños y sórdidos de la historia del siglo pasado. Su apoteosis ocurrió justamente el 20 de agosto de 1940, en el remoto barrio mexicano de Coyoacán, cuando uno de sus hijos, llamado Ramón Mercader del Río, asesinó al líder comunista León Trotski, cumpliendo órdenes del líder comunista Josef Stalin. Caridad del Río no sólo fue quien educó a su hijo en el odio y lo puso en contacto con los oficiales del tétrico NKVD soviético encargados de concebir y ejecutar el asesinato, sino que lo alentó e impulsó en su misión hasta esa precisa tarde del 20 de agosto cuando, a bordo de un auto y en compañía del agente

soviético Naum Eitingon, el creador del plan, vio entrar a Ramón Mercader en la casa de Trotski y en las cloacas de la historia del siglo.

Española de nacimiento (al nacer, Cuba era aún colonia de España), catalana de formación, francesa de gustos, soviética de nacionalidad, Caridad del Río prestó aquel día un servicio por el cual recibiría de manos de Kalinin, el jefe de estado soviético, la Orden de Lenin y, hasta su muerte, la gratitud del país por el cual había inducido a su hijo a convertirse en uno de los criminales menos conocidos y más trascendentes de la historia. Asentada en París desde los años 1940, donde presumiblemente se empeñó en seguir trabajando para los órganos de espionaje soviéticos, ni siquiera la muerte de Stalin, la caída de Laurenti Beria y el deshielo de Jruschov afectaron su estatus, convertido en un salario de por vida que le permitiría residir holgadamente en la capital francesa. A diferencia de tantos otros agentes purgados y encarcelados, Caridad del Río tuvo el privilegio de ver en vida cómo la gratitud de sus empleadores pasaba por encima de rectificaciones y rehabilitaciones, y se mantenía, silenciosa pero firme, hasta que la heroína de la URSS exhaló su último suspiro bajo la foto de Stalin que colgaba de una pared de su cuarto y la embajada soviética en París se hiciera cargo de los funerales y el entierro, en una parcela de Pantin.

Al llegarles a ambos la hora de la muerte, Caridad tuvo más suerte que su hijo. Ramón Mercader, quien moriría tres años después, sería silenciosamente enterrado en el cementerio de Kúntsevo (muy cerca de la famosa dasha donde Stalin planeó y ordenó el asesinato de Trotski y de tanta, tanta otra gente), sin que sobre la loza se grabara su nombre: hasta hace unos pocos años sólo fue Ramón Ivanovich López, un anónimo héroe de la URSS. En cambio, Caridad del Río fue enterrada como tal y a su funeral asistieron unos pocos familiares y varios funcionarios de la legación soviética. Pero desde entonces la historia dio una voltereta y ahora Ramón, con su verdadero nombre grabado en el borde inferior del monolito de mármol sobre el que se enmarca incluso su retrato de asesino, todavía recibe flores de secretos y nostálgicos admiradores de su acción homicida e inútil. La tumba de Caridad, en cambio, exhibe la desolación de la muerte y la más triste, la del olvido. Peor aún: según el decepcionado empleado del camposanto de Pantin, sobre la tumba de Caridad se cierne un destino incierto.

Cuando iba a salir del cementerio todavía me acompañaba la extraña pregunta del empleado y decidí regresar a la oficina para saber la causa por la cual aquel hombre indagaba si alguien era familiar *precisamente* de Caridad del Río. El empleado, sin muchos deseos, me contestó que el contrato del espacio para la tumba, hecho por treinta años, había vencido el 28 de octubre del 2005, y que, de no presentarse una renovación antes del 28 de octubre del 2007, los restos de Caridad y de su yerno serían sacados y colocados en un osario. A la pregunta de quién había pagado el contrato inicial, el empleado se disculpó, pues no podía darme esa información. Pero vi en sus ojos que conocía perfectamente la respuesta que yo también conocía: la

embajada de un país que ya no existe. Como aquel país, el mismo para el que trabajó Caridad del Río y por el que mató su hijo, Ramón Mercader, la tumba de Caridad del Río parecía destinada a desaparecer —y quizás ya haya desaparecido—, porque hay historias y muertos con los que nadie quiere quedarse.

Mayo, 2007

NOSTALGIA POR LOS VIEJOS PLACERES

A mi esposa se le ha complicado la vida —más de lo que, por el solo hecho de vivir en este mundo, ya nos corresponde de previsible complicación. Un dermatólogo, luego de revisarle la frente, la nariz y los brazos ha determinado, con absoluto convencimiento, que a partir de ahora para ella está vedado tomar el sol, especialmente en las playas y más aún si el ciclo está nuboso. Si se expone a otras radiaciones cargadas de rayos ultravioletas, se arriesga a sufrir de un cáncer de piel, le ha advertido.

Algo diferente pero de similares connotaciones le ha ocurrido a un buen amigo cuyo nutricionista le recomendó, con toda la seriedad del caso, que si quería tener una vida larga y sana, sin sufrir de colesterol y ácido úrico altos, de hipertensión o diabetes, debía renunciar a las carnes rojas, blancas y de cualquier color (puro veneno), a los quesos y la leche (fatales para el tracto gastrointestinal), a las frutas (son dañinas, pues tienen azúcares) y hasta a esos milagros de la naturaleza que son el aguacate y la berenjena. La dieta apropiada para su bienestar debía ser de las llamadas macrobióticas, ricas en cáscaras, sabores a nada y en prohibiciones. De este modo mi amigo habría hecho su apuesta para tener una larga y saludable vida (siempre que no se expusiera demasiado al sol).

Hasta que mi esposa no fue al dermatólogo y mi amigo me contara de sus nuevos hábitos alimentarios, no asocié estos dos diagnósticos con las recomendaciones, que recibiera por *email* unos días atrás, de unos importantes estudiosos de la salud humana acantonados en el John Hopkins Hospital. Los sabios habían descubierto, según el texto leído, los riesgos que entrañaban para la salud la ingestión de café, té y chocolate, o el agua enfriada en envases plásticos, y aseguraban que el azúcar es el alimento predilecto del cáncer, entre otros inquietantes hallazgos.

Cientos de miles hemos sido los que, apenas por sufrir de un simple catarro, hemos salido de la consulta médica con un manajo de recetas más pesado que los mocos que cargábamos en la nariz y con el convencimiento de que el próximo cigarrillo que nos llevemos a la boca podría ser el último de nuestra vida —y de la vida de las diez personas más próximas a nosotros en el instante de darle fuego al mortífero canuto. ¿Y qué decir de los males que podría provocarnos la ingestión de cerveza, ron, *whisky* y hasta una botella de vino tinto, por no hablar ya del blanco?

Pero el mayor peligro que amenaza la salud de cada uno de nosotros y, por tanto, la supervivencia misma de la especie no es, sin embargo, la exposición al sol, ni la gula (el acto suicida de comernos un aguacate), ni las aficiones (ahora llamadas, con un simple retoque alfabético de profundas connotaciones semánticas y hasta morales, como *adicciones*) al tabaco, al café o al alcohol. La verdad es que la Gran Amenaza ha nacido con nosotros y cada uno de los seres humanos la llevamos entre las piernas: el sexo. Más que necesidad biológica o disfrute mental y fisiológico, el sexo se ha convertido en un factor de riesgo, como suelen llamarlo algunos, y su práctica debe

ser cautelosa, segura, mediatizada por una funda plástica, pues de lo contrario, nos jugamos la vida.

¿Y qué me dicen de viajar? ¿Alguien recuerda cuando desplazarse a otros sitios era una aventura, una experiencia insustituible, fuente de conocimiento de otras geografías, culturas, modos de vida? ¿Aquellos tiempos en que los aviones eran símbolo de un cierto *glamour* y las azafatas siempre jóvenes, amables y hermosas? Hoy por hoy, a pesar de lo que digan las agencias turísticas (engendros del capitalismo decadente sólo interesadas en sus ganancias), la verdad parece ser que viajar resulta la más riesgosa de las decisiones. El solo hecho de entrar a un aeropuerto puede quitarnos para siempre las ganas de movernos de nuestra butaca, frente al televisor o la computadora. Cada una de las personas que compra un billete de avión, más que un viajero (especialmente si su destino es Estados Unidos), se ha convertido en un presunto terrorista al que no se le puede permitir pasar los controles de seguridad sin ser revisado de pies a cabeza (partes pudendas incluidas) y sin concederle siquiera la posibilidad de cargar con un frasco de brillantina o un jarabe para la tos. En ese aeropuerto, donde por supuesto está prohibido fumar y donde, la verdad sea dicha, lo mejor es no arriesgarse a comer cualquiera de sus *fast-food*, machacan tanto al viajero con los riesgos que entraña montarse en un avión y volar, que sólo por empecinados y tontos que somos todavía nos atrevemos a desafiar ese oscuro peligro. Y una vez sobre el aparato macabro, ¿quién se atreve a pedirle un vaso de agua a esa azafata dictatorial que nos cobra hasta la sonrisa (*food for purchase*, aclaran ahora los cada vez más caros billetes) y, llegado el caso, parece dispuesta a bajarnos del avión en pleno vuelo?

Con todas esas advertencias que hoy nos acompañan, triste y científicamente fundamentadas, cada vez resulta más increíble constatar que la especie humana haya llegado hasta el presente, luego de tomar el sol durante millones de años, comer y beber sin conciencia (sólo para satisfacer el hambre y la sed), de fumar tabaco y otras hierbas, de practicar golosamente el sexo (y no sólo para reproducirnos) y de moverse de un sitio a otro, buscando satisfacer necesidades y curiosidades.

Hubo incluso un tiempo, no demasiado remoto, en que solíamos considerar placeres todos esos actos que hoy son cuando menos suicidas, pero no decir genocidas, como lo podría ser fumar un cigarrillo, en un bar, luego de beber una copa de vino o un café. La inconciencia con que nos asomábamos a la vida (cierto que no existía el SIDA, el calentamiento global ni el hueco en la capa de ozono), con menos prohibiciones y temores, pienso que la hacía más grata, aunque tal vez más corta. Hoy, sin embargo, cuando la especie humana en su conjunto está en riesgos de desaparecer en grande por su propia estupidez y su maltrato del maravilloso planeta que Dios nos obsequió, muchos se preocupan por morirse centenarios y con buena salud, limitando y hasta renunciando a aquellos viejos placeres pero, eso sí, quemando combustible y arrasando con la tierra, y sobre todo olvidando muchas veces que, para unos cuantos millones de cohabitantes de este mundo, un pedazo de

pan, un vaso de agua limpia y hasta un aguacate (vaya con el aguacate) no son unos enemigos, sino un lujo al que cada día les resulta más difícil acceder. Así somos, ¿no?

Julio, 2007

UN UMBRAL PARA LOS POBRES Y LOS CANSADOS

Fue en 1883 cuando la poeta judío-norteamericana Emma Lazarus, discípula de Ralph Waldo Emerson, admiradora de Heine y amiga del diseñador y socialista inglés William Morris entró en la eternidad de la literatura por una puerta singular. Se celebraba en Nueva York un acto dedicado a recaudar fondos para la construcción del gigantesco pedestal sobre el que se colocaría la estatua «La Libertad iluminando el mundo». Aquella impresionante obra del escultor francés Frédéric-Auguste Bartholdi era el obsequio que la República Francesa hacía a los Estados Unidos de América en ocasión del primer centenario de su independencia y el lugar escogido para erigirla había sido el puerto de Nueva York. Para la ocasión, Emma Lazarus escribió el poema titulado «The New Colossus», en el que aquella mujer, a medio camino entre la milenaria y persistente tradición hebrea y la naciente cultura literaria y social norteamericana del siglo XIX, exaltaba la generosidad sin límites con la que la joven república abría sus brazos a los inmigrantes del mundo que llegarían para conformar la caleidoscópica cultura del magnífico país del norte.

Give me your tired, your poor, / Your huddled masses yearning to breathe free, / The wretched refuse of your teeming shore, / Send these, the homeless, tempest-tossed to me, / I lift my lamp beside the golden door!,^[2] proclamaba la Madre de los Exiliados, como la llamaba Emma Lazarus desde el poema que no sólo inmortalizaría a su autora, sino que pretendería eternizar la relación de los Estados Unidos con los desposeídos e inmigrantes del mundo.

La estatua de «La Libertad iluminando al mundo», inaugurada en 1886 y colocada en el islote Bedloe, a la entrada misma del puerto, pronto se convertiría, con su nombre reducido a Estatua de la Libertad, en uno de los símbolos del país. Y desde su gigantesco pedestal, grabados sobre una placa de metal, los versos de Emma Lazarus comenzarían un diálogo con el mundo cuyas primeras palabras prácticas y concretas se solían decir en la cercana isla Ellis, por donde desde los tiempos de Lazarus y hasta bien entrado el siglo XX, arribarían a la nación norteamericana más de doce millones de inmigrantes (los descastados, los aventados por la tempestad) llegados de todas partes del mundo.

De no ser por aquellos hermosos versos, Emma Lazarus y sus escritos (donde, por cierto, también clamaba por la existencia de una Palestina hebrea, patria de los dispersos hijos de Israel) sólo serían hoy una referencia perdida en las páginas de alguna exhaustiva enciclopedia: apenas un jirón del pasado, tan extraño, curioso y difícil de encontrar como resulta ahora aquel legado maravilloso que exaltara en sus versos de poeta judía y conocedora, como buena judía, de éxodos y diásporas. ¿Qué hubiera pensado aquella poeta que arrastraba consigo arduos conflictos de raza y nacionalidad, tan espiritual y exaltada, de los muros que han dividido y dividen países, o de los exabruptos de algunos de sus hermanos de raza cultores del sionismo

por el que ella misma abogó? ¿Qué podría decir la Madre de los Exiliados?

Nunca como hoy la humanidad ha tenido conciencia de lo que significa el fenómeno de la migración. A pesar de ser tan viejo como el hombre y formar parte de su historia, al punto de haber decidido el ascenso humano en la escala evolutiva, los procesos migratorios se han ido cargando de razones económicas, políticas, religiosas y leyes que regulan y hasta impiden su realización. Desde estados que, por un lado, sólo con muchos requisitos permiten la libre emigración de sus ciudadanos hasta países que, por el otro extremo, pretenden cerrar puertos y fronteras a los inmigrantes, el flujo humano está marcado en nuestro presente, y con más fuerza que nunca, por la intolerancia, la selectividad y el peor de sus tumores, la xenofobia. Sin embargo, la razón esencial que rige los movimientos humanos sigue siendo la misma que impulsó al hombre primitivo desde las profundidades de Africa: la búsqueda de una vida mejor, casi siempre concebida como la necesidad de comer, vestir y guarecerse.

Los nacionalismos, cada vez más enquistados y furibundos, y la hipocresía de muchos gobiernos y sus políticos tratan hoy, desde su riqueza material o desde sus fundamentalismos ideológicos o religiosos, de condicionar y hasta de impedir una solución tan esencialmente humana que ninguna ley ni muro podrá impedir del todo, por todo el tiempo. El hambre, la falta de oportunidades, el cansancio que producen los fanatismos impulsa en la actualidad a grandes masas humanas tras el sueño de una vida mejor o, cuando menos, de una vida posible. Las diferencias económicas que marcan el mundo contemporáneo han trazado las rutas de esas oleadas migratorias del sur pobre al norte rico como el único cauce posible. El ansia del hombre —más que su derecho— a una vida mejor es la brújula que no se equivoca y conduce a millones de hombres y mujeres en el mundo de hoy.

Sólo que en este mundo nadie repite ya los versos de Emma Lazarus, nadie los graba en bronce. Por el contrario, tal vez algunos hasta piensen que aquella judía exaltada no tenía que haber bajado tanto. ¿Quién quiere hoy a los cansados, los pobres, los desencajados residuos de otras costas? ¿Algún país rico y pujante pide que le envíen a los aventados por la tempestad? Los umbrales dorados están a oscuras, nadie los iluminará, pero, aún así, a través de ellos, esos pobres y aventados encontrarán un resquicio hacia la vida.

Agosto, 2007

FUTUROLOGÍA CUBANA

Sería interesante saber quién fue el que echó a correr la idea de que los escritores cubanos tenemos una especial capacidad para develar el futuro. Sea quien fuere, su éxito ha resultado sorprendente: cada vez que un escritor de la isla caribeña es entrevistado por un periodista extranjero, la pregunta sobre cómo ve o se imagina el futuro del país, cae en algún momento del interrogatorio. El escritor debe sacar entonces la bola de cristal de la imaginación más desbocada, vestir el traje de pitonisa del siglo XXI, y tratar de convencer al periodista de que si muchas veces no entendemos nuestro presente, ¿cómo diablos vamos a tener una imagen potable del futuro?

La insistente pregunta de marras indica a las claras que Cuba y su destino conforman una problemática que inquieta incluso más allá de las fronteras de la isla (y, lógicamente, a mucha gente intriga más que la obra de sus pobres escritores). Pero razón no les falta a los cuestionadores pues, entre incertidumbres internas y acechanzas externas, el destino cubano se presenta para la mayoría de los interesados como una nube oscura en la que a duras penas se logran entrever algunas siluetas.

La última ocasión en que debí lidiar con la consabida pregunta, el periodista interrogador pensó que le tomaba el pelo cuando le dije que hoy, menos que nunca, podía apostar por ninguna de mis suposiciones futuristas. Cuando me expliqué un poco, ambos llegamos a la conclusión de que, después de mucho bregar, resultaba que en la isla apenas estábamos viviendo algo muy parecido a la página cien de una historia de misterio, cuando aventurar los posibles desenlaces resulta más osado e improbable.

Sin embargo, aun partiendo del hecho de que tengo más dudas que certezas, pienso que el año que iniciamos este noviembre y que, en muchos sentidos, concluirá con las elecciones presidenciales norteamericanas de noviembre de 2008, puede ser, por diversas razones, un año decisivo para el futuro de Cuba.

Como se sabe, «el problema» cubano tiene un indudable valor en el mercado de las votaciones norteamericanas. Por ello, con esa proverbial oportunidad para ser inoportuno, unos días antes de que la Asamblea General de la ONU aceptara un proyecto cubano que exige el levantamiento del embargo (o bloqueo), el cual fue apoyado por una inmensa mayoría de países, el presidente Bush marcó las pautas de su política epilodal respecto a la isla, proponiendo no ya reforzar el embargo, sino incluso el aliento de la subversión interna, y prometiendo la ayuda de su país a la isla una vez iniciado su período democrático y postcomunista.

Las propuestas del presidente norteamericano no son nuevas ni asombran a nadie: son propias de una relación traumática entre Cuba y Estados Unidos que, desde el siglo XIX, pasa por el tamiz imperial y prepotente de la política de Washington respecto a la isla y que, en los últimos casi cincuenta años, ha llegado a niveles de

irracionalidad y empecinamiento. ¿Cómo es posible que Estados Unidos tenga relaciones normales con China, incluso con Viet Nam, y se niegue a un trato más apacible con Cuba?

El discurso beligerante del presidente norteamericano ha tenido un efecto inmediato —el mismo de siempre—: la lógica respuesta del gobierno cubano de endurecer posiciones ante unas amenazas concretas. Si hace unos pocos meses — julio de 2007— el presidente en funciones Raúl Castro lanzó hacia el norte señales de una posibilidad de entendimiento en un plano de igualdad, el desplante de Bush las quemó en el aire y nos retrotrajo a nuestra permanente guerra fría. La mirada de los cubanos —a uno y otro lado del Estrecho de la Florida— están puestas ahora en el próximo noviembre, cuando un nuevo presidente norteamericano opte por uno de los dos únicos caminos posibles: o un mantenimiento de las actuales posiciones de hostilidad o el inicio de una distensión, esperada por muchos cubanos y norteamericanos desde hace tantísimos años.

El endurecimiento de la política de Bush hacia Cuba llega en un momento en el cual, dentro de la isla, se está discutiendo lo que, en puridad, se puede calificar de una posible transición: la búsqueda de cambios estructurales y conceptuales reclamados por el propio Raúl Castro, en una exhortación que ha impulsado a la silenciada opinión de los ciudadanos a rechazar políticas obsoletas y proponer opciones de cambio que incidan, cuanto antes, en lo que más les afecta: la vida cotidiana.

Aunque el gobierno insiste en que la opción socialista cubana es eterna y por tanto irreversible, una parte considerable de la población pide sacudidas profundas — incluso en los sectores más publicitados por el gobierno, como la salud pública y la educación, minados de problemas que van desde la falta de personal o su calificación hasta manifestaciones de corrupción—, políticas económicas más flexibles, calificadas por algunos de más realistas, e incluso proponen modificaciones en el sistema de toma de decisiones. En dos palabras: una transición del sistema actual hacia un estadio de mayor eficiencia económica y menos tensión social.

Los cambios, con los que los cubanos confían que mejoren sus condiciones de vida —salarios realistas, mayor acceso a la vivienda, revitalización de los patrones económicos, libertad para viajar— indican a las claras una inconformidad con diversas estructuras congeladas por la ortodoxia, la burocratización y el voluntarismo.

Una cuestión importante sería saber si realmente el gobierno cubano, en una atmósfera de beligerancia norteamericana y ante la diversidad de los problemas económicos internos, tiene la posibilidad (y la voluntad) de generar esas modificaciones y hasta qué nivel las llevaría o si las fuerzas conservadoras siempre aferradas a sus estatus optan por el inmovilismo, aun en contra de una opinión popular cada vez más extendida y en contra incluso de las exigencias de la realidad.

En un país donde, por décadas, no se ha encontrado solución a los problemas de la vivienda y los abastecimientos, donde se reconoce por sus dirigentes que el interés por el trabajo ha decaído en la medida en que los salarios son insuficientes para la

satisfacción de las necesidades cotidianas de la familia, en donde las formas de producción en sectores como la agricultura han hecho patente su ineficiencia o la circulación de dos monedas —pesos cubanos y divisas— ha generado diferencias de posibilidades en la población con o sin acceso a los llamados «pesos convertibles», y en el que se están observando hace años deterioros éticos —corrupción, prostitución, etc. y manifestaciones ascendentes de indisciplina social y de violencia callejera, ¿es aconsejable, o ya resulta indispensable introducir cambios «estructurales y conceptuales»?

El futuro de Cuba que tanto interesa a los periodistas que entrevistan a los escritores parece estar decidiéndose en estos momentos. El futuro está en el presente, y se juega dentro y fuera de la isla. La necesidad de cambios —sin injerencias amenazadoras— en muchos sectores de la vida del país definirá el futuro donde, tal vez, haya incluso cambios políticos. El inmovilismo de un lado y la agresividad imperial, del otro, sólo podrán traer consecuencias como el enquistamiento de los problemas, hasta que estos se hagan asfixiantes o hasta que el futuro sólo sea una réplica grotesca del presente.

Noviembre, 2007

HORIZONTE CUBANO

Mucho antes de que Einstein lo redujera todo a una fórmula matemática y nos hiciera más difícil comprenderlo, para la mayoría de los seres pensantes la relatividad de cada uno de los elementos del mundo era ya una circunstancia evidente. En mi caso particular creo que la primera noción de su existencia está relacionada con el horizonte, y debió de metérseme en la cabeza aquel día, cada vez más remoto, cuando en una plácida playa cubana mi madre trató de explicarme que la línea donde se unían el mar y la tierra era el horizonte, pero sólo *nuestro* horizonte: para los que estaban en la carretera que corría cerca de la costa, o para los que navegaban en el barco que se veía a la distancia, me dijo, el horizonte podía parecer el mismo, pero ya no lo era: estaba más acá o más allá de nosotros y era *otro* horizonte.

Esa relatividad de lo limitado, esa movilidad de lo circunscrito a la cual tan acostumbrados estamos los habitantes de las islas, que casi cada día tenemos alguna visión plena del horizonte, me ha vuelto a la mente en estos días en que, leyendo los más diversos comentarios sobre la actual situación que se vive en Cuba y sus posibles proyecciones futuras, he meditado sobre nuestros horizontes, mientras me topaba con las más antagónicas perspectivas sobre su existencia, y que van desde la que expresó el presidente Bush al conocerse la elección de Raúl Castro como nuevo presidente cubano hasta las de algunos entusiastas de siempre, por lo general enamorados del *proyecto* cubano pero también desconocedores en carne propia de la dura realidad cotidiana que, por diversos motivos, han debido sufrir los hombros de los ciudadanos sobre los cuales se ha alzado el *proyecto*, ciertamente pesado para las vidas —la vida, la única—, de los que lo hemos vivido día a día.

Los que esperaban grandes cambios —y hasta de transición se hablaba— se han sentido defraudados en su apuesta de todo o nada. Mientras, los que dentro de la isla estamos a la expectativa de modificaciones sustanciales, nos hemos quedado con la ansiedad de saber cómo, cuándo y cuáles son los cambios desde hace varios meses anunciados por el entonces presidente provisional Raúl Castro y que sobre todo parecen concretarse en ciertos movimientos económicos en sectores como la desastrosa agricultura estatal o la política monetaria, y en organizativos, a nivel gubernamental, aunque tal vez lleguen hasta una cierta democratización de estructuras de toma de decisión, pero no de la línea política implantada hace más de cuatro décadas.

Quizás la peor forma de imaginar o tratar de establecer un horizonte cubano para un futuro más o menos cercano haya sido el de las comparaciones de algunos analistas con otros modelos: mientras algunos hablan de una transición «a la española», otros piensan en un giro hacia el paradigma chino, y hasta se menciona la posibilidad de que estemos al inicio de una demoledora transformación a la ruso-soviética. Pero la realidad cubana —especialmente la económica— nada tiene que ver con esos ejemplos y, hoy por hoy, no parece estar en las mentes de los nuevos-

viejos dirigentes cubanos.

Lo cierto es que suficiente o insuficientemente, algo en Cuba ha comenzado a moverse en el último año y medio y la tendencia más reciente parece indicar hacia la aceleración. Sin duda la primera y creo que la más importante señal de esa variación se encuentra en las calles cubanas. En lo que mi memoria recuerda nunca antes la gente habló tanto de su realidad, la discutió y la cuestionó, esperando algo diferente de ella: *The people talking about*, como decía la canción, y se «respira» la posibilidad de los cambios, se les menciona incluso —libertad para viajar, disminución de trabas burocráticas, acercamiento entre el salario y el costo real de la vida, y hasta mayor espacio expresivo de los individuos.

Aunque no lleguen a ser esenciales, esas esperanzas populares pudieran ser capitales para la vida de muchos cubanos, y por ende para un país donde fenómenos como la migración sin retorno es no sólo una aberración legalizada, sino y sobre todo, una sangría que pudiera complicar el horizonte de una nación de la cual emigran, con mayor frecuencia, los ciudadanos más capaces y mejor preparados, de los modos más diversos y hasta arriesgados.

Mientras, en el plano de la realidad concreta, dos acontecimientos trascendentales ocurridos luego de la elección del nuevo gobierno, el pasado 24 de febrero de 2008, marcan una diferencia política considerable. El hecho de que el primer representante de alto nivel de un gobierno foráneo recibido por el nuevo presidente haya sido un dignatario nada más y nada menos que del Vaticano —el cardenal Tarcisio Bertone, secretario de Estado— resulta una significativa casualidad que tuvo su acento peculiar cuando, por primera vez desde la visita de Juan Pablo II a Cuba, se transmitiera por la televisión estatal —la única existente— la misa efectuada en la Plaza de la Catedral habanera, ante miles de entusiasmados fieles, quienes aplaudieron los reclamos públicos —y que seguramente hizo oficialmente en privado— de una iglesia católica que clama paciente pero insistentemente por mayores espacios civiles y religiosos, al margen del sombrero del abarcador estado socialista.

Casi inmediatamente, en la sede de las Naciones Unidas, el canciller cubano cumplió la promesa del gobierno de firmar los importantísimos protocolos que son los Pactos Internacionales sobre Derechos Económicos, Sociales y Culturales y el dedicado a los Derechos Civiles y Políticos. Y aunque el funcionario de la isla indicó que Cuba firmaba esos pactos con «reservas» (!) en cuanto a la aplicación de todos sus postulados, el hecho de que el país se haya adherido a tan raigales acuerdos internacionales sobre los derechos humanos, es un cambio político trascendente, quiéranlo o no los extremistas de uno u otro lado del teclado.

El horizonte cubano de hoy no es nítido ni mucho menos. Y resulta de los más relativos que nadie pueda imaginar. Pero lo significativo es que se mueve: y lo que se mueve, cambia, y lo que cambia, genera expectativas. Cuándo se llegará al horizonte que desde distintos puntos ven unos y otros —o que algunos incluso niegan que exista— es parte de ese nerviosismo palpable en la atmósfera de una isla que,

parafraseando a un poeta, vive la circunstancia de estar rodeada de agua y de horizontes por todas partes.

Marzo, 2008

LOS CUBANOS SE DESPIDEN DEL SIGLO XX

Es muy probable que algunos lectores despistados, al topár con una de las noticias más extrañas que en estos días ha recorrido el mundo, hayan pensado que se trataba de un error o, más aún, que estaban leyendo un periódico viejo. La confirmación de que los ciudadanos cubanos residentes en Cuba (esa cualidad es importante) al fin podrán contratar libre y personalmente sus líneas de teléfonos celulares, adquirir computadoras, hornos de microonda y reproductores de DVDs en las tiendas que operan con divisas dentro del país, y hasta tener el derecho a alojarse en hoteles de primera categoría y alquilar autos con la única condición de que tengan suficiente «moneda dura» para pagarse el lujo, ha provocado un justificado asombro a los menos enterados y una risita irónica a los más conocedores de la realidad múltiple y tan difícil de decodificar de esta isla del Caribe.

Que los cubanos hayan estado entre los últimos habitantes del planeta en tener libre acceso a la telefonía celular que revolucionó el sistema de las comunicaciones en el siglo pasado, o que la adquisición de reproductores de DVDs y computadoras personales haya sido una cuestión silenciosamente permitida por el nuevo gobierno (que yo sepa no se ha publicado en ningún medio oficial de la isla, aunque las confirmaciones y los comentarios callejeros abundan), es una realidad que contrasta abiertamente con la tradición de «adelantados» tecnológicos que solíamos tener.

Cuba fue el primer país de Hispanoamérica que, en los albores del siglo XIX, tuvo ferrocarril (antes que España, la metrópoli colonial en aquel entonces), el primero donde se realizó, precisamente, una trasmisión telefónica (obra del inventor italiano Meucci y no de Graham Bell) y el segundo en el hemisferio occidental en transmitir y recibir señales televisivas, mucho antes que casi todos los países europeos. Fue también la primera nación de América Latina que desterró el analfabetismo con una gigantesca campaña concluida en 1961, y el único del subcontinente que envió un hombre al cosmos. Además, al decir de los eslogans oficiales, somos el país «más culto del mundo», y el que más fervientemente practica la solidaridad internacional, con miles de médicos y técnicos laborando en los rincones más pobres y difíciles del planeta. Súmese a eso que en Cuba no existe la poliomielitis hace muchos años y que los índices cubanos de mortalidad infantil son inferiores incluso a los de Estados Unidos. Pero ninguna de esas condiciones históricas y actuales consiguió que los cubanos salieran del siglo XX al mismo tiempo que el resto del mundo.

La posibilidad recién abierta a los moradores de esta isla mítica y mágica de acceder a esos bienes y ventajas del siglo XX llega marcada, sin embargo, por la gravitación de un problema económico mucho más arduo: todas esas opciones prácticas deberán ser pagadas en «moneda dura» (los pesos cubanos convertibles, canjeables por divisas o por una alta cantidad de pesos «nacionales») lo que hace que una simple llamada telefónica desde un celular (de uno o dos minutos de duración)

pueda costarle al emisor y al receptor más o menos lo que, en pesos cubanos, equivale a su salario de todo un día, si es de los que trabajan para el abarcador estado cubano que paga un salario mensual promedio de unos cuatrocientos pesos, o sea, unos dieciséis pesos convertibles, o sea, unos doce euros...

Precisamente esa proporción deformada entre salario real y vida cotidiana es, hoy por hoy, una de las grandes preocupaciones del gobierno cubano. La urgencia de adecuar los precios de los productos de primera necesidad a la realidad de los salarios estatales es un tema recurrente, alrededor del cual se habla de la prioridad de producir más, de ganar en eficiencia económica, de atraer a esos trabajadores que hoy están desvinculados precisamente por la precariedad de los salarios. Paralelamente se habla de la elevación de los niveles de vida deprimidos —diría que aplastados— por la crisis económica de los años 1990, con recuperaciones ya perceptibles, en el transporte urbano, la entrega de energía eléctrica, la oferta de medicinas, que van devolviendo el país a una nueva normalidad.

Pero mucha gente dice: no importa lo que cueste, al fin tendremos celulares... Aunque tampoco esto es totalmente cierto: una buena parte de los cubanos que pueden pagarse el lujo de portar un celular en su cintura (mientras más visible, mejor), comprar un reproductor de DVD o una computadora, ya los tenían desde antes de que esa posibilidad fuese legalizada por el nuevo gobierno que preside Raúl Castro, quien, al fin, ha comenzado a revelar los primeros cambios que tenía programados, los cuales sólo requerían de una firma sobre un decreto ya escrito por la presión de la realidad, la vida y los tiempos que corren por el mundo.

Desde hace unos cuantos años —todos los que tengo— estoy escuchando decir que los cubanos son ostentosos, exhibicionistas y prefieren vestir bien antes que comer, entre otras cualidades. La experiencia de mi vida me ha demostrado que el cliché suele ser cierto y, en los últimos años, he visto florecer lo que hemos bautizado como la «especulación», o sea, el arte de demostrar que se *tiene* y se goza de lo que para otros es inaccesible, precisamente gracias a la precariedad y la escasez. Que recuerde, sólo la posesión de un automóvil —su venta ha sido estrictamente regulada en el país desde hace cincuenta años— ha podido superar la «especulación» que generó la posesión de un teléfono celular. Hasta ahora únicamente los extranjeros y los funcionarios de empresas ligadas a capital foráneo tenían la posibilidad legal de contratar líneas de telefonía móvil, pero los «especuladores» buscaron los resquicios posibles para que alguno de esos afortunados les cedieran, incluso les vendieran, la apertura de un contrato, generándose otro nuevo renglón de corrupciones y ofertas del mercado negro. El teléfono celular en la cintura se convirtió entonces en una muestra de éxito económico y social, aunque una buena parte de los portadores sólo usaban el móvil para identificar quien los llamaba y emplear los cinco primeros segundos de comunicación (gratuitos) para decir: «Ahora te llamo» (o en el más puro miamense: «Te llamo pa'trás») y buscar un teléfono público de los que funcionaban con monedas de pesos cubanos... Lo importante no era usar el celular, sino *tenerlo*. Y

más que tenerlo, *mostrarlo*.

Quizás para ese lector despistado que pensó tener en sus manos un periódico viejo, estas noticias y actitudes tan cubanas sólo puedan parecer una manifestación de folclore caribeño. Pero lo cierto es que el hecho de que por primera vez los habitantes de la isla puedan tener legalmente un teléfono que no le haya sido «asignado» por el Estado, ver en su DVD una película que no haya sido transmitida por el Estado, usar una computadora en la cual pueda trabajar y almacenar información al margen del Estado, y adquirir ciclomotores eléctricos —que según comentarios fueron comprados todos los existentes a las pocas horas de levantada la restricción— es algo novedoso. Cada uno de esos «acontecimientos» representa mucho más que un salto en el tiempo: es una ganancia de albedrío enorme, y significativa para un país cargado de controles y prohibiciones obsoletas, como los han calificado los propios dirigentes. Bienvenido sea entonces el celular y lo que su diminuta dimensión física en realidad encierra para los cubanos.

Abril, 2008

LA DIVERSIDAD POSIBLE

Algunos parecen haberlo olvidado, pero mucha gente lo recuerda con dolor, porque hay heridas que nunca cierran —o cierran en falso, como recuerda el bolero—: hace apenas treinta años ser homosexual, en Cuba, podía ser motivo suficiente para merecer el castigo de la interrupción de los estudios universitarios o para ser expulsado de un centro de trabajo en el cual las personas se relacionaran con «el público». Unos años antes, en la ya revolucionaria década de 1960, decenas de homosexuales habían sido recludos en campos de trabajo «reeducativo». Demasiadas y siempre sórdidas son las historias (y las heridas) que aquella política discriminatoria, sustentada en una vieja tradición machista y en las exigencias de la nueva ortodoxia socialista, dejaron en la sociedad y la vida cubanas.

Pero resulta que ahora, en varias ciudades de la isla, acaba de celebrarse una jornada nacional por el Día Internacional contra la Homofobia, una especie de encuentro del orgullo gay, que incluyó conferencias, *shows* de transformistas, presentaciones de libros, películas, obras de teatro y... el creciente comentario de venideros cambios legales y constitucionales que abrirán los todavía estrechos senderos hacia las operaciones de cambio de sexo y permitirían a las parejas homosexuales tener matrimonios civiles y hasta la posibilidad de adoptar niños, algo muy poco común en Cuba, incluso para las parejas heterosexuales.

Cuando se habla de los cambios que están ocurriendo o deberían ocurrir, y se especula sobre los que ocurrirán en la isla socialista del Caribe, por lo general se piensa en virajes económicos y políticos, que algunos analistas llegan a ver como una apertura hacia la economía de mercado y hasta como una modificación total del sistema. Sin embargo, junto y a veces al margen de las transformaciones que se han producido en los últimos meses y de las que se especulan podrían venir, en Cuba se está generando una profunda mutación en la mentalidad colectiva, a veces menos visible pero sin duda también trascendente para el presente y el futuro de la nación.

En un país donde la uniformidad de pensamiento ha sido forjada y promovida por todas las estructuras e instituciones del abarcador estado socialista, la existencia de espacios para sostener que «la diversidad es la norma» (según el eslogan bajo el que se celebró al acto nacional por el Día Internacional contra la Homofobia) resulta una notable variación social y política, además de una constatación de los nuevos derroteros que recorre la sociedad cubana.

La compleja diversidad sexual, en un país tradicionalmente machista y en el cual la homosexualidad fue, además, un estigma político durante muchos años, puede leerse entonces como el reconocimiento de la posibilidad de aceptar otras diversidades, también necesarias y reclamadas por una parte del entramado social.

Quizás —y con cierta razón— se pueda pensar que el hecho de admitir la diversidad sexual es y siempre debió haber sido una opción individual y que, por tanto, en nada afecta la esencia de una sociedad en donde, por demás, ya existe esa

diversidad y hasta ha sido asumida desprejuiciadamente por muchos de sus integrantes (pues debe recordarse también que el caso de Cuba no admite comparación con los violentos procesos de Brasil o México, donde la homofobia produce decenas de asesinatos de homosexuales). Pero habría que recordar, entonces, lo ocurrido en el pasado con el fenómeno de la homosexualidad y lo que para las pautas ideológicas del sistema cubano significa la aceptación de esa convivencia antes estimada transgresora.

Hay otros espacios donde, aun sin eslogans y celebraciones, se hace patente la diversidad social cubana de hoy. Quizás el más visible sea el mundo de la cultura, donde desde la década pasada (los años por los que se estrenó la película *Fresa y chocolate*, precisamente una historia sobre la intransigencia sexual y política) conviven las más disímiles miradas e interpretaciones sobre la realidad cubana, sufriendo a veces la censura, esquivándola en otros muchos casos, pero existiendo y extendiéndose como miradas alternativas sobre los fenómenos sociales.

Cuando hace casi un año la sociedad cubana fue convocada por el presidente Raúl Castro a pensar y expresar *sin temores* sus preocupaciones, ideas y sugerencias sobre los más variados aspectos de la vida nacional, se desató un impulso telúrico que recorrió el país y demostró cuánta diversidad de pensamiento y expectativas existía en la nación aparentemente homogénea y uniforme. Al parecer, el aplazamiento por razones económicas o por decisiones políticas de otras alternativas económicas, sociales e individuales, no significaron su desaparición de las expectativas de muchos cubanos y apenas se hizo necesario convocarlas para que estas surgieran, en toda su diversidad.

Por su propia historia y formación, Cuba siempre ha sido un país heterogéneo y diverso. Quizás fueron esas condiciones las que, a pesar de la uniformidad, nos salvaron de muchos de los más dolorosos extremos de la ortodoxia que patentizó el socialismo real en Europa y Asia. Otros, como la homofobia institucionalizada, o la pretensión de crear un realismo socialista tropical, sí nos tocaron. Pero ahora, convocada *la diversidad*, y aceptada como *norma*, quizás el sistema social cubano esté avanzando hacia una complejidad social y hasta económica más abierta, hacia un abanico de opciones individuales mucho más libre y satisfactorio.

Mayo, 2008

REALISMO SOCIALISTA

Cuarenta y seis años después de su proclamación, el socialismo cubano parece haber recuperado, al fin, la noción del valor del dinero como regulador económico y catalizador social. Casi medio siglo de imperio de las bellas palabras, de invocación de los estímulos morales y materiales (nunca demasiado *estimulantes*), de lucha frontal contra el dinero, van dejando espacio a un realismo (socialista) en el cual se le pide a la gente que trabaje no sólo porque el trabajo engrandece al hombre y lo justifica como ser social, sino porque si trabaja más y mejor, podrá tener más dinero.

Que las más altas esferas de decisión política y económica de la isla, ahora en manos del general Raúl Castro, hayan tenido este atisbo de realismo que busca como principal objetivo la productividad y la calidad del trabajo físico e intelectual, resulta una señal de que la vida real y el discurso empiezan a acercarse.

Desde que se esfumaran los días de la bonanza socialista de los años 1980, cuando el salario les permitía a muchos cubanos los «lujos» de irse a un restaurante y hasta pagarse un fin de semana en un hotel, el trabajo para el Estado dejó de ser una fuente de ingresos con la cual los cubanos contaran para vivir. La explosión de la crisis económica de los años 1990, eufemísticamente bautizada como «período especial en tiempos de paz», enfrentó al país con su realidad más dramática (pobreza, falta de recursos, incapacidad productiva, atraso tecnológico, desorganización empresarial, altos niveles de robo), pero la retórica del sacrificio se sostuvo aun cuando se hacía evidente la descomposición del entramado social.

Como la gente no podía comer con la retórica, la desertión laboral hacia esferas más lucrativas o al menos con más posibilidades económicas (el turismo, las empresas mixtas con capital extranjero, los trabajos por cuenta propia) o la fuga hacia el exilio, prácticamente desmantelaron varias esferas del sistema laboral (entre ellos la educación) y patentizó la pregunta que hacía todo aquel que buscaba un trabajo: antes de investigar cuánto se pagaba, la gente preguntaba qué se «resolvía» en la plaza ofrecida. Y si no se «resolvía», pues volvía la espalda y prefería vivir del «invento» antes que de un trabajo estatal, con una remuneración a veces ridícula.

El propio gobierno ha reconocido varias veces, a lo largo de los dos últimos años, que los salarios que paga el Estado son insuficientes. Eso es realismo, y su manifestación se reduce a dos palabras: la gente no puede vivir sólo de lo que el Estado le paga por su trabajo. Aunque siempre la comparación de cuánto ganaría en dólares o en euros un trabajador cubano provoca las reacciones adversas de las esferas oficiales, lo cierto es que en un país donde se promete eliminar las gratuidades «indebidas», reducir una cantidad importante de subsidios (incluidos los alimentos) y crear bases impositivas para todas las labores (hoy sólo pagan impuestos los independientes y quienes trabajan para empresas de capital mixto), no se puede dejar de buscar una equivalencia que se hace patente cuando alguien entra en una de las llamadas tiendas de recuperación de divisas y, para comer o para bañarse, debe pagar

el equivalente a dos euros por una botella de aceite de soya o el de medio dólar por una pastilla de jabón. Porque a pesar de las gratuidades y subsidios que se mantienen, a pesar de la seguridad social, de la educación y la salud pública gratuitas, lo cierto es que el equivalente de un salario cubano de cuatrocientos pesos mensuales es de unos quince euros...

Un ejemplo dramático de los mecanismos económicos que mueven a la gente y al mercado laboral en Cuba ha ocurrido recientemente con los choferes de ómnibus. Durante años la falta de control convirtió esa labor en una fuente de altos ingresos debido al robo del dinero recolectado por el cobro del pasaje. Cuando a principios de este año los antiguos «camellos» fueron sustituidos por nuevos ómnibus articulados, equipados con alcancías que limitaban el contacto directo de los cobradores con el dinero, muchos choferes de ómnibus pensaron dejar su trabajo, o de hecho lo dejaron, pues el atractivo de poder ganar diariamente unos cien pesos adicionales (el salario mensual es de alrededor de esos cuatrocientos pesos antes mencionados) era el que lo mantenía detrás del timón. El ejemplo es sólo eso: un ejemplo de una realidad extendida.

Junto a disposiciones legales que permiten a los trabajadores ganar altos salarios de acuerdo a su productividad, la desaparición del tope máximo de salario, o la anunciada posibilidad de que una persona tenga más de un contrato laboral, el gobierno cubano ha emprendido una cruzada a fondo contra el también eufomísticamente llamado «desvío de recursos», que en realidad es lo que en todo el mundo se conoce como robo. El robo de todo lo «robable» constituye una práctica cotidiana en Cuba donde lo mismo es factible de ser robado el tambucho de la basura —las ruedas sirven para hacer carretillas y el plástico para fundirlo y fabricar adornos para el pelo— que materiales de construcción, comida o lo que caiga a mano. Gracias a ese desvío de recursos que permitía —y permite aún«resolver» a mucha gente, es que se puede explicar que tantas personas compren el aceite y el jabón de dos párrafos antes.

El nuevo gobierno cubano ha hecho tres llamados fundamentales al país: trabajo, ahorro y disciplina. Sabe que esa representa la sagrada trinidad que podrá darle estabilidad y durabilidad al sistema. La crisis energética y alimentaria mundial ha creado nuevas encrucijadas económicas y un país como Cuba, todavía hoy en buena medida dependiente de su agricultura, no puede darse lujos como el de tener ociosas una gran cantidad de tierras y ha comenzado lo que bien podría calificarse de una nueva reforma agraria.

Mientras, las costosas movilizaciones millonarias de ciudadanos que adornaban actos políticos en todo el país se han reducido casi hasta desaparecer. En lugar del millón de personas con que se celebraba el acto político por el 26 de julio —fecha del inicio de la lucha armada de Fidel Castro y sus compañeros, en 1953—, este año se anuncia que serán diez mil los representantes del pueblo convocados.

Si bien es cierto que muchas cosas que se espera cambien en Cuba aún no han

cambiado, lo que sí resulta evidente es cómo se va modificando la relación entre el discurso y la realidad: y este es, sin duda, un cambio grande y significativo en un país urgido de soluciones que empiecen a recolocar las cosas en su sitio. Por lo pronto el dinero ha vuelto a recuperar su sonido y se habla de él, de su falta, de su presencia y de su necesidad como una razón esencial para que las personas trabajen y vivan. En Cuba socialista.

Julio, 2008

UNA COLA DE DOS ORILLAS

Quizás la institución más sostenida y urticante establecida en la Cuba de las últimas cinco décadas ha sido la cola. Desde los primeros años del triunfo revolucionario, cuando la escasez comenzó a convertirse en una presencia cotidiana, la cola fue creando su filosofía, y casi ningún cubano de los que ha vivido la realidad del país en estas cinco décadas ha podido estar ajeno a preguntas como «¿Quién es el último?», para buscar su lugar en la fila del pan, del ómnibus o del médico, ni a temblar ante la posibilidad de escuchar la frase más temida por los cubanos en este medio siglo: «Se acabó, caballeros» —refiriéndose a lo que se compraba o se obtenía luego de hacer la cola.

Las colas, sin embargo, tienen una lógica. Perversa pero estricta. Los primeros tienen más posibilidades de alcanzar el producto o el servicio al que aspiran, los últimos casi nunca acceden a él, sea lo que sea.

Pero hay una cola en Cuba capaz de escapar de todas las lógicas, de las artimañas de los «coleros» más entrenados y hasta de las intervenciones del más allá en que se empeñan santeros y espiritistas. Es la cola más dramática y frustrante (o gratificante) que se realiza en la isla y tiene como fin algo tan volátil y concreto como un visado.

En los finales de la década de los 70 del pasado siglo, el gobierno de Jimmy Carter dio importantes pasos hacia un entendimiento entre Washington y La Habana, distanciados desde la ruptura de relaciones decretada por Estados Unidos en 1961. Uno de los resultados de aquellas conversaciones fue el establecimiento de oficinas de intereses en una y otra capital. Desde entonces la Oficina de Intereses de Estados Unidos en La Habana se ha encargado de realizar los trámites migratorios de los cubanos que aspiran a viajar temporal o definitivamente a aquel país. Y, en las más diversas modalidades imaginables, el medio para llegar a una de las ventanillas de ese edificio siempre ha sido «la cola de la oficina de intereses».

Demasiado extenso sería establecer el más sintético panorama de las etapas por las que, a lo largo de estos cincuenta años, ha pasado la cuestión migratoria cubana hacia los Estados Unidos. Pero algo se ha mantenido inalterado durante todo ese tiempo y ha sido la utilización con fines políticos de la separación de las familias, de la posibilidad de viajar de un país al otro y de emigrar legal o ilegalmente.

La cola de la Oficina de Intereses representa, mejor que ningún documento o política expresa, la temperatura de unas relaciones traumáticas entre dos países con tantos nexos históricos, culturales y familiares. En esa cola se han manifestado todas las políticas sostenidas por los diversos gobiernos norteamericanos respecto a la isla y todas las razones de los cubanos que han soñado con saltar al otro lado del Estrecho de la Florida.

Cuando alguien se lanza a buscar un turno en esa cola, con la intención de viajar hacia Estados Unidos —temporal o definitivamente— sabe que cae de inmediato en el circuito de la sinrazón, de la manipulación de la lógica y de la imposibilidad de

aplicar ningún principio estadístico. Es una cola donde nunca se sabe qué ley es la que rige, ni se conoce cuál es la prioridad favorable y en la que ni siquiera los «polvos» mágicos de los más renombrados santeros cubanos han logrado una efectividad atendible. El sueño de viajar y del reencuentro familiar demasiadas veces sufre allí descalabros por razones que pueden cambiar de un día para otro, incluso de una persona para otra y hasta con la misma persona: una vez alguien puede ser posible emigrante y la otra no, gracias a la consideración personal de un funcionario que le permite (o no) a esa persona acceder al visado y a la posibilidad de materializar un sueño.

El absurdo cotidiano que se vive en la cola de la Oficina de Intereses ha sido, en el fondo —y en la superficie— el absurdo de la política hacia el sistema cubano que han mantenido los diversos gobiernos norteamericanos durante estos años. El hecho de que el derrocamiento del gobierno socialista cubano se haya convertido incluso en un rubro de la política doméstica norteamericana y en una importante carta electoral, ha alterado el necesario realismo con el cual se debían ver las relaciones entre estos dos países. La política del embargo establecido en 1962 por el gobierno de John F. Kennedy, ha vivido momentos de laxitud —los menos— y de endurecimiento —como los propiciados por George W. Bush— sin que unos ni otros hayan conseguido su objetivo mayor. El gobierno cubano, mientras tanto, ha tenido en el embargo y en las diversas agresiones norteamericanas a Cuba un valioso aliado para procurar la fortificación política e ideológica del país y castrar las posibles disidencias.

Hace un año, cuando el todavía presidente provisional Raúl Castro envió un gesto de entendimiento al gobierno norteamericano, la respuesta fue hostil y fundamentalista y la contrarrespuesta resultó ser la esperada. Y es que después de cincuenta años, la hostilidad de Washington (cuyo mayor resultado ha sido el sufrimiento de las personas individuales) no mueve al gobierno cubano.

Hoy, cuando están a la vista las elecciones en Estados Unidos, los cubanos nos preguntamos qué podrá cambiar en unas relaciones enquistadas y que tanto nos afectan. La posibilidad que anuncia McCain es más de lo mismo y ya todos sabemos que el gobierno cubano responderá con más de lo mismo: unidad, intransigencia, rechazo al cambio. Obama, por su parte, promete algunos movimientos —en los viajes y las ayudas económicas familiares— sin tocar la esencia. Y aunque cada vez más personas, incluso más políticos, reconocen que la táctica empleada hasta hoy no ha obligado ni obligará al gobierno cubano a introducir modificaciones —más bien lo contrario— el tema cubano, siempre en juego durante los períodos electorales, no promete cambios de fondo que, quizás, sí moverían las fichas del dominó. ¿O es que el estancamiento, en uno y otro sentido, es precisamente lo que necesitan los políticos?, se preguntan los cubanos. Mientras, quienes tejen su ansiedad en la cola de la Oficina de Intereses miran hacia ese edificio gris y frío, más enigmático y voluntarioso que el viejo oráculo de Delfos: allí puede estar la respuesta a su destino.

Agosto, 2008

LA ESPERA CUBANA

Algunos escritores y pensadores cubanos han reflexionado sobre la agobiante presencia de *la espera* en la historia y la vida cotidiana del país. El hecho de que desde la cristalización de la nacionalidad, en el siglo XIX, los cubanos siempre tuviéramos que *esperar* del futuro la llegada de algo que nos completara o que nos aliviara (la independencia política, un mejor gobierno, el desarrollo económico, etc.), hizo de esa vigilia del porvenir una actitud tan visceral que muchas veces se tornó inconsciente y se integró como una parte armónica del carácter nacional: casi todos los cubanos, al margen de credos políticos, sociales y religiosos, hemos vivido, y vivimos, a *la espera* de algo.

Quizás el mejor modo de ver cómo y cuánto se ha integrado *la espera* al subconsciente cubano está en la paciencia infinita que hemos desarrollado para resistir las colas que durante cincuenta años hemos debido realizar para cada uno de los actos de la vida cotidiana, aunque la verdadera coronación de *la espera* como actitud vital se puede observar en la extendida práctica de aniquilar el tiempo con la cual tantos cubanos gastan sus horas en cualquier sombra propicia, a *la espera* de algo (tal vez caído del cielo) que les mueva la vida.

En los últimos dos años los cubanos residentes dentro y fuera de la isla hemos vivido a la expectativa de los posibles cambios que se podían (o se *debían*) producir en las esferas económica, social y hasta política de la polémica y atractiva isla del Caribe. *La espera* de esas transformaciones llegó a tener momentos de alza dramática cuando a mediados de 2007 el gobierno admitió la necesidad de cambios «estructurales y conceptuales» en el modelo económico y social, y sobre todo cuando se oyeron voces que públicamente reclamaban algunos de esos movimientos (en el congreso de la Unión de Escritores y Artistas, por ejemplo) y cuando se comenzaron a introducir algunas transformaciones y eliminar prohibiciones, aunque la mayoría de ellas se ubicasen más a un nivel formal que en el universo estructural o conceptual del modelo social. Pero la dilatada *espera* de nuevos y más profundos movimientos soñados que no parecen llegar nunca ha ido venciendo las expectativas de meses atrás y ha vuelto a despertar la inercia de *la espera* sin horizontes.

Uno de los cambios por los que se apostaba y con más ansia se *esperaba*, era el relacionado con el rígido y limitador mecanismo migratorio que deben seguir los ciudadanos cubanos para viajar al extranjero (el llamado «permiso de salida» sin el cual nadie puede cruzar legalmente las fronteras de la isla). En ciertos círculos, incluso, se llegó a criticar abiertamente —por primera vez dentro del país— la existencia de esa onerosa autorización de la cual depende la libertad y la posibilidad de viajar de los ciudadanos. Más recientemente hasta se comenzó a hablar de su inminente derogación o de un cambio, más realista para la lógica cubana, como sería la sustitución del permiso por una autorización válida por dos años que se estamparía

en el pasaporte en el momento de su obtención.

Como casi siempre ocurre en los flujos que conectan la base de una sociedad con su superestructura, la insistencia de tantas personas en la necesidad de eliminar el permiso de salida ha estado respondiendo a una realidad social y económica que pugna por manifestarse, con independencia de los discursos y argumentaciones oficiales que las retarden y las condenen a *la espera*. Pero, como también suele suceder, cuando a una sociedad se le cierra un camino, sus integrantes hacen lo posible por buscar una vía alternativa, y eso es lo que ocurre en Cuba con respecto a la emigración como reflejo no ya de antagonismos políticos, sino y sobre todo del cansancio de *la espera*.

Para la lógica oficial cubana el deseo de emigrar no debería existir en un ciudadano de la isla: el solo hecho de vivir en el país de mayor justicia, equidad social, respeto a la dignidad humana deberían bastar para que nadie quisiese abandonar la tierra electa por la Historia. Sin embargo, la realidad, más tozuda incluso que los discursos —y estos pueden ser muy tozudos— advierte de la tendencia al incremento de las acciones migratorias y del patente aumento de las cifras de personas que salen de la isla por una u otra vía, legal o ilegalmente, atraídos o no por esa Ley de Ajuste que automáticamente acepta a todo cubano que ingrese en territorio norteamericano.

Lo más complicado en esa ansia migratoria es que con ella se está revelando una de las más visibles manifestaciones del cansancio de *la espera*. Porque si bien las migraciones forman parte de la cultura humana desde sus mismos orígenes, en el caso específico cubano lo doloroso resulta que con ella se está produciendo un fenómeno que compromete directamente la esencia de la sociedad actual y, sobre todo, la sociedad del futuro, pues una cifra considerable de los emigrantes de las dos últimas décadas (y discúlpenme si no manejo números, tan difíciles de conseguir para determinados aspectos de la vida cubana) son jóvenes profesionales quienes, desmotivados, desinteresados y desconfiados (como advierte un estudio sobre el tema) deciden mover sus expectativas hacia territorios que les parezcan más propicios.

Ese éxodo de los jóvenes, los inteligentes, los preparados, constituye, sin duda, una sangría del presente y futuro cubanos. Incluso, es hoy una de las causas que, entre otras, están provocando el decrecimiento de la población cubana y su envejecimiento. Al parecer, para los más jóvenes *el arte de la espera* que practicaron sus antecesores no es una opción con la que deseen jugar por más tiempo. Lo que valdría la pena ahora es saber si la sociedad cubana puede dilatar infinitamente *sus esperas*, mientras ve desgajarse a tantos de sus mejores retoños.

Agosto, 2008

DE LA DECENCIA, LA VERDAD Y SU OLVIDO

Al final lo que todos parecen haber olvidado es ese detalle que, a mi juicio, resulta lo verdaderamente esencial: se ha juzgado un problema de ética, o más claramente, lo que mis padres, en los años de 1950, llamaban «decencia». Incluso, diría que sólo en segundo término se debería hablar de la verdad y luego de la responsabilidad hacia los actos de la vida en las sacrosantas y siempre pesadas «circunstancias históricas».

El lamentable escándalo armado hace unas semanas alrededor de la presunta denuncia por parte del joven Milan Kundera de un al parecer nada presunto espía «occidental» en Checoslovaquia, ha sido visto desde casi todos los ángulos posibles, pero poco se ha comentado sobre la carga ética que pudo haber existido en el acto probable de la delación. Hace un par de años, cuando una acusación mucho más grave —y además admitida por su responsable— explotó en torno a la figura del escritor alemán Günter Grass, curiosamente el efecto real y más duradero del escándalo fue que su recién editada biografía vendiera millones de ejemplares, como inmejorable complemento del morbo despertado.

Mientras tanto, ya a nadie parece preocuparle mucho que, por las causas que fuesen, en cierta ocasión el rebelde y casi rojo Ernest Hemingway haya colaborado con el FBI de su acérrimo enemigo Edgar Hoover, y que George Orwell, según he leído, tuviera contactos con la inteligencia británica, entre otros infinitos ejemplos de personajes de los más notables en el mundo de las artes y las letras (la lista de personajillos sería interminable) que en alguna coyuntura han colaborado con las «fuerzas oscuras».

Existen, sin duda, dos elementos que han estado actuando sobre la ira furibunda y maloliente que ciertos medios y personajes derramaron sobre una historia ocurrida o no hace sesenta años, siempre negada por su posible gestor: el hecho de que durante años Kundera ha mostrado su desprecio por los medios de comunicación de nuestros días, sumiéndose en un silencio casi impenetrable, definitivamente salingeriano. Por otro lado está el elemento no menos significativo de que Kundera pudo haber cometido su pecado no en una charla con un agente secreto británico o norteamericano, ni siquiera que su pecado hubiese sido el de haber militado en una organización tan lamentable como las SS hitlerianas, sino que diera el soplo en un recién estrenado país comunista, aquel modelo del siglo xx que patentizó Stalin —mucho más que Lenin o Trotski—, un sistema político que el Gran Líder adornó con la muerte de unos veinte millones de personas y un fracaso político y económico que, andando los años, ha llevado al mundo más o menos a donde se encuentra hoy: a la pérdida de las grandes utopías de igualdad, a la encrucijada económica y ecológica de su desaparición en manos de un capitalismo satisfecho y, para colmos, un mundo dominado por unos medios de comunicación más adictos a la carnaza descompuesta que a cualquier otro bocado.

Si se suma que muchos de sus compatriotas no le perdonan al escritor su exilio, que tantísimos mediocres de dentro y de fuera no soporten su nada leve éxito literario y que en su momento haya tenido el coraje de escribir lo que debía escribir, pues la receta del resentimiento y el odio ya tiene más condimentos de los que muchas veces se necesitan para las crucifixiones.

Los grandes oportunistas de siempre (de eso sabemos mucho los cubanos), ya sean de dentro o de fuera, sólo esperan cualquier atisbo de debilidad (real o, como en este caso, al parecer creada y, repito, negada por el «acusado») para descargar las toneladas del odio cultivado en la frustración, la envidia, la cobardía y la mediocridad: porque siempre están al acecho. ¿Cuántos de ellos se han preguntado si Kundera ha sostenido una ética, si ha sido un hombre decente respecto a sus propias ideas y actitudes?

Hace unos años el escritor cubano Eliseo Alberto Diego, residente en México, publicó un libro titulado *Informe contra mí mismo* en donde contaba —tal vez para que nadie fuese a sacárselo al cabo de un tiempo— unas turbias circunstancias en las cuales, incluso, le pidieron que «informara» sobre su padre, el gran poeta de la lengua castellana Eliseo Diego. Ese Eliseo Alberto, *Lichi*, como le decimos todos en Cuba, se desgarró el corazón en ese libro y realizó un acto de suprema decencia, «informando» contra sí mismo con un coraje que pocos suelen exhibir. Menos aún los que van por ahí juzgando a los otros, muchas veces escondiendo sus envidias (muy justificadas) tras esos juicios teñidos de carácter político.

Es por eso que en el caso Kundera, aunque es tan importante si denunció o no a un examigo convertido a la sazón en agente de un gobierno foráneo, resulte tan doloroso que los indecentes de medio mundo se hayan lanzado sobre él como —ya lo sé— algunos se lanzarán sobre mí por pensar que, a pesar de los pesares y las posibles delaciones, Kundera sigue siendo, más que nada, un grandísimo escritor que, en su momento, nos develó tantas oscuridades humanas y sociales en novelas como *La broma* o *La insoportable levedad del ser*.

Este mundo en crisis —no sólo financiera— reclama un poco más de decencia. Talar árboles venerables por presuntos pecados que siempre lastran con la duda y dejan dolor, encierra más dosis de mezquindad que de verticalidad política ante las dictaduras y las «fuerzas oscuras». Suficientes árboles podridos existen —que sí merecen ser talados— para ensañarse con ellos. Y la verdad reclama su espacio más que los infundios de quienes, por cualquier vía (muchas veces espurias), aspiran al protagonismo.

Además, valdría la pena que muchos de los que hoy lanzan las primeras, segundas y terceras piedras, se ubicasen (o incluso se recordasen) a sí mismos en circunstancias incluso menos drásticas de las que pudo haber vivido el Kundera de los años checos de 1950, luego de aquellos terribles procesos de Praga recién ganada para el comunismo soviético. Seguramente las piedras, muchas, muchas veces, se convertirían en *boomerangs*. Pero lamentablemente, ese tipo de fiscales no suelen

tener en su diccionario esa simple palabra que me atrevo a invocar otra vez: decencia. Y a veces no les preocupa otra no menos importante y hoy bastante poco apreciada: verdad.

Noviembre, 2008

LA ESPERANZA PUEDE SER NEGRA

Si el gobierno cubano y las personalidades de alto nivel de esta isla caribeña ubicada a sólo noventa millas de La Florida fueron más cautelosos que de costumbre en sus juicios prevotación electoral e incluso respecto a la noticia de la contundente victoria del demócrata Barack Obama —al que Fidel Castro calificó, sólo a la altura del 3 de noviembre, como «más inteligente, culto y ecuánime que su adversario republicano»—, la gente de la calle, los que viven cada día las durísimas circunstancias de la realidad cotidiana del país han respirado con alivio y se han llenado de esperanzas nuevas con la llegada al poder del primer presidente negro de los Estados Unidos.

Más de siglo y medio de relaciones traumáticas, casi cincuenta de embargo comercial y financiero y estos dos últimos mandatos presidenciales en los que la hostilidad de George W. Bush hacia Cuba alcanzó niveles casi paranoicos, pueden tener una al menos ligera variación de forma con la toma de posesión de Obama, y eso alienta a la gente de una isla que no acaba de salir de sus propias ineficiencias económicas, una sociedad que reclamó cambios «estructurales y conceptuales» y cuyo territorio, además, fuera recién asolado por dos huracanes que han vaciado las nunca muy nutridas despensas de muchos ciudadanos cubanos.

Aunque ya se sabe cuál suele ser el destino de tantas promesas preelectorales, el nuevo presidente norteamericano, aún declarándose partidario del embargo a Cuba —ningún candidato presidencial hubiera dicho lo contrario— sí se atrevió a azuzar al tigre cubanoamericano de La Florida con la sugerencia de iniciar conversaciones con La Habana y, en cualquier caso, con la propuesta de aliviar las restricciones de los cubanos radicados en Estados Unidos para viajar a la isla y enviar dinero a sus familiares (sólo se les permite viajar una vez cada tres años y depositar cien dólares mensuales a familiares cercanos). Y aun así Obama ganó el voto del belicoso estado y de paso colocó el «problema de Cuba» en la larga lista de asuntos pendientes —muy por detrás de la crisis financiera y de las guerras— con los que se sentará dentro de dos meses en el despacho oval de la Casa Blanca.

Qué prioridad dará Barack Obama a la política norteamericana hacia Cuba, resulta un misterio. Otros muchos y más graves problemas lo retan. Pero el viejo tema del embargo y su fracaso como política para desestabilizar al sistema cubano en algún momento llegará a su buró. Y entonces, si la inteligencia lo acompaña, hará lo único que la inteligencia reclama: un cambio radical de percepción hacia la isla.

En el supuesto de que esa coyuntura histórica llegase, habría que ver qué actitud asumiría el gobierno cubano, que una y otra vez ha utilizado política y económicamente el bloqueo (dentro y fuera de la isla) como un argumento a su favor en la pelea tantas veces representada como el duelo entre David y Goliath. Al menos el presidente Raúl Castro ha mostrado su disposición a conversar, de la única forma digna y posible: como iguales.

¿Y los cubanos de a pie? ¿Y los que sueñan con que las noventa millas del Estrecho de la Florida sean un tránsito breve y no un muro infranqueable para familias, relaciones culturales, deportivas, académicas, económicas? ¿Los que han sufrido carencias sin nombre —muchas veces, en realidad, motivadas por el embargo— y que con unos pocos dólares llegados del norte pueden apuntalar su precaria economía? ¿Los que vieron rotas vidas y familias por un diferendo político encarnizadamente sostenido de parte y parte? Esos cubanos son sin duda los más esperanzados en un cambio —*el cambio necesario* que propugnó la campaña de Obama— que, a su vez, quizás ayude a despertar los *cambios necesarios* hace unos meses anunciados en la isla.

Quizás la mejor síntesis de ese sentimiento callejero que hoy recorre Cuba me lo regaló un amigo *babalao* —algo así como un sacerdote de la santería de origen africano (como el padre de Obama)— cuando me dijo: «*Aché* (suerte, iluminación, protección divina) para ese negro. A ver si con él por lo menos estamos más tranquilos». Con un poco de tranquilidad ya se sentirían satisfechos muchísimos cubanos.

Noviembre, 2008

CUBA, UNA Y MUCHAS

La imagen de una Cuba única y homogénea es cada vez más un sueño que se volatiliza. La isla socialista del Caribe, con partido y economía únicos, con política y proyección social unánimes, ha ido cediendo paso a una diversidad social que apunta hacia una pluralidad que era difícil (más bien imposible) de imaginar veinte años atrás.

Hace unos días esa Cuba diversa se manifestó de una manera altamente simbólica cuando, gracias a su Festival del Nuevo Cine latinoamericano, una de las salas emblemáticas de la capital exhibió, a platea llena, las dos partes del filme *Che*, de Steven Soderbergh, una pieza épica que recorre la vida y la muerte del revolucionario argentino Ernesto Guevara en su epifanía cubana y en su sacrificio boliviano. Sin embargo, a menos de dos kilómetros, en otra sala histórica de la capital cubana, esa misma noche tuvo su estreno nacional, también a platea desbordada, la película *El cuerno de la abundancia*, de Juan Carlos Tabío (codirector de la famosa *Fresa y chocolate*), una tragicómica historia (por demás inspirada en hechos reales) de cubanos de hoy, corrientes y desesperados, que se aferran al sueño de una herencia salvadora para hallar solución a todas las carencias de su vida cotidiana plagada de necesidades y exigencias no resueltas. Pero lo mejor es que esa misma noche, casi en el justo medio físico de esas proyecciones cinematográficas que con sus argumentos marcan dos momentos álgidos y distantes de la vida cubana, en un paseo habanero conocido como la Avenida de los Presidentes, se reunieron, como cada sábado, cientos de adolescentes y jóvenes cubanos a cantar, conversar, beber y esperar la madrugada, atrincherados en las respectivas aunque intercambiables pertenencias a las más disímiles y extrañas tribus urbanas de la postmodernidad: *frikis*, *emos*, *rastas*, *rockeros* y etcéteras, amantes de la música, la levedad, la inconformidad y hasta el desconsuelo y la depresión, y ajenos casi todos ellos a las filosofías y las políticas.

Desde que en los años 1990 se produjera la profunda crisis económica bautizada por el gobierno cubano «período especial en tiempo de paz» y se quebrara el techo proteccionista que el estado pretendía alzar sobre cada habitante del país, la dispersión fue penetrando la sociedad cubana y surgieron diversos modos de entender su realidad, distintas miradas para interpretarla y múltiples modos de vivirla. Cuando la sociedad casi modélica de los años 1980 colisionó con la realidad de la crisis y con las carencias más absolutas, se despertaron conductas impropias casi desaparecidas (drogadicción, prostitución, proxenetismo, más corrupción), se produjo un destape de la religiosidad en todas las manifestaciones imaginables y se levantó la diferenciación económica entre quienes tenían acceso a dólares y sus privilegios y quienes sólo vivían en pesos cubanos y sus devaluadas posibilidades de supervivencia. Fue por esos años que también se sembró la fiebre de la huida que ha tocado sobre todo a las más jóvenes generaciones de cubanos, dispuestos a buscar en otros territorios los espacios de sus vidas.

Cuba se convirtió desde entonces en un país de muchas aristas y rostros: junto a la Cuba oficial de la prensa y la televisión, había un país *underground*, acechado por la marginalidad, que palpitaba en barrios y pueblos, y un espejismo turístico, sólo para extranjeros, en balnearios y clubes exclusivos, como si hubiera varios países dentro del mismo país.

No es casual, por ello, que en la Cuba actual uno de los modelos de éxito pueda ser un personaje como el *reguetonero* (intérprete del reguetón), entre agresivo y cultor de la marginalidad cultural, en cuyo cuerpo suelen brillar varias cadenas, manillas, anillos y dientes de oro, gracias al poderío económico que su música (soez e insulsa en la mayoría de los casos) le brinda. Muchos de ellos, flanqueados por bellas jóvenes en flor y a veces hasta por hoscos guardaespaldas, gritan a los cuatro vientos cómo la mediocridad y la habilidad pueden ser muy rentables medios de vida (incluso en Cuba), mucho más, por supuesto, que una carrera de medicina o ingeniería las cuales, en la práctica, sólo tiene por correspondencia económica el insuficiente salario estatal.

Hasta qué punto la sociedad cubana posee conciencia de los movimientos teutónicos que se generan en sus profundidades es un misterio en un país donde se practica poco y mal la cultura del debate (aunque cada vez más se habla y hasta se escribe de esta diversidad) y donde se digiere con dificultad la crítica social (no sería extraño, por ejemplo, que alguien me acusara de Enemigo del Pueblo por escribir esta columna: todavía hoy). Lo que sí está demostrado es que son miles de miles los ciudadanos cubanos que acumulan insatisfacciones con métodos, políticas, realidades, corrupciones que desde hace años se viven en el país.

La diversidad social cubana es una realidad que escapa de las consignas y los deseos de uniformidad. En la era de internet, la información ha dejado de ser monopólica, para todos, y el mundo se ha hecho más asequible. Cuba hoy parece ser, a pesar de períodos de inmovilismo, un país en movimiento que tantea rutas para deslizar sus necesidades acumuladas y emergentes. Los diversos rostros del país son la expresión de realidades múltiples y el resultado de búsquedas sociales nacidas de la necesidad, las carencias y de la heterodoxia, como esos jóvenes nocturnos de la Avenida de los Presidentes que se declaran *emos*, *frikis* o *rastas* mientras en la pantalla de un cine cercano transcurre la epopeya del Che Guevara y en otra sala la tragicomedia de unos cubanos que esperan su salvación de una multimillonaria herencia caída del cielo.

Diciembre, 2008

¿HAITÍ EXISTE?

Haití fue el primer país independiente de América Latina. La colonia francesa de Saint-Domingue, que ocupaba la mitad occidental de la isla de La Española, vio en los años finales del siglo XVIII arder los cafetales y plantaciones de caña que tanta riqueza le habían dado a la metrópoli europea. El fuego lo pusieron los negros esclavos, traídos de África o ya nacidos en la colonia, quienes tuvieron la osadía de pensar que el sueño iluminista de la libertad, la igualdad y la fraternidad era posible para todos los hombres y también les concernía a ellos, los más explotados y desiguales. Pero hombres al fin y al cabo.

El reto lanzado al mundo y a la historia por los negros y exesclavos haitianos al parecer fue demasiado audaz y pronto se revertiría como una maldición secular. Desde entonces Haití sería territorio de invasiones y ocupaciones extranjeras, de dictaduras y violencias autóctonas, de miseria, dolor, ignorancia, miedo y fanatismo. Derrotados los sueños y la utopía, Haití se convertiría en una ventana del infierno sobre la faz de la tierra.

Haití es el país más pobre del hemisferio occidental, el más analfabeto, el más asolado por la violencia y las enfermedades, el más hambreado e insalubre. Nueve millones de hombres, mujeres y niños, casi todos negros, viven en un pedazo de tierra esquilado y agreste, donde periódicamente aflora el terror del modo en que se expresa entre los más pobres, incultos y desposeídos: de manera radical y sin límites. En Haití, cada día, mueren de hambre, desnutrición, enfermedades curables y de desolación cientos de niños, ancianos, mujeres.

Hasta que la furia de la naturaleza sacudió la capital haitiana, el pasado 12 de enero, y la devastó, dejando una cifra todavía impredecible de muertos y heridos, ¿quién hablaba de Haití?, ¿quién se acordaba de Haití y su eterna agonía?

Hoy los gobiernos de muchos países expresan su dolor y entregan su solidaridad humanitaria a un país desolado. Gracias a un terremoto salido de entre las maldiciones del Apocalipsis (aunque una ira así no puede ser divina), se habla de Haití, se ayuda a Haití, se recuerda a Haití. El auxilio que llega y llegará al país seguramente salvará vidas, alimentará hambrientos y abrigará a desposeídos. Pero ¿cuándo pase la ola quién seguirá ayudando a Haití?

Las decenas de miles de muertos que hoy yacen bajo los escombros de una ciudad pobrísima, en las fosas abiertas de cualquier manera y hasta en las mismas calles de la ciudad conmueven de una manera especial. Pero ¿y los que morían de hambre y desesperanza un día antes, a quién conmovían?

Ahora, cuando se habla de Haití, se deberían utilizar palabras que no sólo fueran de condolencia, sino también, y sobre todo, de esperanza: Haití necesita de la ayuda que le llega hoy, pero igual de la reclamada desde mucho antes, la ayuda que le permita salir de su ancestral miseria, de su ignorancia compacta, de su pobreza, tan y

hasta más devastadoras que el más devastador de los terremotos.

La furia de la naturaleza nos ha recordado a todos que Haití existe. Ojalá mañana, cuando la tragedia salga de los titulares de los periódicos y de los reclamos de los organismos internacionales, cuando estos muertos de hoy hallan sido sepultados, no nos olvidemos de que Haití seguirá existiendo, pobre y misérrimo, y que su gente seguirá muriendo si no se cambia el destino trágico que un mundo injusto les deparó a los herederos de aquellos esclavos que hace dos siglos lucharon por la libertad, la igualdad y la fraternidad entre los hombres. Como si fuera posible.

Enero, 2009

¿LA HORA CRÍTICA DE LA BUROCRACIA?

Es revelador el hecho de que, durante varios años y cada vez con más frecuencia, los líderes históricos de la revolución cubana (primero Fidel Castro y ahora su hermano Raúl, hace más de dos años y medio en funciones presidenciales) hayan expresado la preocupación de que la desintegración *desde dentro* es el mayor peligro que puede enfrentar en el futuro inmediato el sistema político y proceso revolucionario iniciado por ellos hace medio siglo.

Más que por el arqueológico y cada vez más retrógrado bloqueo/embargo norteamericano o por otras posibles actitudes hostiles de los enemigos, los viejos líderes temen a una posible «autodestrucción» de la Revolución (al menos del modo en que ellos la concibieron) y por eso, al festejar el medio siglo de la victoria del Ejército Rebelde contra la tiranía de Fulgencio Batista, Raúl Castro ha llegado a preguntarse, creo que incluso con cierta tristeza: «¿Cuál es la garantía de que no ocurra algo tan lamentable para nuestro pueblo?», refiriéndose a una implosión a la soviética, según lo advierte un poco más adelante al exhortar: «Aprendamos de la historia».

Mientras Fidel veía (hace ya cuatro años) la corrupción como el principal enemigo interno, Raúl Castro parece haber ido un poco más allá en busca de las fuentes de esa corrupción que se encuentran, muchas veces, en el sistémico y casi endémico descontrol del aparato estatal socialista (cuando debería ser justo lo contrario en un sistema de economía planificada) y en los subterfugios de supervivencia (mucho más que *supervivencia*, en realidad) sobre todo del estrato social de la burocracia.

Apenas unos días antes del discurso del 1.º de enero, cuando se dirigió a la Asamblea Nacional, Raúl Castro hizo una revelación de las más asombrosas que se han escuchado en Cuba en los últimos años. Al referirse al ya sobado pero todavía no resuelto tema de las distorsiones existentes en el sistema salarial cubano, abogó por la necesidad perentoria de eliminar lo que últimamente se ha dado en llamar *gratuidades indebidas y subsidios excesivos*, beneficios que, por supuesto, no están vinculados a derechos constitucionales como la salud pública, la educación y la seguridad social o las prácticas deportivas y el consumo cultural subsidiados.

Sin embargo, las «gratuidades indebidas» y los «subsidios excesivos» que ha debido afrontar la economía cubana en el año recién finalizado alcanzan el monto de los sesenta millones de dólares. Esta notable cantidad de dinero —muy notable para un país como Cuba— ha llegado a gastarse luego de los muchos recortes de presupuesto a los cuales se viera obligado el país para atravesar la agudísima crisis económica de la década de 1990 y de que, a partir de entonces, se comenzaran a eliminar muchísimas gratuidades y reducir subsidios, sobre todo de los que beneficiaban al conjunto de la población (acceso cobrado a espectáculos deportivos, elevación de los precios de libros y otros bienes culturales, del transporte público, las

medicinas, la tarifa eléctrica, etc.).

No es casual que al mencionarse algunas de esas gratuidades (diríase que *muy* indebidas) se ponga como ejemplo los llamados «planes vacacionales» de los cuales, por años, han disfrutado ciertos trabajadores destacados del país, los vanguardias), los deportistas de alto nivel que si bien no son profesionales parecen tener derecho a vacaciones de tales, pero, sobre todo, los «planes» de los que han gozado y gozan una amplísima gama de burócratas que una y hasta más veces al año han recibido los beneficios de vacacionar en los hoteles de máxima categoría o en villas muy especiales, adquiriendo en ellos bienes y servicios de manera totalmente gratuita o a precios simbólicos. Tampoco es fortuito que se recordara la posibilidad de determinados estratos sociales, de más o menos poder político o económico, que acceden a ofertas gastronómicas y, aunque no se haya mencionado, también al uso de autos, consumo de combustible, teléfonos móviles y de otros muchos privilegios gratuitos e inimaginables para el resto de los cubanos, sólo por detentar (esos privilegiados) un determinado nivel de decisión o responsabilidad en el país.

Es evidente que la solución para evitar esos gastos excesivos no está en medidas igualitarias. El jefe de empresa no tiene que vivir igual que el obrero ni es posible obligarlo a asistir a una reunión importante en transporte público. Pero el mecanismo regulador de los privilegios debería ser el salario (el salario real) y el centinela de las prebendas el sistema de control que se pretende establecer con una nueva Contraloría General de la República. Si ambos mecanismos funcionan o funcionasen, mucha corrupción desaparecería, a las buenas o a las malas.

La cifra de sesenta millones de dólares gastados en un año en subsidios indebidos y gratuidades indebidas, ¿cuántas viviendas no construidas representan en un país donde el déficit de alojamientos supera el medio millón?; ¿cuántas salas de hospitales, hoy en estado deplorable, cuántas calles intransitables, cuántas zonas con problemas de suministro de agua potable o salideros de albañales no se hubieran visto beneficiadas con algunos de esos millones? Pero, del otro lado del problema: ¿cómo recibirán muchos burócratas el recorte de sus privilegios y el mayor control de sus funciones?

Algunas cosas importantes se mueven en los sótanos de la política cubana. ¿Cuántos serán o seremos los afectados por la eliminación de determinados subsidios? ¿Cuántos se lamentarán al ver que les pisan el pie de sus privilegios? ¿Es este el verdadero comienzo de un cambio profundo en las estructuras y los conceptos del sistema político y económico cubano? El año 2009 deberá traer respuestas definitivas a esas y a otras preguntas que con sus soluciones quizás alivien en algo las tensiones entre las cuales viven millones de cubanos, y aplaquen un poco la fiebre de la huida que afecta a tantos otros, especialmente los más jóvenes que desangran el país y comprometen el futuro.

Febrero, 2009

VIVIR EN LA HISTORIA

El 23 de noviembre de 1963 yo era un niño de apenas ocho años, pero como casi todos los habitantes de la tierra que en ese momento tenían capacidad de raciocinio, recuerdo aquella tarde dramáticamente histórica con una nitidez inquietante: estaba en el patio de mi casa cuando una vecina llamada Mérida entró por el pasillo lateral de su casa anunciando a voz en cuello, jubilosa, que habían matado al «hijo de puta» de Kennedy.

La noción de cómo la vida de cada uno de nosotros transcurre en lo que llamamos la Historia —esa acumulación indetenible de hechos y cotidianidades— fue una ganancia que sólo obtendría años después, luego de muchas lecturas y experiencias vividas. Recuerdo, por ejemplo, cómo una visión y un comentario recibidos veintiséis años después del asesinato del presidente Kennedy me despertaron abrumadoramente esa sensación de *lo histórico* que casi siempre pasa por nuestro lado sin que tengamos plena conciencia de su cualidad. Fue en 1989 cuando, apenas con un mes de diferencia, tuve la ocasión de visitarla casa mexicana donde fuera asesinado León Trotski (otro hijo de puta, habría dicho Mérida) y de recibir la noticia de que en Berlín la gente deshacía ladrillo a ladrillo un muro infame: entonces le escuché decir a mi madre una frase que me removió: «Yo pensé que no iba a ver en vida cómo se caía ese muro». La relación que en ese instante establecí entre un crimen inútil y el fin de una época, me revelaron la certeza de estar asistiendo a un cataclismo histórico.

Pocos países, épocas y generaciones como la generación de cubanos a la que pertenezco han tenido que lidiar, cotidiana y sistemáticamente, con tanta carga *histórica*. Para nosotros el hecho de vivir en la Historia, de ser parte de ella, ha sido algo más que un eslogan político de discursos movilizadores pues desde que tenemos uso de razón —más o menos por esos días en que gobernaba «el hijo de puta» de Kennedy y ya Fidel Castro era el primer ministro cubano— la Historia se ha inmiscuido en nuestras pequeñas vidas y las ha movido por los caminos por ella dispuestos, al margen de nuestras también pequeñas y muchas veces inconsultas voluntades. Tanta Historia a costas, al fin y al cabo ha provocado un efecto extraño: lo que he llamado el «cansancio histórico», el cual nos ha hecho rechazar a muchos cubanos esa responsabilidad de vivir históricamente y añorar un poco más de la normalidad de las existencias simples.

Acontecimientos como la crisis de los misiles de 1962, la Primavera de Praga de 1968, la guerra de Angola entre 1975 y 1988, o la desaparición de la Unión Soviética en diciembre de 1991, sumados a tantos sucesos domésticos que también han afectado nuestras vidas, han abarrotado de Historia nuestro tiempo vital.

No obstante, ha sido un proceso histórico muy peculiar el que con más insistencia nos ha perseguido y determinado, en muchos momentos, nuestras vidas y circunstancias: el bloqueo/embargo norteamericano a Cuba, decretado por el mismo

presidente Kennedy un año antes de que fuera asesinado. Para alguien que no haya vivido en Cuba durante estos últimos casi cincuenta años la realidad del bloqueo/embargo (la denominación depende del lado del diferendo desde el cual se mencione esta sanción) resulta difícil imaginar siquiera el peso que ha añadido a nuestras vidas esa política gubernamental norteamericana, sostenida por diez administraciones, contra toda lógica y posibilidad de éxito. En cambio, para cualquier conocedor de la realidad cubana y de la norteamericana sí puede resultar evidente la equivocada persistencia de una política que ha sido utilizada para atizar campañas electorales, enardecer sentimientos patrióticos, crear justificaciones a uno y otro lado del Estrecho de la Florida y hasta enriquecer a los oportunistas de siempre, mientras las familias cubanas se han visto divididas y hasta enfrentadas, y la vida de mi generación se ha hecho más difícil y turbia, más regida por la política de país asediado.

El entrenamiento de vivir «lo histórico» adquirido por los cubanos nos ha reportado la sensación de que una historia lacerante puede estar asomándose a su fin. Si hace dos años el entonces presidente provisional de la isla, Raúl Castro, dio la primera señal de una disposición al diálogo (de inmediato rechazada por W. Bush), ahora el silencio significativo de Barack Obama respecto a Cuba abre un espacio a la esperanza, pues por primera vez en muchos años un presidente norteamericano, exigido por graves problemas domésticos e internacionales, deja en un rincón de su agenda «el caso» de Cuba y observa con cautela (¿o con paciencia?) lo que otros sectores de la política y la sociedad norteamericana proponen respecto a la política del embargo y otras restricciones afines.

El hecho de que el presidente Obama haya comenzado a cumplir con un programa de cambios prometidos en su campaña electoral es una esperanza para los norteamericanos. Incluso a los seres comunes y corrientes que vivimos en esta isla del Caribe nos alienta confianza que haya prometido ciertos movimientos en su relación con Cuba y, sobre todo, que antiguos sostenedores del añejo enfrentamiento hayan comenzado a mover peones para cambiar al menos la decoración del juego, como es el caso del senador republicano Richard Lugar, quien el 23 de febrero presentó un informe de veinticinco páginas titulado «Cambiar la política hacia Cuba en pro del interés nacional de Estados Unidos», donde se afirma que la Casa Blanca «debe reconocer la ineficacia de su actual política y tratar con el régimen de Cuba de modo que afiance los intereses estadounidenses», y el hecho de que dos días después la Cámara de Representantes aprobara la eliminación de las restricciones en los viajes a la isla de los cubanoamericanos.

¿Es el principio del fin de un diferendo *histórico* que nos ha perseguido como una maldición? ¿Hay suficiente voluntad política de uno y otro lado del muro del resentimiento y los intereses creados para dar pasos hacia la normalidad que añoran tantos cubanos? ¿Podrá mi madre ver en los días de su vida no sólo la caída del muro de Berlín, sino también el fin de las prohibiciones y leyes que le impiden ver a su

hijo, mi hermano, radicado en Miami, cada vez que ellos deseen? ¿Llegaremos a vivir esta otra parte de la Historia? El futuro —espero que cercano— dirá la próxima palabra.

Febrero, 2009

MÁS ACÁ Y MÁS ALLÁ DE LAS CRISIS

Quizás los cubanos seamos los ciudadanos del mundo a los que menos pavor nos produce la fatídica fórmula «crisis económica» que hoy recorre el mundo y tanto ha lacerado a tanta gente en el planeta. Una prolongada sumergida en el mar de las carencias y las limitaciones más disímiles, convertida en descenso a los infiernos de la pobreza generalizada durante la postsoviética década de 1990, nos han enseñado a convivir cotidiana y largamente con todo tipo de escaseces —alimentos, electricidad, transporte, habitaciones, medicinas, ropas y un largo etcétera— y a salir vivos de ellas... aunque a veces muy maltrechos.

Fue en esa década de 1990, tiempo de apagones y de bicicletas como medio de transporte más recurrido, cuando en la isla del Caribe se patentizó el chiste que mejor resumía la condición de la vida diaria de los más de diez millones de habitantes *normales* del país: se decía que, al fin y al cabo, todos los problemas de los cubanos eran, en realidad, sólo tres: el desayuno, el almuerzo y la comida. Todos los días.

En un país donde la venta de casas está prohibida por decretos y leyes, en el que la adquisición de automóviles modernos sólo se puede realizar con infinitos y complejísimos permisos oficiales, donde el desempleo es voluntario pues los salarios estatales son insuficientes y mucha gente prefiriere ganarse la vida por caminos alternativos, en el que las escasas posibilidades prácticas y económicas de hacer turismo fuera de la isla (y hasta dentro) borró hace mucho ese sueño de la mente de los ciudadanos, es evidente que los más dolorosos y resonantes efectos de la crisis económica actual apenas hayan tenido algún eco remoto. Parecería como si la isla tuviera la ventaja (es un decir) de haber caído en una galaxia diferente o independiente, a la cual sólo llega el polvo estelar de catastróficas explosiones cósmicas.

Cierto es que en estos tiempos de crisis global el gobierno cubano ha debido asumir y subvencionar el incremento exponencial del coste de los alimentos que se importan (algunas fuentes afirman que es el setenta por ciento del consumo interno), asimiló buena parte del aumento de los precios de los combustibles vivido el pasado año y ha mantenido los planes de protección de los sectores más vulnerables de la sociedad. Pero también es palmario que en el rubro específico y cotidiano de la alimentación, la larga crisis que hemos atravesado los cubanos y que incluso se agudizó a causa de desastres naturales (tres huracanes asolaron la isla en el 2008), muy poco se relaciona con lo que sucede en el resto del mundo y con *su* crisis. En realidad la escasez de los alimentos resulta, en gran medida, obra de la ya tradicional ineficiencia productiva local (especialmente en la agricultura) y uno de sus reflejos previsibles son los altísimos precios de los productos en los mercados libres agropecuarios o en las tiendas estatales que operan con divisas, sitios a los cuales deben remitirse casi todas las familias ante la imposibilidad de subsistir con los productos ofertados por la subsidiada y añeja cartilla de racionamiento.

Por tales razones, más que en reuniones del G-20, el G-8 o el grupo que sea, más que las posibles modificaciones del sistema económico y financiero capitalista y global que, eso dicen, parecen surgir de la crisis actual, la gente de la isla cifró sus esperanzas en los aires de cambios económicos y sociales anunciados por el gobierno hace dos años y que, al menos en sus efectos hacia la vida cotidiana, se han ralentizado casi hasta detenerse luego de que se tomaran dos o tres medidas muy supraestructurales y se introdujeran mejoras en sectores tan sensibles como el transporte.

Los recientes cambios en el ejecutivo del gobierno, especialmente en el equipo económico heredado por el gobierno de Raúl Castro, y las primeras medidas de la administración Obama para la flexibilización de los viajes y envíos de remesas a la isla de los cubanos radicados en Estados Unidos, generan las esperanzas en mucha gente de que quizás la crisis cubana se aliviará en algún momento. Pero, al mismo tiempo, la falta de señales domésticas respecto a esperadas aperturas económicas o a la comentada posibilidad de diversificar la propiedad y las tonnas de producción, hacen pensar que, de momento, la estructura económica estatal y socialista seguirá siendo la preferenciada en el país y nada esencial cambiará en la isla.

Mientras, una generación de cubanos, nacidos a partir de 1980, han vivido casi toda su vida (o toda para los más jóvenes) asediados por las carencias. En esa generación, precisamente, es donde más han trabajado los efectos de una crisis interminable y resulta en la que hoy se perciben con más nitidez las pérdidas «colaterales»: la desangrante opción de irse al exilio, el incremento de la marginalidad y las actitudes violentas, la enajenación y la filiación a modernas tribus urbanas... Porque si bien la crisis no nos provoca demasiado miedo, sí deja huellas, y algunas pueden ser indelebles.

Abril, 2009

¿SE EXTINGUEN LOS CUBANOS?

R. nació y creció en La Habana y como parte de los atributos culturales recibidos con esa circunstancia están el haber sido fanático de Industriales, el equipo de béisbol de la capital cubana, decir «qué bolá» a modo de saludo, en lugar de «¿cómo estás?» y preferir el mango a la manzana. R. salió de Cuba cuando rondaba los treinta años, y ya radicado en España, se casó con M., una joven española, y poco después vio nacer a su hijo P. El niño es madrileño y, como parte de esa condición, se dice hinchado del Real Madrid, cuando algo le gusta exclama «me mola» y devora manzanas. P. nunca será fan de los Industriales ni sentirá lo mismo que R. cuando escuche cantar a Celia Cruz o a Benny Moré, porque P. vive en Madrid, habla con la zeta, y porque no es cubano.

La aventura de R. y su hijo P. no es excepcional. Al contrario, a lo largo de la historia se ha repetido muchas veces entre los incontables millones de personas que han ido al exilio voluntario u obligatorio o, simplemente, han buscado otro sitio de la tierra donde gastar sus días y con su decisión le han dado una nueva patria a su descendencia. En cualquier caso, no porque sea tan común el caso de R. y de P. deja de ser parte de una tragedia signada por el desarraigo y de un conflicto marcado por el quiebre de las referencias comunes de la idiosincrasia: son individuos de dos culturas, dos pasados, dos formas de ver la vida, dos nacionalidades...

La historia de R. y P. —una de las muchas que conozco, incluidas las de varios de mis familiares— me persigue desde que comenzó a circular la noticia de que los cubanos estábamos en algo parecido al peligro de extinción. Tal como suena. Y es que, al menos yo, soy incapaz de imaginarme el mundo sin cubanos, sin música cubana, sin deportistas cubanos, sin mujeres cubanas, sin cubanos vociferantes que, incluso contra toda lógica, siempre andan convencidos de ser ellos quienes tienen la razón, como suele suceder entre los nacidos en la isla. Pues la realidad es que cada vez somos menos...

El hecho confirmado es que desde hace unos años la cuestión demográfica en Cuba marca una línea descendente la cual, según los especialistas, ya es «evidente y pronunciada» y lo será más en los próximos años si no se revierten las tendencias que marcan tres importantes elementos capaces de gravitar directamente sobre el crecimiento demográfico: la mortalidad, las migraciones y la fecundidad.

Los demógrafos incluso han comprobado cómo en los tres últimos años el número de habitantes de la isla se ha reducido en 7737 personas y se atreven a predecir (aunque no me salen las cuentas) que dentro de diez años habrá casi 25 000 cubanos menos que hoy, pues aumentará la mortalidad de una población envejecida, las mujeres engendrarán menos hijos y la opción de migrar a otras latitudes no parece detenerse, sino más bien lo contrario, pues en el pasado 2008 se alcanzó la mayor cifra de migrantes de los últimos cuatro años.

Si bien la alta mortalidad por envejecimiento es un proceso en el cual Cuba se

comporta como los países del norte desarrollado gracias a la mayor longevidad de sus habitantes (17% de los cubanos superan los sesenta años), el problema de la baja fecundidad (1,5, la más reducida de América latina), también típica del primer mundo y capaz de provocar la imposibilidad de sustituir o incrementar la población, se debe a una serie de factores de muy compleja índole. Entre ellos se deben anotar el más alto nivel educacional de la población, la búsqueda de proyectos de vida en donde no figuran los hijos (o una mayor cantidad de ellos) y el fácil acceso a los diversos métodos anticonceptivos y el aborto. Pero también gravitan, con un peso creciente, las dificultades económicas que obligan a las parejas a una estricta planificación familiar en un país donde los salarios son insuficientes, las habitaciones difíciles o imposibles de conseguir y donde la carga económica de criar un hijo (alimentarlo, vestirlo, etc.) puede llegar a ser demasiado pesada. En cualquier caso, aunque en 2008 hubo un ligero aumento de la natalidad, en Cuba no se alcanzan cifras de reemplazo poblacional desde 1977, y como ya se ha dicho, el decrecimiento demográfico actual es «pronunciado».

El muy sensible tema de la migración, por su parte, tiene rasgos específicos en Cuba, donde, como suele suceder, envuelve fundamentalmente a los jóvenes (y muchas veces jóvenes profesionales en busca de otras perspectivas) y a un por ciento importante de mujeres que optan por el matrimonio con extranjeros como vía de solución a sus problemas económicos, de vivienda, de bienestar. Los posibles hijos de esos migrantes engrasan una importante lista de personas de «origen» cubano que ya no tienen ni la nacionalidad ni la cultura de su(s) progenitor(es) y restan cifras en la cantidad de habitantes presentes y futuros de la isla. El caso del joven P.

Sea por las razones que sea, el hecho cierto de que cada vez seamos menos los cubanos —aun cuando no lleguemos al extremo de estar en inminente peligro de extinción— me provoca una enorme tristeza... Quizás ocurra algún día, aunque no me puedo imaginar un mundo del futuro donde los cubanos lleguemos a ser como los dinosaurios, o peor, como los hunos o los fenicios, pueblos desintegrados, y que cuando alguien escuche «La Guantanamera», con versos de José Martí, pueda llegar a decir: «Oye, esa canción y esa letra: las inventaron aquellos tipos simpáticos que se hacían llamar cubanos. Lástima que ya no existan, ¿no?».

Chiasso es una pequeña ciudad del Ticino suizo que fue bendecida por la fortuna: además de gozar de un clima maravilloso y una naturaleza espléndida de lagos y montañas, tiene la suerte histórica de ser parte de la Confederación Helvética y, por tanto, de poseer las estabilidades sociales y políticas suizas. Pero, al mismo tiempo, por su estrecha vecindad con Italia, en el Ticino no sólo se habla el bello idioma de Dante sino que también su cultura gastronómica es típicamente italiana. Como suele decirse: mejor imposible.

Desde hace cuatro años esta ciudad celebra el *Chiasso Letteraria*, un modesto pero concurrido festival al que asisten escritores de diversas geografías, tendencias y géneros. El encuentro de este año, al cual tuve la suerte de ser invitado, proponía a los

participantes un enigmático y provocador tema para las discusiones en el foro: la «nostalgia del futuro».

Meditar sobre la «nostalgia del futuro» precisamente en la ciudad encantada de Chiasso, donde todo funciona como un reloj suizo, y las comidas huelen a aceite de oliva, albahaca y romero, revela de manera bastante evidente por dónde andan las preocupaciones de los hombres pensantes de hoy.

La nostalgia, por definición, se asocia a sustantivos como pérdida, tristeza, melancolía, lejanía y ausencia, y su proyección conceptual se dirige al pasado. La simple inversión temporal de una nostalgia orientada al futuro (y desprovista del prisma religioso que en diversas culturas propone un «más allá» venturoso para los elegidos) implica, pues, una redefinición poética del término pero, sobre todo, encierra una propuesta intelectual muy dramática: existe una nostalgia por un futuro que no ha llegado y quizás ni siquiera llegará, y esa melancólica certeza sólo se puede entender desde la insatisfacción con un presente del cual se quiere escapar para asomarse a ese porvenir posible y mejor por el que, desde ya, se siente algo tan lacerante como la nostalgia.

Los modos de entender o de imaginar ese futuro deseado sólo se pueden concebir si se mira con objetividad el presente insatisfactorio al cual hemos llegado por los errores (también podrían llamarse pecados) cometidos en el pasado: un mundo asediado por la pobreza, la desigualdad, la xenofobia, los fundamentalismos religiosos, políticos y económicos, las guerras, el terrorismo, las infinitas modalidades de la corrupción y la violencia, la devastación de la naturaleza y sus recursos, las marginaciones, censuras y dictaduras más variadas y, desde hace unos años, por una crisis económica que afecta los cinco continentes y los siete mares... Un mundo así no puede ser obra de la casualidad ni de una maldición divina.

Si en la década de 1990 el sistema capitalista pensó que había conseguido su gran victoria con la desaparición del peligro comunista en Europa, la superación de la guerra fría y la implantación desbocada de los modelos neoliberales, hoy resulta demasiado fácil percibir las proporciones del error de cálculo político que encerraba aquella victoria. Porque la desaparición de la bipolaridad política y económica, más que un triunfo del modelo capitalista, también se puede entender como un fracaso estrepitoso y lamentable de la utopía socialista, esa posible sociedad de los iguales soñada por el hombre durante siglos y que, cuando parecía factible en la realidad, se pervirtió por los caminos del estalinismo y otras modalidades afines, con sus represiones masivas, su profunda implantación del terror sistémico y el miedo, su ineficacia económica, sus afanes expansionistas y los múltiples crímenes y hasta genocidios cometidos en nombre de la fe marxista —como el de los jemereros rojos que todavía hoy se juzga en Cambodia, donde se ha revelado cómo se mataba a los recién nacidos golpeándolos contra los árboles. «Total, si no iban a sobrevivir», ha dicho uno de los genocidas.

Que el siglo XXI se haya inaugurado con el derribo de las Torres Gemelas de

Nueva York tampoco fue obra de la casualidad: era el resultado de aquellas lluvias acumuladas capaces de derramar lodos que todavía hoy nos empantanan en un mundo en crisis y más empobrecido, con más miedo, cámaras de vigilancia, poderosas policías secretas y guerras de oscuros fines que no parecen tener fin; con un planeta que se revela por tantos maltratos sufridos y nos recuerda a los humanos que no somos los dueños de las llaves más poderosas del cielo y de la tierra.

¿Cómo podrá ser ese futuro por el cual ya muchos sentimos una ansiosa nostalgia? ¿Cuándo acabará la crisis, cuándo se superaran los fundamentalismos y los terrorismos, cuándo se mirará con seriedad el tema del hambre, o las vilipendiadas y modestísimas metas del milenio, o la cabalgante devastación ecológica? ¿Aún tendremos tiempo de construir ese futuro mejor, con democracias reales y sin demagogias, de salvar nuestra propia vida en el planeta? Como no tengo respuestas, prefiero dejarles las preguntas y quizás haberles despertado esa nostalgia extraña por lo que no hemos logrado.

Junio, 2009

DIME LO QUE LEES Y TE DIRÉ DE DÓNDE ERES

Leí la noticia y, por supuesto, me causó admiración: uno de los hombres más agobiados y ocupados del mundo, el presidente norteamericano Barack Obama, se iba de vacaciones por una semana a la isla Martha's Vineyard, en las costas de Massachussets. Pero su descanso activo de hombre inteligente contemplaba la posibilidad de leer unas dos mil páginas: Obama llevaba consigo cinco libros, tres de ellos novelas (George Pelecanos, Richard Price y Kent Haruf), un estudio sobre las energías renovables escrito por Tom Friedman, y una biografía de su remoto antecesor John Adams, obra de David McCullough.

La lista de autores acumulados por Obama —desde escritores policiales a polémicos ensayistas— exhibía un factor común que, unos días después, se me haría muy notable: todos los autores eran norteamericanos y, como suele suceder, esos norteamericanos escriben en inglés, la lengua dominante en la cual se expresa la cultura de ese país multiétnico y multicultural.

Quizás lo que me hizo significativa esa filiación entre los textos que se proponía leer Obama fue el conocimiento, unos días después, de que cierta universidad norteamericana ofrecía una residencia por cuatro meses para un autor latinoamericano, residente en su país de origen, que cumpliera un inexcusable requisito: debía escribir en inglés... Ojo: no digo *que fuera capaz de* escribir en inglés, sino que escribiera (que ya hubiera escrito) sus obras en inglés.

Cuando case las dos informaciones lo primero que hice fue anotar cuáles eran los últimos libros que yo había leído y recordé, al vuelo, *2666*, la monumental novela del chileno Roberto Bolaño (cuya traducción al inglés, por cierto, ganó hace poco uno de los premios de la crítica norteamericana); las traducciones de *Viajes con Herodoto*, unas peculiares memorias del maestro del periodismo del siglo xx, el polaco Ryszard Kapuscinski; de las memorias noveladas de Amos Oz, que escribe en hebreo, y de *Un hombre en la oscuridad*, una novela de Paul Auster (originalmente escrita en inglés, claro)... Y ahora mismo lucho a brazo partido con la nueva traducción de las mil cien páginas de *Vida y destino*, la impresionante novela que le valió a Vasili Grossman el ostracismo soviético y la inmortalidad literaria universal. En suma: un chileno-mexicano, un polaco, un judío que escribe en hebreo, un norteamericano y un judío ruso.

Que un hombre de la probada inteligencia de Obama leyera sólo autores de su entorno cultural y lingüístico no es algo extraño teniendo en cuenta su origen. Los especialistas han establecido que de la literatura de ficción publicada en el mundo anglosajón, sólo un dos o tres por ciento son traducciones. Más claro: de cada cien libros que se imprimen en los países de lengua inglesa sólo tres han sido traducidos del español, italiano, francés, alemán, chino, japonés, griego y un largo y rico etcétera que conformamos «el resto del mundo». Las lecturas de Obama, como es fácil

advertir, replican la tendencia dominante en una cultura empeñada en autosatisfacer sus demandas con productos sólo de su propio huerto, sin pretensiones de asomarse a los sembrados vecinos —«el resto del mundo» que existe, escribe y, por supuesto, habla otras lenguas.

Más complicado, en tanto, resulta el requisito de la residencia universitaria. Tanto, que he pensado se trate sólo de un error de traducción. Porque, ¿cuántos escritores hispanoamericanos, franceses o alemanes escriben en inglés? Más aún, ¿cuántos de los *escritores importantes* de esos diversos orígenes lingüísticos y culturales han adoptado el inglés como lengua de expresión literaria? El polaco Joseph Conrad o el ruso Vladimir Nabokov son ejemplos notables de la excepción que valida una regla, como lo puede ser, en otros terrenos, los de Jorge Semprún, un hombre de dos culturas, que escribe en dos lenguas, el castellano y el francés, o el de Junot Díaz un dominicano radicado desde niño en Nueva York que escribe en inglés. Pero la norma en todas las literaturas es el monolingüismo pues un escritor es la expresión de una cultura y una cultura *es una lengua* —salvo en casos específicos de bilingüismo existente en ciertas zonas del mundo— capaz de comunicar una visión del mundo y de la vida, una sensibilidad y una capacidad expresiva que se comienza a adquirir desde que se aprenden las primeras palabras.

Los habitantes de «el resto del mundo» tenemos el privilegio de una perspectiva más global y desprejuiciada del consumo cultural. Entre los referentes literarios de mi generación hubo tantos escritores norteamericanos e ingleses como hispánicos o franceses, y el resultado de esa convivencia es el cosmopolitismo y la visión de un mundo donde no hay otros «restos» que los pretendidos por los nacionalistas, fundamentalistas y los excluidores que se valen de cualquier muralla para ignorar a los otros y a los diferentes.

Agosto, 2009

EL FUTURO INVISIBLE

Si el pasado de un hombre puede ser la acumulación de experiencias vividas que lo han llevado a ser el individuo que es, el futuro encarna el sueño, la expectativa de lo que ese hombre quiere o quisiera llegar a ser, de lo que aspira a poseer para tener una vida mejor —en el ámbito de lo material y de lo espiritual. Esa capacidad de proyectar la mirada hacia un porvenir y tratar de forzar desde el presente las cualidades del futuro es una de las condiciones intrínsecas a la condición humana y la fuente de la superación de los individuos y las sociedades a las cuales pertenecen.

Para los hombres de mi generación, que hemos crecido y vivido en Cuba a lo largo de las últimas cinco décadas, la noción de un futuro mejor fue uno de los motores que nos impulsó durante nuestra cada vez más lejana juventud. El deseo de superación personal, animada por los vientos de una revolución capaz de transformar la vida del país en los años 1960, nos llevó a imaginar el futuro como un estadio tangible en donde los más esforzados, capaces e inteligentes (o dotados para explotar sus esfuerzos y capacidades) llegarían a tener no sólo satisfacciones espirituales que se concretarían en una sociedad más justa y culta, sino también recompensas materiales difíciles pero no imposibles de lograr: un salario digno, una casa confortable, tal vez hasta un automóvil «asignado» por el Estado (único proveedor, desde hace cincuenta años, de este y otros bienes muy cotizados) como premio por la labor social y la superación personal conseguidas.

La crisis económica y estructural que removió la sociedad cubana en la década de 1990 como consecuencia directa de la desaparición de la protectora Unión Soviética, financista y socio comercial casi monopolístico del Estado cubano, provocó también una fractura en la relación de los cubanos con sus imágenes de futuro: de un día para otro muchas de las esperanzas que nos animaban desaparecieron del horizonte y se impuso una modalidad de lucha por la supervivencia que apenas nos permitía plantearnos cómo «resolver» el día de hoy sin idea de si podríamos solucionar el de mañana. La capacidad y la inteligencia de los individuos muchas veces perdió sus conexiones con el ámbito de las aspiraciones colectivas y desde entonces fueron los más hábiles y arriesgados quienes se garantizaron un mejor presente, aunque ni siquiera muchos de ellos pudieron plantearse una estrategia de futuro: la imposibilidad de saber hacia dónde se movía la isla impedía casi siempre la elaboración de ese sueño.

En los últimos años Cuba ha cambiado. Ha cambiado al punto de que se ha aceptado la necesidad de cambios en las estructuras y los conceptos. Tanto ha cambiado que muchos de los beneficios del pasado, identificados con las cualidades del modelo socialista, hoy son considerados como deformaciones paternalistas, subsidios y gratuidades insostenibles. Y a este tenor se anuncian más cambios, como la posible eliminación de la cartilla de racionamiento por considerarse un subsidio incosteable para un Estado con serias dificultades financieras, la eliminación de la

doble moneda (divisas y pesos cubanos) que circula en el país y dificulta las operaciones mercantiles y la vida cotidiana de la gente (sobre todo de quienes no tienen acceso a las divisas) y otras transformaciones de las cuales no se maneja mayor información y para cuya instrumentación el gobierno ha pedido tiempo. Tiempo del futuro de cada uno de los cubanos.

Entre los cambios recientes puestos en marcha uno muy revelador ha sido la eliminación, en varios ministerios, de los comedores obreros (también subsidiados por el Estado y fuente de permanente «desvío de recursos», eufemismo que esconde la palabra robo). En esos lugares, para que los trabajadores puedan adquirir *una* comida, ahora se les entrega un estipendio de quince pesos diarios, lo cual equivale (en veinticuatro días de trabajo por mes) a trescientos sesenta pesos... en un país donde el salario promedio apenas rebasa los cuatrocientos pesos. ¿Es posible planificar un futuro personal entre márgenes como estos?

El propio gobierno cubano ha reconocido la realidad palpable de que los salarios estatales son insuficientes para vivir. Con menos evidencia también ha aceptado las múltiples incapacidades de un modelo económico que no garantiza la productividad (Cuba importa más del setenta por ciento de la comida que consume) o de unos síntomas de desintegración social visibles en manifestaciones como la resurgida prostitución, la corrupción, el incremento de las manifestaciones de marginalidad, las ansias de migrar que acechan a muchos jóvenes.

Pero se habla poco, casi nada, de la imposibilidad de fraguar modelos o aspiraciones de futuro fuera de las que garantiza el Estado (salud pública, educación, tan esenciales pero generadoras de otras expectativas en los individuos y sociedades que las tienen aseguradas). Digamos que un sueño tan necesario como el de tener una casa —y son muchos quienes ocupan viviendas en condiciones deplorables o viven arracimados en espacios mínimos— os una utopía inalcanzable en un país donde una bolsa de cemento cuesta más de la tercera parte del salario promedio antes mencionado. Pero, después de concluir una carrera universitaria, ¿a qué puede aspirar una persona?

Los cubanos de hoy, aun cuando tienen mayor margen de expresar sus insatisfacciones con el presente, son incapaces de prever un futuro que se avizora diferente, pero que nadie imagina cómo ni cuándo le llegará. El costoso paternalismo que generó el Estado y del cual hoy trata de desembarazarse, también alcanza esa aspiración de soñar un futuro posible, pues este se regirá por las formas y decisiones que establezca el mismo Estado, en un gesto más de su paternalismo. ¿Qué cambios se producirán, cuándo, cómo nos afectarán a cada uno de nosotros y cuánto incidirá en nuestros futuros? Nadie parece saberlo, mientras pasan los años y lo que pudo ser futuro se queda en el pasado irrecuperable de las vidas individuales.

Noviembre, 2009

AVATARES DE LA VERDAD HISTÓRICA

Hace unas semanas al fin pude ver *Katyn*, la más reciente película del gran director polaco Andrzej Wajda. Desde entonces me persiguen las escenas de cierre del filme, sabiamente demoradas por el realizador, esas secuencias en las cuales al fin «vemos» lo que ya sabíamos: la ejecución de veinte mil oficiales del ejército polaco a manos de soldados de un ejército de ocupación soviético que, a mediados de 1939 y como parte de los protocolos del pacto Molotov-Ribbentrop, invadieron el este polaco. Pero ¿desde cuándo sabíamos de esas ejecuciones? ¿Sólo desde que avanza el argumento de la película, o desde que buscamos información sobre lo ocurrido en los bosques de Katyn o fue desde antes? Si fue desde antes: ¿cuántos y desde cuándo sabíamos la verdad de lo allí ocurrido, habida cuenta de que el propio Churchill, aliado de los soviéticos en 1944, aceptó por elementales conveniencias políticas la versión de que habían sido los fascistas alemanes los autores de la matanza?

Más que por lo ocurrido en Katyn, dramático y horripilante de por sí, las imágenes perseguidoras han venido propulsadas por una pregunta más abarcadora y terrible: ¿cómo fue posible ocultar, pervertir la verdad histórica y pretender el silencio y hasta el engaño que nos envolvió durante décadas?

Muy recientemente otras imágenes, en muchos sentidos ligadas a las de las ejecuciones de los oficiales polacos, me llegaron por la televisión y por las páginas de los periódicos y reforzaron mi pregunta sobre la extrema debilidad y la manipulación sostenida de una verdad histórica.

Estas últimas visiones tenían que ver con lo ocurrido en Moscú, en los días finales de diciembre pasado, cuando muchísimos rusos —no me atrevo a arriesgar una cifra— celebraron y honraron la memoria de Iosif Vissarionovich, más conocido como Stalin, a propósito de los ciento treinta años de su natalicio. Personas desfilando por las calles de Moscú con los retratos del líder soviético (ya se sabe que retocados para eliminar sus rasgos georgianos) mientras periódicos de sonoridades que creíamos perdidas, como *Pravda*, órgano del partido comunista que en su época dirigió Stalin, le dedicó el día del aniversario un reconocimiento que, a estas alturas de la historia y las revelaciones de la obra de Stalin, pueden resultar cuando menos repulsivo. Pero esos actos sirven para demostrar que después de ventilados muchos de sus crímenes, el «sepulturero de la Revolución», como tempranamente lo llamó Trotski, aún tiene seguidores y admiradores. Algunos de ellos, incluso, llegaron a pedir, por el aniversario cerrado, un día de «gracia» durante el cual no se injuriara la memoria del «conductor de pueblos».

El proceso de develación de la verdad histórica del estalinismo fue largo y difícil. Desde que en el nada secreto informe que presentara Jrushev al comité central del partido comunista soviético en 1956, se reconocieran los «errores» y «arbitrariedades» del secretario general muerto tres años antes, debieron transcurrir varios quinquenios para que el mundo pudiera tener una cabal idea del calibre de los

«errores» que iban desde el terror y las crueldades psicológicas a las cuales sometió a cada ciudadano del país de los soviets, hasta los desastres económicos, ecológicos y étnicos, las traiciones y maquinaciones, la destrucción del gran arte (y los artistas) ruso, la perversión de la utopía de la igualdad y, sobre todo, los millones y millones de muertos que provocó (o directamente ordenó asesinar) desde su silla de secretario general del partido. Sin embargo, todavía existen hombres en el mundo de hoy mismo para quienes esas verdades no parecen contar a la hora de realizar el balance de la historia. Lo más terrible de esa actitud alentadora del olvido, es que, para no reconocer que fueron engañados, manipulados y también ellos pervertidos, sobre todo *pervertidos*, esos salvaguardas de la memoria de Stalin necesitan ensalzar la figura de uno de los hombres más nefastos de la historia.

Ya había leído que en mayo de 2009 el actual presidente ruso, Dmitri Medvédev había promovido la creación de un comité de expertos para salvaguardar la «memoria histórica», con la intención, leí, de «contrarrestar intentos de falsificar la Historia y los intereses de Rusia». Uno de los «expertos», declaró entonces que era preciso «escoger qué manuales de historia dicen la verdad y cuáles no». Y ejercer la censura. Más aún: se propone una ley facultada para castigar con multas y hasta penas de cárcel a quienes se atrevieran a cuestionar la actuación del régimen de Stalin durante la II Guerra Mundial. El proceso de blanqueamiento de la memoria de Stalin y su sistema se completa con el cierre de determinados archivos donde existe material referido a los crímenes durante la guerra y la deportación de nacionalidades. No es casual, entonces, que aparezcan textos de historia donde se califique a Stalin de «eficiente dirigente».

Aunque en la misma Rusia se levantan voces contra este intento de borrar una verdad histórica que se ha logrado establecer en las dos últimas décadas, y mientras el gobierno ucraniano reclama que se considere «genocidio» el proceso de colectivización de la tierra impulsado por Stalin (costó alrededor de diez millones de vidas, algunas cegadas en actos de canibalismo provocado por la hambruna), las presiones sobre la pobre verdad histórica continúan, y no dudo que triunfen. Porque tras ese proceso hay, además, obvios intereses políticos.

Vasili Grossman en su monumental novela *Vida y destino* (tan o más demoledora que el *Katyn* de Wajda), desgaja, entre otras perlas, esta frase referida al terror en la URSS: «Y no ya decenas de miles, ni siquiera decenas de millones, sino masas ingentes de hombres fueron testigos sumisos de la masacre de inocentes. Pero no sólo fueron testigos sumisos: cuando era preciso votaban a favor de la aniquilación en medio de un barullo de voces aprobador». ¿Ese barullo es el que, en su *crescendo*, trata de tapiar a una criatura tan débil como la verdad histórica? ¿La culpa heredada, el miedo genético, la sumisión al fuerte los empuja hacia desfiles y silencios? ¿Qué destino espera a esta y otras verdades históricas?

La ironía de toda esta historia de perversiones ha sido expresada de manera magistral por otro novelista, John Connolly, cuando asegura que, al final de todo, de

la Unión Soviética forjada por Stalin no llegó a los Estados Unidos el siempre mentado peligro del comunismo, sino el canto al capitalismo que, en forma de las mafias rusas, se engendraron dentro de la sociedad igualitaria que pretendió cambiar la humanidad pero que Stalin corrompió y, desde su tumba, hoy trata de silenciar.

Enero, 2010

PARA SALINGER, WITH LOVE AND SQUALOR

A veces parecía que hubiera muerto hace mucho tiempo, y la noticia de que murió físicamente este 28 de enero, recién rebasados los noventa y un años, no desmiente esa sensación extraña de ser y no estar (o de estar y no ser) que aquel hombre forjó, incluso a golpes. Porque quizás desde hacía casi medio siglo J.D. Salinger estaba muerto, como suelen morir los escritores: cuando dejan de escribir. Pero lo que sí resulta incontestable es que su muerte nunca sería posible porque, gracias a lo que ya había escrito, Salinger era, es y será, y más desde ahora, *terriblemente* inmortal (para decirlo con uno de sus más queridos adverbios).

Su último suspiro (o el paso necesario para acceder a una nueva reencarnación budista) lo exhaló tal y como él lo había decidido: lejos del mundo, en total silencio, en aquel remoto rincón de New Hampshire llamado Cornish, donde se había autorrecluido voluntaria y férreamente a vivir en paz y en meditación. Murió del modo salingeriano en que siempre había vivido, como si el mismo fuese uno (o todos) de los hermanos Glass de varios de sus cuentos y novelas más memorables. Porque nunca un escritor se ha parecido de una manera tan visceral a sus personajes: hasta el final Salinger fue una mezcla del adolescente Holden Caulfield de *The Catcher in the Rye* con una síntesis de cada uno de los hermanos Glass: un hombre atormentado que no encuentra ni encontró un lugar en el mundo material y persiguió su sitio en la *sunya* (vacío) del budismo zen cuando abrazó esta filosofía.

Un narrador que se consideraba a sí mismo lo más importante que le había ocurrido a las letras norteamericanas desde la existencia de Herman Melville, que conoció la guerra y el fracaso literario a los veinte años (¡), que ganó la fama y la fortuna a los treinta pero le dio las espaldas a los efectos de su celebridad y a toda actividad social a los cuarenta, y que a los cuarenta y cinco cortó la última amarra con el mundo de la publicación cuando entregó a *The New Yorker* el relato «Hapworth 16, 1924», resulta, definitivamente, un personaje literario más que un hombre real.

El hastío existencial que lo llevó a la práctica del zen y la decisión terriblemente dramática (sí, *terriblemente*) de vivir en soledad y no volver a publicar ningún texto cuando ya era considerado un clásico de la literatura universal y un icono de toda una generación y de los traumas de un país, se asemeja más a una obra de ficción que una vida terrenal. Pero es que en Salinger todo fue literatura y todo cuanto nos legó fue más literatura. Quizás —y sería lamentable— no tanta como debía...

Porque el verdadero misterio de su existencia, ahora trasmutado en expectación, es si en realidad su silencio fue sólo editorial o si fue también creativo. La afirmación de algunos que aseguran haberle oído decir que seguía escribiendo, pero sólo para su placer, no para publicar (tan parecida a la afirmación de Juan Rulfo respecto a su inexistente *próxima* novela, anunciada por décadas) alumbraba como una luz de esperanza en el fondo de una cueva. ¿Qué habrá escrito —si es que escribió? ¿Más historias de los hermanos Glass? ¿Los frutos de su contemplación y meditación

budistas?

Como tanta gente que hoy habita la tierra y ha leído a Salinger, mi primer encuentro con su obra ocurrió cuando ya él había roto relaciones con el mundo de las publicaciones. Y el encuentro fue brutal: de la conmoción que me provocó *The Catcher in the Rye* (la pieza que lo haría célebre en 1951) pasé a la lectura —y casi muero de envidia— de sus *Nine Stories* (editadas en 1953), para caer después, deslumbrado, en *Franny and Zooey* (mi Salinger preferido, de 1961), y terminar en el apocalipsis de *Raise High the Roof Beam, Carpenters and Seymour: An Introduction* (su último libro, casi agónico, salido de las prensas en 1963). Desde entonces me hice militante del partido de los salingerianos, leí una y otra vez cada uno de esos libros, me metí en la vida de sus personajes y hasta me apropié del sentido de uno de sus relatos («For Esmé —with Love and Squalor») para tratar de escribir, yo también, «historias escuálidas y conmovedoras», como las que prefería leer la adolescente Esmé.

Desde entonces, por tantos años, me ha acompañado un sueño: que Salinger, allá en su refugio del norte, no sólo se dedicara a meditar, sino también a escribir (como dicen que alguna vez dijo). Porque un hombre capaz de crear tanta belleza, de provocar la inquietud que nos dejan sus libros, de lograr la perfección que otros jamás podremos siquiera rozar, de engendrar criaturas capaces de cambiarnos la percepción del mundo, no tiene el derecho de cerrar el grifo y dejarnos con sed. Salinger *tenía que seguir* escribiendo: y si no lo hizo cometió uno de los crímenes más imperdonables en la historia de la literatura.

Pero como yo sé —claro que lo sé— que *debió* escribir durante estos años de silencio, desde ahora espero que alguien ponga a circular sus manuscritos y desde este lado del mundo donde aguardamos el momento de nuestra próxima reencarnación, le deseo a J. D. Salinger una feliz llegada a su nuevo estado: y se lo deseo *With Love and Squalor...*

Enero, 2010

LA HABANA Y MOSCÚ, ¿AMIGOS PARA SIEMPRE?

Con un libro en la mano, los rusos han regresado a Cuba.

Durante treinta años ellos fueron una presencia indispensable en la isla: los entonces llamados soviéticos le daban a Cuba socialista el soporte político internacional, militar y económico en un mundo álgido que estaba claramente dividido en bloques y temblaba con los vientos gélidos de la Guerra Fría y las amenazas de conflagraciones atómicas.

Los cubanos nos alumbrábamos y veíamos televisión (tantas películas y hasta dibujos animados «rusos») gracias al petróleo soviético, leíamos libros y periódicos impresos con el papel que ellos nos enviaban, sosteníamos nuestras defensas militares con las armas y pertrechos llegados desde «el país de los Soviets», horneábamos nuestro pan con trigo soviético y comíamos latas de «carne rusa». Varias decenas de miles de cubanos estudiaron por esas tres décadas en Moscú, Leningrado, Kazán y otras ciudades del gigantesco país, y miles de ellos regresaron casados con una rusa —que no siempre era propiamente *rusa*. En las calles cubanas era normal encontrarse con alguno de los asesores de las más diversas especialidades (pues no sólo eran militares) enviados a enseñar —socialismo científico incluido— a sus colegas caribeños. Se hablaba de la indestructible amistad, de la entrañable hermandad entre los pueblos y gobiernos de Cuba y la URSS. Políticamente los dos países formaban una yunta en el camino hacia un mundo mejor... Pero los cubanos siempre les llamamos «bolos», marcando una insuperable distancia cultural y con la arrogancia (muchas veces infundada) que nos caracteriza y hasta nos define.

Cuando en 1991 colapso la Unión Soviética y con ella la amistad indestructible, también se esfumó el petróleo, el papel y el trigo que de allá nos llegaba. Los países nacidos de la desmembrada unión optaron unánimemente por un retomo al capitalismo, y capitalistamente exigieron dinero a cambio de productos, y Cuba debió sostener su socialismo en la más desoladora soledad. Se vivieron entonces los años de la terrible crisis cuyo nombre oficial e histórico («Período Especial en Tiempos de Paz») no puede expresar los niveles de carencia y desesperación a los cuales nos vimos abocados los cubanos de a pie (o de «a bicicleta», el medio de transporte que sustituyó a los ómnibus y autos secos de combustible exsoviético).

Una reacción inmediata a la nueva coyuntura rebotó con fuerza: apenas se acabó el país que enviaba recursos y técnicos, y casi de un golpe se difuminó su antes agobiante y abarcadora presencia en la vida, cultura y cotidianidad cubana. Por desaparecer, desaparecieron hasta las «bolas» casadas con los cubanos, y sólo unas pocas de ellas permanecieron en la isla, resistiendo escaseces y apagones. Los treinta años de matrimonio político, social, cultural no dejaban descendencia visible: ni una costumbre, ni un plato típico (ni siquiera una base militar, pues también estas desaparecieron), y la huella rusa en Cuba se fue borrando con unas pocas brisas y en muy poco tiempo se comprobó que de aquella complicidad no quedaba prácticamente

nada —fuera de ciertos esquemas partidarios e ideológicos y de algunas prácticas políticas que los mismos rusos rechazaban en sus tierras y los dirigentes cubanos decidieron conservar.

En los últimos años, impulsados por la figura del antes directivo de la KGB, luego presidente y ahora primer ministro Vladimir Putin (empeñado en el rescate del orgullo y la grandeza rusa, de un lugar decisivo de su país en el mapa político mundial), Moscú inició un nuevo acercamiento a su antiguo aliado. Cuba, en medio de un recrudescido embargo norteamericano, necesitaba de todos los apoyos políticos y de todas las cercanías económicas y comerciales, y aceptó gustosa el gesto. El flirteo se reinició, aunque en muy diferentes condiciones: ya no se trataba de geopolítica socialista, sino de conveniencias tácticas, comerciales, políticas entre dos países con sistemas económicos e ideológicos diferentes, diríase que antagónicos.

Ahora, con un libro en la mano, los rusos vuelven a la isla. La Feria del Libro de Cuba ha tenido este año como país invitado de honor a la Federación Rusa, y el evento cultural se ha convertido en una plataforma para el desembarco masivo de figuras de la política y el arte ruso contemporáneo. Libros (en ruso), películas (rusas y soviéticas), compañías de danza han estado a la cabeza de esta búsqueda de una recuperación de cercanías quebradas durante casi dos décadas a lo largo de las cuales se cruzaron no pocos insultos y acusaciones de deslealtades. Ya antes, como avanzadilla, habían llegado los líderes de la iglesia ortodoxa, que incluso abrieron su templo (¿cuántos ortodoxos rusos hay en Cuba?) en un sitio privilegiado de La Habana colonial.

Aunque en la prensa cubana a veces hasta se filtran comentarios sobre, por ejemplo, los devastadores efectos del realismo socialista en el arte ruso, resulta evidente que la imagen que se ha ido ofreciendo de Rusia y su presente guarda poca relación con la que se promovió en los inicios de la década de 1990, cuando se dio el salto en el vacío y la cuna de la revolución proletaria, renunciando a los principios alabados por setenta años, se abrió de piernas y alma al más feroz capitalismo (el desmerengamiento se le llamó).

El país estable, próspero y respetuoso de las diferencias que se nos presenta hoy, es, sin embargo, un país capitalista y, por lógica dialéctica y económica, debe arrastrar todas las características del sistema (estudiado y condenado por Marx, criticado por Lenin), esas que llevaron a los bolcheviques a hacer la revolución. Quizás la más inesperada lección de estos acontecimientos y percepciones es que estemos aprendiendo, ahora, que hay capitalismo malos y menos malos (casi hasta buenos) y que el pasado es un libro del cual se pueden entresacar capítulos favorables y desdeñar los más conflictivos, por el bien de la política. Siempre la política.

Febrero, 2010

¿Cuba sin azúcar?

Aunque la historia es adicta a la creación de clichés de la más diversa raigambre, por lo general estas cómodas identificaciones parten de una realidad más o menos

evidente, que a fuerza de estar presente, deviene tipificación de una sociedad, un país, una época.

A Cuba, llamada en ciertas épocas «la llave del Golfo» (de México) por su privilegiada ubicación geográfica, o la «perla del imperio» (español en América) gracias a su riqueza, se le ha identificado a lo largo de los últimos dos siglos, más que nada, con el azúcar. Y no por un cómodo cliché: como han demostrado algunos historiadores cubanos de la más alta estima (Fernando Ortiz, Manuel Moreno Fraginals, Ramiro Guerra, a cuyas obras remito a los interesados en profundizar en el tema) la producción de azúcar ha sido la columna vertebral de muchos de los más importantes procesos económicos, sociales, históricos, incluso étnicos y culturales, que han dado su fisonomía peculiar a esta isla del Caribe.

Quizá sobraría como ejemplo de la importancia histórica del azúcar para Cuba, el hecho de que si la isla no celebra por estos años el bicentenario de la independencia, como la mayoría de las repúblicas iberoamericanas, se debe precisamente al azúcar: la riqueza cubana del siglo XIX se fundó sobre esta industria, cuyo funcionamiento requirió de los brazos de millones de esclavos importados de África y que, hacia 1820, constituían (negros y mestizos) alrededor de la mitad de la población insular. Con su presencia esos negros crearon sobre la burguesía cubana (también llamada *sacarocracia*) el temor a que un cambio de sistema político condujera a una revolución como la que, poco antes, se había producido en el cercano Haití (hasta ese momento el mayor productor de azúcar del mundo). No menos ejemplar resulta el hecho de que el levantamiento independentista al fin concretado en 1868, se realizara en los predios de un ingenio (fábrica de azúcar) y que su primera medida revolucionaria fuese la liberación de los esclavos negros, ordenada por su propietario, el patriarca Carlos Manuel de Céspedes.

En 1970, ya en pleno período revolucionario, se apostó sobre una zafra azucarera que *debía* producir diez millones de toneladas, el salto económico de la isla hacia niveles superiores de desarrollo. El fracaso de aquel intento, bien lo sabemos los cubanos, no sólo deterioró la economía del país, sino que modificó muchas de sus estructuras sociales y culturales (desde la alteración de tradiciones como las fiestas navideñas y los carnavales hasta la implantación de la ortodoxia más férrea en el terreno de la creación artística que, a partir de entonces, vivió el llamado quinquenio gris o decenio negro).

Por eso la noticia de que este año la zafra azucarera cubana ha sido la más improductiva desde 1905 —cuando el país apenas se recuperaba de la devastación que produjo la guerra independentista de 1895 – 1898 y no existían las grandes industrias productoras de las últimas décadas— resulta más alarmante de lo que muchos puedan imaginar. Es, además, una señal inequívoca de que la economía cubana genera sus propias crisis, con independencia de las que pudieran llegar a través de los mares y los embargos.

Hace unos pocos años, cuando los precios del azúcar descendieron drásticamente

y la productividad interna era ya lamentable, se produjo una reestructuración de este sector y se decretó el desmontaje de varias decenas de fábricas y la utilización de muchas tierras para otros cultivos. La industria azucarera que nos identificaba y que tantas riquezas produjo en otros tiempos recibía así una estocada profunda que la desplazaba de su tradicional protagonismo en la vida económica cubana.

La realidad demostraría, con su terquedad, que las superficies antes dedicadas a la caña de azúcar no eran imprescindibles para el desarrollo de otras producciones, pues en la actualidad, luego de algunas reparticiones de tierras a cooperativistas, todavía quedan entre un millón doscientos treinta mil y tres millones de hectáreas de tierras ociosas, mientras el problema de la producción nacional de alimentos no ha mejorado ostensiblemente, pues hasta hace poco se calculaba en un setenta por ciento el monto de los productos importados para el consumo. Y también se ha demostrado que la eficiencia no regresaría fácilmente a la industria azucarera.

Sólo un día después de la destitución-renuncia del hasta entonces ministro del ramo, la prensa cubana al fin se hacía eco del desastre azucarero del año 2010 y anunciaba una campaña funesta para el venidero. Problemas de todo tipo —desde organizativos hasta de previsiones realistas— llevaron a lo que un experto en el tema llamó autoengaño de los responsables del sector y, sobre todo, de «embarcar» al país: en cubano eso significa estafar, embaucar, comprometer sin respuestas... Estar «embarcado» es haber caído en desgracia.

A los costos económicos que, obviamente, está trayendo el desastre azucarero, justo en un momento de altos precios internacionales del producto, se suma una extraña sensación de frustración que, como cubano, al menos a mí me embarga desde que tuve acceso a esa información. La economía de la isla, ya lo sabemos, anda en serios conflictos con sus estructuras productivas e incluso con sus fuerzas laborales (se habla de un millón de personas sobrantes en los empleos del Estado, casi un cuarto de la fuerza laboral activa), pero también el desastre azucarero toca el orgullo de una nación, de una sociedad, de una espiritualidad a la cual, desde los tiempos en que mayor fue el dolor de los esclavos africanos o la opresión de los braceros chinos, haitianos, jamaicanos, el país debe casi todo lo que fue: incluso, le debe hasta el cliché, creo que inventado por los años 1940, de que *sin azúcar no hay país*.

Mayo, 2010

EL GOLF Y EL FUTURO DE CUBA

Si alguna de las más importantes encuestadoras del mundo se atreviera a realizar un macro *survey* que registrara las respuestas de los once millones y algo de cubanos que habitan en la isla del Caribe, y limitaran su sondeo a la única pregunta «¿Hacia dónde cree usted que se dirige el futuro de la nación?», pienso que una cifra abrumadora de los que se atrevieran a responder con sinceridad darían una demoledora respuesta:

«Chico, pues no lo sé». Lo más dramático de tal afirmación resultaría, por supuesto, que el inescrutable futuro del país engloba también el de cada uno de sus habitantes, incapaces de prever los rumbos de su propio porvenir.

Si en otras ocasiones he expresado mi incapacidad para hacerme una idea de los derroteros económicos y sociales que adoptará el futuro cubano, hoy más que nunca la incertidumbre respecto al carácter del modelo posible me resulta agotador, como —creo— a la mayoría de mis compatriotas.

Algo parece claro en medio de la oscuridad: la dirección del partido comunista, del gobierno y del Estado cubanos no contemplan entre sus expectativas la modificación del sistema socialista de partido único, el mismo que durante el pasado siglo rigió en la URSS y las repúblicas socialistas de Europa del Este y que se mantiene vivo, en lo esencial, en algunos de los estados comunistas asiáticos, desde Corea del Norte a China, aunque con características muy dispares y, en general, poco deseables (es mi opinión) como modelos de desarrollo y de vida para un país como Cuba.

Hecha esa salvedad cardinal, cuando se mira hacia el resto de los factores económicos y sociales, quizás los que de manera más directa influyen en la vida de los cubanos, tal vez se podría pensar que muchos de ellos sí pudieran estar en juego: si no de manera esencial, al menos en cuanto a formas de aplicación que podrían ser muy importantes en el devenir de los destinos individuales y colectivos.

En los últimos meses, por ejemplo, se ha desatado en los medios de debate alternativos cubanos (*emails* y *blogs*) una significativa polémica respecto a los modos en que la economía de la isla podría encontrar alivios monetarios que la ayudaran a salir de sus múltiples crisis de eficiencia y productividad, generadas por el propio modelo actuante durante cinco décadas, por la falta de controles y la desmotivación general que, desde hace veinte años, provoca entre los productores recibir un salario que resulta insuficiente para vivir.

El más reciente tema de debate es la anunciada apertura de la industria turística cubana a un visitante de alto nivel (decisión al parecer comentada por el titular del ramo, publicada por periódicos y agencias extranjeras, pero hasta ahora silenciado por los medios oficiales del Estado cubano), que, se dice, incluye la construcción de marinas para yates de lujo, la construcción de dieciséis campos de golf de dieciocho hoyos y hasta casas y departamentos que podrían ser adquiridos por extranjeros con licencias de propiedad válidas por noventa y nueve años (según el Artículo 222.1, del Decreto Ley 273, del pasado 19 de julio). La decisión ha explotado las más diversas opiniones que van desde la del ortodoxo que expresa que no tomó un fusil e hizo la revolución para vender la patria a los millonarios, hasta el que, queriendo resultar comprensivo, argumenta que unos campos de golf no cambian nada si no se cambia nada... de lo importante.

Ya en la década de 1990, cuando se hizo presente la profunda crisis económica que invadió la isla, el negocio de las inmobiliarias de capital mixto que construían

casas y apartamentos para extranjeros se había abierto en Cuba, aunque poco después su ritmo se ralentizó casi hasta detenerse. Recuerdo, incluso, haber oído la frase de que no se vendería al extranjero ni un centímetro de la patria. Ahora, el nuevo decreto da un impulso extraordinario a una apertura de inversiones en el sector turístico y residencial ligado al visitante foráneo, algo que resulta cuando menos curioso en un país donde los ciudadanos no pueden vender o comprar inmuebles o necesitan una cantidad incalculable de permisos para construir uno con sus propios recursos o cambiarlo por otro (la famosa «permuta» cubana, toda una institución social y cultural en el país).

Al mismo ritmo se han ido introduciendo cambios en toda una serie de esferas donde el proteccionismo estatal rigió durante años, y que van desde la eliminación de la venta subsidiada de una cuota mensual de cigarrillos a todos los nacidos antes de 1956 (i) hasta la regulación de impuestos a las personas que en el borde de una carretera decidan vender los mangos o los aguacates de sus arboledas (pagarán el cinco por ciento de la venta y harán un aporte a la seguridad social), los mismos vendedores clandestinos (¡de mangos y aguacates!) que, hasta ahora, eran perseguidos y multados por la policía.

La necesidad de encontrar alternativas laborales al más de un millón de trabajadores que será necesario eliminar de sus puestos en empresas estatales, está entre las razones de que se trate de revitalizar el trabajo por cuenta propia y, al parecer, incluso la microempresa. Pero nada más hablar del tema aparecen los cuernos del toro: ¿quiénes en Cuba tienen capital para fomentar un pequeño negocio?; ¿podrán hacerlo con capital enviado por familiares o socios residentes en el extranjero que pondrían de ese modo —más que una pica en Flandes— un pie en la economía cubana? ¿Cómo volver a montar toda una estructura que fue dinamitada por la «Ofensiva Revolucionaria» de 1968 y convirtió a Cuba en el país socialista con más trabajadores estatalizados y menos posibilidades de realizar labores como trabajador autónomo? ¿Y los insumos y el mercado, o el aparato fiscal, sanitario, policial que implica la reapertura de este sistema clausurado en el país por cuatro décadas?

Un reciente reportaje de la televisión cubana mostraba la situación en que se hallaba un centro de acopio de productos agropecuarios cercano a La Habana, donde, por falta de transporte, se perdían grandes cantidades de plátanos y boniatos ya cosechados. ¿Podría el sector privado ayudar a que no se produzcan tales situaciones? La respuesta debería ser afirmativa, pero en un país donde sólo se pueden comprar y vender los vehículos fabricados antes de 1960 (j) es difícil imaginar que se consiga organizar una cooperativa o pequeña empresa de transportistas privados.

Asumido el principio de que el gobierno no pretende alentar cambios políticos, la sola posibilidad de abrir algunas compuertas económicas debe implicar una reestructuración tal del sistema cubano que, aun siendo el mismo, ya no volvería a serlo. Sólo que la imagen que proyecta hacia el futuro es el de una nebulosa entre la

que apenas se distinguen formas imprecisas.

Septiembre, 2010

CAMBIOS EN CAMINO

Después de una larga espera y de varias posposiciones, el Partido Comunista de Cuba, gobernante y rector de la política de la isla del Caribe, ha convocado a su VI congreso, que se celebrará en abril de 2011. El anterior se efectuó en 1997, hace más de trece años.

Al unísono con el anuncio del cónclave, hecho por el segundo secretario de la organización y presidente de la República, el general Raúl Castro, también se hizo público y se puso en circulación, con una edición de muchos miles de ejemplares, un folleto de treinta y dos páginas titulado *Proyecto de lineamientos de la política económica y social*, un documento que, a través de una introducción y doscientas noventa y una propuestas, comienza a definir un nuevo modelo de política económica, productiva, comercial y social del país, que, se espera, permita superar la crisis del actual. Tal empeño se anuncia bajo el principio de que «el sistema de planificación socialista continuará siendo la vía principal para la dirección de la economía nacional» y con la perspectiva de que la isla se encamine hacia una eficiencia productiva, promueva la eliminación de las más diversas formas de paternalismo generadas e impulsadas por el mismo Estado cubano y obtenga la necesaria credibilidad por parte de antiguos y nuevos inversores extranjeros.

El propósito de la masiva distribución del *Proyecto de lineamientos...* es que se convierta en un texto debatible por las diversas instancias partidistas y por la ciudadanía, en busca de acuerdos, desacuerdos y modificaciones de sus planteamientos concretos, tácticos y estratégicos. Sin embargo, la categórica formulación de muchos de sus puntos, la especialización necesaria (en materia económica, financiera, comercial) para la comprensión de muchos de sus acápites y su recorrido por los más disímiles aspectos de la realidad económica cubana (desde la balanza internacional de pagos hasta la producción artesanal y la recuperación de neumáticos) advierten que su aplicación global es una política en vías de hechos, cuya materialización se está produciendo y se producirá como parte del llamado «perfeccionamiento del modelo económico cubano» promovido por el gobierno ante las dificultades, incongruencias e incapacidades del esquema hasta ahora en práctica, que en muchos aspectos respondió a las exigencias de la profunda crisis que el país atravesó en la década de 1990, y que promovió, entre otros males, la existencia de una doble circulación monetaria.

Son muchos los aspectos que llaman la atención en el documento lanzado al ruedo, pero sin duda entre los más notables se encuentran la descentralización de la economía a través de la autonomía empresarial y la instrumentación de mecanismos económicos y financieros en un proceso en el cual solían aplicarse decisiones políticas y administrativas, muchas veces antieconómicas, como la realidad del país lo ha demostrado. Por ello, en un lenguaje muy preciso, el proyecto partidista advierte que la existencia de casi todas las empresas dependerá, en lo adelante, de su

capacidad de generar ganancias, o se procederá a su «liquidación», mientras las entidades sostenidas por el presupuesto estatal se reducirán al mínimo. Incluso, se afirma que en los proyectos solidarios con otros países (parte esencial de la política internacional cubana) se tendrá en cuenta el elemento económico, casi siempre desconocido en esa esfera.

En el mismo sentido se hallan los abundantes reclamos a la supresión de subsidios (llegarán hasta la desaparición de la libreta de abastecimiento o racionamiento, que suministra una pequeña cantidad de productos a bajos precios, indispensables, sin embargo, para la alimentación de un alto porcentaje de las familias cubanas), a la eliminación de puestos de trabajo en las empresas estatales y organismos del Estado (proceso ya en marcha que contempla el despido de medio millón de trabajadores en seis meses) y el fomento de formas no estatales de producción, servicio y tenencia de la tierra, con el previsto incremento de la fuerza laboral en cooperativas y por cuenta propia, tendencia que va acompañada por la implementación de una nueva política fiscal que contempla grandes imposiciones para las mayores ganancias.

El vuelco económico comenzado es, a todas luces, profundo y radical, sin que por ello se prevean grandes modificaciones del sistema político unipartidista y la estructura de gobierno cubanos. Pero la resonancia social que traerán los cambios ya adelantados y los por venir, será sin duda un desafío que deberá asumir ese mismo modelo político, antes basado en la máxima estatalización, el control centralizado y la total dependencia del ciudadano de las estructuras laborales, distributivas y económicas del Estado.

A nivel de la población los cambios más polémicos se relacionan, precisamente, con la nueva política laboral y con la supresión de subsidios —que alcanzará hasta los sectores de la educación y la salud. La posibilidad de que un por ciento de los desempleados de los próximos meses deriven hacia el trabajo por cuenta propia, a la par que muchos de los que ya lo hacían legalicen su situación, parece una de las soluciones más complejas, habida cuenta la crítica situación económica del país (falta de insumos, materiales, etc.), la política impositiva que arranca con altos por cientos de pagos al Estado y la carestía, vuelta a incrementar recientemente, de elementos básicos para algunas producciones y servicios, como la electricidad y el combustible.

Resulta evidente cómo los necesarios cambios del modelo cubano que anunció hace tres años el entonces presidente interino Raúl Castro, comienzan a tomar forma y espacio en la vida social y económica cubana. Ahora está por ver cómo su implementación afecta la vida de millones de cubanos, abocados a vivir en un país en el cual la competitividad económica y el trabajo sustituirán al paternalismo estatal, en el que la eficiencia pretende ocupar el lugar del subsidio, y en donde se generarán, inevitablemente, desigualdades económicas y sociales luego de décadas de igualitarismo oficialmente creado y promovido.

Noviembre, 2010

Cuba, ¿en línea con el mundo?

El cable de fibra óptica que permitirá la conexión plena de Cuba al sistema mundial de telecomunicaciones ha comenzado su recorrido por el lecho del Mar Caribe. Desde las costas de Venezuela hasta una playa al sur-orienté de la isla, el cable deberá extenderse por mil seiscientos kilómetros, en un proyecto valorado en más de sesenta y tres millones de dólares.

Los hendidos prácticos de la operación, sin embargo, están garantizados: una vez conectada a través del cable, Cuba dejará de depender de la más costosa y lenta comunicación satelital y tendrá una velocidad de transmisión de trescientos veinte gigabytes en cada uno de los dos pares de fibra óptica, por lo que aumentará por tres mil veces su capacidad de transmisión de datos, voz e imágenes. Además, el país podrá recibir señales telefónicas y televisivas.

Este proyecto, sustentado por los gobiernos de Cuba, Venezuela y Jamaica, forma parte del llamado Sistema Internacional de Telecomunicaciones Alba I y es uno de los diversos programas de colaboración entre los países de la región afiliados al bloque de la Alternativa Bolivariana para las Américas. La conclusión de este empeño está prevista para los primeros meses de la segunda mitad del año 2011 y entonces se producirá la chispa que pondrá las telecomunicaciones del país al nivel que hoy existe en casi todo el planeta. O «en línea con el mundo» según el eslogan de la empresa cubana de telecomunicaciones.

Sobre estos hechos y datos concretos, comienzan a surgir entonces las más diversas interrogantes sobre la manera en que esa capacidad de conectividad será administrada por las autoridades de la isla, habida cuenta la problemática relación que hasta ahora ha existido entre la sociedad cubana y la computación y la conexión al ciberespacio.

La primera paradoja en esta relación la establece la cantidad de equipos de computación de uso privado que existen en Cuba, posiblemente una de las cifras más bajas del mundo si se le mide en relación con el alto nivel educacional e informático con que cuenta el país. Hasta hace unos tres años la adquisición de computadoras y otros componentes ofertados por minoristas dentro del país estaba prohibida a los ciudadanos cubanos, aunque se permitía ya su importación, también limitada por mucho tiempo (como también lo estuvo el uso de los teléfonos móviles). Esta barrera, vencida sucesivamente por alternativas como la de adquirir el equipo a través de un extranjero residente en la isla, o de una institución cubana con licencia para acceder a ellos, o por medio de alguna empresa de capital mixto, tenía (y tiene) como segundo inconveniente el hecho de que un equipo de computación llega a venderse a precios (más de quinientos pesos convertibles cubanos [CUCs], unos seiscientos dólares) que resultan inalcanzables para la mayoría de los ciudadanos que dependen de un salario estatal, que promedia unos veinticinco CUCs mensuales.

Más compleja aún ha sido y es la relación de los cubanos con las comunicaciones por vía digital. Hasta el momento en que se produzca la conexión del cable de fibra óptica, el país seguirá dependiendo únicamente del enlace por vía satelital, más caro y

lento, pues la llegada a la fibra óptica también le había sido embargada por los Estados Unidos (apenas a treinta kilómetros de las costas cubanas pasa el cable que une a Miami con Cancún). Esta realidad práctica y tecnológica ha sido la que ha impedido, hasta hoy, la posibilidad de un mayor acceso de los cubanos a los beneficios de internet y la comunicación por correo electrónico, al cual el gobierno le ha dado un «uso social» en instituciones y centros de trabajo por encima del individual y privado.

Es por esa razón que sólo a través de una cuenta y un servidor adscrito a una institución del Estado o el gobierno o a una institución reconocida, los cubanos pueden tener acceso a distintas calidades de comunicación que van del correo electrónico sin acceso a internet al servicio con entrada en la red internacional —sólo en el caso de personas (entre las que me cuento) a las cuales se les ha concedido esa posibilidad por cuestiones de trabajo.

La nueva coyuntura que se abrirá cuando se produzca la conexión de Cuba al cable de fibra óptica cambiará radicalmente (o al menos por tres mil veces) la situación actual y, potencialmente, podría permitir el acceso a la red a todos los interesados (y con posibilidades materiales de hacerlo), una vez vencida la dificultad tecnológica que lo impedía. Por lo tanto, muy pronto la relación de los cubanos con la comunicación digital dependerá sólo de la voluntad política con que el gobierno asuma estas realidades y los consecuentes retos que implican para un país como Cuba un acceso más abierto a la información y las comunicaciones.

Para una sociedad moderna y contemporánea el pleno ingreso a los canales informativos de la red es, más que una facilidad, una necesidad en la cual se empeña su desarrollo. El mundo de hoy ha trascendido la era industrial para entrar en una nueva etapa histórica, la era digital, en la cual muchos códigos económicos, sociales y hasta políticos están siendo transformados, revisados, desechados, y el uso de las comunicaciones cibernéticas desempeña un papel decisivo en ese proceso de carácter global.

En medio de la política de reordenamiento económico que se ha desatado en Cuba, con las consecuentes modificaciones que la economía (menos centralizada, más abierta a las inversiones foráneas, con participación notable de capital privado) provocará en la esfera social, la entrada plena de los ciudadanos cubanos en la trama de las comunicaciones digitales representa (y lo ha representado siempre) un escalón de ascenso para el presente y para el futuro económico y social del país... Mientras, el cable se acerca a la isla y, con él, hechos incontestables y preguntas por responder.

Febrero, 2011

LA HABANA RENACE...

La Habana está renaciendo. No podría asegurar si de la mejor manera, pero el renacer es evidente. Apenas oficializadas las primeras medidas de la «actualización del modelo económico cubano», que adquirirá su forma y proyecciones definitivas en las sesiones del congreso del partido comunista que se efectuará a mediados del mes de abril, los efectos de la nueva política han comenzado a variar, de manera acelerada, la fisonomía física de una ciudad que, en los últimos cincuenta años, parece haberse detenido en el tiempo (e incluso retrocedido con el avance del deterioro).

Hasta este instante la apertura más contundente y visible ha sido la de la revitalización del trabajo por cuenta propia, con una ampliación de sus categorías y actividades (nada espectacular, pues ha estado centrada en los oficios y muy pequeños negocios más que en las profesiones). Para ejercer las distintas posibilidades de trabajo privado ya se han concedido en el país una cifra notable de nuevas licencias, a pesar de que, en su mismo nacimiento, se ha establecido un fuerte sistema impositivo que hace dudar de la capacidad de muchos aspirantes para poder cumplir a cabalidad los compromisos fiscales.

Esta alternativa laboral independiente, por muchos años prohibida y luego estigmatizada, cumple diversas misiones, entre ellas las de absorber una parte de los empleados estatales y gubernamentales que quedarán «disponibles», según la retórica cubana. La cifra de los despedidos se calcula alcanzará más de un millón cuando el proceso haya concluido, aunque ahora mismo su puesta en práctica ha sido desacelerada ante la evidencia de que la sociedad y la economía no tienen demasiadas alternativas laborales para tantas personas. A la vez, el trabajo por cuenta propia intenta dar un leve pero necesario impulso desde abajo a la descentralización de las estructuras económicas de un modelo en el cual, hasta hoy, la presencia del Estado ha sido como el de la esencia divina: ha brillado en todas partes, aunque no siempre resulte visible o tangible. En el mercado laboral, por cierto, la presencia estatal y gubernamental era absoluta y hegemónica, aunque desde la crisis de la década de 1990 sufrió cuantiosas deserciones, habida cuenta de que los salarios oficiales resultan insuficientes para los niveles de gastos del empleado promedio y muchas personas en edad laboral prefirieron pasar a la actividad del «invento», término cubano en el cual se engloban las más disímiles estrategias de supervivencia.

Entre los «nuevos negocios» a los cuales han acudido los cubanos bajo las condiciones legales recientemente aprobadas, dos sectores han resultado los más recurridos: el de la gastronomía y el de la venta de productos agrícolas en todos los puntos de la ciudad. La avalancha de cafeterías, pequeños restaurantes y vendedores callejeros y ambulantes (que necesitan una mínima o ninguna inversión previa) han introducido un ambiente de creatividad y movilidad que, en el aspecto físico, va dando al entorno urbano una imagen de feria de los milagros en donde cada cual vende lo que puede y como puede: las cientos de cafeterías (y uno se pregunta:

¿habrá clientes para todas esas cafeterías, en un país donde la mayoría de los salarios, como ya se ha dicho, apenas garantizan la subsistencia?) brotadas en cada esquina, en portales, o locales rústicos, casi siempre surgen sin la menor sofisticación y con la característica de que los alimentos adquiridos se consuman de pie, en las aceras, ofreciendo una imagen de provisionalidad y pobreza definitivamente dolorosas.

Mientras, los vendedores de hortalizas y algunas otras producciones agrícolas han optado por puestos aún más endebles y peor montados, e incluso, por la venta en las aceras desde las mismas cajas de madera en que los productos fueron trasladados o almacenados. Sin un asomo de sofisticación, con la convicción de que la demanda supera en mucho la oferta y sin intenciones de atraer por la calidad, la presentación o el precio, estos puntos de venta, más que una imagen de pobreza e improvisación están trayendo a la ciudad unos aires rurales y retrógrados de los que La Habana se había alejado hace muchas décadas.

Junto a estos dos rubros ha salido a la luz, oficialmente aceptado, el negocio de la venta de discos compactos grabados con música, cine y series de televisión, pirateadas de las más imaginativas y diversas formas. Este negocio, que parte de la ilegalidad de la actividad que lo sostiene, florece en La Habana gracias a la legalidad otorgada por el hecho de que dedicarse a su venta es un oficio permitido y fiscalizado. De este modo, tarimas rústicas, colocadas en portales y aceras, ofrecen al comprador las últimas producciones del cine norteamericano y las más recientes grabaciones de las estrellas del espectáculo, por precios que incluso atraen a los turistas extranjeros de paso por la ciudad.

La búsqueda de soluciones individuales a través del montaje de estos pequeños negocios, sin que existan demasiadas regulaciones arquitectónicas y urbanísticas que los controlen, van dando a la capital cubana una imagen de feria sin límites ni concierto, de ciudad en la que lo rural se mezcla con lo urbano, la novedad con la improvisación y la fealdad y la sensación de pobreza se convierten en el sello más característico. En fin, La Habana cambia porque tenía que cambiar... y uno de los precios que paga es el de su ya bastante deteriorada belleza.

Marzo, 2011

¿CAMBIOS EN LAS MENTES?

(Asomados al futuro... hasta el próximo libro)

Con esperanzas para algunos y con escepticismo para otros; con temor o satisfacción por lo que vendrá o podría venir; hasta con el sentimiento de que lo proyectado pueda ser una renuncia a viejos principios ideológicos o con la certeza de que apenas se trata de un maquillaje: de todas estas —y otras formas, a veces tan antagónicas— han sido recibidas en la isla y reflejadas por la prensa internacional los acontecimientos ocurridos en Cuba durante los primeros días del mes de abril de 2011. Pero, en ningún caso, los acuerdos, decisiones, proyecciones del VI Congreso del Partido Comunista de Cuba han dejado indiferentes al mundo: Cuba tiene un magnetismo (morboso en ocasiones, admirativo en otras) que haría imposible esa última reacción.

Aunque la noticia no resultó sorprendente, mucho se ha hablado de la renuncia de Fidel Castro, el líder histórico, gobernante por más de cuarenta y cinco años de los destinos del Partido, el gobierno y el Estado cubanos, quien ha decidido pasar a ser un simple militante del Partido —aunque todos sabemos que será todo menos «simple». Pero, en cualquier caso, se trata de un hito histórico.

Más sorprendente y conmovedor (política y hasta humanamente hablando), resultó la propuesta del nuevo Primer Secretario y ya presidente de la República, Raúl Castro, de establecer que se reduzcan a dos períodos de cinco años las estancias en el poder de las figuras que regirán los destinos de la nación, ya sea desde el gobierno, el Estado y el propio Partido, algo inédito en la estructura dirigente de un país socialista, donde las altas esferas apenas solían alterarse por la llegada de la muerte. De qué modo se producirán esos relevos aún está por ver, aunque es otra decisión de magnitudes históricas.

Esperada, asimismo, resultó la propuesta de toda una reestructuración de un modelo económico obviamente agotado, que buscará con alternativas como las inversiones extranjeras, el trabajo, los impuestos y la producción privada, la descentralización del Estado, la eliminación de trabas burocráticas y la reducción de subvenciones. Todas estas medidas procuran la necesaria competitividad mercantil que reclama con urgencia un país agobiado por una interminable crisis económica y una rampante ineficacia productiva, y con una sociedad deformada por los modos en que se accede a bienes y servicios.

La palabra *mercado*, por décadas satanizada por los círculos oficiales cubanos (hasta para la comercialización de libros) ha reaparecido, pero antes, y mucho más que ella, se ha repetido una y otra vez el término clave que hoy debe imponerse en Cuba: *cambio*. ¿Cuán profundos y radicales serán esos cambios? ¿Afectarán las esencias económicas y sociales del sistema, incluso las políticas? Eso también está por verse, pero lo indudable es que los *cambios* han llegado y seguirán llegando, no siempre por deseados (para ciertos sectores de la dirigencia del país), pero en todos

casos por inevitables —pues muchos de ellos ya se habían instalado en nuestra sociedad y otros se imponen como un reclamo de los tiempos y la realidad cubana y planetaria.

Sin embargo, poco, casi nada, se ha hablado de otras raigales transformaciones que deberán o deberían acompañar los cambios económicos, sociales y hasta políticos propuestos o aprobados, cambios que se han fijado o fijarán en el papel. Se trata de otras revoluciones, tal vez más sutiles, pero indispensables y no menos esenciales, entre las que valdría la pena recordar las urgentes transformaciones en la mentalidad verticalista, ortodoxa, fundamentalista, excluyente que, alimentada por años, tuvo la capacidad de convertir en sospechoso, cuando no en enemigo, a todo el que disintiera de las posiciones oficiales y pretendiera pensar con sus propias neuronas y no con las que «el momento», «la situación del país», «la orientación desde arriba», permitían y avalaban. Si hace cinco, siete años, alguien en Cuba hubiera propuesto medidas como las adoptadas esta semana por el congreso partidista, seguramente habría sido catalogado de revisionista, incluso de contrarrevolucionario y estigmatizado como tal por un sector cavernario de la burocracia gobernante.

Sin cambios profundos en esta manera de conducir el pensamiento y admitir la libertad de expresarlo por los demás será difícil instrumentar una verdadera cultura que se sostenga sobre la necesidad de «cambiar todo lo que debe ser cambiado», pues los acuerdos y decisiones partidistas no van a eliminar de un día para otro la tendencia a acusar (por los de arriba) y la reacción de temer (por los de abajo). Muchos años y demasiadas acusaciones y miedos se acumulan en las vidas y conciencias de los cubanos como para que esta transformación llegue de inmediato, aun cuando lo cierto es que en la Cuba de hoy los niveles de permisibilidad y heterodoxia resultan estar a distancias siderales de los que existieron treinta, cuarenta años atrás, cuando cualquier opinión fuera de tono era considerada un «problema ideológico» o un modo de darle «armas al enemigo»: aun cuando se tratara de la más obvia y dolorosa verdad.

Demasiados años de verticalidad política, de abultado poder de la burocracia, de considerar enemigo a quien no pensase exactamente igual son lastres que la proyección hacia el futuro de los lineamientos sociales y económicos aprobados deben insistir en hacer desaparecer para que brote una sociedad más viva y audaz. Como mismo debe esfumarse la posibilidad de estigmatizar al inconforme, una fuerza a la que tantas veces ha recurrido esa retardataria burocracia dirigente y, por tanto, reaccionaria, responsable no sólo de incontables desastres económicos (por los cuales nunca han pagado o si acaso lo han hecho sólo con la pérdida de ciertos privilegios), sino, y sobre todo, promotora de la sustracción de la cultura del diálogo y la inconformidad expresa como componentes de la diversidad social. Esa necesidad de admitir lo nuevo, lo diferente, lo heterodoxo que hoy, también, se reclama desde la dirección partidista y gubernamental cuando el propio Raúl Castro reconoce que «lo primero a cambiar dentro del PCC es la mentalidad, es lo que más nos va a costar

porque ha estado atada durante años a criterios obsoletos».

Sólo así habrá verdaderos cambios en Cuba. No sólo por decreto, sino también por consenso. No sólo promovidos desde arriba, sino también empujados desde abajo y desde los lados... desde todos los rincones.

Abril, 2011

LAS CRÓNICAS

LA MEMORIA Y EL OLVIDO

El mes de enero de 2007 no va a ser recordado, en Cuba, por las temperaturas casi veraniegas que recorrieron sus días de presunto invierno. Más que por estos efectos térmicos del amenazador cambio climático, sin embargo, *tendrá que ser recordado*, necesaria y diría que obligatoriamente, por la eclosión de una candente polémica a la que, a través de los canales alternativos del correo electrónico, se lanzaron los intelectuales cubanos con una indignación, furia y capacidad de respuesta dignas de los acontecimientos que generaron el debate y, sobre todo, con el dolor lacerante provocado por la manipulación de una herida física y espiritual mal cosida y, por tanto, nunca cerrada del todo.

Aunque pienso que todos los verdaderamente interesados en la vida política y cultural cubana tienen una noción más o menos aproximada de lo ocurrido, el deficiente manejo informativo del tema (como otras veces) todavía puede obligar a un breve pero necesario recuento de los orígenes y emanaciones de un debate que, a mi juicio, no implica sólo a los creadores, sino a la sociedad cubana en su conjunto.

Cuando en los primeros días de ese mes de enero el programa televisivo *Impronta*, dedicado a resaltar a personalidades cuya labor haya dejado precisamente una impronta en la vida pública y cultural cubana, trajo a su espacio al poeta Luis Pavón Tamayo, un terremoto de indignación y dolor recorrió la conciencia y la memoria de los creadores cubanos que, directa e indirectamente, durante muchos años, tuvieron que pagar en sus espíritus y sus obras las agresiones más disímiles y humillantes de la intolerancia, la represión, la censura (y su hija natural, la castrante autocensura), la sospecha y el miedo. En realidad, el aséptico rescate del venerable anciano Pavón Tamayo, de cuya actuación como feroz instrumentador de una política represiva desde las oficinas del Consejo Nacional de Cultura, en la primera mitad de los años 1970, nada se decía en los minutos de *Impronta*, fue la gota que colmó una extraña y sospechosa (llevamos la condición de la sospecha metida en el tuétano) tendencia a resucitar en diversos programas televisivos y siempre desde perspectivas amables, a personajes protagónicos del lado más tétrico de la política cultural cubana de las últimas décadas, como fue el caso de Armando Quesada (azote del mundo teatral cubano en los inicios de los años 1970, invitado al espacio televisivo *Diálogo abierto*), y Jorge Serguera (drástico presidente de la televisión nacional, entrevistado en el programa *La diferencia*).

La reacción explosiva e inmediata de varios escritores y artistas, que vehemente y espontáneamente expresaron su indignación y pidieron a las instancias de dirección cultural del país una explicación por tan inesperadas y reiteradas resurrecciones de aquellos censores-represores, se convirtió en la clásica bola de nieve que comenzó a rodar, agregando adhesiones, sumando historias de víctimas, pidiendo la aclaración de tan «casuales» rescates y, lo que es más importante, volviendo a poner sobre el tapete los efectos que en su momento y por muchos años, tuvo y tendría para el

quehacer artístico cubano la política aplicada por aquellos personajes desde sus sitios de poder, con el indudable apoyo de otras esferas más altas de decisión.

La apasionada discusión de los intelectuales se mantuvo por varios días en los canales de internet (intranet para la mayoría), pero sin reflejo alguno en los medios oficiales del país, hasta que el 18 de enero el secretariado de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba hizo pública una declaración, recogida por el diario *Granma*, órgano oficial del Partido Comunista de Cuba, en la que, desde el inicio, se afirma compartir, por parte de esta institución, «la justa indignación de un grupo de nuestros más importantes escritores y artistas como consecuencia de recientes emisiones de tres programas de la Televisión Cubana: *Diálogo abierto*, *La diferencia* y en particular *Impronta*», y donde se añadía que «La preocupación fundamental de los compañeros [...] consistía en que los mencionados programas pudieran responder a una intencionalidad y expresar una tendencia ajena a la política cultural que ha garantizado y garantiza nuestra unidad. Fue de la mayor importancia contar desde el primer momento con el más absoluto respaldo de la dirección del Partido».

Aunque para quienes no estuvieran al tanto de las interioridades del debate (la mayoría de los habitantes de la isla, vale decir), la solitaria declaración apenas les decía que había ocurrido algo de lo que no tenían noticias ni antecedentes, para los enterados, aun cuando no estuviéramos del todo satisfechos con el tono y el alcance del documento de la UNEAC, se hacía evidente que quedaba recogido en él una cuestión esencial: el silencio y la indolencia ya no son posibles, porque la memoria herida no admite nuevas manipulaciones.

Lo expresado por los creadores cubanos en las intensas semanas que se prolongó el debate sirvió para poner de relieve errores de la política cultural del país que nunca fueron debatidos ni superados por la vía del examen crítico, sino apenas por la rectificación silenciosa, olvidadiza, que permitió a muchos de los que sufrieron el rigor de las llamadas «parametraciones» y otros métodos represivos gracias a los cuales fueron marginados durante largos años, una lenta rehabilitación en la vida pública y cultural del país que les permitiría, a muchos de ellos, detentar incluso importantes y más que merecidos premios honoríficos por su valiosa labor de toda una vida. Sin embargo, la huella que aquellas políticas grabaron en los años finales de la vida de intelectuales como José Lezama Lima y Virgilio Piñera, muertos en la segunda mitad de la década de 1970 sin volver a ver sus libros editados, sin volver a ser entrevistados y casi ni mencionados (muertos civiles los ha llamado Antón Arrufat), resulta más difícil de reparar, aun cuando desde hace varios años escritores como ellos se han convertido en objeto de culto y su real «impronta» en la cultura cubana es reconocida una y otra vez.

Mientras se desarrollaba la parte más álgida e indignada del debate electrónico, estuve tentado varias veces a dar mi punto de vista, pero me detuvo la certeza de que poco podría agregar a lo que ya habían dicho otros colegas y, sobre todo, el hecho de que mis opiniones sobre la infamia de aquellos años están suficientemente

expresadas, creo que con toda claridad, en casi todas mis novelas, en especial *Máscaras* y *La novela de mi vida* y en varios trabajos críticos y en muchas entrevistas.^[3]

Sin embargo, a lo largo de todos estos días y mientras las opiniones incluso de personalidades no vinculadas directamente al mundo del arte se iban acumulando, no dejó de rondarme una preocupación que por muchos años me ha acompañado: la pérdida de la memoria y la manipulación del olvido a que nos impulsan quienes sólo aspiran a recordar cifras, datos y momentos favorables a sus posiciones.

El intempestivo e inesperado resurgir de figuras al parecer sepultadas, ejecutores de políticas que no se pueden encasillar en los márgenes de un pasado todavía no resuelto, y ahora presentadas al gran público sin los adjetivos que su actuación merecía y merece, resulta cuando menos una manera tendenciosa (no puedo hablar de intencionalidad, pues mi conocimiento de los intrínquilis de esos rescates no me lo permite) de pasar por encima del pasado y de reescribir una historia proponiendo un olvido inadmisibile.

En ocasiones a los cubanos se nos ha acusado de poseer muy poca memoria y, con casos como los de estos personajes, todo parece indicar que en verdad hay quienes así lo piensan. La reacción inmediata y furibunda de los intelectuales, en cambio, advirtió lo contrario. La «impronta» de la coacción de libertades artísticas e individuales ejecutadas durante aquellos años que con benevolencia Ambrosio Fonet llamó el «quinquenio gris» (en realidad fue más que un quinquenio y su color mucho más oscuro), la censura de lo que hoy nos parecería ridículo, la marginación de artistas y estudiantes por sus creencias religiosas o sus inclinaciones sexuales son procesos y traumas que, a pesar de muchos cambios, nos acompañan hasta hoy. Es más, la sospecha que cubría como un manto cada acción u opinión no sustentada por la más férrea ortodoxia, el dogmatismo exacerbado con que se enjuiciaban las más diversas actitudes y la facilidad con que se nos acusaba de tener «problemas ideológicos», y el consiguiente temor a ser reprimidos y expulsados de centros de trabajo o estudio por causas que la vida superó, felizmente, no pueden ser pasto del olvido pues son heridas que muchos hemos recibido. La banalización de diversas manifestaciones de la creación cultural, la marginación de los artistas cubanos del quehacer internacional «capitalista», la insistencia en sovietizar y adoctrinar la creación, fueron procesos que lastraron obras, vidas y la esencia misma de la cultura nacional.

La memoria de la intelectualidad cubana y, más aún, la memoria colectiva del país en que vivimos aún necesita de una revisión (ahora no importa si tardía, siempre y cuando sea profunda) de los lastres y desmanes de aquel pasado, como única alternativa para preservar en un futuro los espacios de reflexión, crítica, opinión, comunicación y creación ganados en el presente por los creadores e intelectuales cubanos.

La creación del Ministerio de Cultura, en 1976, mareó ciertamente un punto de

giro en la aplicación de las políticas culturales en el país. Desde aquel momento comenzó una lenta recuperación de una vida artística todavía lacerada por el dogmatismo y el oportunismo. La década de 1980 fue testigo de una enconada lucha por ganar espacios, por validar la posibilidad de un arte crítico, por recuperar nombres y obras sepultadas en el decenio anterior. Durante los durísimos años de la década de 1990, entre las miserias materiales más agobiantes, el arte cubano creció, se fortaleció, volvió a ocupar espacios en el complejo universo del mercado internacional y se estableció, pienso que definitivamente, la posibilidad de hacer una obra crítica, interrogadora, incisiva desde dentro de las fronteras de la isla. Esta ganancia ha sido de una importancia y trascendencia tal que hoy esos son los signos que caracterizan mejor la creación artística cubana y la que explica la misma actitud de los intelectuales que viven en Cuba de no admitir en silencio lo que muchos consideramos una verdadera provocación a la memoria y a la realidad actual del arte cubano. El consenso en torno a una posición de principios es la marca de los tiempos que corren y constituye la muestra de un espacio ganado para la reflexión, la crítica e incluso la indignación.

Afortunadamente, la bola de nieve que se desprendió impulsada por cuatro, cinco *emails* entre asombrados e indignados comenzó a colocar a la memoria en su sitio y a salvar del olvido las infamias de un pasado urgido de una definitiva solución. La Declaración del Secretariado de la UNEAC no logró ser el fin del debate, como tal vez pensaron algunos, sino más bien una incitación a sostenerlo.

La polémica sobre la libertad de creación en la isla y el derecho del artista a trabajar según sus necesidades y preferencias se desató, la valoración crítica de los errores cometidos en la aplicación política cultural socialista quedó sobre la mesa, la salud de nuestra memoria y nuestra sociedad misma empezó a ser analizada y, justamente, rescatada. La bola de nieve arrastró consigo un proceso de examen para el arte y la sociedad cubanas, tan necesitados de diálogos abiertos, verdaderamente abiertos, inclusivos e incisivos, con todos y para el bien de todos.

Mantilla, 22 de enero de 2007

UN CASO PARA MARIO CONDE

Hace unas semanas un amigo me hizo llegar la información, con la siguiente nota: «Cuidado, que Mario Conde se queda sin trabajo...». Intrigado, busqué el texto donde se hallaban las razones que podrían dejar sin ocupación a mi expolicía literario, ahora detective por cuenta propia,^[4] y descubrí una noticia alentadora pero que a la vez me resultó alarmante.

Se trataba de un despacho de la Agenda de Información Nacional, fechado el 29 de agosto de 2006, y que reflejaba lo ocurrido en la reunión de la Comisión de Defensa Nacional del Parlamento Cubano, durante una sesión previa a la quinta reunión ordinaria de la Sexta Legislatura, cuando el coronel Osear Callejas, primer sustituto del jefe de la Policía Nacional Revolucionaria (PNR), informó a los diputados que durante el año 2005 se había observado en el país una disminución del delito de un dos por ciento.

En la misma nota de prensa se abundaba sobre el tema y se advertía que también se había producido un «discreto avance» en el esclarecimiento de las ilegalidades —«circunstancia que sin embargo, aún no satisface las expectativas de la población»—, y se anunciaba «el incremento del parque de carros patrulleros en todo el país en los diferentes horarios, con énfasis en Ciudad de La Habana, donde se instalarán nuevos puntos de control y vigilancia electrónica para detectar infracciones de la ley».

Resulta alentador, para cualquier ciudadano del país, y en especial de la capital, saber que delitos e ilegalidades están en proceso de remisión, a la vez que se crearán condiciones de vigilancia que harán más seguras nuestras calles.

Sin embargo, resulta curioso que la experiencia cotidiana de muchas personas es que los fenómenos delictivos, las actitudes agresivas y violentas, la corrupción de ciertas esferas administrativas y otras ilegalidades de diverso tipo tienen hoy una presencia en la vida cotidiana de los cubanos inimaginable veinte años atrás.

Sin duda debe ser cierto que entre el 2004 y el 2005 se han producido esos discretos avances en la lucha contra el delito. Pero las cifras del 2004 debieron ser entonces realmente elevadas para que las del 2005 muestren una tendencia «a la baja».

Para cualquiera que se mueva en las calles de una ciudad cubana, La Habana en mi caso, resulta evidente que Mario Conde y cualquier policía del país, todavía tiene y tendrá mucho trabajo por hacer. La caída de las condiciones económicas de la familia cubana que se produjeron en los años 1990, y las consecuencias morales que engendró la crisis, siguen hoy latiendo en el tejido social cubano y, a mi juicio, seguirán viviendo mientras no se recupere el necesario equilibrio entre salario y condiciones de vida que se mantuvo en el país hasta la década de 1980, y que permitía que un trabajador pudiera vivir con lo devengado por su labor.

Sin duda la forma delictiva más peligrosa y molesta con la que convivimos hoy los cubanos es la corrupción administrativa que se observa en los distintos niveles burocráticos con los que cotidianamente tiene contacto la población. El caso de las dependencias del Instituto Nacional de la Vivienda, por ejemplo, es una de las más notables, pues la mayoría de las personas que acuden a sus oficinas comprenden de inmediato que para una solución eficaz y expedita de sus demandas la vía más segura resulta el arreglo económico con ciertos funcionarios que se convierten, gracias a su puesto y a los vericuetos y dificultades que impone la propia ley, en propietarios del destino y la tranquilidad de los ciudadanos. Una estadística —tal vez inexistente— de la cantidad de personal relacionado con este sector que ha debido ser demovido de su cargo por diversas formas de corrupción, quizás pudiera establecer con claridad hasta qué punto esa esfera —como otras de igual demanda por la población y otras más a las que no les vemos el rostro pero que mueven muchos, muchos recursos— están aquejadas por el veneno de la corrupción. No es por gusto, pienso, que la dirección política del país ha emprendido una cruzada contra esa delincuencia de cuello blanco —y no tan blanco— que se manifiesta en casi todos los sectores del servicio y la producción estatal y que recientemente se haya producido una «intervención» masiva de diversos establecimientos en donde campeaba el robo (alguna vez se deben llamar las cosas por su nombre, y no por eufemismos como el de «faltantes» o «desvío de recursos»).

Un caso que afecta al noventa por ciento de la población y, sin embargo, parece gozar de absoluta impunidad es el de los mercados campesinos en los que la norma de oro parece ser: «róbale siempre al cliente». Mi reciente experiencia personal es la siguiente: advertido por un vendedor callejero de carne de cerdo que «en el mercado siempre te roban», le pedí al vendedor del mercado que me diera el precio correcto, pues lo iba a verificar. Con la carne comprada fui entonces a la pesa de comprobación que la administración del mercado tiene habilitada, dicen, que para proteger al cliente y, sorpresa, el peso que me había dicho el comprador era el mismo que me decía el funcionario protector del cliente. Pero al llegar a mi casa y comprobar el peso descubrí que me faltaban cinco libras, lo que sumaba ciento veinticinco pesos estafados. Con mi pesa y la carne fui hasta el mercado y, apenas tuve que decirle al vendedor que me debía ciento veinticinco pesos. Sin disculparse ni inmutarse, sacó el dinero y me lo devolvió. Luego fui a ver al comprobador y le pregunté cómo era posible que su pesa y la del vendedor me dieran el mismo resultado equivocado y su respuesta fue antológica: «yo le dije lo que decía la pesa». Mi caso resultó un fiasco para vendedor y comprobador, que no pudieron robarme ciento veinticinco pesos, pero me pregunto: ¿cuánto le roban diariamente en un mercado a las personas que no tienen la posibilidad o el cuidado de comprobar el peso de lo adquirido? ¿Cómo es posible que un funcionario público cuyo deber es proteger al consumidor sea parte del mecanismo de robo montado en ese y en tantos otros mercados? ¿Estos funcionarios operan en esferas más altas y lucrativas del sistema económico cubano?

¿Están contabilizados estos delitos —pues son delitos— que se producen a diario en cantidades incontables?

No menos preocupante es la situación que cada vez con mayor frecuencia se produce en los espectáculos públicos en los que se congrega un alto número de personas. Recientemente, durante un partido de baloncesto entre los quintetos de Ciudad de La Habana y Matanzas, efectuado en la capital, se produjeron desórdenes tales que el comentarista deportivo a cargo de la narración del partido tuvo que clamar por los micrófonos de la televisión para que se presentaran policías en la sala deportiva «Ramón Fonst», pues incluso fue necesario detener el desafío por varios minutos. ¿El desorden fue por simple ardor deportivo o motivado por el mayor ardor de las apuestas? ¿La cría y peleas de perros son delitos computados? ¿Los robos de energía eléctrica pasan a las cifras de ilegalidades...?

A la salida de los bailes públicos ocurre algo similar a lo sucedido en la sala deportiva, sólo que aquí se repite en cada ocasión: la efervescencia del baile y el alcohol explotan al salir a la calle los asistentes y los desórdenes se producen en un área de varios kilómetros alrededor del sitio de la festividad. Peleas callejeras con alto nivel de violencia, agresiones a la tranquilidad y la propiedad de los vecinos, o cuando menos el hábito de caminar por las calles desafiando a los vehículos son escena común cada fin de semana animado con música en cualquier parte de la ciudad.

Los niveles delictivos han llegado, en ocasiones, a manifestaciones antes desconocidas, como el asalto a conductores de vehículos que se detienen en sitios donde se acumula el agua de lluvia, muchas veces por la acción de los asaltantes, que tupen los tragantes para cazar como moscas a los desprevenidos conductores.

Como bien refleja la nota circulada por la Agencia de Información Nacional a propósito del informe rendido a los diputados cubanos, se impone en la sociedad de hoy no sólo el trabajo policial en las altas esferas y en la base, sino también «la necesidad de potenciar la prevención en la comunidad como alternativa para desestimular las ilegalidades», pero la comunidad sólo podrá realizar esta labor si, a su vez, se siente respaldada por las fuerzas del orden.

En cualquier caso, lo más preocupante, a mi juicio, es la pérdida de valores morales y sociales que se advierte en nuestra sociedad y que permitieron, en un pasado muy cercano, que hasta se produjeran manifestaciones de un mercado interno de drogas que debió ser combatido con un duro operativo policial.

La necesidad de recuperar el equilibrio entre posibilidades adquisitivas y salario obtenido por el trabajador constituye, sin duda, la primera reparación que se necesitaría para aliviar «el invento» que engendra ilegalidades. Luego habría que analizar las causas profundas de por qué un funcionario de la Vivienda, un comprobador de peso de un mercado o un administrador de cualquier dependencia burocrática o de servicios se corrompe y nos roba a todos, personal o colectivamente, cuando le roba al Estado. Y por último, habría que entender qué partes del tejido

social han enfermado para que broten, en cualquier calle, a cualquier edad, en cualquier instancia administrativa, manifestaciones delictivas y violentas con las que chocamos cada día, a pesar del dos por ciento de disminución del delito que se informó al parlamento cubano.

Octubre, 2005

LA ÚLTIMA FRONTERA

Quizás el mayor y en apariencia (sólo en apariencia) más inexplicable de los muchos caprichos de La Habana ha sido su empeño en vivir de espaldas al mar, como si le temiera o lo despreciara. José Martí, el más universal de los habaneros, llegó a decir que prefería el arroyo de la sierra antes que el mar, a cuya vera había nacido y sufrido. Es cierto que por ese mar le han a llegado a La Habana algunos de los peores peligros: el pirata Jacques de Sores, que la tomó y la incendió en 1555, cuando apenas era un caserío; la flota inglesa, que la invadió y la ocupó durante un año, allá por 1762; varios huracanes y epidemias, que a punto han estado de devastarla, o esas penetraciones con olas gigantescas que dejan huellas siempre dolorosas; lo peor y lo mejor de la cultura norteamericana, tan cercana e invasiva y, aunque a veces se trate de minimizar su importancia, tan decisiva, incluso por negación, en la vida cubana... También por ese mar caprichoso a partir del cual se extiende la ciudad, casi sin atreverse a tocarlo, llegaron los inmigrantes de los cinco continentes y con ellos el carácter cosmopolita y la riqueza que distinguieron La Habana.

Esa contradictoria relación de temible cercanía y beneficio con el mar ha hecho que uno de los símbolos más reconocibles de la capital cubana sea su Malecón, un muro de concreto, sólido y de una longitud inabarcable por la vista, que desde el corazón de la bahía, en la parte antigua de la ciudad, corre por todo el litoral hasta las últimas estribaciones del Vedado, en lo que a principios del siglo xx fueran los confines occidentales y bucólicos de la villa fundada en noviembre de 1519, hace justo 486 años, en un sitio escogido por el beneficio del mar.

Agreste por momentos, como abandonado al sol y a los elementos, corroído por el salitre que se lanza sobre la ciudad con la misma intención que los piratas y los soldados ingleses de antaño, el Malecón habanero es un desperdicio de belleza que nunca han sabido apreciar los nacidos en esta ciudad. Tan olvidado por años, como la Habana Vieja, y en actual proceso de rescate, al igual que ella, el Malecón habanero tiene más de sitio de tránsito que de permanencia, más de refugio marginal que de centro y, sobre todo, más de final que de principio: el Malecón es la frontera geográfica y espiritual de una ciudad que se desborda como lava urbana hacia el sur, el este y el oeste, pero que choca contra esa serpiente de concreto que delimita con precisión el norte geográfico y espiritual de la ciudad y advierte que todo termina allí. No empieza, termina...

Si resulta imposible decir exactamente dónde comienza la ciudad por los otros puntos cardinales, el Malecón es una marca cartesiana e inamovible de un estado de espíritu que termina en un sitio preciso. Contra ese muro, sobre él, mirando más allá de él, se han fraguado los sueños de expansión espiritual de los cubanos (pues el Malecón no es propiedad exclusiva de los habaneros), anhelos conseguidos muchas veces, frustrados otras tantas, siempre lejanos y determinados por el mar que nace

donde se nos acaba la ciudad. Mirando hacia un mar que en la mañana puede ser apacible y en la tarde, hirsuto y temible, las mentes suelen volar hacia las ilusiones que los cubanos pueden concebir al otro lado de ese mar cuando la ciudad y hasta la isla toda le resultan estrechas.

El carácter insular de la cubanidad, la sensación de encierro entre las cuatro paredes de una geografía limitada que muchas veces nos agreden, tienen en el Malecón habanero su símbolo perfecto —la maldita circunstancia del agua por todas partes de la que se quejó Virgilio Piñera, expresando el sentimiento de tantos cubanos. El fin está fijado por el grosor de un bastión que, muchas veces, me ha parecido una excrecencia lógica de las pétreas fortalezas coloniales, cárceles en su momento, con sus fosos de fusilamientos y sus atalayas de vigilancia, que desde hace siglos nos miran amenazantes desde uno y otro lado de la bahía, como una advertencia de que lo físico termina justamente en ese muro-muralla tras el que nos ha encerrado el mar, empeñado en advertirnos que, sobre él, sólo pueden volar los sueños y los deseos.

Por eso me atrevería a decir que si existe un símbolo habanero imposible de soslayar, ese es el muro del Malecón y las fortalezas de las cuales se desprende y lo custodian. Ni el Capitolio, ni la Catedral, ni la pendiente de La Rampa tienen el sentido altamente dramático de esos castillos estrictamente militares y de ese muro que marca como una sutura interminable la ciudad cosmopolita, cuya vocación de apertura tiene su cerrojo en esa franja de concreto constantemente agredida por los elementos. Por eso, más que una obra arquitectónica, más que una protección al empuje de las olas y las mareas, el Malecón habanero es una advertencia insoslayable: por mucho que se avance, allí termina todo, justo sobre él está la frontera última de la ciudad y del país, es el fin de un mundo y el inicio de otro, muchas veces inalcanzable, dos universos que se separan a partir de ese mar infestado de huracanes, tiburones, noches oscuras y espíritus que vagan sin consuelo, víctimas innombrables e innombradas de la desesperación y los cantos de sirena.

Por eso la belleza del Malecón resulta equívoca y peligrosa. Es una belleza fraudulenta, pues lo amable y lo deseado (como lo pueden ser las sábanas bajo las que se oculta un fantasma intangible) están más allá de esa cinta de concreto y no más acá: de este lado están las ruinas carcomidas por el salitre y el tiempo, la vida apresurada y difícil de cada día, el dolor de una ciudad hermosa y devastada, como una vieja dama indigna, de este lado están los parques que reverberan bajo el sol, una estatua ecuestre de Maceo que (no puede ser casualidad) da la espalda al mar, unos edificios cuyos cerramientos y paredes explotan por combustión interna... Y más allá está el mar, con sus misterios y promesas, sus furias y senderos ingobernables, la corriente del Golfo que se pierde hacia el norte: está el ancho mundo (ancho y ajeno, como todos los otros mundos), que empiezan donde termina el Malecón y del cual sólo tenemos vislumbres en las tardes de luz filtrada o en el paso nocturno del reflector que se proyecta desde la altura del Morro, como para recordarnos cada

minuto de cada noche que lo prohibido y ajeno es tan infinito y peligroso como nuestros deseos.

La última frontera de la ciudad es un simple muro tosco y sin belleza física: representa la tapia de una isla que siempre ha tenido una vocación de grandeza capaz de desbordar su reducida geografía, pero obligada a aceptar que todo tiene un final. El de La Habana y sus sueños está allí, sentado sobre el Malecón, mirando ora la ciudad que encanta con su historia y con sus gentes, ora el mar infinito, con sus fantasmas y sus promesas ciertas y falsas, como todas las promesas.

Noviembre, 2005

LA ESCRITURA COMO COMPETENCIA

Desde hace unos años me pregunto qué habría sido de mi vida —o cómo habría sido mi vida, en realidad— si la tarde del 1.º de septiembre de 1975 no me hubiera sorprendido bajo las amables arboledas del cruce habanero de Zapata y G, a las puertas del edificio de la Escuela de Letras de la Universidad de La Habana.

Al borde de los veinte años que pronto cumpliría, yo era en aquel momento la estampa viva de la inocencia, una hoja que el viento, imprevisible, podía mover hacia un destino mucho más imprevisible. Apenas unos meses atrás, el día que en un salón del preuniversitario donde estudiaba me vi en el trance de optar por una carrera universitaria, mis vocaciones eran tan incongruentes y dispares que luego de pensarlo varias veces y ante la noticia de que ese año no abriría la escuela de periodismo (me gustaba un poco aquello de ser cronista deportivo, pero, repito, un poco), deseché en un minuto la idea de estudiar arquitectura o cualquier especialidad directamente ligada con las matemáticas (la asignatura que había sido siempre mi fuerte) y me decanté por la carrera de Historia del Arte, en primera opción, y por ¡Geología!, en la segunda.

Por qué un matemático con aficiones geológicas pretendía estudiar Historia del Arte es todavía un misterio para mí. Creo que todo se debió al hecho de que entre las disparatadas y desactualizadas listas de carreras universitarias a escoger, había visto que existía una especialidad de Cine, Teatro y Televisión, como parte de Historia del Arte, y me gustó la tentadora posibilidad de pasar mi vida entre cines, teatros y televisores, más que entre ecuaciones y logaritmos.

Sin embargo, una semana antes del 1 de septiembre tuve un primer encontronazo con la realidad: la muy selectiva carrera de Historia del Arte que yo había escogido y merecido (era el aspirante con más alta puntuación de todos los preuniversitarios de la capital) no abriría su matrícula ese año, por lo que debía optar por alguna de las especialidades de Letras, las únicas a nuestra disposición.

Pienso que debo haber sido uno de los estudiantes de Letras más iletrados que alguna vez matricularon en la Escuela de Zapata y G. Mis lecturas hasta entonces eran tan raquílicas como las de cualquier muchacho de veinte años que ha utilizado lo mejor de su vida en jugar a la pelota, conversar con los amigos y perseguir a alguna muchacha con primeras intenciones. Muchos de mis compañeros de curso, mientras tanto, ya habían leído a García Márquez y a Carpentier, incluso a Cortázar y a Borges, y podían hablar de la poesía y la prosa de Benedetti y, en voz baja, de alguna de aquellas fabulosas novelas del primer Mario Vargas Llosa, ya para entonces enemistado a muerte con el sistema cubano.

¿Cómo aquel «buen salvaje» del barrio habanero de Mantilla que era yo el 1.º de septiembre de 1975 pudo empezar a desbrozar los caminos de su monumental incultura y, dos años después, convertirse en colaborador habitual de revistas como *El Caimán Barbudo*, *Alma Máter* y *Universidad de La Habana*, diez años después en

autor de un primer libro publicado, y luego, definitivamente, en un escritor? Creo que la única respuesta posible es esta: gracias a la pelota.

Haber jugado pelota cada día de mi existencia hasta el momento en que me convertí en estudiante de la Escuela de Letras, haber pensado siempre en la pelota, y ser, aún hoy, un pelotero frustrado, fue la clave que, unida a la circunstancia de haber estado el 1.º de septiembre de 1975 frente al edificio de Zapata y G y no en otro sitio, decidieron mi vida. La pelota me había arraigado un «espíritu deportivo», o para ser más exacto, una necesidad de competencia tan acendrada que, al verme en el último lugar de la tabla de posiciones entre los estudiantes de la Escuela de Letras, decidí que mi única posibilidad era demostrar en el terreno que yo también podía competir.

Creo que el ambiente intelectual, el aire vagamente creativo que entonces se respiraba en el recinto de Zapata y G fue un impulso importante para mi decisión. Allí había muchos y buenos lectores, incluso algunos incipientes escritores y contra ellos establecí mi competencia.

Nunca en mi vida he vuelto a leer tanto ni a disfrutar del mismo modo la lectura como en aquellos años de ignorancia y descubrimientos. Además de las lecturas obligatorias, bajo mi necesidad de elevarme pasaron entonces decenas de libros que ya mis compañeros habían leído y que para mi fueron felices encuentros. Varios de mis compañeros de aula, mucho más «leídos» fueron mis primeros mentores y adversarios —el poeta Alex Fleites, los ensayistas Jorge Luis Arcos y José Luis Ferrer (poeta uno, narrador el otro), el políglota y discutidor Arsenio Cicero— mientras otros nuevos amigos de aquella época, como el entrañable matancero Lincoln Capote, o mi colega de «inserción» en la oficina de la Escuela, Abilio Estévez (considerado hoy uno de los grandes dramaturgos y novelistas cubanos), me indujeron a lecturas reveladoras de clásicos norteamericanos y de autores cubanos.

Leí en tales proporciones que antes de terminar el primer año de carrera me sentí tan en forma, tan listo para la competencia, que hasta escribí lo que parece haber sido mi primer cuento: un relato semifantástico que le di a leer a Abilio (por aquel tiempo ya en tercer año de la carrera), quien, con su medida habitual, apenas se atrevió a decirme que no debía abusar tanto de las admiraciones en los diálogos, pues mis personajes hablaban de asombro en asombro, de alarido en alarido.

Vistos a la distancia de dos décadas, los cinco años que pasó en la Escuela de Letras —en algún momento bautizada Facultad de Filología— de la Universidad de La Habana fueron un período más feliz que desdichado, a pesar de que por entonces —plena década del 1970, por Dios, ortodoxa y represiva—, recibí las primeras acusaciones de ser un desviado ideológico y —cito textual— un «socarrón autosuficiente», con todo el riesgo que aquellas valoraciones entrañaron. Pero la atmósfera intelectual que se vivía entre los estudiantes, las posibilidades que nos descubrían algunos profesores —el gordo Guillermo Rodríguez Rivera, Daniel Chavarria con sus novelas, Maggie Mateo y el bueno de Salvador Redonet— elevaron cada día el listón de mis aspiraciones y me empujaron hacia el camino de la

literatura —de la lectura, del análisis y de la escritura—, en el cual, por participar de una competencia, todavía ando hoy, con el bate en un hombro y la pelota en la mano.

Enero, 2006

ADIÓS AL AMIGO VASCO

En los días finales del pasado enero los buzones electrónicos de los escritores y artistas cubanos recibieron una y otra vez, desde muy diversas fuentes, la misma y triste noticia de la muerte, en Asturias, España (donde había fijado su residencia hacia unos diez años), del entrañable amigo Justo Vasco, escritor, periodista, traductor y animador cultural en torno a cuyo fallecimiento, casi con unanimidad, todos los que lo conocieron tuvieron una similar reacción de estupefacción y dolor.

Manuel Vázquez Montalbán —quien también fuera amigo de Justo Vasco— se refirió a muertes así como «obscenas» y no encuentro otro modo mejor de calificar la de este colega. Los que tuvimos ocasión de verle en los últimos meses todavía no podemos asimilar que algo tan irreversible haya ocurrido y que ya no veremos más a Justo ni escucharemos su voz profunda, para luego verlo alejarse con su paso de ganso pasado de peso, su calva brillante y su proverbial fealdad que la barba rala no conseguía ocultar.

Físico de profesión devenido traductor y escritor, Justo Vasco, sin ser una pluma notable ni imprescindible, fue, sin embargo, un hombre que llenó un espacio importante en la vida cultural cubana, incluso cuando por lances de amor decidió plantar sus reales en España y hasta adoptar allí una niña, Laurita, de la que se solía llamar con orgullo «papá-abuelo» por la circunstancia de su propia edad, más adecuada a la abuelitud que a la paternidad.

Autor de varias novelas, una parte importante de su labor la realizó a cuatro manos con su colega Daniel Chavarría, en una colaboración de la que surgieron obras como *Completo Camagüey* y *Primero muerto* (luego reescrita y reeditada con el título de *Contracandela*, y traducida a varios idiomas). En solitario Vasco produjo otros dos volúmenes: *El muro* y *Mirando espero* (publicada esta última en España pero nunca en Cuba y la única de las obras citadas que no se alzó con el Premio Aniversario de la Revolución, dedicado a obras del género policial, aunque sí con el Hammett de la Asociación Internacional de Escritores Policiacos). En estas dos últimas piezas Vasco iniciaba, y de hecho realizaba, un viraje con respecto a las dos primeras, pues de una literatura de aventuras e ingenio se movía hacia una narrativa reflexiva respecto a la realidad y la vida cubanas contemporáneas.

Literariamente el mayor aporte de Vasco fue, sin embargo, la traducción. Conocedor de varias lenguas eslavas y del este europeo, del francés y del inglés que dominaba con la soltura y la profundidad necesarias para lanzarse a la traducción literaria (es autor de una versión del clásico de Chandler *El largo adiós*), a su trabajo se debe el conocimiento en castellano de numerosas novelas y artículos de autores que, de otra forma, difícilmente hubieran sido leídos en nuestro idioma.

Su labor como periodista, menos conocida, fue sin embargo especialmente cercana para los que ya somos veteranos colaboradores de la oficina habanera de IPS, pues durante varios años Vasco escribió para sus publicaciones y coordinó, primero,

el boletín cultural-informativo *¿Cómo y por qué?*, el cual luego pasaría a ser el mensuario *Cultura y sociedad*, al frente del cual estuvo hasta su traslado a España. También participó en la gestación de revistas de literatura policial como *Enigma* y la más efímera *Crimen y castigo*.

Como animador cultural Vasco tuvo dos momentos especialmente notables: uno en La Habana de finales de la década de 1980 y principios de los años 90, en los que realiza una importante labor desde su puesto en el ejecutivo de la Asociación de Escritores de la UNEAC y como miembro del ejecutivo de la Asociación Internacional de Escritores Policiacos (AIEP), a la que se vinculó desde su fundación, en la capital cubana, en 1986.

Su trabajo para la AIEP —que se valorizaba especialmente por su carácter de políglota especializado en lenguas poco conocidas— lo convirtió pronto en una figura destacada en la realización de diversos eventos de esta asociación, tanto en la isla como en otros países, hasta llegar a convertirse en uno de los organizadores del festival de literatura policial más importante del mundo, la Semana Negra de Gijón, para el que trabajó durante más de diez años.

Precisamente en Gijón, en el verano pasado, tuve mi último encuentro con Vasco. Allí disfruté la ocasión de conocer a la pequeña Laurita, la niña haitiana que Vasco y su actual esposa, la escritora Cristina Maciá, habían adoptado un par de años antes y que se había convertido en la alegría del papá-abuelo. Durante los conversatorios de la Semana compartimos mesa en un par de ocasiones y fue él quien hizo una generosa presentación de mi novela *La neblina del ayer*, con elogios que siempre le agradeceré.

Una de esas largas noches gijonesas, en que la sobremesa parece no terminar nunca, Vasco me contó que en pocas semanas se sometería a una operación de cáncer y que los pronósticos eran favorables. Poco después le escribí, para interesarme por su salud y las noticias fueron alentadoras: como lo definió el librero catalán Paco Camarasa, también amigo de Vasco, el resultado de la cirugía y el tratamiento posterior había sido Vasco 1; Cáncer 0. Y sostuvimos entonces la esperanza de que Justo seguiría allá en Gijón, alentando el desarrollo de la novela negra, acercando a escritores de diversas geografías, con sus sesenta y dos años a cuestas, su caminar de ganso cansado y la alegría por los éxitos de su hijo Enrique y las salidas ingeniosas de la pequeña Laurita.

La enfermedad, sin embargo, se había agazapado y le lanzó un zarpazo que Justo no resistió. Entonces, sin demasiada sorpresa, supimos del afecto que Vasco había logrado despertar en escritores, editores, traductores, periodistas de España, México, Estados Unidos, Francia, el este de Europa y, por supuesto, Cuba, aunque a nivel oficial la noticia de su muerte tuvo poca repercusión (ninguna en realidad), a pesar de que Vasco, aun en su residencia española, no se parapetó en la distancia para emitir juicios diferentes a los que solía repetir cuando aún vivía en La Habana: Vasco no convirtió su exilio (¿exilio?) en un instrumento, sino, simplemente, en un momento

de su vida, lamentablemente el último.

Los adioses a los amigos siempre son terribles. Mientras pasan los años son cada vez más los amigos a los que hemos visto partir hacia la oscuridad de la muerte y muchas veces, al morir gente cercana, uno se pregunta por qué el destino los escogió a ellos y no a otros, culpables de tantos desmanes, prepotencias y maldades. Pero la lotería de la vida tiene ese signo irracional, contra el cual es imposible apostar.

Justo Vasco murió, el pasado 22 de enero, en Oviedo. Dejó planes pendientes, una niña a la que dar su cariño y el recuerdo de su cara fea, su calva resplandeciente, su andar de ganso excedido de peso y también la alegría de haberlo conocido y haber compartido con él libros, lecturas, conversaciones, proyectos, rones y cafés.

Febrero, 2006

ANSIEDAD LIBRESCA

Cuba debe ser uno de los países del mundo donde la avidez por «poseer» libros se puede equiparar con otras muchas «avideces» entre las que hemos vivido los habitantes de la isla durante las últimas décadas. La escasez o total ausencia de los más diversos productos, la oferta siempre deficitaria con respecto a la demanda, la imposibilidad de escoger, según el gusto o el deseo, han llegado al extremo de que en el habla cotidiana se ha sustituido el verbo «comprar» por el «tocar» y la mayoría absoluta de los cubanos habla de que «le toca» café, una olla arrocera o pollo de dicta cuando la red de comercio interior le «vende» estos productos normados y reglamentados, cuya adquisición se convierte en una especie de obligación por falta de alternativas.

Entre las carencias sufridas por los cubanos, el libro fue quizás la excepción y el máximo lujo del cual gozamos hasta los finales de la década de 1980, cuando podíamos escoger con una cierta libertad y sin demasiada ansiedad. La oferta de las editoriales cubanas llegó a ser entonces tal que, cada semana, a los estantes de las librerías llegaban dos o tres títulos interesantes en tiradas que, en buena medida, satisfacían las necesidades del público lector, con volúmenes a precios asequibles y que, a lo largo de los años, conseguían conformar colecciones en donde se atesoraban muchos de los clásicos de la literatura universal y nacional, pasada y presente.

Cierto es que aquella oferta tenía limitaciones: existían determinados títulos y autores que no se publicaban en Cuba (a la cabeza de la lista estaban los cubanos del exilio), o se dejaban de publicar por un cambio de actitud de su autor (Sartre, por ejemplo), y eran escasísimas las muestras de literatura importada, debido, esencialmente, a razones de tipo económico (la carestía de esos libros que debían adquirirse en divisas). No obstante esas razones políticas y económicas que limitaban la capacidad de opción, todavía era muy notable la variedad y cantidad de títulos con los cuales podía satisfacer sus demandas un lector afincado en una isla donde la lectura se hallaba entre las actividades intelectuales más practicadas.

La historia de todas las crisis de los años 1990 es harto conocida y, como se ha repetido, una de las más brutales fue la que afectó a la industria poligráfica hasta prácticamente paralizarla a la altura del año 1991. Aunque ya a finales de la década pasada se observó una cierta recuperación en cuanto a cantidad y variedad de autores (se editaron por primera vez algunos de esos escritores cubanos de la diáspora), la cantidad de ejemplares mermó en un por ciento visible y la demanda pasó a sufrir las mismas ansiedades que sentíamos los tomadores de cerveza en los años 1980 (pues nunca sabíamos cuándo el cantinero diría: «se acabó el lager, compañeros»).

La reciente Feria Internacional del Libro, que entre febrero y marzo se movió desde La Habana hasta los confines occidentales y orientales del país, volvió a poner en evidencia las características de la política editorial cubana y sus deficiencias más visibles.

Aunque las cifras publicitadas hablan de varios millones de ejemplares vendidos y de miles de títulos ofertados, para un análisis exacto valdría la pena tener acceso a una categorización más precisa del contenido y carácter de esas obras. Ante todo porque, a ojos vista, una parte notabilísima de la oferta se dirigió al universo infantil, con pequeños libros de relatos, poesía o simplemente de dibujo, obras sin duda muy necesarias, pero que ocupan un lugar específico en el mercado del libro y en las exigencias del consumidor. Por otro lado, la edición en grandes cantidades de ejemplares de obras de carácter político o coyuntural hizo que las cifras de ejemplares alcanzaran cotas más elevadas gracias al aporte de estas obras publicadas y promovidas por interés oficial. La literatura propiamente dicha, cubana o internacional, vendría en un tercer lugar de presencia, tanto por títulos como por cantidad de volúmenes impresos y en este sector, precisamente, es donde la ansiedad lectora no logra aún ser satisfecha a cabalidad.

Aunque en los últimos años la edición de obras literarias se ha diversificado en el país, gracias al surgimiento de editoriales regionales o provinciales que, en lo fundamental, satisfacen la necesidad de los autores de su territorio, la circulación de estos títulos sigue siendo parcial y la cantidad de ejemplares publicados siempre reducida. No obstante, el notable esfuerzo de estos centros regionales diversifica un panorama literario y da acceso a la letra impresa a un creciente número de autores y posibilidades de compra a un mayor número de lectores.

Por su parte, las casas editoriales nacionales (Letras Cubanas, Arte y Literatura, Ediciones Unión, etc.) también han conseguido una mayor presencia en las ferias del libro, con ofertas más reclamadas por los lectores, pues por lo general en sus catálogos están los escritores del patio y algunos foráneos que más seguidores tienen entre los cubanos. Sin embargo, justamente en la producción de estas editoriales es donde el balance entre títulos y ejemplares es más crítico, pues la mayoría de las obras que más reclamo comercial poseen, son editadas con un criterio igualitario respecto a otras que no tienen la misma aceptación y demanda.

El sistema de propaganda desarrollado alrededor de la feria literaria cubana insiste pues en su presencia cierta en cada una de las provincias del país y, a la vez, en sus equívocas cifras de títulos y ejemplares editados, habida cuenta los elementos antes citados.

La principal contradicción y el motivo de ansiedad más justificado que se genera alrededor de este mundo del libro y su feria se produce, sin embargo, en lo que universalmente es el destino real y tradicional del libro: la librería.

Resulta evidente que la mayor parte de los títulos impresos se preparan especialmente para el golpe de efecto cultural y político de la feria —y eso lo han aprendido ya los lectores. Una cantidad notable de títulos jamás llegan a los estantes de las despobladas librerías del país, en las que, por lo general, se acumulan los libros cuya demanda es menor y, por lo tanto, su vida comercial más larga y tortuosa. Con mucha razón los amantes de la literatura se quejan de que son demasiados los libros

cuya única posibilidad de adquisición se produce en los mostradores de las ferias, entre el gentío ansioso por la amenaza de la frase célebre: «se acabaron, compañeros».

La necesidad de establecer una política de reediciones de libros de gran aceptación, de buscar las vías de poner en contacto a los lectores cubanos con autores contemporáneos de calidad y gran impacto comercial, así como de recuperar el papel de las librerías en el circuito vital del libro, parecen exigencias insoslayables si el mundo editorial cubano y con él la literatura de la isla quieren volver a respirar con normalidad y sin provocar el desasosiego de los lectores. Esta normalización posible y necesaria repercutiría, además, en sistemas de promoción y categorización de autores más justa, en la posibilidad de convertir la presencia de los creadores dentro del mercado cubano en un escalón hacia el mercado internacional y, por supuesto, en la capacidad de satisfacer una avidez que se impone saciar, por el bien de una cultura.

Marzo, 2006

MAGIA Y RESURRECCIÓN

Colonia es una de las ciudades más apacibles y hermosas de Alemania, país pródigo en ciudades apacibles e incluso muy hermosas y cargadas de historia, sobre todo si lograron escapar de los bombardeos devastadores de la II Guerra Mundial. Colonia (Köln, en alemán), no fue precisamente de las más afortunadas, pues se calcula que el noventa por ciento de sus edificaciones fueron destruidas o dañadas durante aquella guerra. Incluso su catedral, emblema del arte gótico, sufrió daños que, por fortuna, no afectaron su impresionante estructura, de la que sobresalen los capiteles gemelos de ciento setenta y cinco metros de altura, labrados con un esmero sencillamente asombroso.

Colonia es famosa, entre otras causas, por ser uno de los grandes puertos fluviales del río Rin, por los chocolates que allí se fabrican y, sobre todo, por haber entregado al mundo ese regalo olfativo que es el Agua de Colonia, quizás el perfume más popular y famoso en la enorme galería de las esencias aromáticas. Pero Colonia es, también, una ciudad de cultura, en la que es posible ver, en las paredes exteriores de los museos, restos de su pasado romano.

Cada año, en esta ciudad de la Renania-Westfalia alemana, se celebra un festival literario que tiene como característica más señalada la afluencia masiva de público a las lecturas y presentaciones de los escritores invitados. El pasado mes de marzo tuve la fortuna de ser uno de los escritores invitados a este festival y el día de mi lectura, en un teatro abarrotado (para mi eterno asombro), sucedió algo que me ha obligado, antes de entrar en materia, a tratar de resumir en tres párrafos la historia de una ciudad fundada por las legiones romanas. El caso es que ya efectuada mi presentación y lectura, y llegado el turno de las preguntas, una señora alemana, algo gruesa y a la que le calculo algo más de sesenta años, pidió la palabra para hacerme una pregunta que, para mi sorpresa, nada tenía que ver con la política, con la literatura, ni siquiera con mi trabajo, sino con la noticia, recién llegada desde La Habana, de la muerte del cantante Pío Leyva.

«¿Sabía usted —comenzó en su estricto alemán— que hoy murió Pío Leyva?». Y continuó: «¿Se puede decir, como he leído, que el señor Pío Leyva era el último de los grandes intérpretes de la música popular cubana?». Mientras el traductor que me auxiliaba iba trasmitiéndome la inquietud de la señora alemana, una sensación de estar en el sitio equivocado, en el momento equivocado, me fue embargando casi hasta la angustia o la euforia. ¿Una señora alemana de sesenta años conocía la música de Pío Leyva? ¿Estaba en la apacible y hermosa Colonia, a orillas del Rin, o en la Casa de cultura de Santiago de las Vegas? ¿Por qué caminos había transitado la música de Pío Leyva y los otros «grandes intérpretes de la música popular cubana» para que en un festival literario de Colonia alguien se interesara por tales categorizaciones...?

Después de lamentar la muerte del músico, de la que me enteraba en ese instante,

intenté, como pude, responder lo irresponsable. Establecer quién es el primero o el último o el del medio en la larga lista de glorias de la música popular cubana es, a todas luces, un esfuerzo baldío, no sólo por el carácter de la labor que realizaron o realizan, sino, además, por la fortuna de tener una cultura pletórica de grandes figuras que, con su música, han llegado a establecer su nombre y popularidad en Colonia, París, Nueva York y Viena.

Mi esfuerzo, entonces, lo encaminé hacia un fenómeno que me parece mucho más importante: ¿por qué la muerte de Pío Leyva podía ser noticia en Colonia?; ¿cómo era posible que un músico, sumido por veinte años en el olvido, viviera los últimos años de su larga vida entre aplausos, giras de conciertos y grabaciones, casi con el mismo impulso que una estrella del rock?

Sin duda, Pío Leyva, como Compay Segundo, Ibrahim Ferrer o Rubén González desde Cuba, o Bebo Valdés y Cachao López, desde fuera de la isla, había sido beneficiario de un fenómeno mediático tan peculiar y controvertido como lo ha sido el proyecto ya definitivamente conocido como Buena Vista Social Club, que consiguió, hace unos diez años, no sólo la resurrección artística de esos viejos maestros de las décadas de los 30 y los 40 del siglo pasado, sino que además los convirtió en figuras reclamadas dentro del competitivo y veleidoso negocio de la música.

Un acto de cierta magia recóndita hubo detrás de aquella explosión comercial que con discos, películas y conciertos invadió Europa y América, produjo millones de dólares, premios Grammys, discos de oro y, sobre todo, la recuperación de un interés por la música popular cubana. Productores, cineastas y promotores, a la cabeza de los cuales estuvo el músico Ry Cooder, «crearon» un fenómeno de popularidad que colocó a los «viejitos» del proyecto Buena Vista en el referente comercial de la música contemporánea —y ahora viene lo verdaderamente mágico— con la misma música que habían interpretado cuarenta, cincuenta años atrás.

Como tantas veces se ha dicho, desde el siglo XIX la música creada y tocada en Cuba, producto notable de un mestizaje cultural profundo, comenzó a expandirse por el mundo. La relación de esta manifestación artística con otros centros generadores de música —como Nueva Orleans, en el sur de los Estados Unidos— la enriqueció y, con la llegada del siglo XX y los métodos de grabación y reproducción, su onda expansiva se hizo indetenible, pues era la creación cultural más auténtica y representativa de un país que, por diversas y maravillosas razones históricas, geográficas y culturales, conseguía generar un producto artístico capaz de ser consumido en las más diversas latitudes.

Siempre he pensado que quizás la presencia internacional de la cultura cubana podría prescindir incluso de sus escritores, pintores, bailarines, cineastas (por fortuna no es así), pero jamás de sus músicos, pues estos representan lo más esencial y potente del arte de la isla, e incluso, del mundo cultural caribeño.

El proceso que permitió esa presencia magnífica y sostenida de la música cubana

en los más exigentes circuitos universales siempre se basó, sin embargo, en su capacidad de renovación. A lo largo de todo el siglo xx diferentes géneros, modalidades, ritmos o intérpretes fueron desarrollando un proceso ascendente que popularizó y difundió manifestaciones y estilos como el danzón, el son, el mambo, el *latin jazz* o el cha-cha-chá, que se convirtieron en referencias culturales en todo el mundo occidental.

Gracias a esa riqueza y a su propia capacidad evolutiva, la música cubana logró colocarse entonces en el embrión de un fenómeno musical de proporciones mayores, como sin duda lo fue la salsa, un movimiento cultural caribeño que entre los años 1960 y 1980 invadió el mundo.

Pero fue precisamente hacia la década de los 80 de la pasada centuria, mientras el costado comercial de la salsa empezaba a agotarse, cuando los músicos cubanos definitivamente se incorporaron a ese movimiento aunque con una incierta fortuna. El turno de la popularidad le correspondía entonces al merengue dominicano que produjo precisamente en esa coyuntura a su más controvertido y genial renovador, Juan Luis Guerra, uno de los músicos latinos de mayor empuje artístico y comercial de todos los tiempos.

La salsa, hecha «a la cubana», gozó, sin embargo, de un repunte creativo y de popularidad por esos años hasta alcanzar su mejor momento en la década de 1990. No obstante, lo que producían los músicos cubanos contemporáneos, a pesar de la alta calidad artística que muchas veces aportaba, no consiguió el resultado económico que es parte esencial en el negocio de la música y el disco a nivel internacional. La razón de esta desconexión entre calidad y difusión para mí está clara: los códigos musicales con que trabajaron entonces esos creadores (que intentaron incluso diferenciarse de los otros «salseros», llamándose a sí mismo «timberos» y a su música «timba», en lugar de «salsa») eran excesivamente elaborados y difícilmente decodificables por el gran público europeo y norteamericano, un público que, por demás, apenas conocía la obra de artistas tan esenciales como Rubén Blades, Willie Colón, Héctor Lavoe u Oscar D'León, ídolos musicales de las multitudes caribeñas (y probablemente nombres exóticos para la señora alemana interesada por la preeminencia de Pío Leyva).

Buena Vista Social Club llegó en esa coyuntura precisa. Una mezcla insólita de carisma (sus integrantes nada tenían que ver cronológica ni físicamente con Ricky Martin), espacios comerciales a rellenar y música de efectividad probada por los años se fundieron, pero no con la mirada puesta en los melómanos cubanos, puertorriqueños o colombianos, sino con el cañón enfilado hacia los grandes mercados europeos y norteamericano. Y el disparo dio en el centro del blanco, de un modo que, todavía hoy, músicos como Bebo Valdés logran convertirse en *hits* comerciales y Omara Portuondo es promovida como «la diva» del Buena Vista.

Comercio aparte, lo que me sucedió en Colonia el día de la muerte de Pío Leyva es un ejemplo aleccionador de la capacidad de penetración de la música cubana. ¿Por

qué otros músicos más dotados, más renovadores, más representativos de la actual creación musical cubana no consiguen acercarse siquiera a la popularidad alcanzada en los últimos años por Compay Segundo, Ibrahim Ferrer (¡cantando viejos boleros!) o Pío Leyva? Fuera de las razones musicales y extramusicales antes mencionadas, ha faltado ese misterioso componente mágico que tocó con su vara al proyecto Buena Vista y convirtió a una señora alemana, algo gruesa y sesentona, en admiradora del musicalmente resurrecto Pío Leyva.

Abril, 2006

EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO

Quizás los dos más grandes y recurridos temas literarios, conocidos y por conocer, son el pasado y el destino. De alguna manera casi todos los asuntos tratados en obras teatrales, poéticas o narrativas están conectados con esas dos condiciones humanas cuyo reflejo se desenvuelve en el transcurrir del tiempo: del pasado al presente se tejen los destinos con encrucijadas que, voluntaria, festinadamente o incluso con independencia de los deseos del Hombre (y/o de la Mujer, como casi se exige decir ahora) arman una vida que se manifiesta y existe, por supuesto, en el tiempo. La absoluta preeminencia de esas dos constantes insoslayables, capaces de determinar el sentido de otros grandes temas (el amor, el odio, la muerte), se debe a que toda circunstancia humana, física, geográfica, espiritual y todos los etcéteras que se quiera, se manifiesta en un espacio temporal, en un transcurso en el que surgen, evolucionan, se fijan, perecen.

Sin duda esa obsesiva y necesaria búsqueda del pasado y de las concurrencias que determinan los caminos de una o muchas existencias tiene su origen en la realidad más cotidiana, en la vida común, de la cual se nutre no sólo el arte, sino también el pensamiento más abstracto de la filosofía, que en su vertiente materialista ha llegado a catalogar *el tiempo*, junto a su inseparable compañero, *el espacio*, como formas básicas de existencia de la materia, luego de largas y enconadas discusiones, a través de los siglos (el tiempo), sobre la pertinencia de considerarlas parte de la realidad o puras abstracciones existentes sólo en la conciencia del hombre, al decir del pensamiento idealista.

En esa realidad cotidiana en donde se desenvuelve nuestra existencia se suele decir, con impulsos también filosóficos, que todo en la vida es recuperable, incluso la salud; pero sólo el tiempo se nos escapa de manera irreversible, esencialmente dramática. La falta de conciencia con que, durante demasiados años, los *sapiens sapiens* enfrentamos la tragedia de la irrecuperabilidad del tiempo, sobre todo lo que consideramos después el «tiempo perdido», apenas empieza a dar sus gritos de alarma cuando la evidencia de esa pérdida comienza a ser punzante y lamentamos entonces aquellas tardes vacías, de puro ocio, que no dedicamos a estudiar un idioma, a leer a más autores del siglo XIX (esos que ahora no podemos digerir) o incluso a aprender a bailar y a disfrutar más de *nuestro* tiempo, de esa escurridiza forma de manifestación de la materia.

Tal vez cuando uno llega a la edad biológica y mental en que comienza a tener absoluta responsabilidad respecto al tiempo vital que le ha sido dado (pues comienza el inevitable conteo regresivo), aprendemos a valorar mejor el uso que podemos y debemos dar a nuestras horas y días. Ciertamente es que una parte demasiado grande del género humano jamás advierte esa circunstancia y gastan sus jornadas de manera sencillamente lamentable. En el calor abúlico del trópico cubano, por ejemplo, es

frecuente ver personas dedicadas al *dolce far niente* de balancearse en un sillón o conversar en una esquina, actitud que tanto podría alarmar a las personas de culturas más pragmáticas y menos hedonistas.

Debo confesar, a estas alturas, que respecto al tiempo soy una especie de *alien* caribeño. Desde siempre he vivido obsesionado con el tiempo, la puntualidad, el destino que daré a las horas del día y quizás por eso es que en la puerta de mi estudio de trabajo está incrustado un mosaico toledano con la leyenda que rige mis relaciones con el prójimo: «Dios bendiga a la persona que no me haga perder el tiempo».

Esa inconsecuencia cultural de vivir preocupado por el tiempo, que unida a mi incapacidad para el baile hace que parezca menos cubano de lo que soy (aun cuando no soy ni sabría ser otra cosa que cubano), me lleva a chocar constantemente con la realidad en que vivo, en la cual parece existir una verdadera conspiración para asesinar el tiempo.

Recientemente tuve una experiencia totalmente ilustrativa. Iba yo por tercera ocasión a cumplir un trámite burocrático que sólo se puede realizar en horario de trabajo, claro está. O sea, que para efectuarlo el interesado (o el afectado, valdría decir también) debe dejar de trabajar. En las dos ocasiones anteriores circunstancias tan normales como un apagón y una reunión «fuera» me habían hecho perder tiempo y desplazamiento hasta el lugar en cuestión. A la tercera, sin embargo, pareció llegar la vencida y efectué feliz y rápidamente la primera parte del trámite que me encaminaba a la segunda y final, al parecer menos complicada. Sólo que ese día la persona encargada de la segunda parte informó que «no estaba para nadie», y si querían, que la esperaran «hasta que ella pudiera». Como la comprensión a veces existe no perdí definitivamente mi tiempo pues las personas encargadas de la primera parte del trámite se condolieron y me realizaron ellas también la segunda y final y pude irme...

La percepción justa de que el impertinente era yo y no el burócrata que no estaba para nadie la tuve, definitivamente, a la hora de abandonar las dependencias de marras cuando, dispuesto a recuperar el carnet dejado en custodia para que la recepcionista me diera el pase de acceso al local, encontré vacía la mesa de la cancerbera y alguien que andaba cerca me dijo que «la compañera» enseguida volvía. El enseguida se convirtió en cinco minutos en los que tuve la insolencia de mirar dos veces el reloj, lo que lógicamente movió la sensibilidad de la persona que me informó que la recepcionista volvía *enseguida*, la cual me aleccionó respecto a mi impaciencia con la más sabia y cubana de las frases imaginables: «No coja lucha, compañero. Acuérdesse de que hay más tiempo que vida».

Para la mayoría de los cubanos creo que el drama no está en la pérdida en sí del tiempo, sino en lo que podríamos llamar la dilapidación del «tiempo para sí». Cada cual, pienso, tiene el derecho de invertir su tiempo del modo que desee, siempre y cuando no afecte a otros. Sentado en un sillón o conversando en una esquina, pueden gastar el tiempo a voluntad, como decisión libre e individual. Las cosas cambian, sin

duda, cuando el desvaio se produce de un modo agresivo y forzoso: en una oficina como la descrita arriba, en una parada del ómnibus que pasa tarde o nunca, en una de las cientos de miles de colas que hemos debido hacer en nuestras vidas, en una noche de apagón con ocio obligatorio incluido, o en cualquiera de las muchas maneras que la sociedad y el presente (que se obstina y no quiere ser pasado) lo fuerzan a uno a gastar con disparos al aire esos preciosos y contados cartuchos de tiempo con que llegamos a la vida, y que son, en verdad, una de las pocas cosas que nos pertenecen, de manera personal e intransferible, como se suele decir.

Junio, 2006

LA HABANA, AMOR Y DOLOR

Desde hace muchos años —y muchos van siendo muchos— la ciudad de La Habana es un amoroso y envolvente fantasma y un dolor que me acompaña. Tal vez por ser un habanero «periférico», nacido, crecido y vivido cada año de mi existencia en un barrio del borde sur de la ciudad —Mantilla, mi patria—, desde niño asumí, por vía familiar, la noción de que al norte de mi territorio existía un conglomerado de edificios y avenidas y gentes que nosotros siempre llamábamos «La Habana». Ir de compras, visitar los cines de estreno, comer en algún restaurante, implicaba entonces «ir a La Habana», especialmente cuando se trataba de las zonas de la Habana Vieja o Centro Habana actuales.

Mi contacto íntimo y cotidiano con esa «Habana» se produciría unos años después, cuando matriculé en la Universidad, en la mitad de los años 1970, y sobre todo cuando practiqué un periodismo literario y de investigación, en la década de 1980. Por aquella época pateaba la ciudad con una energía que hoy me parece desproporcionada, siempre en busca de personajes, historias, lugares que merecieran ser recordados y escritos. De deslumbramiento en deslumbramiento fui forjándome entonces una imagen de la urbe que era la síntesis de la ciudad colonial (con sus monumentos cada vez más deteriorados), la ciudad republicana (todavía prepotente y llena de contrastes) y la ciudad socialista, más presente en lo político, lo económico y lo social que en lo arquitectónico. Y, a pesar de los tres planos temporales y administrativos superpuestos, La Habana se me ofrecía como un conjunto armónico y amable, orgulloso de su pasado y esperanzado en su futuro.

La década de 1990, con su devastación económica y social resultó especialmente cruel con aquella ciudad que yo conocía y hurgaba. La crisis que se instauró en cada recodo de la vida cotidiana de casi todos los cubanos y de casi todos los lugares cubanos, llegó a colocar la ciudad al borde del colapso entre apagones, montañas de basura, baches como lagunas, edificios en equilibrio precario, inexistencia de transporte y, por supuesto, desesperaciones y carencias que afectaban directamente el espíritu de sus habitantes. Tal vez con la excepción de la Habana Vieja, ya declarada Patrimonio de la Humanidad y entregada a la Oficina del Historiador para que se lanzara a su ya impostergable rescate, el resto de la ciudad (incluida Mantilla y toda la periferia) cayó en un precipicio sin paredes ni fondo por el que descendía en lo físico y en lo espiritual.

La tímida recuperación económica de la segunda mitad de 1990, que se extiende hasta hoy, ha tratado de revertir o al menos detener, el deterioro material e intangible de la ciudad. El ritmo de la vida, que en las noches habaneras de los tempranos años 1990 parecía extinto, volvió a latir, la animación regresó, y la ciudad que nos encontramos era la misma (sin duda más deteriorada) y a la vez diferente (en sus códigos y comportamientos sociales y humanos).

Recientemente, mientras se reconocía que existirían dificultades para cumplir el

plan anual de fabricación y reparación de viviendas (el gobierno considera que la vivienda es el principal problema social del país, por el déficit de espacios y por el mal estado de un por ciento elevado del fondo constructivo), las autoridades de la capital se lanzaban a un plan de embellecimiento de ciertas áreas de la ciudad con motivo de la recién finalizada Cumbre de los Países No Alineados. Zonas céntricas de El Vedado, Miramar, Habana Vieja recibieron los beneficios de esta ofensiva (incluido el arreglo de calles y avenidas), aunque el resto del área metropolitana no alcanzaba los efectos de la ola. Estas mejoras, limpiezas, engalanamientos pienso que tuvieron el efecto colateral de poner de relieve hasta qué punto la ciudad necesita, exige, de una mirada más atenta, encaminada a su preservación y mejoramiento.

El lastre de los años del período especial, sin embargo, no sólo erosionó profundamente la estructura física de La Habana, sino también sus actitudes humanas, lo que sin duda es más preocupante y difícil de revertir. El modo de vida agreste, al límite, que la necesidad estableció hace quince años, ha engendrado una persistente actitud individual y social de disolución y libertinaje que muestra sus más lamentables manifestaciones cada día y en cada sitio de la ciudad.

Hace poco se comentaba en la prensa de la recuperación de un parque capitalino, con jardines, farolas y bancos nuevos. La noticia, en cambio, era que todos aquellos elementos, propios de los parques, habían sido vandalizados en unas pocas semanas, como si sobre el lugar hubiese pasado una plaga de langostas.

Cada día los que habitamos y recorremos la ciudad vemos ejemplos de comportamientos agresivos, insultantes, definitivamente antisociales, que pasan por encima de las normas más elementales de comportamiento y convivencia. Choferes que conducen bebiendo cerveza y, además de jugar con la vida de otros, lanzan las latas vacías a la calle; grupos de jóvenes que al salir de un «bailable», botella de ron en mano, caminan por la calle, desafiando los autos, mientras se dedican a lanzar las bolsas de la basura; «perreos» o fiestas de reguetón en donde la música atormenta a todo un barrio por largas horas, hasta la madrugada; actitudes agresivas en las colas de los ómnibus, en la pesca de los «almendrones» (autos privados de alquiler), en cualquier actividad donde la demanda abruma la oferta, etc.

Si los años más arduos de la crisis quedaron atrás, no es menos cierto que persisten varias crisis (además de la esencial de la vivienda), como en el transporte colectivo, en la higiene de la ciudad, en el estado de las calles y el cuidado de los inmuebles y jardines, que crean el caldo de cultivo propicio para que las actitudes de los años duros se hayan enquistado y, lo que es peor, asumido como comportamientos cotidianos de absoluta normalidad.

Desde hace unos años se observa a simple vista un aumento de la presencia de policía uniformada en las calles de La Habana. La figura de un agente del orden, como es fácil imaginar, inhibe la generación de ciertas actitudes. Pero para erradicarlas realmente se necesitan dos posibles opciones: o desbordar la ciudad de policías o reemprender un serio y profundo trabajo de concientización de los

ciudadanos que tenga en su base la solución de los problemas más acuciantes de su entorno físico y hasta económico. Sencillamente —pongamos un ejemplo— es difícil hacer conciencia de la necesidad de la higiene y el embellecimiento de su ámbito a un vecino de la calle Santos Suárez, en el municipio Diez de Octubre, cuando la otrora transitada avenida (la recorrían varias rutas de ómnibus, era la sede de la dulcería emblemática de la capital, La Gran Vía) es una sucesión de turnias, contenedores de desperdicios repletos, casas deterioradas. Influidos por esa atmósfera, en la cual han vivido ya por demasiados años, las actitudes de esas personas se pondrán al nivel de los contenedores desbordados y la calle destrozada por la que transitan cada día.

Zonas de La Habana como los barrios de Atarés, Jesús María, o el área comprendida entre San Lázaro y Neptuno, en Centro Habana, muestran en los rostros, la desidia, la agresividad de sus pobladores una afección espiritual que sólo podrá comenzar a revertirse con cambios materiales (sociales e individuales) realmente profundos.

Los diversos e intensos programas sociales emprendidos en los últimos años, la lucha por la elevación del nivel cultural y educacional de la población, obviamente dejarán frutos. El nivel de instrucción y la ansiedad de consumo cultural que acompaña a los cubanos (capaces de convertir en fenómenos masivos una feria del libro o un festival de cine) sirven de termómetro para medir la intensidad de esa pasión cultural. Pero la concomitancia de esas magníficas manifestaciones con otras francamente reprobables, en las que se ven envueltos ciudadanos de todas las generaciones, no puede ni debería obviarse.

Trabajar por el mejoramiento de la estructura física de un complejo entramado humano, como lo es una ciudad con más de dos millones de habitantes, es trabajar también por el espíritu de esos hombres y mujeres. Muchos de ellos, como yo, nos debatimos entre el amor y el dolor que nos provoca esta Habana nuestra de cada día.

Septiembre, 2007

EN BUSCA DEL LIBRO PERDIDO

Uno de los panoramas futuros más inciertos de la civilización humana tiene que ver con lo que ha sido, precisamente, una de sus columnas básicas, desde los remotos días de la invención de los alfabetos y la necesidad de preservar la memoria: el libro. Para los hombres del siglo xx, que somos la casi totalidad de los lectores de este instante, el libro fue algo tan consustancial a nuestras vidas que resulta totalmente imposible imaginar un mundo donde se pueda prescindir de él, al menos en la forma en que lo conocimos: tinta sobre papel, en formatos diversos pero manuales. Sin duda, la velocidad trepidante de la era informática ha lanzado algo más que una amenaza sobre ese objeto necesario y querido, y el futuro del libro, al modo de Johannes Gutenberg, es hoy imprevisible. ¿Libros virtuales? ¿Ciberlibros? ¿Cápsulas con información que digerimos sin abrir los ojos? ¿Libros inteligentes que se leen a sí mismos sin que nos ocupemos de pasar páginas y sin vernos envueltos por ese olor amable del libro nuevo o el perfume recio del libro antiguo?

Con independencia de su porvenir misterioso, pero seguramente diverso, el presente del libro en el mundo es ya suficientemente difícil. Convertido, como nunca antes, en una pieza de mercado, el libro se vende (cuando se vende) de un modo cada vez más impersonal y publicitariamente agresivo en espacios como las cadenas Barnes & Noble y FNAC, donde ha desaparecido la institución cultural conocida como «el librero» y en la que el libro debe competir en espacio de exposición, precio y atracción con discos, DVDs, computadoras, revistas de moda, útiles de oficina.

Pero ya sea en uno de esos sitios impersonales o en una modesta librería, la gran tragedia del libro en el mundo es la desproporción abrumadora que, en buena parte del planeta, existe entre su oferta y su demanda, una balanza inexistente, capaz de convertirlo en un objeto perecedero en plazos cada vez más breves, cuyo espacio en un estante de librería es constantemente acechado por otras decenas, centenares de libros publicados que también aspiran a ese espacio y que, si tienen suerte, logran alcanzar. Muchos libros, como los espermatozoides en la carrera hacia la vida, perecen en el intento y ni siquiera llegan a ser expuestos a los ojos del lector. Valga un dato como botón de muestra: en el año 2005 en España se publicaron sesenta y nueve mil títulos, lo que equivale a más de 1300 a la semana, a 189 por día (*El País*, 26 de septiembre 2006). ¿Cómo es posible asimilar tan desproporcionada oferta? ¿Cuál es el destino de esos tomos si en la misma España se adquieren 5,6 libros por habitante al año, pero en México la cifra es de apenas 1,6, y en Colombia, uno de los centros poligráficos más activos de la lengua, sólo es de 0,4?

Los grandes grupos editoriales y las cadenas de venta de libros, a pesar de los beneficios comerciales que amasan, también sufren de este desolador desbalance que ellas mismas contribuyen a generar. Las pequeñas editoriales y las librerías tradicionales, por su parte, luchan por su supervivencia buscando los modos más

diversos para atrapar al lector, ese personaje mítico y cada vez más difícil de entrever entre la montaña de posibilidades que lo confunden y entre las otras atracciones que lo distraen y muchas veces lo pierden.

Personalmente, cada vez que entro en una librería europea (incluida la FNAC) siento dos reacciones muy disímiles: primero, la del vértigo por la cantidad de ofertas más o menos atractivas, a precios cada vez menos atractivos, revueltas entre hordas de pseudoliteratura; segundo, la de la nostalgia por aquellos días de la década de 1980 en que, como reportero del diario *Juventud Rebelde*, participé activamente en la llamada Campaña por la Lectura, pues todos considerábamos que las librerías cubanas de entonces, también surtidas hasta los topes, con libros a precio de risa, no eran suficientemente visitadas por los potenciales lectores cubanos y vivíamos convencidos de que en el país no se leía lo suficiente, de acuerdo a la oferta existente.

Como muchas de las muchas campañas cuyos ecos hemos escuchado a lo largo de las últimas décadas, aquella «por la Lectura» pasó y seguramente fue sustituida por otra. Pero que haya pasado la campaña no quiere decir, como en otros casos, que también hayan desaparecido sus efectos: creo que algo se logró y que, sobre una base favorable ya existente, se consiguió incorporar más y nuevos lectores a la población de la isla.

Los años del período especial fueron empecinadamente crueles con la industria editorial cubana, que prácticamente se paralizó por varios años. La lenta y ascendente recuperación de los últimos seis, siete años, aunque consoladora, aún nos deja a mucha distancia de la variedad de títulos y la cantidad de ejemplares impresos de aquellos años 1980, y no ha sido capaz de invertir la extraña relación que caracteriza al mundo del libro en Cuba, un país donde hay más lectores que libros.

A pesar de los esfuerzos de las editoriales cubanas y las entidades culturales relacionadas con el mundo de la impresión, las librerías cubanas continúan siendo muestrarios de libros poco atractivos para los lectores, mientras que las obras preferidas por ellos se volatilizan o, incluso, nunca llegan a sus estantes (aunque después suelen aparecer en puestos callejeros a precios estratosféricos). En igual sentido, entre las posibles ofertas sigue siendo reducida la cantidad de autores extranjeros contemporáneos estampados en Cuba (la antigua editorial Arte y Literatura es hoy casi un recuerdo del pasado), lo cual ha abierto una brecha aún mayor entre lo que se edita y lee en el mundo y lo que reciben los lectores cubanos por vía institucional.

La ventajosa condición cultural de contar todavía con una masa de lectores amplia y ávida debería, dificultades económicas aparte, tener una respuesta más enérgica por parte de las autoridades culturales. Lograr la formación de esos lectores fue el fruto de años de esfuerzos, libros editados y campañas románticas. Perderlos lenta, progresiva, definitivamente (sobre todo a los potenciales lectores emergentes), es un proceso que se puede cumplir en muy poco tiempo. Y las consecuencias de esa pérdida serían dolorosas y lamentables, pues aunque sea posible medirla en cifras, es

un vacío intangible pero patente, que se produce donde más duele: en el espíritu.

Octubre, 2006

PERRA VIDA

Por una persistente permanencia, devenida casi una tradición, las ciudades cubanas han asumido como parte de su paisaje urbano la imagen (para muchos imperceptible, para algunos inadmisible) del perro callejero. Desde los barrios más apartados y apacibles hasta las avenidas más transitadas y veloces, la figura del callejero se hace presente en toda la isla como un grito de alarma que, al parecer, muy pocos oyen.

Los años duros del período especial sin duda marcaron un climax en la existencia de perros deambulantes de las calles, cuando muchos propietarios poco sensibles o totalmente desesperados, decidieron deshacerse de sus mascotas ante la dificultad general (comenzando por las personas) para conseguir alimentos en cantidades suficientes. Fue una época en la cual, incluso, era posible encontrar en las calles perros de razas cotizadas, algunos de gran porte, en el estado lamentable que cabía esperar, mientras los cubanos propulsaban sus bicicletas chinas con los estómagos mal guarnecidos.

La recuperación económica de los años posteriores, y hasta hoy, permitió que los dueños de animales tuvieran nuevamente ocasión de atender de un modo más adecuado a sus mascotas, aun cuando la alimentación de personas y perros sigue siendo un desafío por el alto costo y la casi endémica escasez de productos alimenticios que desde años ha padecemos.

Dos tendencias cercanas pero paralelas se generaron entonces, con notable insistencia: por un lado la cría de perros de las razas empleadas para peleas y, por otro, la de los animales de estirpes más elegantes y exóticas. Mientras los primeros perros se convertían en expresión de un factor económico y moral alarmante (se les cría y entrena para hacerlos combatir, con las consabidas apuestas —ilícitas— y su violencia intrínseca y sucedánea), los otros, los perros «finos», vinieron a representar el indicador de un estatus social y económico pues desde la adquisición del cachorro hasta su sostenimiento y atención especializada implicaba —implica— el desembolso de cantidades con las que la mayoría de los ciudadanos de la isla solamente pueden soñar.

En el medio de esas dos modas, potenciadas por el afán de lucro y la insensibilidad de unos y por las posibilidades económicas y la exquisita sensibilidad postmoderna de otros, ha quedado, desvalido y cada vez más marginado, el que todos en Cuba conocemos como perro sato, ese mestizo sin raza definida, sin ferocidad para el combate ni elegancia para reflejar un estatus, y que ha recibido en su lomo los efectos de una pesada desidia social.

Cuesta trabajo creer que una persona verdaderamente amante de los animales, en este caso los perros, pueda criarlos para convertirlos en máquinas de matar y morir, o que sólo se decida a tenerlo si el animal es de una raza selecta y cotizada. Igualmente resulta insultante la falta de sensibilidad de un estrato considerable de la sociedad, que permanece inerte ante el fenómeno del creciente número de perros

deambulantes, la mayoría de los cuales, además de hambre, enfermedades y maltratos, arrastran el destino de morir, en la casi generalidad de los casos, bajo las ruedas de un vehículo en las calles de la ciudad.

El eterno embrión de una pretendida sociedad cubana de protección animal ha intentado algunas acciones para proteger a los perros desvalidos y, sobre todo, para evitar su proliferación. Desde campañas de esterilización hasta acciones públicas dedicadas a crear conciencia en los ciudadanos, pasando por la difícil búsqueda de personas que quieran proteger uno de esos animales deambulantes, sus esfuerzos han seguido siendo un empeño romántico y altruista sin respaldo legal ni institucional, sin la debida proyección y divulgación y, por tanto, sin la efectividad social que debería tener.

Hace unos años, ante el fenómeno entonces incipiente pero ya manifiesto de la existencia de perros de pelea en Cuba, comentaba que la proliferación de tales razas era, en muchos sentidos, una lamentable muestra de un deterioro moral y humano que no sólo se expresaba en la violencia a la que son inducidos los animales, sino en la que se desenvolvían sus criadores, entrenadores y los espectadores-apostadores de los combates.

Menos expresa pero en el fondo igualmente lamentable es la actitud de desidia social que existe ante la presencia de los callejeros. Ante todo habría que preguntarse qué autoridad sería la encargada de controlar y resolver una situación que afecta las más disímiles actividades sociales y humanas, desde la salud y el ornato hasta la vialidad. Pero, más aún, sería necesario saber si se pretende fomentar una verdadera voluntad de creación de conciencia entre las más jóvenes generaciones de que los animales, como las plantas, son nuestros compañeros (indispensables) en el planeta que compartimos. La educación medioambientalista que se impulsa en la isla no puede preocuparse más por un bosque o por un río europeo que por un simple perro cubano sin dueño: ambos merecen, humana y ecológicamente, la misma atención y similar conciencia de su importancia y lugar en el entramado de la vida en la tierra.

Creo que es evidente, a estas alturas, que la situación de los perros deambulantes en Cuba es, más que una preocupación, un dolor que me acompaña. Sé que la acción individual de recoger a uno de ellos y alimentar a otros es, como los actos de caridad, una bandita antiséptica colocada sobre una herida que requiere cirugía. Se impone, pienso, una acción social, más aún, institucional, que tome cartas en el asunto no como una campaña transitoria (como la drástica de la recogida y sacrificio de animales), sino como un empeño de proyección ética que, además de soluciones concretas, se dirija a las conciencias de las personas y siembre en ellas, para siempre, un sentimiento de compasión y solidaridad del cual han sido excluidos los animales, entre ellos esos perros callejeros.

Resulta a todas luces imposible alentar sueños remotos de tener ciudades bellas si en parques y avenidas pululan perros flacos, enfermos, desguarnecidos. Es una quimera pretender que las costas, las áreas verdes y los ríos reciban el trato que

merecen si no se intenta, al menos, una acción consciente y permanente sobre algo que está tan a la vista como un perro atropellado en medio de una calle cualquiera.

Los perros, que desde los orígenes de la humanidad nos han acompañado, creo que merecen un respeto ganado con su fidelidad, el mismo que merecen como cualquier organismo viviente que genere beneficio, belleza, amor.

Noviembre, 2006

UN AÑO SE VA Y EL FUTURO SE ACERCA

Aunque suelo ser —más aún: soy— poco entusiasta de las celebraciones y veo las efemérides festivas y los cumpleaños como eventos poco atractivos, los días finales de cada año me provocan una sensación equívoca y en ocasiones molesta. En realidad, poco me importa y nada me atraen las festividades a las que, casi por obligación, tanta gente se entrega por estos días y desde hace años rechazo la alegría programada con que se suele asumir el período del fin de un año y la llegada del otro. Quizás la última ilusión que albergué, en este sentido, fue liquidada el 31 de diciembre de 1999, cuando en Cuba —tan lógica y justificadamente— se decretó que el nuevo milenio en realidad no comenzaba hasta un año más tarde y, mientras el mundo celebraba la llegada del siglo XXI y el tercer milenio de los occidentales, la isla decidió esperar pacientemente la fecha correcta... sólo que cuando esta fecha llegó ya el mundo equivocado había agotado sus festividades y las nuestras pasaron (¿pasaron?) sin penas ni glorias.

No obstante, el agotamiento de cada almanaque, aun en contra de mi voluntad, me induce a pensar cómo será mi vida y la de los que me acompañan, durante los días en que el planeta cumplirá otra de sus vueltas alrededor del sol. En esta oportunidad, quizás con más razones que en otras situaciones similares, la coyuntura específica que vive la isla despierte más y mayores interrogantes (creo estar muy acompañado en este sentimiento), sobre el desarrollo de acontecimientos futuros que de una forma u otra, podrían afectar (o no) nuestras vidas personales y sociales.

Con independencia de lo que a ese nivel tan trascendente (los ateos, lamentablemente, creemos tener una sola vida) pueda depararnos el futuro inmediato a cada uno de los cubanos, el bombardeo informativo a que estamos sometidos como hombres de la era cibernética y de las comunicaciones rápidas, me ha obligado a pensar también en coyunturas y realidades más universales y, sin duda, decisivas no sólo para los habitantes de esta isla, sino para los de todo el mundo.

Es un hecho que nunca, como hoy, el hombre, ha tenido tanta conciencia de su pasado histórico y de su evolución como especie y, a la vez, nunca ha tenido tantas certezas y, con ellas, tantos y tan justificados temores por su futuro histórico y biológico.

Las diversas ciencias que desde la propia historia como disciplina, la antropología, la astrología, la etnología y otras múltiples especialidades han conseguido crear un cada vez más certero panorama de los orígenes de nuestro planeta y, dentro de él, de nuestra especie, han ido alcanzando niveles de precisión y excelencia que cada vez con más exactitud nos permiten saber quiénes somos, cómo somos e, incluso, *por qué* somos. Al mismo tiempo, las investigaciones históricas, apoyadas unas veces en la arqueología y ramas afines y otras en el simple buceo en los más disímiles archivos, nos han dado la posibilidad lo mismo de tener una idea

cada vez más ajustada de cómo podía ser la vida cotidiana, digamos, en Sumeria y Babilonia o, como con razón ha afirmado Ryszard Kapuscinski, nos ha hecho factible acumular, en el plazo de unos poquísimos años, una información sobre lo que fue — es un magnífico ejemplo— la verdadera Unión Soviética, una carga informativa capaz de convertir todo el conocimiento que hasta 1986 se tenía sobre aquel país en un diez por ciento del que se llegaría a tener a mediados de la pasada década (y que tantas desilusiones trajo aparejado en torno a la posibilidad de la gran utopía social de igualdad y libertad por la cual luchó el siglo xx).

La incesante curiosidad humana por su devenir histórico y genético abre cada día más y más puertas de comprensión de los procesos evolutivos y sociales y nos aporta la aparente —y debería recalcar la palabra *aparente*— ventaja de unos conocimientos y unas experiencias sobre los cuales proyectarnos hacia el futuro. En definitiva el hombre, en tanto ser racional y consciente, es la única especie que ríe pero también la única que debería de estar en condiciones de concientizar sus errores y victorias hasta el punto de sistematizarlos y revertirlos en proyecciones concretas.

El mismo desarrollo científico que hoy nos permite mirar hacia atrás y ver de un modo diferente nuestros pasados cercanos y remotos, ha desarrollado la posibilidad de que alcancemos un entendimiento privilegiado de lo que, con la acción del hombre, pudiera ser la sociedad y el ambiente vital del futuro. Las investigaciones emprendidas en los terrenos de la propia genética humana y en todos los diversos y complejos avatares del contexto físico planetario van advirtiéndolo cada vez con más precisión y justificado temor el ascenso de la espiral de un proceso autofágico con el que el propio ser humano, con su ancestral e ilimitado afán de dominio de su hábitat, está afectando su entorno hasta convertirlo en una trampa para sí mismo y su futuro.

Desde hace varios años, primero voces aisladas y luego diversos grupos científicos y organizaciones internacionales, han dado el grito de alarma sobre el porvenir humano y numerosas reuniones del máximo nivel político y científico han advertido claramente de los peligros que amenazan al hombre del futuro (un futuro que ya ha comenzado a ser nuestro presente).

Nociones hoy tan comunes y manejadas como calentamiento global, cambio climático, agotamiento de recursos energéticos, extinción de especies, presencia de enfermedades emergentes o el regreso de otras que se creían dominadas, la difícil capacidad del mundo para satisfacer sanamente las necesidades alimenticias de sus habitantes, se han convertido en noticias diarias que nos muestran a todo color y en tiempo real la devastación que provocan tsunamis y huracanes de intensidad nunca vista, sequías asesinas, deshielos polares acelerados y hasta elegantes pistas de esquí alpinas sin nieve o un oso moscovita desvelado porque en pleno invierno ruso de 2006 aún no se ha visto caer un copo de nieve.

Aparentemente el hombre tiene conciencia de que el futuro que se creyó lejano es cada vez más cercano. Sin embargo, políticos e industriales de muchas partes del mundo siguen haciendo girar el tambor del revólver con que la humanidad está

siendo obligada a jugar a la ruleta rusa. Mientras los países más desarrollados, impulsados por la necesidad de generar ganancias económicas y hegemonías políticas, insisten en prácticas que agreden el medio ambiente, los países que luchan por un poco de desarrollo y bienestar para sus ciudadanos, se ven obligados en ocasiones a ejercer métodos bárbaros que, tal vez en escalas diferentes y hasta justificables éticamente, no deben resultar menos atendibles y terribles por sus resultados, pues contribuyen al deterioro ambiental y a la generación del «tsunami» ecológico que se entrevé en el horizonte.

A las incertidumbres cotidianas con que, en nuestros ambientes locales, debemos lidiar los habitantes del mundo de hoy, se unen pues, de modo dramático, las certezas cada vez más alarmantes que la naturaleza (en la cual se incluye, por supuesto, nuestros propios organismos biológicos) lanza a la cara del hombre y, especialmente, a la de aquellos que por su vocación política manejan las esferas de decisión en las cuales (quisiera ser optimista) todavía existen soluciones capaces de salvarnos a todos, en el 2007 y mucho más allá.

Diciembre, 2006

LA CIUDAD EN LA MIRILLA

Desde hace tiempo circula en la red una entrevista a cierto profeta (sabio como todos) al cuál se le pregunta sobre quiénes y cómo son los cubanos. En tono de broma, pero con la acumulación de una experiencia real como sustento, entre los diversos atributos y cualidades que el visionario establece para caracterizar a los habitantes de la isla, el profeta señala la manera que tenemos de enfrentar una discusión o un simple intercambio de opiniones. Dice el iluminado que cuando dos cubanos tienen puntos de vista diversos sobre alguna cuestión, el que responde al exponente lo hace partiendo de una frase que es una premisa y una actitud ante la vida: «Lamento decirte que estás completamente equivocado».

Sin duda, a partir de la total devaluación de los criterios del oponente, el cubano de hoy (hijo del cubano de siempre) está expresando una actitud ante el debate que se ha alimentado de su propia falta de cultura de la confrontación. Largos años de centralización de las decisiones, de directivas y ordenanzas bajadas «desde arriba», de interferencias en la vida de las personas generadas por políticas macro que, lógicamente, no pueden detenerse a contemplar las preferencias y necesidades de cada individuo, de dificultades para encarrilar las iniciativas personales y la últimamente tan mentada inexistencia crónica de espacios reales y abiertos para el debate y la discusión de los más diversos temas, han lacerado la costumbre del intercambio y obligado a los cubanos a sostener la defensa de sus opiniones en marcos generalmente estrechos, donde pueden dar rienda suelta a sus deseos de hacer valer su opinión, por pequeña que sea, pero partiendo de la premisa de que no existen posibilidades de que su verdad sea puesta en duda.

Con menos resonancia que el combativo debate desarrollado alrededor de la represión cultural y sexual que se instrumentó en los años 1970, pero sin que su trascendencia sea menor (por el peso del tema discutido), en semanas recientes se ha estado desarrollando una polémica entre varios intelectuales cubanos sobre el destino de la ciudad de La Habana y la validez de los trabajos de restauración y recuperación de la zona colonial de la urbe, la llamada Habana Vieja. Como en la parábola del profeta, los envueltos en la discusión pocas veces han pretendido el diálogo, sino más bien la exposición de sus criterios indiscutibles. Sin embargo, un tema tan espinoso, visceral, trascendente y doloroso como el presente y el futuro del patrimonio urbanístico habanero merecería (merece) de una confrontación franca y abierta porque (me toca a mí apropiarme de la cualidad señalada por el profeta) es lamentablemente indiscutible que La Habana es una ciudad abocada a una coyuntura histórica en la que se juega su propia fisonomía y, con ella, su futuro.

El punto de partida del debate ha sido los modos en que se ha asumido el trabajo de restauración de La Habana colonial, alentado y dirigido por el historiador de la ciudad, Eusebio Leal. Con más defensores que detractores, parece evidente que, aun cuando no siempre las soluciones arquitectónicas, urbanísticas y poblacionales

adoptadas por Leal puedan resultar de la complacencia de todos, su empeño por la conservación del patrimonio arquitectónico más vetusto y valioso de la ciudad es una obra digna de consideración y respeto. A simple vista entre la Habana Vieja que se recorría en los años 1980 y la que es posible caminar hoy, media una distancia notable. La cantidad de edificaciones restauradas y revividas, las que están en proceso de recuperación, y la reanimación de los espacios durante años ocupados por ruinas insalvables (convertidos en parques, pequeñas plazas, etc.) son una realidad incontestable.

El destino social o económico dado a esos sitios, en cambio, pudiera resultar discutible, así como ciertas soluciones arquitectónicas. A diferencia de otros centros históricos preservados o recuperados en diversos países, tal vez la mayor contradicción de la vida real de esa zona de la ciudad es poner en alarmante evidencia una coyuntura que no parte de ella pero que explota en ella: la necesidad de establecer el acceso a ciertos beneficios comerciales y gastronómicos en la esquiwa, cara y para muchos inaccesible moneda convertible cubana, lo cual hace que la mayoría de los lugares más amables de la zona, con excepción de museos y afines, estén vedados para las economías y hasta la nacionalidad de los cubanos (el caso de los hoteles, generalmente infranqueables en todo el país para los que portamos carnet de identidad en lugar de pasaportes extranjeros).

Sin embargo, tras la cortina de humo del debate sobre la pertinencia o no de ciertas soluciones urbanísticas, arquitectónicas, poblaciones y económicas, se esconde una realidad que, a mi (modesto, discutible, pequeño) juicio, es tal vez (quizás, a lo mejor) mucho más álgida: la del resto de la ciudad que se levanta más allá de la frontera marcada hasta el siglo XIX por las murallas habaneras.

Creo que un simple vistazo a ciertas zonas de la capital cubana es un grito de alarma por el estado de deterioro físico, ya irreversible en muchos casos, que las agrede. Un barrio como Luyanó, colindante con el puerto de La Habana, parece haber colapsado constructivamente y a las ruinas que lo van cercando se suma la actual falta de perspectivas inmediatas de recuperación. Pero las zonas de la antigua Calzada de Jesús del Monte y el Cerro no presentan mejor rostro, por no introducirnos ya en la zona que por su densidad poblacional y por el estado de sus construcciones, parece ser el punto más crítico de la ciudad: el municipio Centro Habana, en especial en barrios como Atarés, Jesús María, el Barrio chino, y otros, cargados de historia y, dolorosamente, de personas en largo hacinamiento y condiciones de vida desesperantes (generadoras de actitudes violentas, delictivas, amorales y de un compacto desencanto).

Aunque las soluciones individuales en mucho ayudarían a la preservación y embellecimiento del espacio urbano de la capital, desde todo punto de vista parece que sólo una respuesta gubernamental podría comenzar a detener el creciente deterioro de la ciudad y sus edificaciones. Los altísimos precios que en los mercados en divisa poseen hoy los materiales de construcción (la pintura entre ellos), los hace

inaccesibles para la mayoría de la población; pero la reparación de edificios multifamiliares y/o de uso social, la recuperación de calles y aceras, la eliminación (o al menos la disminución) de los millares de ciudadelas hoy dispersas prácticamente por toda el área metropolitana, la eliminación de salideros, vertederos, ruinas, sólo pueden ser asumidos por los órganos administrativos y políticos de la ciudad y del país.

Ya se sabe que el gobierno cubano ha establecido prioridades (reparación de algunos hospitales, construcción de policlínicas y otras obras asumidas como parte de la llamada «batalla de ideas»), y que los recursos económicos que hoy requieren las muchas décadas de abandono y desidia sufridas por La Habana exigirían de muchos millones sólo para comenzar su rescate. Pero lo cierto es que la dramática situación del fondo habitacional, el grado de deterioro de la red vial, la exultante falta de belleza que nos rodea a los habaneros es una realidad que clama por soluciones. Y por debates.

El resultado visible en la recuperación de la Habana Vieja, con todas las críticas que se le quiera hacer, es una demostración de que el rescate de la ciudad no es un sueño imposible. A la propia zona histórica le falta mucho por salvar y quizás necesita del rediseño de algunas soluciones. Pero el proceso existe, se mueve, respira. La otra ciudad, no tan histórica pero no menos habanera, habitada por cientos, miles, millones de ciudadanos, implora una mirada más atenta, pues la cuenta regresiva comenzó hace tiempo para muchos de sus edificios, viviendas de los cubanos de hoy, historia y patrimonio para los cubanos del futuro.

Febrero, 2007

LETRAS DISPERSAS

Tal vez la condición que mejor defina el estado actual de la narrativa cubana sea el de su dispersión. Hasta hace unos quince años, antes de que se produjera la crisis de publicaciones de principios de los años 1990, la apertura al mercado internacional con la consiguiente diáspora de autores y obras que continúa hasta el presente, los estudiosos de la novela y el cuento cubanos podían establecer con relativa facilidad un panorama compactado que, en su mayor parte, se fraguaba por las publicaciones de dos o tres editoriales de la isla. En ese ambiente resultaba más sencillo determinar las tendencias o constantes más recurridas, e incluso sostener la absurda distinción, fraguada en la década de 1960, entre escritores de «dentro» y de «fuera». En los últimos tiempos, coincidiendo además con un período de crecimiento artístico de la novela cubana, de interés mediático y editorial por los asuntos de la isla, aquella visión de conjunto, casi idílica, se ha quebrado. Hoy apenas unos pocos estudiosos empecinados podrían tener una idea global del estado de nuestra narrativa, de sus búsquedas artísticas y de sus proyecciones.

Un primer factor novedoso ha sido que, dentro de la isla, se ha producido una benéfica multiplicación de casas editoriales capaces de quebrar el monopolio que por años detentaron los sellos más recurridos por los autores, Letras Cubanas, del Instituto del Libro, y Unión, de la Unión de Escritores y Artistas, lo que ha dado la posibilidad de acceder a la letra impresa a una notable cantidad de autores noveles, de provincias, desconocidos. El lado problemático de esta nueva realidad editorial ha sido, sin embargo, que los autores resultan publicados en ediciones pequeñas que muchas veces, incluso, no se comercializan en la red nacional de librerías y permanecen inalcanzables por los lectores.

Aunque los sellos tradicionales han seguido detentando la posibilidad de trabajar con los autores más conocidos, la relación de cara al consumidor de las ediciones de Letras Cubanas o Unión no resulta demasiado diferente respecto a las nuevas o pequeñas editoriales locales: las tiradas muchas veces siguen siendo insuficientes, no se aplica una política (ni comercial ni cultural) homogénea en el rubro de las reediciones y, fuera del momento de la presentación, muchas veces la posibilidad de acceder a los volúmenes de más demanda se convierte en un imposible para los lectores incluso para los profesionalmente interesados en el tema.

Por otro lado, la posibilidad de acceder al mercado internacional, especialmente el español, ha provocado que una cantidad importante de obras lleguen a las librerías de la isla (ya en ediciones cubanas) con atraso o, incluso, que no lleguen nunca, por no haber sido publicadas en el país por las más diversas razones, como ha ocurrido con una parte de la obra de Pedro Juan Gutiérrez (residente en la isla) o Abilio Estévez (ahora afincado en España), por sólo citar dos ejemplos notables.

Aunque todavía algunos insistan —con parte de razón— en satanizar el mercado internacional del libro —especialmente el español—, lo cierto es que a través de

diversas editoriales ibéricas varios autores cubanos, residentes o no en la isla, han tenido la ocasión de internacionalizar su obra, especialmente en el terreno de la novela. Resulta cuando menos injusto considerar que el mercado español, como bloque, sólo se interesa en los autores cubanos por razones de morbo político que, supuestamente, les asegura siempre ganancias. Y tampoco deja de resultar curioso, y a la vez contradictorio, que algunos autores ubicados geográficamente fuera de la isla acusen a esas mismas editoriales (a veces a todo el entorno cultural mundial) de un sesgo izquierdizante y hasta de complicidad con las posiciones más ortodoxas de la política cubana, y que, por ende, prefieran publicar a los de «dentro» antes que a los de «fuera». En ningún caso el ombligo puede ser más grande que el abdomen.

De cara al panorama de la narrativa cubana la internacionalización de sus obras y sus autores ha tenido el resultado sin duda positivo de dar una mayor difusión a los creadores, en especial a los cultores de la novela y, con él, despertar el interés de estudiosos de diversos países en los que con frecuencia se publican antologías, ensayos y artículos (además de la realización de numerosas tesis universitarias) sobre las características y avatares de la narrativa del país caribeño. La llegada a esa posibilidad editorial y de difusión, sin embargo, no ha sido fácil para los escritores cubanos de las promociones más recientes, con independencia de su lugar de residencia, pues a diferencia de otros autores latinoamericanos, el punto de referencia que los avala no es la aceptación que han logrado en sus mercados locales, pues el cubano funciona con argumentos, capacidades y proyecciones totalmente diferentes, en las cuales inciden desde razones culturales o políticas hasta de simple escasez de recursos.

Un elemento que también afecta la organicidad y posibilidad de sistematizar el panorama literario cubano es el cada vez más acentuado desinterés en el ejercicio de la crítica por parte de los especialistas del patio. Si en años anteriores al llamado «período especial» con la crisis del papel, que afectó tanto a editoriales como a publicaciones periódicas, se hablaba de una indigencia crítica en Cuba, la situación actual casi roza la inexistencia del «indigente». La falta de motivación para realizar esa labor, la dificultad para acceder a obras que se publican fuera del país, unida a preconceptos que colocan al supuesto crítico en la posición de exegeta o demolidor (muchas veces por razones extraliterarias) de obras o autores, y, peor aún, el silencio casi compacto con que son recibidos los textos (incluso algunos que luego terminan galardonados con el premio de esa misma crítica no ejercida) deja una sensación de vacío cuando en realidad la narrativa cubana vive un período de intensa dinámica artística.

Sin duda el hecho de que varios autores vivan y publiquen fuera del país, por lo cual su trabajo apenas resulta conocido en Cuba por caminos alternativos, crea hacia dentro una sensación de ausencia. No obstante, la presencia notable de numerosos narradores cuyos libros se publican en una diversidad de sellos nacionales y extranjeros, los premios internacionales obtenidos, el reconocimiento y

establecimiento comercial a veces también cultural de varios autores convertidos en referencia de la nueva narrativa insular, indican que en realidad ocurre lo contrario: en medio de la dispersión existe una densidad.

A pesar de la agobiante dispersión, las obras más notables de los novelistas y cuentistas cubanos actuantes permiten trazar algunas líneas de comunicación desde las cuales llegar a determinadas constantes o características más acusadas de la producción narrativa contemporánea. A mi juicio la más evidente de estas presencias es la mirada indagadora, descarnada, crítica con que se aborda la realidad y hasta la historia del país por la mayoría de estos autores. Este proceso, que se gestara lenta y problemáticamente en los años 1980, como reacción a la dogmatización de los 70, hizo eclosión en la pasada década junto con la crisis económica y el inmediato autoanálisis de su contexto que realizaron los creadores cubanos de todas las manifestaciones. Pienso que al contrario de lo que opinan algunos, el mercado internacional no ha alentado esta tendencia, que es autóctona, intrínseca, diría que natural en el nivel de desarrollo de la sociedad cubana, sino que se ha nutrido de ella porque, en realidad, no hay otra (o si la hay es mínima, poco significativa literariamente).

Si bien es cierto que determinados autores aprovecharon la «moda» cubana que se montó en los años 1990 (la misma que permitió la existencia de un fenómeno puramente comercial como el creado alrededor del llamado Buena Vista Social Club) y explotaron o explotan aún las peculiares características políticas, económicas o sociales del país para escribir panfletos, la mayoría de los narradores cubanos han realizado con sus obras un ejercicio de introspección social y humana que en ocasiones llega a la política, pero que no parte de ella. La autenticidad y pertenencia de esta mirada, que en ocasiones puede llegar a rozar lo sórdido o pasar hasta lo escatológico, parece haber nacido de una necesidad social y artística de la narrativa cubana, a la vez que de una exigencia existencial de sus creadores. Como todas las realidades, la cubana también tiene varios rostros, niveles, posibilidades de percepción, y el arte contemporáneo, cumpliendo también el compromiso consigo mismo, ha puesto la más de las veces su mirada en los rincones menos iluminados de una realidad que a su vez exigía esa revisión crítica, esa sumergida en sus contradicciones.

El tiempo y el peso específico del arte, así lo espero, terminarán por superar la aparente sensación de vacío y la dispersión real padecida hoy por la narrativa cubana. La lectura asentada de sus textos, que permitirá fijar todas sus constantes y contradicciones, será en el futuro un modo peculiar de entender lo que ha sido la vida cubana, una vía magnífica para apreciar cómo los artistas cubanos vivieron y asumieron su realidad en estos vertiginosos, tan confusos inicios del siglo XXI.

Junio, 2007

LA AUTENTICIDAD DEL REGUETÓN

Según todo parece indicar, por lo que se perfila como una larga temporada, los cubanos estamos condenados a convivir con el reguetón. Para una cultura en la que la música, el canto y la danza son las expresiones más auténticas y raigales de una espiritualidad expansiva y gregaria, no resulta extraño que un género musical se adueñe de las pasiones de las personas y del espacio sonoro de sus calles. Desde el siglo XIX y a lo largo de toda la centuria pasada, las ciudades, pueblos y hasta pequeñas concentraciones rurales cubanas han canalizado a través de la música y sus diversos géneros la alegría, los pesares y la forma de ver y sentir la vida que en cada momento han asumido los habitantes de la isla. Diversas manifestaciones danzarias, líricas y musicales se han sucedido, en un relevo de necesidades expresivas que han ido caracterizando las distintas épocas, estableciendo un diálogo cultural con la misma evolución del ser nacional. La música es la columna vertebral de la cultura cubana y, a través de los ritmos hechos y consumidos por sus hijos, se puede hacer también una crónica viva del país, desde sus orígenes como entidad cultural nueva hasta nuestros días.

Si estamos de acuerdo con las afirmaciones anteriores también debemos aceptar como incontestable que el auge del llamado reguetón responde a un estadio particular de la vida en el país. La insistente preferencia de esta forma musical en el gusto de amplias capas de la población, especialmente los jóvenes, se conecta entonces con necesidades y condiciones culturales y sobre todo sociales que han sido las facilitadoras de la aclimatación de este género en la isla y del hecho de convertirlo en importante expresión de su realidad espiritual y material contemporánea.

Antes de desenredar (o enredar) la madeja, resulta preciso recordar que el reguetón es una expresión musical del Caribe hispánico y urbano, que tuvo su eclosión en las islas vecinas de Puerto Rico y República Dominicana, de donde saltó a Cuba y otros países de nuestro ámbito cultural y lingüístico, incluida España. Como forma musical, el reguetón se puede considerar una apropiación creativa del rap y el hip hop norteamericanos, también de orígenes urbanos y cultivados mayoritariamente por los llamados afronorteamericanos. Estas músicas, hasta ser absorbidas por las industrias culturales, se cultivaron como expresión marginal dentro de una sociedad estratificada y culturalmente conservadora. Su reencarnación caribeña, a través del reguetón, arrastró consigo esos componentes líricos, transformó rítmicamente la base musical con la incorporación de inflexiones latinas y a la vez potenció el carácter marginal a través de la marginalidad que habían trabajado el rap y el hip hop: la cultura del machismo, de la droga, de la violencia urbana, al punto no ya de convertir esos tópicos en la «lírica» reguetonera, sino también en expresión escénica a través del vestuario, la gestualidad, la agresividad manifiesta de sus cultores más o menos auténticos.

La llegada a Cuba de ese modo de hacer y expresar una realidad a través de la música consiguió una rápida comunicación con grandes masas de consumidores y, poco después, con numerosos practicantes de la música, en unos casos como auténtica necesidad expresiva y en otros —ahí están casi todos los salseros que ahora lo cultivan— como medio de mantener un arraigo popular dentro de un gusto afectado por este nuevo género.

Que una moda musical determinada llegue a Cuba, se aclimate y se cultive no es nuevo ni extraño. En el toma y daca que ha establecido la música cubana con otros complejos musicales —el mejor ejemplo sería el norteamericano— ese tipo de apropiación responde a una lógica del desarrollo y a la propia capacidad de los ritmos cubanos de exportar e importar elementos enriquecedores. Las altas dosis de popularidad del reguetón tampoco deben entenderse como resultado de una crisis de creatividad en la isla —aunque, a mi juicio, esta crisis existe— y si sus características líricas y rítmicas no destilaran la pobreza que las caracteriza, pues hasta podría considerarse bienvenido a nuestro ambiente. Pero...

Hace unas semanas, en un espacio de la televisión cubana dedicado a comentar diversos fenómenos y procesos de la creación y producción musical, fueron convocados varios reguetoneros del patio y hasta un teórico del fenómeno, quienes, con el beneplácito de la conductora del espacio, justificaron las cualidades y calidades del reguetón sobre todo por considerarlo una expresión auténtica, actual, necesaria, en la que se manifestaba una forma de pensar y asumir la vida, la creación, las relaciones humanas. Sin haber tenido un especial apoyo institucional —decían sus cultores— el reguetón había logrado imponerse y el teórico lo consideraba un género «cimarrón», un escapado, que machete en mano se había hecho un espacio en el gusto de la gente, sobre todo de los jóvenes.

Con independencia incluso de algo tan esencial en este tema como es la calidad del producto artístico, sin detenernos siquiera en la permanencia temporal que logrará o no el reguetón, ¿alguien se ha preguntado seriamente por qué una música con esas características puede convertirse en una presencia constante en la vida cubana, en el ritmo de bodas, bautizos, cumpleaños y fiestas de fin de curso, en el sonido de los establecimientos públicos, autos con reproductoras de audio y cualquier reunión pública o privada en la que haya un espacio para la música (y en Cuba siempre suele haber ese espacio)? ¿Por qué ese programa televisivo no dirigió la mirada hacia este lado del fenómeno?

Sin pretender demonizar al reguetón cubano, a la hora de caracterizarlo resulta imposible no fijar características tan evidentes como la agresividad de sus letras, el violento desempeño escénico de sus cultores (¿han visto cómo todos mueven las manos, la mueca de tipo duro que exhiben en el rostro?), y la insistencia en temas como la relación carnal entre el hombre y la mujer en la que, con notable frecuencia, las féminas suelen ser pérfidas y voraces. Incluso, cuando algunos creadores del género tratan de invertir la relación de fuerza y es la mujer la que le «canta» al

hombre, la violencia y la superioridad vuelven a estar presentes, como si sólo en esas condiciones fuese posible establecer un nexo sexual —porque en la mayoría de los casos sería imposible hablar de relaciones amorosas. Si a eso sumamos que rítmicamente el reguetón se caracteriza por la utilización de un patrón rítmico bastante pobre que se repite de grabación en grabación, resulta evidente que estamos ante un fenómeno cultural empobrecido, marginal y decadente pero... (otra vez pero): auténtico.

Esa autenticidad del reguetón parte de una realidad social de la cual nace y a la cual expresa. Si la violencia, la sexualidad agresiva, la falta de compromiso ético a las que le canta el reguetón consigue comunicarse con grandes masas de consumidores que han hecho del género la pesadilla sonora de todo un país, es porque les habla con sus códigos y lenguaje, les entrega lo que esos consumidores generan y quieren recibir.

No es un secreto —y si para alguien lo fuera sería peor aún— que la sociedad cubana ha vivido en los últimos quince años una espiral de actitudes violentas que han tenido su origen en las dificultades sociales y materiales entre las cuales vive una parte mayoritaria de su población. Tampoco que la práctica del sexo e incluso una de sus manifestaciones más degradantes, como la prostitución, han sufrido un cambio en su percepción que se manifiesta con nuevos valores éticos (la escasa reprobación social del «jineterismo» es una señal patente). Es notorio que problemas como la violencia de género, el machismo, la marginalidad tienen un espacio notable y a veces hasta creciente en el ámbito familiar y social cubano. Y debería ser entonces palmario que un género machacón y agresivo como el reguetón tenga tierra donde prender y, además, fructificar.

El cultivo y consumo del reguetón no son causas, sino consecuencias. Mirar hacia los elementos sociales y económicos capaces de fertilizar su crecimiento en Cuba sería más importante que criticar el resultado. Si alguien puede escuchar diez veces en el día aquello de «a ella le gusta la gasolina, dale más gasolina» es que algo no anda bien y el reguetón apenas resulta un catalizador hacia lo evidente de esos problemas no tan sumergidos.

Septiembre, 2007

EL NIÁGARA Y HEREDIA

*ce Cuba! en tu seno se miran
1 grado más alto y profundo
belleza del físico mundo
horrores del mundo moral.*

JOSÉ MARÍA HEREDIA, «Niágara»

He tenido el privilegio de visitar las cataratas del Niágara, por su vertiente canadiense. De la mano del gentil y sabio profesor jamaicano Keith Ellis, afincado desde hace décadas en Toronto, nos convertimos en un número más de los catorce millones de turistas que cada año visitan las famosas caídas de agua. Sin embargo, a diferencia de todos esos millones de visitantes, el profesor Ellis, mi esposa Lucía y yo llegamos hasta este punto cardinal de la geografía americana en busca de algo intangible que allí se encuentra, invisible para la mayoría de esos millones de visitantes, y que nos pertenece profundamente a los cubanos: el espíritu, la grandeza y la tragedia de José María Heredia, el primer poeta cubano.

Cierto es que desde los días en que Heredia visitara las cataratas, el paisaje que rodea las impresionantes cascadas ha cambiado mucho, tal vez demasiado, y hoy su entorno está contaminado por hoteles, puentes, miradores, casinos, edificios de termoeléctricas, jardines domesticados, inexistentes todos hace dos siglos, cuando lo visitara el joven poeta nacido en Santiago de Cuba, el último día del año 1803. La misma naturaleza también ha modificado a su manera el panorama del lugar, y desde hace ciento cincuenta años falta el peñasco milenario que se adentraba en el lago, vencido al fin por la fuerza de las aguas. Pero la belleza y magnificencia del sitio que tanto conmoviera al poeta conserva intacto su poder de atracción y la potencia de los elementos que llevó a los iroqueses, habitantes originales de esa región, a llamar a las cascadas «trueno de agua», es decir, Niágara.

Fue exactamente el 15 de junio de 1824 cuando José María Heredia hizo una excursión a las ya famosas cataratas del río Niágara, en la frontera canadiense-norteamericana. El poeta, entonces con veinte años cumplidos y recién exiliado en Estados Unidos por su participación en una conspiración independentista contra la corona española, iba acompañado por unos amigos, de los que muy pronto se separó, para sentarse «al borde de la catarata inglesa» (hoy llamada canadiense o de La Herradura, por su forma semicircular) y, observó el paisaje hasta que, según escribiera un par de días después, «Mis ojos se han saciado, contemplando la maravilla de la creación, el espectáculo más sublime que ofrece la naturaleza salvaje sobre la tierra».

«Pero —aseguraría un siglo más tarde el erudito cubano Jorge Mañach— es una inspiración de mayor sustancia la que allí le aguarda; una emoción de grandeza desatada, la percepción del poder divino y la sugerencia de la marcha ciega y fatal del destino humano hacia el abismo del dolor».

Porque algo más profundo que una admiración conmovedora ante el fenómeno natural estuvo rondando el espíritu de Heredia. En esa misma carta del 17 de junio, dirigida a su tío y mentor Ignacio Heredia, el poeta comentaba: «Yo no sé qué analogía tiene aquel espectáculo solitario y agreste con mis sentimientos. Me parecía ver en aquel torrente la imagen de mis pasiones y de la borrasca de mi vida. Así, así como los rápidos del Niágara, hierve mi corazón en pos de la perfección ideal que en vano busco sobre la tierra. Si mis ideas, como empiezo a temerlo, no son más que quimeras brillantes, hijas del acaloramiento de mi alma buena y sensible, ¿por qué no acabo de despertar de mi sueño? ¡Oh!, ¿cuándo acabará la novela de mi vida para que empiece su realidad?».

El doloroso y dramático descubrimiento de una vida novelesca, de un existir de resonancias calderonianas («porque todo en la vida es sueño...») en medio de un letargo que le impide encontrar su propia realidad, realizado por parte de un hombre con apenas veinte años cumplidos, es una de las más reveladoras y premonitorias miradas a un destino personal que puedan imaginarse.

Pero la conmoción sentida por Heredia ante el Niágara fue tal que, en aquel mismo instante, necesitó expresarse del mejor modo en que siempre supo hacerlo. Por eso, antes de abandonar el sitio, dominado por la emoción, escribió en las páginas del libro de autógrafos de la catarata las primeras estrofas de un poema que, según él, «solamente expresa débilmente una parte de mis cavilaciones». Sin embargo, según Mañach (y muchos otros estudiosos de la obra de Heredia), el poeta había escrito «una de sus dos o tres obras maestras, y seguramente uno de los poemas más bellos en lengua castellana». El más impresionante poema de toda la literatura cubana, pienso yo.

*¡Dad mi lira, dádmela, que siento
mi alma estremecida y agitada
por la inspiración. ¡Oh! ¡cuánto tiempo
de nieblas pasó, sin que mi frente
se ase con su luz...! Niágara undoso,
¡blime terror sólo podría
arme el don divino, que ensañada
obó del dolor la mano impía.*

Comienza la famosa oda, celebrando la llegada de la inspiración que ha despertado el espectáculo de la naturaleza para luego, en un giro imprevisto de su

discurso laudatorio de la fuerza y el esplendor de la catarata, tocar la esencia perseguida:

*¿qué en ti busca mi anhelante vista
inútil afán? ¿Por qué no miro
ledor de tu caverna inmensa
palmas ¡ay! las palmas deliciosas,
en las llanuras de mi ardiente patria
n del sol a la sonrisa, y crecen,
soplo de las brisas del Océano,
un cielo purísimo se mecen?*

¿Es posible concebir que un joven de veinte años, desterrado, lleno de dudas, convencido de lo novelesco de su existencia, esté dando con estos versos la clarinada que nos advierte de la presencia definitiva de una nueva sensibilidad, de una nueva poesía que a partir de este poema ya será esencial y distintamente *cubana*? ¿Imaginaba Heredia que estaba inaugurando ese día el persistente sentimiento de la nostalgia por Cuba que, todavía hoy, persigue a millones de cubanos radicados más allá de las fronteras de la isla?

Toda la filosofía de la vida de Heredia, la dolorosa situación de su exilio y sus sentimientos por la tierra que ya identifica como la patria, su capacidad de lograr la comunicación espiritual con la naturaleza, alcanzan en este poema un esplendor estético admirable, capaz de advertir la altísima calidad lírica del joven que concibe estos versos. No es casual que «Niágara» haya sido el más traducido de los poemas de Heredia (la primera versión conocida es la inglesa, que se atribuye a William C. Bryant) y quizás el que le dio mayor fama y reconocimiento como poeta.

Aunque la vida de Heredia estuvo marcada por las tragedias personales, el destierro perpetuo, la traición de sus amigos y la temprana sequía de su talento literario (apenas escribió poesía en los últimos diez años de su vida, tempranamente cerrada en 1839, con treinta y cuatro años), su obra poética fue durante todo el siglo XIX uno de los estandartes de una nación decidida a conquistar su independencia. Hoy es uno de los tesoros de la sensibilidad cubana.

El fabuloso y revelador encuentro entre José María Heredia y las cataratas del Niágara tiene, desde hace unos años, un punto de peregrinación en este lugar magnético de la naturaleza americana. Una placa de bronce, con el rostro del poeta y varias estrofas de su gran oda, recuerdan aquella visita que el 15 de junio de 1824 hiciera a ese sitio el primer gran poeta de Cuba y América.

Junto a esa placa, Lucía, Keith Ellis y yo, le dimos la mano al espíritu eterno del poeta que por siempre estará allí, escuchando el «trueno de agua».

ara

¡Dad mi lira, dádmela, que siento
mi alma estremecida y agitada
por la inspiración. ¡Oh! ¡cuánto tiempo
de nieblas pasó, sin que mi frente
se ase con su luz...! Niágara undoso,
sublime terror sólo podría
arme el don divino, que ensañada
robó del dolor la mano impía.
¡Frente prodigioso, calma, calla

¡Viento aterrador: disipa un tanto
de nieblas que en torno te circundan;
¡Permite contemplar tu faz serena,
de entusiasmo ardiente mi alma llena.
¡Ciego soy de contemplarte: siempre
de común y mezquino desdeñando,
¡¿Por lo terrífico y sublime.
¡¿Espeñarse el huracán furioso,
tumar sobre mi frente el rayo,
¡¿Contando gocé: vi al Océano,
¡¿Batido por austro proceloso,
¡¿Batir mi bajel, y ante mis plantas
¡¿Ver hirviente abrir, y amé el peligro.
¡¿Del mar la fiereza
¡¿Mi alma no produjo
¡¿Profunda impresión de tu grandeza.

¡No corres, majestuoso; y luego
¡¿Speros peñascos quebrantado,
¡¿Balanzas violento, arrebatado,
¡¿O el destino irresistible y ciego.
¡¿¿Voz humana describir podría
¡¿Y sirte rugiente
¡¿¿Aterradora faz? El alma mía
¡¿¿Algo pensamiento se confunde
¡¿¿Mirar esa férvida corriente,
¡¿¿En vano quiere la turbada vista
¡¿¿Y vuelo seguir al borde oscuro
¡¿¿Precipicio altísimo: mil olas,
¡¿¿Pensamiento rápidas pasando,
¡¿¿Van, y se enfurecen
¡¿¿Mas mil y otras mil ya las alcanzan,

re espuma y fragor desaparecen.

*! ¡llegan, saltan! El abismo horrendo
para los torrentes despeñados:
se en él mil iris, y asordados
en los bosques el fragor tremendo.
las rígidas peñas
posee el agua: vaporosa nube
de elástica fuerza
y el abismo en torbellino, sube,
en torno, y al éter
firme pirámide levanta,
y sobre los montes que le cercan
el litario cazador espanta.*

*¿qué en ti busca mi anhelante vista
inútil afán? ¿Por qué no miro
alrededor de tu caverna inmensa
almas ¡ay! las palmas deliciosas,
en las llanuras de mi ardiente patria
del sol a la sonrisa, y crecen,
soplo de las brisas del Océano,
un cielo purísimo se mecen?*

*recuerdo a mi pesar me viene...
¡oh Niágara! falta a tu destino,
la corona que el agreste pino
terrible majestad conviene.
álamo, y mirto, y delicada rosa,
que el placer inspiren y ocio blando
al jardín: a ti la suerte
de más digno objeto, más sublime.
alma libre, generosa, fuerte,
y te ve, se asombra,
y el equino deleite menosprecia,
y se siente elevar cuando te nombra.*

*omnipotente Dios! En otros climas
monstruos execrables,
temiendo tu nombre sacrosanto,
por error y fanatismo impío,
campos inundar en sangre y llanto
y hermanos atizar la infanda guerra,*

¡solar frenéticos la tierra.
y el pecho se inflamó a su vista
rave indignación. Por otra parte
entidos filósofos, que osaban
utar tus misterios, ultrajarte,
impiedad al lamentable abismo
miseros hombres arrastraban.
eso te buscó mi débil mente
t sublime soledad: ahora
ra se abre a ti; tu mano siente
sta inmensidad que me circunda,
profunda voz hiere mi seno
ste raudal en el eterno trueno.

mbroso torrente!
no tu vista el ánimo enajena,
terror y admiración me llena!
tu origen está? ¿Quién fertiliza
tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿poderosa mano
que al recibirte
debose en la tierra el Océano?

ó el Señor su mano omnipotente;
rió tu faz de nubes agitadas,
su voz a tus aguas despeñadas,
rió con su arco tu terrible frente.
go, profundo, infatigable corres,
o el torrente oscuro de los siglos
sondable eternidad...! ¡Al hombre
en así las ilusiones gratas,
lorecientes días,
spierta al dolor...! ¡Ay! agostada
mi juventud; mi faz, marchita;
profunda pena que me agita
t mi frente, de dolor nublada.

ra tanto sentí como este día
oledad y mísero abandono
nentable desamor... ¿Podría
dad borrascosa
mor ser feliz? ¡Oh! ¡si una hermosa
ariño fijase,

*este abismo al borde turbulento
algo pensamiento
liente admiración acompañase!
no gozara, viéndola cubrirse
ve palidez, y ser más bella
y dulce terror, y sonreírse
stenerla mis amantes brazos...!
irios de virtud...! ¡Ay! ¡Desterrado,
atria, sin amores,
miro ante mí llanto y dolores!*

*para poderoso!
¡adiós! Dentro de pocos años
vorado habrá la tumba fría
débil cantor. ¡Duren mis versos
tu gloria inmortal! ¡Pueda piadoso
lote algún viajero,
un suspiro a la memoria mía!
abismarse Febo en occidente,
yo vuela do el Señor me llama,
escuchar los ecos de mi fama,
en las nubes la radiosa frente.*

*ción definitiva de 1832).
bre, 2007*

BALDRICH: HOMBRE, AMIGO Y FOTÓGRAFO

Ángel González Baldrich murió el 30 de octubre de 2007, mientras sus colegas del periódico *Juventud Rebelde* y de la delegación habanera de Inter Press Service, se afanaban en preparar una exposición de su obra fotográfica. El texto que sigue son las palabras para el catálogo de dicha muestra y nuestro homenaje a un colega que hizo de la amistad, la sencillez y la fotografía las grandes pasiones de su vida.

Si me viera obligado, como es el caso, a emitir un juicio profesional sobre la carrera del artista de la fotografía periodística que es Ángel González Baldrich, no me quedaría otro remedio que comenzar diciendo que a lo largo de su tiempo vital este hombre se ha dedicado, sobre todas las cosas, a desarrollar con especial empeño y maestría el cada vez más necesario oficio de buena persona y amigo cabal. Lo hizo tan cotidiana y vehementemente que esas cualidades, la más hermosas que pueden adornar a un ser humano, fueron capaces incluso de superar en mi escala de valores y admiraciones los esplendores de su otra gran vocación, la fotográfica, cumplida a lo largo de cincuenta años con notable calidad y empecinamiento, como es fácil de constatar para cualquiera que se acerque a las miles de imágenes captadas por sus cámaras a través de todos esos años.

Ha transcurrido casi un cuarto de siglo desde aquella mañana tórrida de 1983 en que comencé mi relación personal y profesional con Baldrich, como casi todos lo llamaban y lo llaman, y muy pronto tuve las primeras muestras de su bondad humana y su calidad artística. Recuerdo perfectamente —creo que nunca lo voy a olvidar— que, acompañado por mi colega y amigo Alex Fleites, llegué aquel día de julio a la redacción del periódico *Juventud Rebelde*, entonces ubicada en el dinámico Prado habanero, para incorporarme al equipo de reporteros del vespertino. Por aquella época yo andaba con mis ilusiones destrozadas y el norte perdido, viviendo los que hasta hoy han sido los peores días de mi vida. Mi llegada a *Juventud Rebelde* se producía no por elección sino por el tortuoso camino de una expulsión disfrazada de traslado. En mi anterior centro de trabajo, el mensual *El Caimán Barbudo*, se habían producido una serie de incidentes que sólo calificaré de «desagradables» y que terminaron con la salida de varios de los redactores, catalogados, entre otras virtudes, de problemáticos ideológicos, sello con el que nos marcaron, nos condenaron y creyeron conseguir lo que se proponían: trucidar un naciente proceso estético y cultural de superación de los años negros y feroces de la represiva década de 1970, del cual *El Caimán* era entonces partícipe protagónico.

Con aquella estrella prendida en un sitio visible, hacía yo mi dolorosa entrada en *Juventud Rebelde*, donde se suponía debía ser reeducado por los rigores de la vida real, lejos de los cenáculos culturosos e intelectualoides. Y aquella misma mañana, en el elevador que subía hasta la planta de la redacción, mi amigo Alex, que todavía trabajaba en el periódico y me acompañaba en el trance, me presentó a un cuarentón de ojos claros, con una cámara al hombro, y utilizó para la introducción unas palabras

que tal vez Alex ha olvidado, que seguramente el aludido no se tomó en serio, pero que dadas mis circunstancias de entonces y lo que ocurriría a partir de aquel día, cobraron la connotación de inolvidables:

—Mira, este es Angelito Baldrich.

—Mucho gusto —dije, y nos estrechamos las manos.

—Siempre que puedas, trabaja con él. Es el mejor fotógrafo de este periódico. Y de contra es hombre y amigo —me aconsejó Alex.

Juventud Rebelde fue, por siete años, un verdadero centro de reeducación para mí, como individuo y profesional. Sólo que en un sentido diverso al que pretendían los que me arrojaron en el supuesto foso de los leones. Aquel sitio al que yo llegaba con mi marca auestas nunca funcionó como un lugar hostil y opresivo, sino como un espacio amable en el cual encontré la posibilidad de desarrollar aptitudes que no creía poseer, en el cual pude escribir de lo que quería y como quería, y donde hice decenas de amigos entrañables, entre los que siempre distinguí a aquel fotógrafo de ojos claros con quien, en absoluta empatía, muy pronto comencé a recorrer esta isla en busca de historias y personajes perdidos.

Si a Baldrich nunca le importó la cruz que me señalaba (y que, por supuesto, al principio provocó la mirada torva de algún que otro colega) y me cobijó con su experiencia y afecto desde que hicimos nuestro primer trabajo en conjunto, fue no sólo por esa calidad humana a la que hice referencia al inicio, sino porque él también sabía de marginaciones y sospechas, sufridas en carnes cercanas y hasta en la suya propia.

Baldrich había sido uno de los fundadores del periódico *Juventud Rebelde* y en sus años de trabajo para el diario, los vientos de las incomprendiones, las sospechas, las suspicacias y, nunca olvidarlo, la pimienta de la envidia, el oportunismo y la mediocridad que tanto ha condimentado nuestras vidas, le habían provocado diversas cicatrices invisibles y marginaciones concretas. Sin embargo, Baldrich nunca se había dejado ganar por el resentimiento y la frustración, en las buenas y en las malas siempre hizo lo único que sabía hacer: trabajar cada día y hacerlo del mejor modo posible.

Tal vez aquella falta de reconocimientos a su trabajo y a su calidad profesional en medio de la cual vivió durante varios años melló el impulso natural de Baldrich — otros fotógrafos eran los que viajaban, los que hacían los trabajos «especiales» (léase políticamente especiales), otros los que recibían autos y medallas y tomaban café en el pantry de la dirección. Luego, la mezcla de esa coyuntura desalentadora con su modestia compacta y su modo casi simple de ver la vida, ajeno a ambiciones y competencias, impidió que hiciera con más frecuencia algo que sus colegas y amigos le reclamábamos constantemente: darle a su trabajo otros fines que fuesen más allá de la publicación en la prensa. Calidad artística le sobraba para hacerlo.

En cada una de las decenas de ocasiones en que trabajé con Baldrich, ocurrieron, entre otras, dos cosas que son paradigmáticas de su capacidad y oficio. La primera

sucedía cuando me atrevía a preguntarle si había tomado determinada foto del personaje o el lugar que el desarrollo de la entrevista o el reportaje reclamaba como indispensable. Y la respuesta siempre fue la misma: ya está hecha. Cómo se las arreglaba para saber por dónde iban mis intereses fue un misterio que nunca quise develar, pues lo importante era que Baldrich, silencioso y como despreocupado, ya se había adelantado a mis expectativas. La segunda situación que se repitió hasta el aburrimiento llegaba cuando Baldrich me entregaba las fotos tomadas al calor del trabajo y, además de corroborar que estaban todas las que yo necesitaba, comprobaba que siempre eran mejores de lo que había imaginado, dotadas de una capacidad de penetración, de una calidad de composición y manejo de la luz poco frecuentes en la prensa diaria cubana. Eran las fotos de un artista, incluso si su destino era calzar la más simple nota informativa.

Compartir el trabajo con Baldrich siempre fue una fiesta (aderezada con ron en Santiago, camarones en Manzanillo, salsa de perro en Caibarién y paellas en Cienfuegos, o con un vaso de pru en Baracoa o un pan con croqueta en un Conejito de la autopista) y de esa sensación creo que podrían dar fe varios centenares de periodistas que a lo largo de cuarenta años han cumplido con él encargos laborales, dentro y fuera de Cuba. No puede ser fortuito que, gracias a lo que comenzó siendo una relación profesional, tantos y tantos redactores de *Juventud Rebelde* —Ángel Tomás, José Antonio Évora, el propio Alex Fleites, Amado de la Rosa, Elsie Carbó, Dalia Acosta, Diana Martínez, Marcelino Ortiz y un larguísimo etcétera— hayamos terminado estableciendo un vínculo de amistad, inmune al paso del tiempo, con el eficiente y siempre dispuesto Baldrich.

Por eso la idea de montar una exposición con motivo de los setenta años de Ángel González Baldrich no es más que un acto de justicia y, sobre todo, de amistad. Los amigos que durante tantos años y en tantas ocasiones le exigimos que se reconociera a sí mismo como el artista que es y mostrara en otros espacios sus fotografías, podremos comprobar —y hacer ver a muchas más personas— cuánta razón tuvimos al considerar que el maestro Baldrich tenía un ojo privilegiado y ver en él a un verdadero artista.

Pero, más que al fotógrafo a tiempo completo que fue Baldrich, estamos reconociendo al hombre bueno y legal, demasiado modesto, que nos regaló su amistad y compañía. Los que alguna vez dudaron de su integridad humana y, con alevosía, le hirieron el optimismo, tal vez podrán comprobar todavía algo que sus amigos siempre supimos: que además de un gran fotógrafo Baldrich ha sido un monumento a la lealtad que cada día le ha profesado a lo que consideró importante: la amistad, la familia, su tierra, sus principios de hombre. Y la fotografía.

Noviembre, 2007

ARTE, SOCIEDAD Y DEBATE

El año 2007, definitivamente, ha dejado una marca en el desarrollo de la cultura cubana contemporánea. Más que por realizaciones concretas, de resonancia nacional o internacional (que las ha habido), el período que ahora concluye se ha caracterizado por la expresión de una voluntad, más aún, de una necesidad de reflexión y renovación que afecta no sólo los problemas mismos de la creación, sino también las relaciones de la cultura y los artistas con la sociedad en que viven y trabajan.

La inesperada, espontánea e indetenible «guerra de los *emails*» con que se inició el año, a raíz de la preocupante aparición en la televisión nacional de una serie de personajes ligados a la represión cultural en el álgido período de los años 1970, marcó la temperatura del debate pospuesto y abrió la brecha por la que desde entonces se han movido las preocupaciones públicas de los artistas con respecto a los más diversos problemas de su oficio y contexto.

Aun cuando la resonancia de estas discusiones no llegara de forma directa a los medios masivos y, por tanto, a la gran mayoría de la población cubana sin acceso al correo electrónico, lo cierto es que por primera vez, desde la década de 1960, la polémica y el debate ocuparon un espacio de reflexión que siempre debieron detentar y que les fuera vedado por todos esos años. Aunque una parte notable de la creación artística, una vez superado el período cavernario de los 70, intentó un diálogo social desde las peculiaridades de sus diversos lenguajes —literario, plástico, cinematográfico— y, por tal razón, muchas veces fuese el arte cubano el encargado de iniciar una reflexión sobre diversos conflictos sociales nuevos o reemergentes —la prostitución, la corrupción, el exilio, etc.—, nunca como hasta este año se habían planteado con igual vehemencia e insistencia asuntos relacionados con un pasado y un presente que afectaban la creación y su posible incidencia en la realidad social.

La necesidad de examinar de una vez por todas heridas abiertas hace treinta años por el extremismo y la intransigencia (nunca total y públicamente cerradas), así como la consecuente urgencia de propiciar un espacio social donde los mecanismos de la censura y la prohibición, la sospecha y el miedo, dejen su lugar al diálogo y a la reflexión honesta, han aparecido una y otra vez en los debates realizados y, al menos, han logrado crear un estado de ánimo diferente, aunque las respuestas de muchas instituciones no hayan variado sustancialmente.

El reclamo de los artistas de que se patentaran esos espacios de debate y reflexión sobre asuntos que los atañen directamente o que relacionan su esfera de interés con su entorno vital, no ha sido obra de la casualidad o de las coyunturas, sino reflejo de una problemática mucho más abarcadora que exige políticas y soluciones a una serie de conflictos que atañen a toda la sociedad. Fue, de algún modo, el primer reclamo público de esos cambios conceptuales y estructurales que, según la propia dirección política del país, necesita una nación aquejada de contradicciones económicas y sociales que afectan su desenvolvimiento y en muchas ocasiones determinan la vida

cotidiana de sus habitantes.

Un reflejo preciso de las muchísimas preocupaciones que aquejan a los artistas y que se han ido expresando a lo largo de este año han sido las reuniones preparatorias del VII Congreso de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, en las cuales —según lo recogen los boletines emitidos al respecto— no sólo se han discutido las cuestiones que afectan específicamente al gremio, sino que tanto los organizadores como los participantes han insistido en tender un puente hacia el análisis de cuestiones mucho más abarcadoras con las que la cultura y los creadores tienen una relación estrecha: el papel actual de los medios de comunicación, el estado de la educación en Cuba, las exigencias de la arquitectura y el déficit de viviendas, los problemas de una sociedad donde fenómenos como la migración (especialmente de los jóvenes), las indisciplinas sociales, el burocratismo, la insuficiencia de los salarios y la doble moral son fenómenos cotidianos que reclaman soluciones.

El hecho mismo de que la nueva dirección de la Unión de Escritores y Artistas, encargada de preparar la organización para un nuevo congreso, reconozca la necesidad de replantear el papel de la UNEAC como institución y, con ella, el lugar de los artistas en el entramado social cubano, es una clara señal de los nuevos tiempos que han comenzado a correr para el mundo cultural cubano y de que los reclamos de los creadores, cuando menos, han removido viejos cimientos afectados por el inmovilismo y las políticas burocráticas. Y si, al final, las instituciones no marchan al ritmo marcado por los tiempos, ya los artistas han echado a andar y muy difícil o traumático sería intentar detenerlos.

La sociedad cubana, en su conjunto, parece abocada a cambios necesarios, reclamados por muchos ciudadanos. Dilatar la búsqueda de soluciones para algunos de ellos puede ser altamente perjudicial para el futuro de la nación. Del mismo modo, silenciar su existencia, con los eternos argumentos (nunca ha sido el momento oportuno para hablar de lo que está mal o no funciona) de la plaza sitiada, es enquistarlos y alimentarlos, desviar responsabilidades. Si bien todos estamos convencidos de que conceptos y políticas como las instrumentadas en la década de 1970 ya no resultan posibles en nuestro medio, también parece evidente que la polémica y el debate sobre el arte y la sociedad requieren mayor espacio y atención y que la dinámica política que han reclamado los artistas necesita girar a la misma velocidad que una sociedad ávida de movimiento, como lo han demostrado las asambleas públicas en la que los ciudadanos han sido convocados a dar «valientemente» sus opiniones.

El año 2008 llega cargado de esas expectativas. El futuro parece decidirse en el presente. Debatir sobre uno y otro sería un signo de buena salud social.

Diciembre, 2007

HISTORIAS CONTADAS SOBRE AGUA Y METAL

Fue a principios del año 2005 cuando, gracias al empeño de cumplir un viejo sueño, comencé a tener una relación diría que más íntima con el arte de Arturo Montoto.

Unos meses antes yo había terminado mi novela *La neblina del ayer*, y, desde que puse el punto final al relato, estuve convencido de que la edición española del libro, que publicaría Tusquets Editores, se merecía, exigía, lloraba una portada de Montoto. Una novela sobre la soledad, sobre La Habana que fue y que es, sobre el deseo, el miedo y la incertidumbre, no podía tener mejor intérprete gráfico que Montoto y su mundo de esquinas, escaleras, objetos filosos, luces y oscuridades misteriosas y frutas del paraíso y la memoria perdidas.

Como para entonces ya tenía una cierta relación de amistad con Montoto, me atreví a pedirle al maestro que leyera la novela y, si le provocaba, pusiera sobre una cartulina el reflejo de su lectura. Como era de esperar, Montoto tenía planificadas para los próximos meses varias exposiciones (siempre las tiene), trabajos en talleres, ferias y subastas. La posibilidad de lograr un original para la portada de mi libro quedó entonces a nivel de deseo, pero sobrevivió la posibilidad...

Recuerdo perfectamente la tarde dominical en que mi esposa Lucía, María Eugenia (la compañera y «ariete» de Montoto), el pintor y yo nos reunimos en el estudio del artista con el propósito de encontrar entre sus trabajos más recientes uno que expresara, desde su carácter propio, la afinidad que yo había advertido entre el mundo de mi novela y el de los trabajos del artista. La búsqueda de la imagen perfecta, sin embargo, nos resultó imposible: varios de los cuadros recientes de Montoto, entre ellos algunos de gran formato que presentara para su exposición *La lección de pintura*, tenían una curiosa y armónica relación con mi novela, pero los ocho ojos que veían y valoraban los cuadros decidieron al final que hay ocasiones en que dos ojos ven más que ocho y terminamos por enviar varias propuestas a la editorial para que, salomónica y creo que sabiamente, ellos decidieran cuál de las imágenes de Montoto encajaba mejor con la atmósfera de la novela.

El modo diferente en que debí acercarme esa tarde a la obra del pintor alteró profundamente mi percepción de su trabajo. De consumidor, admirador, degustador de las piezas de Montoto, me convertí en *lector* de su universo de objetos, rincones y ausencias, intérprete de sus metáforas, y comencé a tener una relación más literaria que gráfica con sus obras cuando descubrí que lo narrativo, la historia legible en cada pieza es un elemento caracterizador y definidor del arte de Arturo Montoto.

Al menos a mí me resulta evidente que cada pieza que graba, funde, dibuja, fotografía o pinta Montoto nos coloca ante una historia, una narración a mi modo de ver tan novelesca como visual, de la que el artista, administrando severamente sus componentes, sólo nos entrega el capítulo más candente y dramático para que, ante la obra, o luego en la soledad del recuerdo y la reflexión, nosotros tratemos de encontrar el resto de la novela propuesta y le demos un inicio y un desenlace.

¿Qué mano perpetró el hecho violento consumado en varias de sus esculturas? ¿Quién tiene ese afán de penetrar, trucidar, destrozar lo bello y lo útil con los filos de la crueldad y la muerte que se repite en sus cuadros? ¿Por cuál otra mano —qué dueño de esa mano, en realidad—, esperan los objetos contundentes y significativos que reposan en sus acuarelas y pinturas: cuchillos, hachas, tijeras, serruchos agresivos? ¿Quién abrió el alma de una fruta y la colocó ante nosotros para hacernos caer en la trampa de la contemplación y el eterno pecado del deseo? Aunque la figura humana no aparezca o apenas se insinúe en algunas de sus piezas, siempre la acción o la presencia del hombre está latente en el universo creado, justo como el sujeto omitido que, no por estar «físicamente» excluido, ha dejado de existir, pues él es el responsable o el receptor de la acción.

La simbología de Montoto nunca resulta evidente, como tampoco lo son sus propósitos y mensajes. Recurre a lo inanimado con su figuración exquisita, en busca de un contraste de donde brotan los significados más universales: la lucha entre la belleza y la sordidez, entre lo apetitoso y lo macabro, entre lo dulce y lo amargo, entre lo mórbido y lo cortante y, en última instancia, entre lo vivo y lo muerto, siempre están en sus obras no sólo para deleitarnos, sino y sobre todo para obligarnos a hacer una lectura y encaminarnos hacia una propuesta de entendimiento a través de disímiles lecturas. Porque parece palmario que al artista no le interesa la comunicación directa entre el espectador-lector y una realidad concreta, historiada, esencialmente cubana, aunque, eso sí, siempre contextualizada en sus imágenes. Más que una declaración abierta, Montoto busca una esencia, a través de esa fijación de lo universal en las entrañas de lo local que una vez patentizara Unamuno como la función del arte y que luego Carpentier asumiera como elemento rector y necesidad ontológica de toda una estética latinoamericanista.

Sus imágenes, como crónicas ciudadanas, resaltan muchas veces sobre fondos oscuros, de estirpe barroca, impenetrables y dramáticos como los de Caravaggio, en los que, ya lo sabemos, debe de haber algo o alguien —como en los planos más profundos de Velázquez—, una presencia recóndita, fugaz y hasta amenazante que desde las sombras nos mira (o tal vez nos espera) mientras al alcance de nosotros están la figura más inocente de una fruta, la más sugerente de un libro abierto o las más brutales de un hacha o un cuchillo.

Estéticamente Montoto no es postmoderno, ni es postnada o es postodo (y que me perdonen los bien armados críticos de arte, tan sabios en categorizaciones y ubicaciones de artistas): Montoto es un buscador de permanencias, de esencias, como antes dije, un perseguidor de los equilibrios, pero a la vez es un fabulador y contador de historias, que se vale del lenguaje pictórico de toda la tradición occidental y, técnicamente, de la corrección extrema que, en su caso, demasiadas veces llega a la consumación milagrosa de ese estado tan esquivo que podríamos llamar *la perfección*.

En su más reciente oficio de escultor, Montoto cambia de materiales y

dimensiones, pero no de intenciones, obsesiones y ansias de perfeccionismo. Su universo y su estética resisten maravillosamente ese tránsito, más aún, se enriquecen en él, y fijan en el imaginario del espectador contemporáneo los volúmenes totales de la mirada personal y escrutadora de Montoto.

Algo similar ocurre con su pasión más reciente por la acuarela: con agua y color sobre papel, el artista reproduce la profundidad visual y conceptual de su universo, con un dominio de la técnica y unas pretensiones de excelencia técnica que asombran a primera —y a segunda vista. El gran formato en que ha ido trabajando sus acuarelas, estableciendo una lucha (que presiento agónica) entre la fluidez del agua y la resistencia del papel le han exigido un esfuerzo adicional del cual Montoto, más que indemne, ha salido triunfador, para ofrecernos esas imágenes líquidas capaces de reproducir todos los efectos del óleo, todos los dobleces del grabado. Como un personaje bíblico ha logrado dominar el agua y llevarla hasta los límites de sus posibilidades.

Por eso, ya sea con agua, metal, óleo o cartulina sensible, Montoto se empeña en una fidelidad a sus conceptos y en su búsqueda de la exquisitez técnica que lo hace siempre el mismo, pero siempre multiplicado y renovador. Desde el lado de acá de sus cuadros o desde cualquier ángulo que escojamos para observar sus esculturas, el enigma de una historia sorprendida en su clímax nos obligará a una lectura que nos acompañará mucho más tiempo del que dediquemos a la contemplación física de la obra. El artista se convierte así, también, en un trasmisor de obsesiones, en las cuales se conjugan lo bello y lo sórdido, lo escuálido y lo conmovedor con una maestría que ya va siendo alarmante. O no: con la maestría de un demiurgo que con agua, metal, papel y fuego es capaz de crear, ante nosotros, todo un mundo de significados y dudas muy parecido a este tránsito en que andamos y solemos llamar, simplemente, la vida.

Febrero, 2008

CACHAO: EL MANANTIAL INAGOTABLE

Hace ya muchos años lo único que le faltaba a Cachao López para entrar en la eternidad, era aporrearle las puertas a san Pedro. Unas semanas atrás, con ochenta y nueve años a cuestas y —como si no— con el contrabajo en las manos, Cachao, en lugar de usar los nudillos, seguramente pulsó las cuerdas de su instrumento y vio cómo se abrían las puertas tras las que ya lo esperaba la gloria eterna.

Con la muerte de Israel López, universalmente conocido como Cachao, el libro de oro de la música cubana clausura una de sus últimas páginas abiertas. En años (o meses) recientes, los decesos del percusionista Tata Güines (colega de Cachao en las célebres descargas jazzísticas de los años 50), de Celia Cruz (compañera de empeño de Cachao en la preservación de la esencia gloriosa de la música cubana fuera de la isla) o de Rubén González (uno de los pianistas más extraordinarios del universo de la música popular cubana), ya van siendo pocos los monstruos sagrados de la época dorada que quedan en pie. Tal parece como si estuviéramos asistiendo al epílogo de una larga novela que, a lo largo de setenta años, le diera prestigio, fama internacional y capacidad de influencia a la música de una pequeña isla del Caribe.

Nacido en La Habana, en 1919, en medio de una familia de músicos, vinculado a los ritmos cubanos desde la edad de ocho años, cuando integró un sexteto de niños, Cachao atravesó ocho décadas de vida artística cargando un sino particular: crear para el presente y generar para el futuro. Si grandes figuras como Benny Moré o Celia Cruz, por sus dotes excepcionales como intérpretes, llenaron un espacio y marcaron una época, de ninguno de los dos se puede decir que haya dejado discípulos: sus personalidades artísticas eran de esas que (como Carpentier y Lezama en la literatura cubana) sólo generan imitadores, por lo general de escasa fortuna, pues los originales son totalmente irrepetibles.

Cachao, sin embargo, fue de la estirpe (sólo citaré dos casos emblemáticos) de maestros como Mario Bauzá y Arsenio Rodríguez: músicos que a su genio personal sumaron la posibilidad de abrir espacios, de generar estilos y movimientos capaces de extenderse más allá de las realizaciones propias y, sobre todo, por encima del tiempo y el espacio.

Contra la creencia generalizada, Israel López tuvo la ocasión, como otros muchos grandes de la música cubana de su época, de hacer estudios musicales y, como varios de sus contemporáneos, de vincularse tanto a las agrupaciones de la música popular como a las de la música de concierto. Por eso, a una edad sorprendentemente temprana, ya el estudiante de contrabajo militaba con otros músicos populares en la Orquesta Filarmónica de La Habana, agrupación en la que se armó de los conocimientos que harían de él el singular contrabajista que dominaría como ninguno el ritmo de la música cubana.

Según algunos cálculos conservadores, Cachao y su no menos genial hermano Orestes López son los autores de más de tres mil danzones e infinidad de piezas de

otros géneros. Pero uno de esos danzones, escrito en 1935 y titulado «Mambo» se ha convertido en uno de los motivos de conflicto más arduos de la historia musical cubana. Según el propio Cachao aquel danzón «Mambo» sólo fue una innovación dentro de la rígida estructura danzonera a la que los hermanos López comenzaron a dar mayor libertad desde los atriles que ocupaban en la célebre charanga de Arcaño y sus Maravillas («Una estrella en cada instrumento y en su conjunto una maravilla»), que patentaría en la década de 1930 el llamado danzón de ritmo nuevo, para júbilo de una nueva generación de bailarines. Pero entre aquellos danzones «mambeados» de los López y el mambo a lo Dámaso Pérez Prado, surgido a finales de los años 1940 y universalizado en la década siguiente, media una distancia marcada por las propias innovaciones de Pérez Prado a partir de las ya realizadas por los López en Cuba y por Mario Bauzá con el llamado afro-cuban jazz, en Nueva York (según los más recientes acuerdos de los siempre en desacuerdo musicólogos cubanos).

En la década de 1950 Cachao tuvo otra contribución decisiva a la música cubana y universal, cuando con un grupo de colegas a los que los pentagramas les quedaban cortos (Tata Güines, Guillermo Barreto, El Negro Vivar, etc.) comenzaron a reunirse en los clubes habaneros, luego de la hora del cierre, para «descargar». Por fortuna para la historia de la música esas descargas fueron a dar a los estudios de la disquera Panart, y aquellos trasnochadores habaneros dejaron su propio testimonio de lo que, desde unos años antes, venía probando con éxito Mario Bauzá en los clubes neoyorquinos: que la música cubana y el jazz podían armar un matrimonio perfecto... y bien llevado.

Aunque los cambios sociales y musicales de los años 1960 parecieron dejar a Cachao en la guardarraya, lo cierto es que la gran innovación musical latina de esa época, la naciente música salsa, era en muchos sentidos obra de Cachao, Arsenio y Mario Bauzá: el ritmo, los formatos, la fusión que caracterizaron la producción de los nuevos músicos ya había sido patentizada por los «viejos» maestros cubanos desde el decenio anterior, aun cuando muchas veces sus nombres hubiesen sido olvidados por algunos.

Pero el ritmo de Cachao y su sentido musical era demasiado grande para que la salsa pudiera prescindir de él y ya en los años 1970, cuando se vive el período de oro del movimiento, se recupera plenamente a Cachao con la grabación de dos discos que, si bien no alcanzan grandes cuotas de popularidad, recordaban a los entendidos quién era quién y de dónde habían salido las cosas: aquellas placas, *Cachao I* y *Cachao II*, producidas por René López, figuran entre los discos imprescindibles del mundo sonoro latino de la década y reabrieron las puertas de la gran escuela.

Radicado en Estados Unidos desde los inicios de los años 1960, la carrera del gran contrabajista no fue fácil por casi tres décadas. Reconocido como un fundador, respetado como un maestro, aceptado como el hombre que había impuesto el ritmo de la músicaailable caribeña, el gran público apenas lo recordaba, a pesar de la gran furia salsera de la época. Su obra, presencia y trascendencia, fue sin embargo

reconocida en el volumen que historiaba y definía las características y aportes de la nueva música, *El libro de la salsa*, en el cual su autor, César Miguel Rondón, no se cansaba de reconocer la influencia motora del bajista habanero.

Pero el mismo agotamiento comercial de la salsa, que propició una vuelta a los orígenes —que tanto beneficiaría a los integrantes del proyecto Buena Vista Social Club—, significó la recuperación en grande de Cachao, gracias a la grabación de sus discos titulados *Master Session*, al documental que le dedicara Andy Garcia —*Como su ritmo no hay dos*— y a las constantes invitaciones para trabajar con las más importantes agrupaciones de la música latina y sus imprescindibles apariciones en diversos filmes dedicados a esa manifestación cultural (*Yo soy del son a la salsa*, de Rigoberto López; *Calle 54*, de Fernando Trucha, etc.).

Al morir, en un hospital de la Florida, Israel *Cachao* López no deja, como se suele decir, un vacío: deja su obra, que es un pozo desbordado del cual los músicos cubanos y caribeños siempre podrán beber, porque es agua fresca y buena, agua de un manantial inagotable.

Abril, 2008

ENTRE LA FRESA Y EL CHOCOLATE

Sólo se puede ver como uno de los sarcasmos más vengativos del destino el hecho de que la película cubana *Fresa y chocolate*, centrada en la historia de un homosexual que se ve empujado a huir del país por la intolerancia y marginación sufridas por sus inclinaciones sexuales, se haya convertido en la obra más internacional y reconocida del cine cubano, una especie de seña de identidad cultural y nacional de una isla caribeña donde, durante tantos años, se ha practicado con verdadero fervor —y hasta con orgullo— el machismo y su hijo dilecto, la homofobia.

Por eso, que este 17 de mayo Cuba haya celebrado a bombo y platillo su jornada por el Día Internacional contra la Homofobia («La diversidad es la norma»!!!) es una clara señal de que algo ha cambiado o quiere cambiar en la sociedad cubana. Y aunque a algunos les pueda parecer que son transformaciones superficiales, la verdad es que se trata de un movimiento profundo para un país donde más que la diversidad se cultivó la uniformidad —en todos los sentidos— y en el que se condenó, castigó, persiguió, y estigmatizó con saña especial las preferencias sexuales «invertidas».

En el contexto del mundo occidental judeo-cristiano el caso de Cuba no ha sido, para nada, la excepción en cuanto a la visión moral de la homosexualidad. Pero el hecho histórico de que la ortodoxia socialista instaurada en el país luego del triunfo de la Revolución de 1959 convirtiera las preferencias homosexuales —especialmente las masculinas— en un problema *también* político, llevó a un grado de tensión particular el fenómeno de la homosexualidad, su práctica y actitudes.

Si la tradición ética cubana es profunda y lógicamente machista, como la española y occidental de las que se desprende, no ha resultado extraño que las relaciones entre personas de un mismo sexo se hayan considerado siempre una desviación moral e, incluso, una enfermedad del cuerpo y el alma, que se trataba de curar con hormonas y psicoterapias. Pero cuando al machismo ancestral se unió la homofobia institucional, signada por consideraciones político-ideológicas que estimaban la homosexualidad como una actitud deplorable y condenable en una sociedad socialista, el rechazo a las preferencias sexuales homo alcanzó el punto álgido vivido entre las décadas de los años 1960 y 70 del pasado siglo —no hace tanto tiempo como para que parezcan cosas del pasado remoto—, cuando se produjeron desde enclaustramientos en campos de trabajo hasta marginaciones en centros laborales (maestros, artistas) y drásticas expulsiones (universidades, organizaciones políticas) de individuos de uno y otro género, acusados de practicar el homosexualismo.

Como muchas veces ocurre, fue el arte el terreno donde se dio la primera clarinada pública sobre la necesidad de admitir, con tolerancia y nueva perspectiva ética, el fenómeno de la homosexualidad entre los cubanos. Varios relatos publicados a principios de la década de 1990 —de uno de ellos saldría *Fresa y chocolate*, estrenada en 1993— se acercaban a la dramática realidad social y humana del homosexual cubano y a los momentos más arduos de su marginación política. De

modo más silencioso otras esferas de la sociedad, incluidas las políticas, comenzaron en esos años a flexibilizar su perspectiva del problema y se avanzó en la aceptación social del homosexual, despojándolo cuando menos de la carga de condena política que lo había acompañado durante dos largas décadas. A pesar de ello, todavía existían reservas, y nada lo ejemplifica mejor, otra vez, que el caso de la multipremiada y famosa *Fresa y chocolate*, la cual sólo llegó a las pantallas de la televisión cubana quince años después de su estreno, a raíz de las exigencias de los artistas cubanos en los debates generados alrededor del Quinquenio gris y sus consecuencias.

Pero más que en el arte y en la política, los cambios hoy en marcha en una sociedad donde se trata de establecer que «la diversidad es la norma» vinieron del mismo entramado humano que la conforman, en especial de sus homosexuales, dispuestos por primera vez a luchar abiertamente por un espacio para su y ida y su dignidad. Pero nada de esto hubiera ocurrido si, además del influjo de la realidad universal y la flexibilización nacional (liderada en lo institucional por el CENESEX, de muy trascendente actuación en este y otros terrenos), no hubiera actuado sobre la sociedad cubana su propio cansancio respecto a cánones ideológicos y éticos cada vez más desfasados, su necesidad de cambios —y no sólo respecto a la aceptación de la diversidad de inclinaciones sexuales— y de ruptura de la pesada uniformidad bajo la cual ha vivido por cinco décadas.

De los espacios marginales y muchas veces policialmente perseguidos en los que homosexuales, travestís y transformistas expresaban públicamente su forma de ver la vida se ha dado el paso al establecimiento silencioso, paulatino pero ya evidente de un número creciente de parejas de homosexuales. La sociedad cubana ahora pretende dar lo que, para el ámbito nacional, representa un doble salto mortal: la posibilidad de aceptar legalmente el matrimonio gay y, más aún, la de adoptar niños por parejas homosexuales.

La celebración de eventos como la jomada cubana por el Día Internacional contra la Homofobia sin duda sirven para acelerar lo que parece un proceso indetenible, pero todavía difícil. Si luego de cincuenta años de existencia de un proceso revolucionario como el cubano todavía sobreviven actitudes y comportamientos machistas en el ámbito de los derechos de la mujer, conseguir la plena aceptación de los homosexuales y reconocerles derechos legales y humanos como los antes mencionados, resultará sin duda complejo y dramático, sobre todo hacia el interior de la propia sociedad en la cual viven esos homosexuales. Curiosamente, a estas alturas de la vida política nacional quizás llegue a ser más fácil acceder a los éxitos legales y constitucionales plasmables en un papel, que vencer las barreras de una mentalidad acendrada que proveyó de sus mejores argumentos la pasada marginación política e institucional.

Proclamar la diversidad como norma sigue resultando retador y atrevido para el ambiente cubano. Conseguir que esa diversidad sea aceptada en un mundo como el de la sexualidad, sería —y será— un éxito, pues ya se sabe que nada es más difícil de

cambiar que un concepto metido en el cerebro y la sangre de un país.

Mayo, 2008

EL PESO SOCIAL DE LAS MANIFESTACIONES DELICTIVAS

En una esquina del barrio, con una impunidad que espanta, hacen su guardia los «halacadenas». Todo el mundo sabe que se dedican a la dolorosa y humillante actividad de lanzarse sobre cualquier desprevenido transeúnte que ose llevar en el cuello una cadena o bajo el brazo una cartera que pueda parecer prometedor. Lo demás es fácil: un buen empujón a la víctima para, con la misma fuerza, sacarle la pertenencia escogida. Como generalmente trabajan en parejas, corren con el botín en direcciones opuestas, dejando sin opciones al agredido.

Dos cuadras más abajo, a la sombra de un árbol tan propicio en estos meses de verano, conversan los peleadores de perros. Su charla es monotemática y especializada: hacen recuento de las últimas peleas en las cuales han intervenido sus animales, comentan métodos de entrenamiento y hablan de las apuestas hechas o de las que harán en el próximo combate (también hablan de *i-pods* y de reguetón). Junto a ellos, con sus caras muchas veces cruzadas de heridas, están sus perros de pelea. También varios niños que los escuchan arrobados.

Alrededor de la *shopping* del barrio florecen los vendedores de todo lo que debería haber en la tienda, o de lo que hubo y se acabó el primer día de venta. Si se necesita algún elemento de electricidad, plomería, carpintería, o a veces hasta jabón y desodorante, lo mejor es ir directamente a ellos, que los venden nuevos, de importación. Ellos siempre tienen, a veces hasta más baratos que las tiendas recaudadoras de divisa. La única explicación para tanta eficiencia particular y tanta ineficiencia oficial es que entre una y otra instancia existan lazos de estrecha cooperación y entendimiento, o como se dice ahora, se habla «en cubano».

Tan o más perjudiciales que esas actividades son las que se generan a la sombra de las prohibiciones y/o la ineficiencia estatal, y permiten a administradores, técnicos, trabajadores de centros en los que se expenden productos o se ofrecen servicios — desde los de la vivienda hasta determinados servicios médicos y pedagógicos— lucrar con las necesidades de la población, favorecer a los que pueden pagar sus productos o «soluciones» y, al mismo tiempo, enriquecerse. Lo curioso es que nadie parece percatarse de que en el policlínico donde no se pueden hacer análisis clínicos por falta de agua, ciertas personas consigan salir de allí con su problema resuelto; tampoco nadie se alarma porque un determinado «administrador» de un centro que mueve productos o servicios importantes, a los cinco o seis meses de iniciada su labor cambie la moto que tenía por un carro que se va modernizando y potenciando cada dos o tres meses... hasta que explota: el administrador y, con él, su carro.

Estas y otras manifestaciones de las más diversas conductas delictivas y corruptas suelen ocurrir en casi todo el país, muchas veces a la vista de todos. Las sucesivas limpiezas que inspectores y policías suelen realizar entre «merolicos» y «bisneros»

ocasionales, o los controles que se realizan en las dependencias estatales no parecen surtir el efecto necesario, pues apenas llueve, vuelve a crecer la hierba —a veces la misma hierba.

Ciertas medidas aplicadas recientemente, como los aumentos de salarios o la posibilidad de que un trabajador (no sólo de la agricultura) gane tanto dinero como sea capaz de merecer por su labor, de alguna manera incidirán en la disminución de estos fenómenos, pero no los eliminarán. La brecha existente entre las posibilidades de solucionar las necesidades de la familia con un salario estatal y la que permite una actividad marginal o privada, sigue siendo patente o inclina la balanza a favor de estas últimas.

Junto al precio económico y social que esta realidad hace pagar al país —desvío de recursos, robos de los más diversos tipos, tráfico y ventas de favores y soluciones que el Estado debía garantizar de manera natural, existencia de delincuentes comunes —, lo más grave, sin duda, ha sido el gasto moral que ya ha producido en la sociedad cubana. La pérdida de sentido y disciplina laboral, la ruptura de preceptos morales y la aceptación del éxito de los más hábiles y los más atrevidos resulta una mácula difícil de borrar a pesar de los esfuerzos de diversas instancias políticas, sociales y hasta represivas.

Quizás el eslabón donde comienza y termina toda esta cadena es, precisamente, el núcleo de cualquier sociedad moderna: la familia. La ruptura de cánones y de autoridad que se ha producido en la familia cubana, así como las variaciones en su estructura económica y genérica, ha permitido un relajamiento de las costumbres y un resquebrajamiento de valores. No resulta un secreto que hoy muchas familias cubanas con hijos cuentan con sólo uno de los progenitores, con todas las consecuencias que puede tener esta manquedad; que otras muchas se ven obligadas a la convivencia de diversas generaciones e integrantes diversos, lo cual provoca una pérdida de control y verticalidad; que el peso económico del clan muchas veces no lo tiene quien trabaja para el Estado, sino el hijo que vive «fuera», la muchacha «jinetera» o el padre «bisnero», lo cual crea nuevos modelos de éxito, capacidad y respeto entre los más jóvenes; que los estudiantes pasan más tiempo en las becas y en la calle que en el hogar, y prefieren estudiar en cualquier tecnológico antes que atravesar la estepa del preuniversitario, pues no siempre el graduado universitario es el mejor recompensado social y económicamente, etc.

La sociedad cubana se ha propuesto cambiar. La eliminación de algunas prohibiciones, la aprobación de leyes novedosas como la del cambio de sexo o la de los salarios sin límite), la modificación de estructuras (especialmente en la agricultura), han hecho visible esta voluntad. Pero todos esos cambios no tendrán los más importantes beneficios, que deben apuntar hacia la calidad de vida de los ciudadanos, si no consiguen asentar un nuevo modelo social generado por una nueva relación económica y monetaria. El individuo y la familia necesitan también de cambios «conceptuales y estructurales» capaces de reubicar sus prioridades, sus

valores y sus necesidades en el nuevo contexto de la vida cubana. La retórica triunfalista resulta especialmente ineficaz en este terreno, donde, junto a los llamados a la conciencia, se precisa de acciones concretas capaces de ubicar al ser humano y a la familia en el punto focal de una estructura social que reclama más atención, y con cierta urgencia.

Junio, 2008

UNA ESFERA QUE RUEDA SOBRE LOS OLVIDOS

Para los cubanos de mi generación —y con más profundidad para los compatriotas de las generaciones que nos siguen— el mundo ha sido partido en un *antes* y un *después*, férreamente marcados en los alrededores del año 1959 y separados por el advenimiento del segundo gran acontecimiento político del siglo xx insular: el triunfo de la Revolución de Fidel Castro (el primero, por supuesto, fue la proclamación de la independencia y la República, en 1902, a pesar de las manquedades con que nos llegó).

Desde la atalaya del hoy revolucionario, el *antes* prerrevolucionario suele dibujarse oscuro, nebuloso, deslavado; además es malévolos, corrupto y muchas veces indigno, por lo cual nunca se deberá regresar a él y, si se regresa (analíticamente), sólo será para apuntalar el *después*, pero sobre todo para mirar sus máculas y estar aún más seguros de que ese pasado nunca podrá regresar (en la realidad). En cambio, el *después* tiene características totalmente diversas: se revela y se comporta como un eterno presente revolucionario, glorioso y limpio, pleno de victorias, un devenir que se confunde con el futuro, pues el futuro le pertenece. Este *después* se alimenta de su propio pasado y se levanta sobre las ruinas remotas, casi sin forma, del otro pasado, el del *antes*.

Muy variadas son las manifestaciones de la vida nacional de las cuales las generaciones que crecieron y se educaron en Cuba luego de 1959 apenas tenemos otra memoria que la cada vez más difuminada tradición oral de nuestros mayores y algunos textos y otras trazas documentales, a veces de muy difícil localización, portadoras de apreciaciones en muchas ocasiones parciales (y la parcialidad puede ser de muy diferentes orígenes y fines) y, por supuesto, no siempre al alcance de todos. Es por eso que cada vez más resultan bienvenidas esas obras de investigación o testimonio que, con seriedad, rigor y, sobre todo, con respeto a la verdad, se acercan a ese *antes* y recuperan algunos de sus matices para que su pérdida no sea irreversible, como lobotomía de la memoria.

Muy cerca de ese propósito se mueve la reunión de artículos o pequeños ensayos que el investigador e historiador Félix Julio Alfonso López (Santa Clara, 1972) ha reunido en el volumen *La esfera y el tiempo*. Y especialmente útil resulta su escritura y publicación, pues el libro centra su interés en una de las manifestaciones de la vida nacional donde con más encono se ha posado la difuminación del *antes* y el imperio absoluto del *después*: el béisbol, la pelota, el «juego» que desde hace más de cien años se convirtió en nuestro deporte nacional y en mucho más: porque la pelota es, junto a la música, la manifestación de nuestra espiritualidad más populosa, practicada, triunfadora y poblada de grandes mitos.

Con éxito y encono, en Cuba se ha practicado una limpieza de la memoria histórica del llamado béisbol prerrevolucionario. La temprana supresión, luego del

triunfo de 1959, de las diversas ligas existentes en el país en favor de una única liga, amateur, sin discriminación racial y propiciadora de un torneo realmente nacional, marcaron, sin embargo, una ruptura de la continuidad posible más que una evolución de su desarrollo, como es tan frecuente en las revoluciones. La desaparición de aquellos torneos —y no me refiero sólo a los de carácter profesional— fue acompañada por la cancelación de los vínculos con nombres, iconos, récords e historias del *antes*, para comenzar a crear de inmediato una nueva historia, la del *después*, la única a la cual se haría referencia durante años, la única de la que se comenzaría a establecer una verdad comprobable, la única que tenía récords y periodistas que le escribieran.

Diversas historias parciales capaces de nutrir con su confluencia la historia mayor de la pelota cubana, son hoy prácticamente desconocidas, incluso para los muy aficionados a la pelota. A varias de ellas se acerca Félix Julio Alfonso, como las referidas a las fuertes ligas azucareras, a la importancia de los jugadores cubanos en la expansión caribeña del gusto por el béisbol, a la época dorada de las Series Mundiales amateurs de los años 1940 o a la práctica del béisbol por mujeres que llegaron a convertirse en referencias dentro de aquel mundo donde existía tanta discriminación de género. Dentro de esas indagaciones, de corte más histórico y cultural que estrictamente deportivos, se van filtrando recordatorios y precisiones de la vida beisbolera cubana, que abarcan desde la enconada rivalidad existente desde los tiempos originales entre las provincias de La Habana y Matanzas, y luego entre los equipos Habana y Almendares, a los nombres de figuras que construyeron *antes* las carreteras de gloria y orgullo por las que se mueven los peloteros del *después*.

Especialmente necesario me parece el ensayo que abre el libro («Arqueología del béisbol cubano»), no por gusto el más extenso, un texto donde el investigador dedica a esclarecer una confusión que durante años se ha obviado con la aceptación tácita y cómoda de una fecha —27 de diciembre de 1874— como la de la celebración del primer partido «oficial» de béisbol en Cuba, al parecer celebrado en el Palmar de Junco de Matanzas entre un club local y otro de la capital... Félix Julio Alfonso problematiza este acontecimiento que, de remitirnos ciertamente al primer partido «oficial» jugado en Cuba (¿qué era en aquella época un partido oficial, si no funcionaban ligas ni campeonatos?), más que un comienzo resultaba en realidad una cristalización, pues la celebración de este encuentro significa la iluminadora existencia, desde unos años antes, de la práctica del béisbol en Cuba. El ensayo reaviva entonces las grandes preguntas del génesis: ¿Por fin quién lo introdujo? ¿Dónde se práctico primero? ¿Si en 1874 había un terreno en Matanzas, quiénes ya habían jugado en él?... Son preguntas todavía sin respuesta, pues los escasos soportes documentales —los únicos confiables para el historiador— son confusos y parten más de memorias tardías y manipuladas que de fijaciones precisas a través de documentos. Pero preguntando se llega a Roma, dice un refrán, y el que busca encuentra, reza otro.

Cierto es que en años recientes la bibliografía sobre el béisbol del *antes* (incluso lo que Félix Julio llama su «arqueología»), ha recibido importantes aportes, especialmente el del investigador Roberto González Echevarría, con las dos versiones de su libro^[5] sobre los orígenes y el desarrollo de la pelota en Cuba —inéditos en el país. Pero aún así no deja de ser curioso que un historiador formado en los años finales del pasado siglo, cuando las referencias a tantos monumentos de la gloria nacional deportiva ya sólo existían en algunas memorias persistentes y en insobornables documentos de interés bibliotecológico, se dedique a hurgar en diferentes aristas intrínseca o colateralmente relacionadas con el béisbol y su práctica histórica en Cuba, y lo haga pasando por encima de hiatos reales o forzados. El resultado es un válido intento de comunicación entre el béisbol del *antes* y el del *después* y, con esa relación, la concreción de un ejercicio histórico incluso más importante que el rescate del dato o la precisión de la memoria pasada.

La esfera y el tiempo, publicado en 2007 por la editorial Unicornio del Centro Provincial del Libro y la Literatura de La Habana (en una edición de cifras que sólo podemos calificar de lamentables), tiene entonces una clara intención que va más allá del evidente y necesario interés por historiar, precisar, rescatar acontecimientos muchas veces remitidos incluso a la época «aristocrática y romántica del béisbol cubano» (época que, en puridad, fue más marcadamente modernista que romántica).

El gran propósito emergente de este intento de Félix Julio Alfonso es contribuir, desde sus posibilidades e intereses, a borrar la elipsis, el vacío, la injusta marginación, dentro de la realidad y de la siempre escasa y muchas veces poco elaborada literatura deportiva cubana, de una historia cultural de la cual el béisbol posterior a 1959 resulta, en realidad, sólo evidente y directo beneficiario. Rescatar ese vínculo entre dos momentos de la historia, entre el béisbol cubano del *antes* y del *después* no es sólo un acto de justicia histórica y de esclarecimiento de verdades documentadas: constituye, a mi juicio, una necesidad en un país cuya cultura propia tiene apenas doscientos años, en ciento cincuenta de los cuales ha estado presente el juego de pelota.

Julio, 2008

INDOLENCIA

En el establecimiento de la cadena de panaderías Sylvain el aire acondicionado parece estar defectuoso y apenas mitiga el calor de este verano. Pero la grabadora que expulsa música a unos niveles retumbantes funciona a las mil maravillas. Lo que sí resulta estar definitivamente estropeada es la ilusión de que en estos y otros comercios dedicados a vender sus productos en divisas, el servicio, la calidad de las ofertas y hasta la presencia del local y los empleados tenga una correspondencia con los precios. Esta tarde de domingo la atención de cuatro clientes demora más de veinte minutos, pues las dos dependientas de turno a su vez se turnan para *no* trabajar. Lo más notable, sin embargo, es la indolencia con que realizan su trabajo: lentas, torpes (una provoca un derrumbe de latas de cervezas del refrigerador, y no se digna a recogerlas), notablemente desinteresadas por su labor, consiguen hacerle sentir al cliente que si no le gusta ese ritmo de trabajo, ellas pueden emplear otro: más lento, por supuesto. Pero lo que definitivamente no cuadra en la actitud de esas jóvenes dependientas es que *todos* sabemos que al final de cada jornada de trabajo, por una u otra vía, regresan a sus casas con cinco, diez, quince pesos convertibles, el equivalente a entre un tercio y la mitad de lo que gana en todo un mes de trabajo el médico que, luego de seis años de estudio y tres de servicio social, cumple una guardia hospitalaria cada cinco o seis días.

Una indolencia más o menos similar —cada una en su estilo, claro— se gastan los vendedores de un mercado que ganan más de cien pesos por día y que, casi por principio, siempre roban en el precio o en el peso, o el chofer del ómnibus que, desde la implantación de las alcancías, no muestra el mayor interés por quién paga o no al subir al transporte público, pues sabe que ya ese dinero no es asunto *suyo*, como lo fue en los días prósperos de los cobradores que no daban el comprobante.

En una oficina municipal del servicio de acueducto, las empleadas y administrativos difieren eternamente la solución al reclamo de un usuario a quien, luego de unas reparaciones en la calle, dejó de llegarle agua a su domicilio. Pasan los meses y, ante el desinterés compacto de los responsables de que los ciudadanos reciban ese servicio esencial, alguien le comenta al afectado que el mejor modo de resolver el problema es pagándole por la izquierda a los capataces y trabajadores que, oficialmente, deben hacer ese trabajo.

Duele ver cómo decenas de cines de la ciudad de La Habana permanecen cerrados y en vías de derrumbe. Atravieso la Calzada de Diez de Octubre y cuento los cadáveres del Florida, Moderno, Apolo, el hace tiempo enterrado Tosca, el Gran Cinema... ¿La suerte de estos sitios de cultura, de memoria y esparcimiento fue decretada sólo por problemas económicos insalvables o también la indolencia los empujó al abismo? ¿Por qué tantos y tantos edificios, algunos de ellos de valor histórico, se van convirtiendo en ruinas ante los ojos de todos?

En una de sus acepciones la palabra *indolencia* nos remite a la incapacidad de la

persona para ser sensible o sentir dolor: lo que no aclara el diccionario es si la indolencia es una actitud o (in)capacidad que sólo se manifiesta hacia fuera, es decir, remite a la sensibilidad de un individuo hacia la suerte de los otros y a la imposibilidad de sentir dolor por el destino de los demás.

Que en una sociedad como la cubana, luego de cincuenta años de combate por fomentar la solidaridad resulten tan patentes y cotidianas osas y otras muchas manifestaciones de la más rampante indolencia es algo que hiere y agrede a cada uno de los miembros de esa sociedad y resulta una realidad que debería movernos a una más profunda reflexión en busca de los mecanismos humanos, educacionales y éticos que han propiciado su florecimiento.

A pesar de programas, propagandas, campañas realizadas en los más diversos soportes, la indolencia que existe entre nosotros por el cuidado de la naturaleza (plantas y animales en primer término) resulta proverbial y visible: por ejemplo, en el maltrato de las áreas verdes o en la cantidad de perros desprotegidos que deambulan por las calles. Lo mismo ocurre en relación con el ornato y la higiene, constantemente agredidos de múltiples formas, como la que ha patentizado la moda de lanzar latas vacías de cerveza y refresco desde autos en marcha, como señal —además— de prosperidad económica. Más o menos es semejante la relación de las personas con el ruido: autos y motos retumbantes, música para el consumo masivo, gritos en cualquier lugar, alaridos de cerdos en medio de la ciudad. ¿Y qué pasa con la contaminación? ¿Por qué esa compacta indolencia con los vehículos —estatales y privados— que envenenan el aire con sus gases tóxicos sin que ninguna autoridad —salvo rarísimas excepciones— los multe y los detenga? ¿Por qué razón tantas personas ensucian y destruyen el medio en lugares públicos como las playas sin que se tomen medidas —drásticas— para evitarlo?

La vida en sociedad es el resultado de un contrato entre el Estado y los individuos y entre cada uno de esos individuos con sus semejantes. La convivencia, mientras tanto, es un arte, y cultivar la convivencia armónica constituye una necesidad para el bienestar de los ciudadanos, y todos son (somos) responsables de sostenerla y practicarla con actitudes y acciones cotidianas.

Aunque la indolencia no llega a los niveles de agresividad de la falta de respeto hacia el derecho ajeno, ni su agresión resulta igual a la humillación o la violencia física, se acerca a ellas. Lo más lamentable de la indolencia, sin embargo, es el desgaste ético que manifiesta, la falta de responsabilidad y solidaridad que la sustenta, la pérdida de valores sobre la cual se erige. Lo más terrible, sin duda, resulta cómo la indolencia sobrepasa los rigores económicos que pudieran mover o paralizar a los individuos, y se manifiesta como una actitud que nace del cansancio y del desgaste.

Agosto, 2008

Desde hace varios años la calle G recibe todas las noches de los fines de semana a miles de jóvenes, dispuestos a gastar en sus bancos, aceras y jardines largas horas de compañía con música, algo de ron y mucha conversación. Esta céntrica arteria de El Vedado habanero, antes conocida como Avenida de los Presidentes, funciona desde entonces como un espejo de los nuevos palpitos de la sociedad cubana y es, tal vez, uno de los mejores laboratorios para observar por dónde y hacia dónde se mueve la juventud de la isla.

El hecho de que este paseo capitalino también sea el punto de confluencia de las diversas tribus urbanas —como suele llamársele, creo que con cierto desdén— de la postmodernidad globalizada, resulta una consecuencia de muy diversas causas. La simple existencia de grupos que se definen como emos, punks, mikis, rastas, repas y frikis, que se distinguen entre sí por modos de vestir, músicas preferidas y hasta filosofías esenciales ante la vida, advierte de la existencia de una dinámica diversidad de comportamientos y actitudes sociales de un conglomerado humano movido por fuerzas dispersoras hacia diferentes posiciones sociales: o lo que es lo mismo, habla de la existencia de una multiplicidad de posturas humanas y sociales que, veinte años atrás, hubiese sido difícil de imaginar en esta isla socialista del Caribe donde la enseñanza, la propaganda y la política oficiales clamaban por la uniformidad y no parecían dejar espacios para el surgimiento de tales alternativas.

En los años 90 del pasado siglo, mientras la crisis económica asolaba el país de un extremo a otro, la sociedad cubana dio claros síntomas de resquebrajamiento. En aquellos años una lacra casi extinguida como la prostitución ganó un espacio visible en las calles cubanas, el consumo de drogas se transformó de un hecho aislado en una preocupación social y política que engendró campañas publicitarias contra su uso y operaciones policiales, y la explosión de la presencia gay y travestí se hizo exultante gracias a la implantación de una política más permisiva con esta elección sexual y cultural. Al mismo tiempo fenómenos socioeconómicos como la corrupción, en sus más diversas escalas y manifestaciones, minó una parte considerable del entramado social (al punto que llegó a considerársele un mal capaz de revertir el proceso político del país) y el éxodo, menguado luego de la explosión del Mariel en el año 1980, se convirtió en una solución muy recurrida para los problemas económicos y de expectativas individuales que confrontaban muchas personas, en especial los más jóvenes.

Definitivamente la sociedad cubana sufrió a partir de 1990 una profunda mutación como consecuencia de una crisis económica que puso en crisis otros muchos valores y conceptos, y junto a la represión directa de algunas de esas manifestaciones (tráfico de drogas, pornografía, comercio sexual y la misma corrupción), la política oficial debió mover ciertos cánones para incluir otras actitudes que tiempos atrás hubiesen recibido también una solución represiva

(practicada contra homosexuales, religiosos, *hippies*, pepillos, vagos, etc., a lo largo de las primeras tres décadas de revolución).

El fenómeno social que desde hace varios años se presenta en la calle G es, sin embargo, mucho más complejo y difícil de explicar que aquella respuesta de supervivencia provocada por la crisis de los años 1990. En su origen, la reunión de jóvenes en el área del paseo central de la avenida fue una alternativa económica que les permitió a centenares de adolescentes encontrar un sitio de convergencia en el cual, con muy poco dinero, podían obtener más o menos lo mismo que en otros espacios de diversión marcados por los altos precios de las entradas y las ofertas gastronómicas. Además, les permitía sentir que disfrutaban, en plena ciudad, de un espacio de libertad en el cual sólo ellos ponían las reglas de convivencia, y al que se acudía con absoluta voluntariedad.

A pesar de varios intentos por difuminar estas concentraciones nocturnas, la opción de la calle G ha sobrevivido y, con el tiempo, se ha ido convirtiendo también en punto de reunión de adolescentes más o menos cercanos a las nuevas corrientes mundiales de la moda exterior e interior de los jóvenes del siglo XXI en otras latitudes: por ello es posible encontrar en esta zona, cada fin de semana, a los emos, rastas, punks y mikis habaneros.

Restarle importancia a la existencia de estas filiaciones y considerarlas apenas unas manifestaciones exteriores y exultantes de adolescentes afectados por las consabidas crisis de la pubertad, no creo que sea la actitud más inteligente, aunque la permisibilidad oficial que se ha tenido hacia esos jóvenes resulta mucho más adecuada que las respuestas frontales de antaño.

El hecho, digamos, de que muchos de los emos cubanos no sean practicantes fundamentalistas de su filosofía de la depresión como estado de ánimo permanente y de la autoagresión y hasta el suicidio como alternativas ante el dolor y el poco sentido de la vida, es un alivio para muchos padres, pero no para la sociedad en donde brotan cercanías como estas. La simple proyección emo tiene una carga interrogativa, en el contexto de la realidad cubana, a la cual es preciso buscarle diversas repuestas: económicas, sociales, espirituales.

Si, como se ha dicho, los emos cubanos son en su mayoría sólo amantes de la estética exterior que caracteriza a ese grupo juvenil, una primera contradicción estaría en el precio monetario que entraña la apariencia emo. Desde las infaltables zapatillas Converse que rondan los cien CUCs hasta el no menos importante teléfono celular — con línea incluida puede superar los doscientos CUCs—, pasando por la posibilidad de un acceso a internet de donde los emos descargan música y parecen haber captado modelos y filosofías, la sola pertenencia «exterior» a esta tendencia juvenil implica unas posibilidades económicas diferentes a las que permite un salario paterno. No es raro, por ello, que la mayoría de estos adolescentes, al menos hasta ahora, pertenezcan a familias radicadas en barrios capitalinos como Nuevo Yodado, Kohly y Miramar, donde viven muchos de los habaneros con mayores posibilidades

económicas —debidas a las más diversas coyunturas, la mayoría de ellas de origen político.

Pero la sola presencia y aclimatación tropical de esta «minoría» también responde a una búsqueda de modelos poco ortodoxos ante la insatisfacción que parece producir entre ellos el modelo más oficial. Lo mismo ocurre con las otras tendencias antes mencionadas, todas apoyadas en peculiares filosofías, actitudes más o menos marginales respecto a la sociedad en que viven, y casi siempre cercanas a una liberalidad sexual y a la búsqueda de emociones a través de la música, la nocturnidad, el alcohol —búsquedas que en los casos extremos puede conducir al consumo de drogas.

Lo que resulta incontestable es que la imagen monolítica de la juventud y, por tanto, de la sociedad cubana, ya resulta imposible de sostener. Hasta qué punto alguien es más o menos emo o rasta es sólo una parte del fenómeno: la otra parte tiene que ver con la preferencia por una distinción que puede ser pasajera, como la pubertad, o que puede marcar todo el futuro de los individuos. La sola existencia de estas «tribus urbanas», y su progresivo crecimiento numérico, advierte además de la existencia de expectativas insatisfechas por el modelo dominante y de la voluntad de expresión propia de estas generaciones de cubanos.

Es evidente que los grandes y traumáticos cambios económicos y sociales de la década de 1990 también han creado necesidades espirituales, exigencias económicas, actitudes éticas y preferencias culturales que la sociedad cubana debe observar con la seriedad y la serenidad que exige su surgimiento y proliferación. Definitivamente, el salto de siglo ha sido un salto mortal para la sociedad cubana y se impone revisar sus modelos, alternativas y posibilidades con la mente abierta y la mirada atenta. Porque el futuro está delante de nosotros, aunque no lo veamos.

Noviembre, 2008

FAMILIA EN TRANCE

Casi sin que nos hayamos dado cuenta, se va agotando ya el primer decenio del siglo XXI. La velocidad acelerada del tiempo —o la sensación de esa rapidez de vértigo— sin duda tiene mucho que ver con la propia aceleración de las cambiantes circunstancias políticas, sociales, científicas y hasta éticas en las cuales vivimos los seres humanos de esta época globalizada, crítica, recalentada, impredecible y, para colmos, ideológicamente descentrada, una época en la que casi nada permanece demasiado tiempo y en la cual, para muchos, el máximo de la fe (incluida la fe política) se reduce a las más elementales nociones de lo que puede estar bien o lo que parece estar mal.

En ese mundo en movimiento, Cuba también se ha desplazado. Aunque en lo esencial su sistema político y económico, sus consignas y líderes sean los mismos de hace cincuenta años —con la notable ausencia física de Fidel Castro, todavía presente en la toma de decisiones y en el dictado de políticas—, la dialéctica de la vida resulta indetenible y muchas nociones y realidades se han ido transformando, para bien o para mal, de cara al presente o mirando al futuro que inevitablemente llegará, cargado de cambios.

Uno de los muchos conceptos que la vida cubana ha visto transformarse es el de la familia, al menos del modo en que más tradicional y quizás conservadoramente se le entendía en la isla. En una nación tan joven —apenas doscientos años de identidad propia—, todavía en formación, el arraigo del concepto de familia fue sin duda una de las anclas que hace más tiempo afincó un modo de ser, comportarse y asumir la vida en la sociedad. La familia cubana fue, por décadas, un núcleo de conservación y trasmisión de valores, una entidad que, en medio de todos los avatares, trató de preservar los sentimientos de pertenencia, fraternidad, respeto y orden.

El proceso revolucionario iniciado en 1959 y su posterior institucionalización introdujeron cambios importantes en la estructura tradicional de la familia cubana, y el más decisivo de ellos se relacionó con el ascenso social y económico de la mujer, un cambio capaz de alterar su papel en el contexto del clan. Como resultado de aquellos cambios necesarios generados en los años 1960, la mujer pasó a jugar un rol diverso en el esquema familiar, con nuevas responsabilidades y protagonismos, y por ello hoy resulta frecuente ver familias encabezadas por mujeres solas, familias en donde la mujer es el elemento económicamente más solvente, e incluso parejas de lesbianas que comparten techo, economía y destino, y constituyen una familia.

Realidades cada vez más extendidas como la de esta nueva posición socio-económica de la mujer o la proliferación de las uniones consensuales en detrimento de los matrimonios, e incluso la exigencia de reconocimiento del vínculo familiar creado por las parejas de homosexuales, han provocado la necesidad, cada vez más comentada, de introducir cambios en el Código de Familia aprobado en Cuba en los

años 1970.

Sin embargo, la alteración más dolorosa y lastrante que ha sufrido la familia cubana ha tenido que ver con la atomización física e intelectual que, por realidades directamente económicas (falta de recursos) o de índole incluso más compleja (es el caso de la diáspora, donde también han incidido factores políticos), ha adquirido en los últimos veinte años una agobiante presencia en el país.

La imposibilidad de sostener costumbres como la que, por ejemplo, reunía a la familia alrededor de una mesa o la considerable dificultad para trasladarse de un sitio a otro del país e incluso dentro de una misma ciudad, contribuyeron a distanciar a las nuevas generaciones de cubanos y a disgregar la entidad familiar. La carencia de habitaciones y de nuevas viviendas, por su parte, si bien ha contribuido a sostener una obligatoria cercanía física, muchas veces ha atrofiado el normal crecimiento y desarrollo familiar, y ha introducido incontables motivos de fricción. Súmese a estos elementos que en las familias separadas por divorcios o por alejamiento emocional de los padres, la falta del patrón masculino-paterno altera el equilibrio que, hasta ahora, se consideró más natural para los hijos.

La diáspora, por su parte, que hasta la década de 1970 tuvo como característica la migración de todo un núcleo familiar (al menos esa era la intención mayoritaria), comenzó a cambiar su carácter a partir del éxodo del Mariel (1980) y definió su nueva tipología en la fuga que se sostiene desde los años 1990. A partir de entonces se introdujo con fuerza la variante de que en lugar de ser los padres quienes emigren primero para luego reclamar a los hijos, como ocurrió sobre todo en los años 1960, son los hijos quienes se lanzan a la emigración en busca de sus propios horizontes — y muchas veces sin la menor intención de arrastrar a unos padres no interesados en desarraigarse, demasiado viejos para hacerlo o no dispuestos a correr los riesgos de la decisión.

Esta actitud diferente, predominante en unos años en que han salido de Cuba muchos jóvenes profesionales y mujeres en edades fértiles casadas con extranjeros, ha ido introduciendo una mutación importante en numerosas familias cubanas que han visto quebrada su relación de continuidad y, con ella, la trasmisión de valores, costumbres y culturas domésticas que siempre se adquieren en el hogar familiar. Con respecto a los mayores, les ha dejado la soledad y la incertidumbre del futuro.

En un país que envejece aceleradamente y cuya población, incluso, llegó a decrecer en los últimos tiempos, esta nueva realidad de familias distendidas o definitivamente separadas tendrá un peso social y cultural cada vez mayor. La generación de los que hoy andan entre los cuarenta y cinco y los sesenta años, cuyos hijos se han ido al exilio, tienen ante sí un futuro diverso al de sus padres. Mientras, los nietos de la diáspora tendrán una relación cada vez más marginal con el país de sus abuelos y padres, que muchas veces ya no será el suyo.

La familia cubana enfrenta de este modo los retos de la postmodernidad, la crisis, la liberación femenina, la globalización, la superación cultural y la diáspora:

suficientes elementos de la más diversa índole, capaces de poner en trance ese imprescindible núcleo de la sociedad civilizada, la familia.

Febrero, 2009

MITOLOGÍA CUBANA DE AYER Y DE HOY

Alberto Yarini y Ponce de León es una figura que ha alcanzado la categoría de mítica dentro de la cultura y el imaginario popular cubano. Cuando ocurrió su asesinato, en 1910, Yarini tenía sólo veintiséis años y era el proxeneta más poderoso de la industria cubana del sexo rentado, pero también miembro de la Cámara de Representantes mientras, secretamente, aspiraba a luchar algún día por la presidencia de una República que, unos pocos años atrás y luego de décadas de desgarramientos y combates, había nacido enferma y mediatizada: frustrada, en lo esencial, por intervenciones, enmiendas y hasta el cansancio de muchos hombres.

Tomando como pretexto argumental la pervivencia del mito de Yarini en tanto encarnación del macho cubano que sabe dominar a las mujeres y encantar a los hombres, a la vez que representa y defiende el orgullo nacional, el joven cineasta cubano Ernesto Daranas concibió el guión a partir del cual, luego de vencer infinitas dificultades, logró realizar el filme *Los dioses rotos*, convertido en el acontecimiento masivo-cultural del año desde su estreno oficial en la capital cubana durante el pasado mes de febrero.

Con independencia de su incuestionable calidad artística y valentía formal, o de razonables críticas que pudieran hacerse a determinados aspectos de la labor de sus realizadores, pienso que *Los dioses rotos* ofrece, además del goce estético, una importante posibilidad de que realicemos varias lecturas extrartísticas. Esta penetración en el contexto nacional que la cinta casi nos obliga a ejecutar, es fruto del modo ejemplar en el cual en ella se representa uno de los fenómenos más álgidos de la sociedad cubana contemporánea: la existencia de diversos niveles de la realidad, esas capas diferenciadas y profundas de la cebolla de la vida de los cubanos de las que sólo algunas obtienen una representación privilegiada —y claro, me refiero a la representación favorecida por los medios— mientras otras son sumergidas, ignoradas y hasta censuradas por una visión eufemística de la realidad que no desea patentizar la existencia de esos submundos ajenos a la retórica de las consignas oficiales y donde se observa, en el devenir diario, la caída estrepitosa de tantos mitos revolucionarios hoy diluidos por la fuerza de esa misma realidad.

Un importante elemento a tener en cuenta es que *Los dioses rotos*, además de haber sido exhibida comercialmente, fue sostenida por la principal institución cubana productora de cine, el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC), con la colaboración del Ministerio de Cultura, lo cual significa que, a pesar de las dificultades que debieron superar sus realizadores (especialmente de carácter económico), no es una producción independiente o alternativa, como otras obras de jóvenes realizadores que también abordan aspectos álgidos de la realidad, sino un producto avalado por organismos oficiales.

Como ha ocurrido con las pretensiones de otras obras de arte exhibidas o no en Cuba, acogidas o no por instituciones culturales de la isla, la esencia de esta pieza es

iluminar, desde los recursos y la mirada del arte, uno de esos sectores tapiados de la cotidianidad de muchos cubanos. En este caso específico se trata del mundo de la prostitución y el proxenetismo que, como era de esperar, se relaciona directamente con realidades como la cárcel, la drogadicción, la ética callejera, la religión y el sexo como vías de escape y medios de vida, las ruinas y suciedades de la ciudad, el hacinamiento degradante y eterno al cual se han visto sometidas miles de familias y, por supuesto, con la problemática ética de la pérdida de valores en medio de una lucha por la existencia que se desarrolla al margen de la legalidad: un mundo de miserias económicas y morales, violencia, traición, pérdida de ilusiones. Un mundo que también es parte de la Cuba de hoy.

Para cualquier lector de otras visiones más difundidas de la realidad cubana *Los dioses rotos* es una bofetada, en tanto ejecuta esa sumergida profunda en la decadencia de una sociedad y en las vidas quebradas de muchos de sus integrantes (y por eso no es extraño la existencia de personas que incluso no crean que en la cinta se esté reflejando una *realidad* cubana). Del mismo modo en que desde la literatura autores poco divulgados en Cuba como —entre otros— Pedro Juan Gutiérrez o Ángel Santiesteban se pasean por sectores oscuros de la vida nacional, el filme de Daranas constituye una revelación dolorosa hecha desde el conocimiento y la participación en esa realidad postergada pero real.

Cuesta trabajo admitir, por ejemplo, que mientras muchos artistas cubanos pugnan por revelar circunstancias que registran la gravedad de las contradicciones sociales, económicas y morales entre las que vivimos, otras instancias oficiales se pasean por una realidad virtual en donde es posible que una editorial de la isla se atreva a publicar un recetario de cocina en el cual, en el apartado de los arroces, se recomiende platos en cuya preparación son indispensables ingredientes como el jamón, el tocino, la mantequilla y el queso, y que además se hable de la utilización de componentes como el chorizo y la carne de res (¡)...

Es tal vez por la existencia privilegiada y persistente de esas imágenes plácidas de la perfección nacional, que el arte cubano contemporáneo ha asumido como una de sus responsabilidades ofrecer el reflejo de otros sectores de la realidad y hacer la crónica de la vida difícil de nuestro tiempo en Cuba. Y es sin duda por el cansancio que provoca la retórica triunfalista que obras de teatro, narrativa o cine dotadas con el carácter indagador y revelador de *Los dioses rotos* alcancen altas cuotas de consumo y, sobre todo, la identificación de muchos espectadores con las problemáticas de índole social y ético que esas obras recogen.

Que en la Cuba de hoy existan personajes y ambientes como los que trabaja este filme no es un secreto (o no debería serlo) para nadie. Convertir en arte esos sectores marginados y marginales de la realidad es, entonces, una elección del creador pero, también, una responsabilidad social con su tiempo y circunstancias, pero también con la verdad. El testimonio de una realidad y la capacidad de hacernos ver y pensar en sus consecuencias para el conjunto de la sociedad se convierte en uno de los grandes

méritos de estas obras artísticas que le dan rostro y fisonomía a los problemas y nos hacen preguntarnos qué se necesita para solucionarlos. Esos dioses hechos añicos que nos entrega la película fueron amasados con el barro de las mejores intenciones pero mojados con el agua de la desidia y el olvido: porque no sólo con bellas palabras se construyen los altares.

Marzo, 2009

LOS VIENTOS DE NUESTRA REALIDAD

Una de las acciones previas y colaterales a la recién celebrada décima Bienal de La Habana fue la colocación de seis obras escultóricas en la entrada del habanero Paseo del Prado. Estas magníficas obras, debidas a artistas de primer nivel, engalantarán la emblemática alameda capitalina durante varias semanas pero, con su amable y retadora presencia, también ha servido para advertir la necesidad de animar ciertos sitios de nuestras ciudades con acciones urbanísticas y artísticas que las salven o las dignifiquen. Falta que hace.

Sin embargo, el mismo día que las seis esculturas fueron oficialmente «inauguradas», los vientos de la realidad que se vive en las calles cubanas llegó hasta ellas: como quiera que la iluminación de las obras fue encargada a la luz mortecina y a veces inexistente de las deterioradas farolas vecinas, a una de las piezas le fue arrancado parte del impreso que acreditaba su título y autor, en tanto que otra había sido bautizada con una abundante lluvia de orine. Mientras, a unos pocos metros de la última pieza —o primera, según desde donde se mire— unos niños, machete en mano, se dedicaban esa misma noche a talar uno de los árboles recién sembrados en sustitución de los viejos laureles ya inexistentes en ese tramo del paseo. Curiosamente, en los alrededores de estos estropicios pude contar la presencia de cuatro policías vestidos de uniforme en apacible recorrido...

¿Qué es más fuerte?, me pregunté mientras observaba aquel combate de las fuerzas antagónicas de la belleza y la barbarie: ¿el arte o la realidad?

LA REALIDAD

La Empresa X —no interesa saber cuál es, pues no pretendo una denuncia puntual sino la revelación de un estado general— está realizando un importantísimo trabajo que, una vez concluido, será de gran beneficio público. Para ello deben abrir zanjas en calles y aceras y lo hacen, incluso, con modernas maquinarias de esas que pertenecen a lo que en la prensa cubana suele llamarse «tecnología de punta». Abierta la zanja, colocada dentro de ella el material que brindará tanto beneficio, la Empresa X a voces devuelve la tierra y los escombros a la zanja, otras pone un poco de concreto y en ocasiones la sella con asfalto. Pero como esa Empresa no es la encargada de esa parte del trabajo (responsabilidad de la Empresa Y), ni la acera ni la calle vuelven a ser las mismas y, muchas veces, ni siquiera vuelven a ser aceras o calles transitables.

En uno de los lugares donde la Empresa X ha estado realizando su importante y útil empeño, varias calles han quedado prácticamente intransitables y, al parecer, los más afectados por esa «intransitabilidad» han sido los transportes encargados de recolectar los desechos sólidos (en cubano, los carros de la basura). Esta situación ha

provocado que todo un sector de un barrio se haya convertido en un lodazal-vertedero en el cual los vecinos arrojan todo lo imaginable y lo inimaginable: desde sus bolsas de basura y escombros hasta animales muertos y todo tipo de desecho. La solución para la acumulación de esta basura, que hiede y produce moscas y ratones (transmisores de enfermedades) a unos pocos metros de las casas, ha sido el paso esporádico de *bulldozers* y palas mecánicas o darle fuego a los desechos y lanzar al ambiente, en plena ciudad, los efluvios tóxicos del plástico y los nada agradables de los desechos orgánicos.

Uno de estos vertederos permanentes está justo a la vera de un cementerio del siglo XVIII que, en puridad, debería ser zona protegida como monumento, si no nacional, al menos municipal (como ocurriría en cualquier otro sitio del mundo con verdadero respeto por su pasado y su legado histórico). Lo significativo de la situación es que cuando los *bulldozers*, palas y camiones dejan limpio el sitio, la ausencia de basura no dura siquiera un día. Como los encargados de recolectar la basura se limitan a llevarse los desechos más voluminosos y remover la tierra, sin que luego se asfalte el área ni se coloquen contenedores, la gente mantiene su costumbre de arrojar allí lo que los inexistentes camiones de basura debían recoger en las inmediaciones de sus casas. Total, pensará la mayoría, al primer aguacero toda esa zona será un lodazal putrefacto y el problema cotidiano es resolver dónde echar los desperdicios.

No resulta raro que las personas que habitan en ese barrio habanero piensen y actúen de esa manera: su comportamiento está dictado por las circunstancias en que viven y por eso su reacción es la misma en cualquier sitio del país donde concurren coyunturas similares. Tampoco es demasiado extraño que, si llegan a colocarles contenedores, alguien los sustraiga para reciclar las ruedas, fundir el plástico o utilizar el bidón para almacenar agua...

El ejemplo de cómo actuar en esos casos, por cierto, lo ofrece ejemplar y gratuitamente una oficina municipal de Servicios Comunes (por pura coincidencia la encargada de recoger los desechos sólidos, pero no de asfaltar las calles aunque tampoco de romperlas y no repararlas, como hace la Empresa X). Frente a la sede de ese organismo brota un salidero de aguas albañales que corre calle abajo y pasa frente a una escuela primaria hasta empozarse en una laguna pútrida ciento cincuenta metros más adelante. Un dato significativo es que esta situación se da no sólo ante una escuela y una oficina de servicios comunes, sino también a unos cien metros de un Policlínico Integral de donde salen todos los días decenas de trabajadores de la Campaña contra el mosquito *Aedes aegypti*, dispuestos a observar las medidas de salubridad para protegernos de epidemias... ¿Cuál de esas entidades (a saber: Comunes —que pertenece al Poder Popular—, Salud Pública, Educación, el Acueducto) debería tomar las riendas de este problema? ¿Lo que ocurre en ese sitio, ejemplo de displicencia e irresponsabilidad, representa la excepción o es la regla?

EL ARTE

Los niños que estudian en la escuela junto a la que corren las aguas albañales que brotan frente a las oficinas de Servicios Comunales deben haber aprendido ya la lección: se puede vivir cruzando todos los días un río de aguas negras; los vecinos del barrio con las calles y aceras trucidadas por el importante trabajo de la Empresa X que por la razón que sea no concluye la Empresa Y, también han aprendido que cualquier lugar es bueno para arrojar basura y se han resignado a vivir entre moscas, ratas obesas, malos olores, perros vagabundos que se alimentan de desechos y a los cuales la gente maltrata como lo que son: perros sarnosos. He tomado fotos de estos sitios y observándolas me pregunto: ¿esta es una estampa cubana o africana?

Mientras esa realidad profundamente tercermundista agrade cada día a muchos miles (¿millones?) de cubanos, ciertos reflejos artísticos de cómo viven y reaccionan esas personas son desestimados, censurados o marginados por los canales de distribución y programación, pues algunos consideran que ese reflejo artístico de una realidad sórdida, sucia, lacerante no resulta el más adecuado a la hora de patentizar una imagen de la realidad cubana. Sin embargo, ¿no es arte conceptual digno de la Bienal el *happening* del auto que *en la realidad* se hundió completo en el bache de una calle de un barrio habanero?

Lo cierto es que gracias a la existencia real del funcionario incapaz de resolver un problema o aquejado de la más compacta indolencia, o por obra del indolente (o cansado de remar a contracorriente) trabajador de salud pública, comunales, educación que mira hacia el lado para desentenderse de una realidad que no está en su «plan de trabajo», va creciendo en la sociedad cubana un mal mucho mayor: la desidia espiritual, la atmósfera visual degradada, la actitud despreocupada hacia el medio donde viven y se educan muchos cubanos de hoy en día, hasta transformarse humanamente en personas indolentes y depredadoras, sin sentido de pertenencia ni de respeto por la propiedad ajena o colectiva.

La realidad es mucho más fuerte que el arte y, por supuesto, tiene la capacidad de alimentarlo y también de devorarlo. Porque la realidad cubana son unas bellas esculturas orinadas en el Paseo del Prado y también esos basureros, salideros, criaderos de vectores, lodazales pútridos que existen, se multiplican, pero mucha gente dice que no ve. ¿O es que no quieren verlos?

Abril, 2009

EL HURACÁN QUE VIENE

Las tribus de aborígenes aruacos que poblaban la isla de Cuba cuando se produjo la llegada de los españoles apenas habían llegado al estadio del desarrollo humano conocido como agroalfareros. Incluso los más adelantados de ellos no conocían técnicas elaboradas de caza y cultivo, y estaban muy lejos de adelantos culturales tan importantes como la escritura. Su relación con el mundo que los rodeaba era pues muy pragmática y fruto de la experiencia vivida y de la que, por vía oral, se transmitía de generación en generación.

Aquellos originarios habitantes de las islas del Mar Caribe pronto aprenderían, sin embargo, que sus vidas dependían del conocimiento y de la relación con la naturaleza. No es raro, entonces, que como parte de esa sabiduría llegaran a deificar ciertos poderes cósmicos entre los que estaba uno que, periódicamente, ponía sus existencias en riesgo. Era una fuerza de la naturaleza que los visitaba con notable frecuencia y la cual, a su paso, dejaba muerte y destrucción. Del idioma de los aruacos pasó a la lengua castellana y a los demás idiomas europeos el nombre con que aquellos «indios» bautizaron esa fuerza desbordada: huracán. Incluso, los aborígenes caribeños llegaron a mitificar el huracán y lo identificaron con una fuerza maligna —demoníaca diríamos nosotros— a la cual representaron como un pequeña figura antropomorfa, de barro cocido, a la cual, en el centro del cuerpo, le grababan el atributo que caracterizaba aquel fenómeno: una espiral con la cual pretendían sintetizar lo que, a nivel atmosférico, en forma de viento y lluvia, los asolaba con tanta fuerza, violencia y persistencia.

Si la historia de Cuba no puede escribirse sin tener en cuenta elementos tan diversos como el mestizaje étnico y cultural, la significación de cultivos como la caña y el tabaco, la virtud de su privilegiada situación geográfica o sin la relación histórica con el imperio español o la potencia norteamericana, entre otros, tampoco sería posible hacerlo sin tener en cuenta la presencia destructiva de los huracanes que prácticamente cada año nos visitan.

Por mucho tiempo las actuales generaciones de cubanos recordarán la temporada ciclónica del año 2008 como una de las más voraces de nuestra historia. El rastro de destrucción que dejaron a lo largo de casi toda la isla los huracanes *Gustav*, *Ike* y *Paloma* fue casi inconmensurable y debió habernos servido para recordar que, en un mundo aquejado por un gran cambio climático, es posible que con exasperante frecuencia se repitan horrores como los vividos gracias a esos meteoros.

Si bien los daños dejados por los huracanes en renglones tan sensibles como la agricultura fueron notables y dolorosos, el más complejo de los resultados de su paso se produjo en el complicado sector de la vivienda. Los cálculos oficiales publicados entonces fue que los huracanes habían dañado seriamente alrededor de 444 000 viviendas y habían destruido totalmente más de 63 000. Estas cifras, en un país donde ya el déficit habitacional alcanzaba el medio millón de inmuebles, donde se considera

que un elevado por ciento del fondo de habitaciones se encuentra en mal estado y donde en los dos últimos años la construcción de nuevas viviendas apenas alcanzó la cifra de 180 000, hablan de una situación francamente alarmante, pero que pudo haber sido mucho más trágica si alguno de esos eventos hubiese atravesado la cada vez más maltrecha ciudad de La Habana.

Desde hace ya varios años diferentes voces e informes del gobierno cubano han advertido que el dilema de la vivienda representa el más peliagudo problema social del país. Cientos de miles de personas —millones, debería decir— viven en situaciones de hacinamiento, en condiciones materiales deplorables, entre paredes agrietadas, techos apuntalados o contruidos con materiales incapaces de resistir el paso de un huracán. Esta situación, que genera problemas sociales, comportamientos humanos tendientes a la marginalidad, disfunciones familiares, movimientos migratorios (en el interior del país y hacia el exterior), y un alto grado de desesperación que muchas veces conduce a la desesperanza, cada año alarma a varios millones de cubanos cuando se acerca una nueva temporada ciclónica y, como los aborígenes aruacos, recordamos la experiencia vivida en años anteriores y la escasa posibilidad de muchas personas de preparar mejor su vivienda para la ingente amenaza.

En la actualidad la construcción de nuevos inmuebles y la reparación del deteriorado fondo habitacional existente en Cuba es, prácticamente, una posibilidad que sólo está en manos del Estado o de determinadas empresas que, por diversas razones, pueden beneficiar a sus trabajadores con la asignación de los materiales necesarios para construir o reparar. La posibilidad que se creó en la década de 1970 y que floreció en la de 1980 de que los trabajadores de casi todos los sectores pudieran construir sus propias casas (así llamadas microbrigadas) e incluso la factibilidad de que por vía del esfuerzo personal muchos ciudadanos pudieran emprender y realizar nuevas construcciones, resultó insuficiente en su momento pero, sobre todo, parece hoy un proceso apenas imaginable.

Una primera evidencia de la imposibilidad de construir, mejorar o ampliar una vivienda con recursos propios se expresa en la inviabilidad de conseguir determinados materiales (las vigas de acero, por ejemplo, que no se venden en ningún sitio) o de adquirir otros a los actuales precios oficiales del mercado (6.60 CUCs una bolsa de cemento, es decir, 160 pesos, o sea, un 40% de un salario promedio estimado en 400 pesos) y habla a las claras de que sin suministros subsidiados o entregados por empresas u organismos del gobierno, no es posible para un cubano emprender una obra constructiva. Súmese a eso los increíblemente altos precios que ha ido adquiriendo la mano de obra en el sector (un metro cuadrado de repello puede ser fijado en 120 pesos, *sólo de mano de obra*), y se llegará a un callejón sin salida: el de una estructura económica totalmente alterada en la cual los salarios estatales, los salarios reales, las necesidades monetarias de las familias y los precios de los productos parecen hablar en idiomas diferentes, incapaces de entenderse unos con

otros.

Para cualquier persona que se dedique a recorrer las calles más profundas —y no tanto— de la ciudad de La Habana y a observar el estado de muchas edificaciones y a contabilizar las nuevas construcciones visibles, le resultará evidente lo poco que se repara, que apenas se construyen nuevas viviendas y que las ruinas se extienden como tentáculos indetenibles. (¿Han hecho la prueba de recorrer la Calzada de 10 de Octubre mirando el estado físico y ornamental de sus edificaciones?; ¿han recorrido el barrio de Luyanó, las calles del Cerro mirando sus construcciones?). Cierto es que en determinados puntos del país se levantan petrocasas, que muchas comunidades afectadas por los huracanes han recibidos materiales y apoyo técnico para la reparación e incluso la construcción de nuevas habitaciones, pero también lo es que con los años el problema de la vivienda en Cuba se profundiza y que el estado del fondo habitacional se hace cada vez más crítico.

Con el inicio de cada nueva temporada ciclónica, los cubanos de hoy de vez en cuando miraremos al cielo, como los primitivos aruacos que poblaron nuestra isla antes de la llegada de Colón, y como ellos pensaremos en esa fuerza demoníaca y brutal que puede asolarnos. Pero, además de mirar —o rezar, como hacen algunos—, también sería necesario mover ciertas estructuras económicas y voluntades políticas que nos permitan prepararnos mejor para el huracán que, tarde o temprano, llegará. El drama de 2008 puede ser una irreversible tragedia capaz de llevar a extremos inimaginables el estado de deterioro físico de nuestras ciudades, especialmente La Habana.

Mayo, 2009

RUTAS Y METAS DEL LIBRO CUBANO

Cualquier escritura de la historia del libro cubano, de sus ediciones e impresiones (historia que de alguna manera es también la de los avatares de una literatura y de sus creadores), exige un necesario entendimiento de las relaciones políticas y culturales entre Cuba y España, pues desde su origen hasta la actualidad la literatura cubana ha tenido en impresores y editores españoles una recurrida vía de concreción.

Aunque la fecha de 1723 marca el nacimiento de la tipografía en la isla con el establecimiento en la capital de la colonia de la primera imprenta, no creo posible hablar de un libro propiamente *cubano* y, por ende, de una cultura también cubana hasta un siglo más tarde, cuando la generación del poeta José María Heredia, el ensayista José Antonio Saco y el novelista Cirilo Villaverde (entre otros ilustres) marcan el nacimiento definitivo de la cubanía, siete décadas antes de que Cuba fuese un país independiente de España.

Esta precisión, más cultural que técnica, no quiere decir que la Cuba del siglo XVIII —también hay imprentas en Santiago desde finales de la centuria— no fuese un importante y competente productor de libros, como lo demuestra, mejor que ningún otro ejemplo, el tratado de Antonio Parra titulado *Descripción de diferentes piezas de historia natural*, el famoso y cotizado *Libros de los Peces*, que se publicara en 1787. Esta obra, la primera de carácter científico impresa en la isla, cuenta con casi doscientas páginas y setenta y cinco láminas y es, al decir de Ambrosio Fornet, el mayor conocedor de este proceso, «un verdadero alarde técnico y científico que no volverá a intentarse en medio siglo».

La existencia de varias tipografías en la Cuba del XVIII no excluyó lo que hasta entonces había sido la práctica más común: que muchos libros escritos o preparados en Cuba (reglamentos militares y ordenanzas civiles, por ejemplo) fueran impresos en establecimientos de la metrópoli o, también se daba el caso, de México, donde ya la imprenta tenía una larga historia.

La irrupción de la cultura cubana, entre la tercera y cuarta décadas del siglo XIX, tuvo en las imprentas habaneras un importante soporte y aunque resulta imposible contabilizarlo, es indudable que una cantidad considerable de obras de ese periodo se estamparon en la capital de la isla y en las otras ciudades importantes (Santiago, Matanzas). Es curioso, sin embargo, seguir el rumbo editorial de algunas figuras imprescindibles de ese período genésico, como las arriba citadas, y constatar la diversidad de posibilidades de impresión de que disfrutaron o a las que se vieron empujados por circunstancias políticas. José María Heredia, por ejemplo, apenas publicó en Cuba un «suelto» con un poema, en 1820, pues su obra poética sería impresa cuando ya estaba en el exilio político y es editada primero en Nueva York (1825) y luego en Toluca (1832). El resto de su obra (panfletos, discursos, etc.) serían publicados en México, la tierra que lo acogió y donde murió en 1839, a los

treinta y cuatro años.

Similar en destino pero diferente en cantidades es la relación editorial de Cirilo Villaverde: sus primeras novelas, fundadoras de ese género en Cuba, fueron editadas en La Habana (*El espetón de oro*, en 1838, la primera versión de *Cecilia Valdés*, en 1839 y *La joven de la flecha de oro*, en 1841), pero a partir de su exilio norteamericano son las imprentas neoyorquinas las que estamparán sus obras, incluida la versión definitiva de *Cecilia Valdés* en 1882.

José Antonio Saco, por su parte, exhibe en su lista de editores prácticamente todas las posibilidades a su alcance: habaneros (sobre todo para sus primeros textos), norteamericanos, madrileños y parisinos. Con su exilio catalán incluso practica una novedosa solución: la coedición, que se concreta en su imprescindible trabajo *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo...*, cuyos tomos fueron impresos en Barcelona y La Habana.

No obstante, los impresores madrileños y habaneros cargan con el peso de la mayor cantidad de títulos escritos en Cuba y se da el caso, incluso, de que autores peninsulares radicados en la isla dieran sus textos a tipografías cubanas antes que a las peninsulares, lo cual apenas significaba que el libro era estampado en una ciudad de una provincia española, sólo que en este caso de ultramar... especialmente rica y próspera.

Ya en la segunda mitad del siglo XIX los dos más relevantes poetas cubanos de la época, José Martí y Julián del Casal, vuelven a mostrar esa diversidad de opciones que, en muchas ocasiones por causas políticas, provocaba también la dispersión de la bibliografía cubana. Así, mientras Martí publica casi toda su obra fuera de Cuba (Madrid, Nueva York, México), Casal se mantenía apegado a los impresores cubanos, marcando la tendencia más recurrida que, a partir de entonces, dominaría en la relación entre autores cubanos y editores: la publicación de sus primeras ediciones en Cuba.

En consecuencia, la gran mayoría de la bibliografía cubana de las primeras seis décadas del siglo XX se imprimió en la isla, a pesar de que se tiene la visión de que el país era un páramo editorial y cultural. La más notable excepción de la tendencia fue, sin duda, Alejo Carpentier, quien desde su primer título (*Ecué-Yamba-O*, Madrid, 1933) hasta la última novela (*El arpa y la sombra*, México, 1979) únicamente publicará por primera vez en Cuba el folleto con el relato *Viaje a la semilla*, edición habanera de 1944.

Aunque la opción de buscar editores fuera de la isla dependía más del hallazgo de mejores condiciones económicas para la stampa que de preferencias culturales o políticas, también la necesidad de insertarse en un mercado más propicio subyacía en la decisión de los escritores a la hora de hacer su selección. En este sentido, un elemento extra literario que no puede obviarse es que Madrid, la históricamente más recurrida alternativa editorial, entró en crisis a partir del inicio de la Guerra Civil, en 1936, y se mantendría en un estado de letargo poco favorable durante las dos décadas

siguientes, las más férreas del franquismo. Además de La Habana fueron entonces México y Buenos Aires las alternativas más visitadas por algunos autores cubanos.

El triunfo de la revolución cubana, en 1959, provocó en el mundo del libro y de las publicaciones dos consecuencias que se mantendrían inalteradas por tres décadas: el crecimiento geométrico de las capacidades de publicación y difusión de las obras en la isla y, por otro lado, la salida de un grupo importante de escritores que, al irse al exilio, perdían toda conexión oficial con su país de origen y debían buscar sus editores donde los encontraran: y muchos los hallaron en un Madrid que se recuperaba y, muy pronto, en la emergente y competitiva plaza de Barcelona.

Salvo casos aisladísimos y contadísimos —Carpentier por vía oficial, Reinaldo Arenas por vías no aceptadas— casi toda la literatura cubana escrita en Cuba se publicó en las nuevas editoriales cubanas (primero fue la Imprenta Nacional y luego se creó el Instituto del Libro y otras editoriales como la de la Unión de Escritores y Artistas), confiriéndole a la difusión de la literatura nacional un sentido de coherencia y una relación con sus lectores naturales que antes nunca tuvo de igual modo. Mientras, los autores exiliados —desde escritores «históricos» hasta figuras activas como Guillermo Cabrera Infante o Severo Sarduy— daban sus obras a casas editoriales españolas, iniciando una corriente que se extendería hasta hoy. Lo más interesante, sin embargo, resultó que en España incluso se fueron creando editoriales dedicadas por entero (o separando alguna colección) a la difusión de autores cubanos, por lo general de la diáspora: entre esos sellos han estado Playor, Colibrí, Verbum, Betania, Aduana Vieja, Linkgua, Ediciones Hispanocubanas y la desaparecida Casiopea.

La lógica que dominó el proceso editorial cubano entre 1960 y 1990, se quebró en esa última fecha cuando, entre sus estertores, la URSS canceló el envío de papel a Cuba y comenzó la llamada «crisis del papel», la primera de las muchas crisis de esa extraña década finisecular. El cierre casi total de las editoriales de la isla provocó que los autores no tuvieran la tradicional respuesta nacional que sostenían sus pretensiones de publicación. La única alternativa viable, entonces, fue buscar en la cercana Ciudad de México y en el complicado y muy competitivo mundo editorial español, las arterias para dar salida a las obras que, curiosamente, nadie dejó de escribir.

La crisis económica que afectó a México en 1994 fue sentida por los escritores cubanos como propia. Varias de las editoriales que (en algunos casos con intereses comerciales y en otros con fines sólo artísticos y hasta solidarios), dieron cobijo a autores de la isla, enfrentaron de pronto una contracción notable y la «ruta» mexicana prácticamente se cerró. Al mismo tiempo se estaba produciendo por esos años una diáspora de artistas cubanos, incluso más nutrida que la de los primeros años de la revolución. Decenas de escritores salen de la isla hacia México, Ecuador, Venezuela, España, Estados Unidos, Argentina, República Dominicana, no sólo por la situación de parálisis editorial del país, sino por la necesidad de buscarse la vida, tener con qué

alimentarse y escapar de apagones y la amenaza de una llamada «Opción Cero» la cual, según lo planificado, nos retrotraería a todos los cubanos al estadio de los aborígenes precolombinos, dedicados a la agricultura y la pesca...

Las editoriales españolas se presentaban como la meta, y penetrar el mercado de la península de la mano de Tusquets, Planeta, Alfaguara o Anagrama como el sueño dorado...

Lo cierto es que por primera vez en tres décadas se produjo una apertura de las más importantes para la cultura cubana: la posibilidad de la libre contratación de los autores y sus obras con editoriales extranjeras. Es necesario recordar, en este punto, que hasta más allá de 1990 era imposible (prohibido) para un autor cubano tomar esa opción. Sólo la Agencia Literaria Latinoamericana (ALL), que de oficio y por decreto representaba a todos los escritores cubanos, tenía la potestad de contratar ediciones y —lo más duro— cobrar unos dineros que eran inmediatamente convertidos en pesos cubanos pues, como se sabe, la posesión de cualquier divisa en Cuba, por un ciudadano cubano, era un delito penado por la ley.

Por esa puerta que se abrió —más por la presión natural de una literatura urgida de vías de escape y concreción que por voluntad burocrática—, se comenzó a producir una nueva relación entre autores cubanos radicados en la isla con editoriales comerciales españolas. Mientras algunos de los que se sumaron a la diáspora conseguían cupos en esas casas (Jesús Díaz, Eliseo Alberto, Daína Chaviano, etc.) y otros se acercaban a las editoriales «para cubanos», los que permanecimos en Cuba tuvimos un camino más errático, de tanteos, entre otras razones por la distancia pero, sobre todo, por la falta de experiencia en la relación con editoriales y agencias y, en última pero más importante instancia, por no existir demasiada literatura cubana con suficiente proyección universal y gancho comercial como para atraer a los editores españoles.

Desde entonces, en virtud de esa posible relación de los autores de la isla con casas editoriales españolas, se debió comenzar un aprendizaje de la relación del escritor con el mercado, las editoriales comerciales, las agencias y la promoción que, de alguna manera, ha marcado varios de los rumbos más visibles de la literatura cubana, ha permitido la publicación de una cantidad importante de obras y ha decidido, incluso, el prestigio internacional de algunos de sus autores.

Noviembre, 2009

LIBRO, MERCADO Y NUEVAS TECNOLOGÍAS

Un fantasma, cada vez más corpóreo y expansivo, recorre hoy el mundo de la edición de libros y su veleidoso mercado: el de las nuevas tecnologías. La creación y cada vez más adecuados formatos editoriales y las notables facilidades de los soportes electrónicos para el almacenamiento y consumo de literatura, junto a la existencia en la red de bibliotecas virtuales llenas de títulos atractivos, han alentado el nacimiento de casas editoriales ya dedicadas exclusivamente a la comercialización de libros digitales. Esta avasallante e insoslayable realidad ha provocado la preocupación de los encartados en el sistema y el inicio de búsquedas de alternativas para enfrentar el cambio por parte de todos los tradicionales gestores de este universo: desde el autor y el editor hasta el distribuidor y el librero.

El fenómeno, que ha surgido y se ha ido desarrollando con la velocidad con que suelen moverse las realidades en el mundo de la computación y las nuevas tecnologías, no ha encontrado aún las respuestas que un proceso de esta índole merece. Porque, debido a sus proporciones y posibilidades, la nueva forma de estampar y hacer circular la letra escrita es tan revulsiva y cambiante como lo fue, en su tiempo, el hallazgo de Gutenberg y su imprenta para la cultura universal.

En Cuba, donde a pesar de que se publican libros no existen —por razones económicas, políticas y culturales— el concepto ni los mecanismos del mercado editorial, la llegada del libro electrónico sorprende a escritores, editores y lectores en un estadio de entendimiento y cercanía con el fenómeno prácticamente inexistente. Pero no porque en la isla los patrones por los que se rigen las leyes del derecho de autor, el pago de regalías y los mecanismos editoriales sean tan peculiares (un pago único al creador, tiradas limitadas, raras posibilidades de reimpresión, escasa promoción), ni porque el acceso a internet sea todavía limitado, caro y tecnológicamente deficiente, la existencia del libro electrónico puede verse como algo que no afectará, y muy pronto, la circulación de la producción literaria nacional —y hasta a su propia creación. Por el contrario, pienso que bien podría entenderse como una forma de ayudar a la solución de incapacidades económicas (falta de papel), tal como ya ha ocurrido en el cine gracias a la llegada y popularización del formato digital, que ha dado un vuelco a la producción cinematográfica del país dada la factibilidad de realizaciones monetariamente más modestas y, por ello, muchas veces independientes de los centros productores en manos del Estado y sus instituciones.

Ya en el mundo de la música, a nivel internacional, los efectos de las nuevas tecnologías han tenido consecuencias dramáticas, pues han reducido las cifras de venta oficial de discos hasta niveles que pueden considerarse paupérrimos. Más o menos lo mismo ocurre con la copia y distribución de audiovisuales que, todavía programados en los circuitos de estreno, ya pueden ser vistos por los potenciales consumidores sin apenas hacer algún gasto. A pesar de la alarma de creadores,

productores y distribuidores, de las leyes contra la piratería de muchos gobiernos y hasta de los polémicos controles de las descargas en la red, hasta ahora los mecanismos para frenar esta desviación en el mercado de la música y el cine no parecen haber aportado resultados demasiado halagüeños y el consumo clandestino (o ilegal) es una realidad creciente.

Muchas editoriales tradicionales en Estados Unidos y en Europa se han puesto en guardia contra lo que se avecina y han empezado a adquirir los derechos de reproducción digital de las obras contratadas para sus catálogos. Pero, como es fácil imaginar, poseer esos derechos no garantiza tener a salvo la posible distribución pirata de una determinada obra. Lo importante en este caso resulta que se va tomando conciencia de la gravedad de la situación y se comienzan a buscar soluciones para lo que vendrá.

Cierto es que una parte mayoritaria de los lectores actuales prefieren y preferirán por algunos años más el libro en soporte de papel. Se trata de una relación humana y cultural muy arraigada para que pueda cambiar en poco tiempo. Pero también es cierto que el alto precio de los libros en el mundo, la posibilidad de acceder sin mayores complicaciones a clásicos digitalizados y la comodidad y el abaratamiento de los nuevos soportes electrónicos para la lectura, comienzan a invadir ese sector del público. ¿Y la generación nacida con las computadoras personales, internet, la interconectividad, los celulares? ¿Qué cambios definitivos traerán *facebook* y *twitter*...? ¿Cómo prefieren esos nuevos consumidores leer literatura (si la leen): en una pantalla (como lo leen casi todo) o en una hoja impresa, como sus abuelos?

Es evidente que este quiebre de una fórmula asentada, provocado por un cambio tecnológico e incluso filosófico, bien pudiera ser aprovechado por las instituciones culturales cubanas dedicadas a la difusión de literatura artística, que tantas dificultades materiales han tenido en las dos últimas décadas. Quizás la primera operación para acercarse a ese universo tendría que ver con la pérdida de prejuicios acerca del mercado, con la valoración de las proporciones del fenómeno digital (muchas editoriales ni siquiera tienen portales para promover sus obras impresas: justamente porque no operan con el mercado) y con la necesaria reactualización y modificación de los mecanismos vigentes del derecho de autor, tan discutidos en tantas ocasiones.

La falta de una respuesta coherente y eficaz bien podría provocar algo que ya está ocurriendo en el mundo de los blogs: la dispersión, las creaciones individuales, la incapacidad para controlar un espacio tan abierto como lo es el océano de la red. Quizás lo que más ha limitado, hasta ahora, la circulación de libros de autores cubanos escritos en Cuba —y no me refiero a obras de difusión política, que caen en el terreno de la propaganda y no de la cultura— sea, me atrevo a especular: 1) que esos mismos escritores no han descubierto la potencialidad del medio, pues sus intereses están todavía (como es lógico, por razones económicas y de promoción) en los circuitos editoriales tradicionales; 2) la misma falta de posibilidades de

conectividad de los presuntos lectores, que les hace distantes los medios para acceder a esa opción; y 3) la falta de mecanismos para canalizar las regalías por las descargas legales que podrían ser efectuadas.

Por lo que he podido saber, algunos autores jóvenes han subido a la red, a través de blogs y portales, algunos de sus textos e, incluso, algún que otro libro completo. También se sabe de la existencia de revistas digitales que publican poemas y relatos, casi siempre de creadores noveles. Pero esas no son aún las tendencias mayoritarias, ni siquiera se les ve, masivamente, como posibilidad más o menos definitiva para la difusión (y comercialización, insisto) de la literatura.

El retraso tecnológico e intelectual que significa para la cultura cubana las dificultades materiales y las limitaciones oficiales para el acceso a la red pueden afectar decisivamente la actualización del sistema editorial de la isla a las tendencias que se van marcando en el mundo. No obstante, bien podría empezar a buscarse soluciones aptas para adelantar unos pasos en ese camino (por ejemplo, la digitalización de obras clásicas del acervo nacional y libros de historia, siempre deficitarios, textos de permanente lectura por estudiantes de diversos niveles) y, sobre todo, debe empezar a meditar en las vías para acercar el universo editorial de la isla a la nueva realidad de mercado y difusión que ha surgido. Cerrar los ojos ante esa criatura que comienza a andar puede significar que, cuando se levanten los párpados estemos frente a un gigante muy difícil de dominar, pues, entre otras cosas, apenas entenderemos su lenguaje y carácter.

Abril, 2010

EMPLEO Y TRABAJO EN CUBA

Aunque muchos lo intuíamos, lo veíamos, lo sentíamos, al fin la revelación oficial vino a aclarar la situación: en Cuba hay más de un millón de personas empleadas — por el Estado— cuyos puestos de trabajo pueden ser eliminados o racionalizados.

La aceptación de un estado de cosas en el cual la productividad del trabajador cubano ha demostrado ser baja y en la que el sobrempleo —plantillas infladas, como se le conoce al fenómeno— provoca una relación económica difícil de sostener, cambian por completo la perspectiva oficial que, hasta ahora, se había tenido del problema del empleo en Cuba.

Con una población laboral activa de unos cuatro millones ochocientos mil personas —de una población total de alrededor de 11,2 millones de habitantes—, las cifras de ocupación laboral manejadas hasta hace casi un año arrojaban una sorprendente tasa de desempleo del 1,8%, a pesar de la evidente resistencia de muchísimas personas a incorporarse a la esfera laboral por la falta del incentivo que significan los —también reconocido por el gobierno— salarios estatales cubanos.

El hecho de que en épocas recientes haya habido varias decenas de miles de trabajadores cuya labor productiva ha sido el estudio, sumado a la manifiesta sobreocupación en numerosas empresas o entidades de servicios y administrativas, crearon el espejismo de que el país había alcanzado el pleno empleo, justo cuando a nivel mundial el «paro» se convertía en una de las consecuencias más dramáticas de la crisis.

Pero una mirada racional y económicamente fundamentada en los niveles de productividad y en la cantidad de trabajadores contratados sin un real contenido de trabajo, sumado a la falta de recursos del Estado para mantener determinadas subvenciones o políticas paternalistas, ha ido recolocando cifras y la ya mencionada de un millón de trabajadores sobrantes que hoy están empleados, significa que la erogación del Estado por este concepto es insostenible dentro de una política realista y austera en el terreno de la economía y de toda la organización de la estructura social.

Pero, partiendo de las estadísticas y realidades anteriores, habría que preguntarse: ¿Qué ocurrirá cuando comiencen los ajustes de plantilla? ¿Qué destino tendrán ese millón de trabajadores —la quinta parte de la fuerza productiva del país— cuando sus actuales puestos de trabajo sean eliminados? ¿Qué papel jugarán los sindicatos en una coyuntura tan dramática?

Cierto es que en sectores como la agricultura, la construcción o la educación existe un déficit de trabajadores, por lo cual los «racionalizados» pudieran dirigirse hacia esas esferas. Pero precisamente esos tres sectores, por la complejidad intelectual o las exigencias físicas que los caracterizan son los que menos atractivos resultan para un por ciento considerable de los trabajadores cubanos, aún con las condiciones materiales y salariales hoy existentes —mejores, sin duda, a las que

existían hace cinco, diez años, especialmente en el sector de la educación, donde la falta de maestros y profesores obligó a tomar medidas de beneficio para sus profesionales.

También se debe tener en cuenta que las modificaciones instrumentadas en el arrendamiento de tierras ociosas a cooperativistas privados y la tímida pero al fin iniciada introducción de sistemas cooperativos en los servicios —hasta ahora sólo practicado en las peluquerías y las barberías de algunas localidades, siempre y cuando tengan menos de cuatro sillones (¿)— reducen la responsabilidad estatal sobre esos trabajadores y estimula la productividad y la competitividad como forma de obtener mejores rendimientos monetarios, a la vez que benefician al fisco con la recaudación de impuestos.

Pero el ángulo difícil del análisis se encuentra en la motivación de una parte de la fuerza laboral para incorporarse a las esferas en las cuales se reclama su presencia. Si en la actualidad muchos individuos han optado por quedarse a la sombra de las estrategias de supervivencia que se practican en Cuba —el arte de «resolver», el «invento», y el más complejo y doloroso «desvío de recursos» con que se alimentan los abundantes *inventores* y *resolvedores*, ¿qué ocurrirá cuando decenas de miles de cubanos salgan de la empresa, la oficina, el taller donde recibían un salario sin entregar demasiado a cambio y se les ofrezcan destinos laborales en la construcción o en la agricultura? La respuesta de una cantidad notable de esos posibles reubicados es, al menos para mí, bastante fácil de imaginar.

El caso es que la economía cubana atraviesa un período tan o más complicado que el de los años 1990, en condiciones históricas, políticas y sociales diferentes a las de aquel momento y con una dramática escasez de liquidez. La necesidad de poner sobre bases realistas la productividad del trabajo y la actitud del Estado respecto a los ciudadanos —con la eliminación de subvenciones y privilegios económicamente insostenibles— reflejan una imagen mucho más complicada de lo que será en el futuro el mercado del empleo cubano y la relación de los ciudadanos en edad laboral activa con los puestos de trabajo.

Resulta sin duda un reto ingente el que tiene ante sí el gobierno cubano si pretende poner en práctica una política laboral realista. Pero entre los cambios de concepto y estructura que se han anunciado y reclamado, sin duda este es uno de los más necesarios y urgentes, pero su puesta en práctica más o menos exitosa pasa por la necesidad de revalorizar los salarios (y la moneda en general) y por la búsqueda de nuevas alternativas ocupacionales económica y profesionalmente atractivas que bien pueden estar —al menos en un por ciento— en esferas privadas, colectivas o individuales, que requieren de mayor flexibilidad, apoyo e impulso oficial.

Junio, 2010

PROBLEMAS PARA LAS SOLUCIONES

Los acontecimientos ocurridos durante este mes de julio de 2010, en Cuba, sin duda alguna significan un importante movimiento hacia el interior de la sociedad cubana y hacia su política.

La mediación de la Iglesia católica cubana con el gobierno, iniciada a partir de una misiva enviada por el cardenal Jaime Ortega Alamino a las más altas instancias del gobierno, pidiendo que cesaran los actos de repudio a las llamadas Damas de Blanco, fue la puerta a través de la cual comenzaron a circular las intenciones humanitarias de la institución religiosa y, más tarde, las políticas del propio gobierno cubano, y concluiría con el proceso —en marcha— de excarcelación de cincuenta y tres presos, algunos condenados a veinte años y más, durante la primavera de 2003. Paralelamente, la muerte del huelguista Orlando Zapata y la gravedad en que se hallaba su continuador, Guillermo Fariñas, ponían un extra de dramatismo y complejidad a una situación inédita a la que, presumiblemente, el gobierno debía dar alguna solución.

A mi juicio, la decisión gubernamental, gestionada y consensuada con la Iglesia católica cubana, y con el apoyo del canciller español Miguel Ángel Moratinos (decidido defensor del diálogo con las autoridades de la isla y crítico de las sanciones como forma de presión política y económica), rindió sus frutos más deseables, pues quitó presión a una coyuntura compleja y resolvió la situación humanitaria de unos prisioneros, algunos de ellos con problemas más o menos graves de salud, que han recuperado su libertad.

La trascendencia de estos acontecimientos, más que en el presente (y ya es trascendente, ahora mismo), se verá en el futuro, cuando se verifique si son parte de un cambio político más profundo o sólo una salida táctica para una crisis. Pero, mientras tanto, resulta indudable que, por sí solos, los hechos acaecidos son de una tremenda importancia para la vida cubana, para su política y su sociedad... a pesar de que, por los ecos que *no* ha tenido en la prensa oficial ni en la vida cotidiana cubana no parecen indicar que así fuera o pudiera ser.

Conectados directa, indirectamente o incluso no conectados con la medida de liberación de estos prisioneros (a quienes el gobierno cubano nunca reconoció como presos políticos), lo más presumible es que en un tiempo quizás breve se produzcan otros movimientos en Cuba, sobre todo en el terreno económico y social, en busca de una salida a corto o mediano plazo a la encrucijada más complicada que atraviesa hoy el país: la ineficiencia de su política económica y la crisis de liquidez que ha llegado a los extremos de congelar pagos de acreedores y retrasar la liquidación de deudas, con la consiguiente pérdida de socios comerciales foráneos y la lógica merma de bienes y productos para la industria (entre ellas la del turismo) y para el consumo.

Entre los más urgentes pero a la vez más espinosos temas a resolver está el del sobrempleo. Pero una reorganización de plantillas, en las proporciones exigidas por el

país no se puede conseguir sin la creación real de nuevas plazas o posibilidades de empleo. Al mismo tiempo, la satisfacción o disposición de esos trabajadores desplazados tampoco se puede conseguir sin una valorización del salario o sin una posibilidad real de multiplicarlo, para que el (nuevo) trabajo resulte no ya atractivo, sino, y sobre todo, productivo y generador de bienes, como debe ser.

¿Dónde, en qué sectores se podrían crear esos nuevos puestos de trabajo? Ya se sabe que la agricultura y la construcción están urgidas de mano de obra para el desarrollo de sus respectivas estrategias productivas. Se habla también de la microempresa o las pequeñas cooperativas de servicios como un modo de absorber personal. Hay sectores en los que los servicios bien pudieran cooperativizarse: plomería, albañilería, carpintería, por ejemplo. Sólo que únicamente con una presión fiscal-policial muy ardua y compleja se podrá conseguir que unos albañiles decidan hacer una cooperativa y compartir parte de sus ganancias con el Estado, sólo por tener el permiso de trabajar... ¿Cómo se podría organizar a estos trabajadores, muchos de los cuales no laboran para el Estado y no pagan licencia a la ONAT y decirles que entreguen parte de su ganancia? Imagino la respuesta: el impuesto lo pagará, indirectamente, quien requiera el servicio, pues la obra se encarecerá en la proporción que indiquen los impuestos... y será aún menos asequible a la población. Pero ¿alguien puede prescindir del plomero si se presenta una tupidación? No, como tampoco puede prescindir del barbero que, en lugar de cinco o diez pesos, ahora cobra veinte y más... La sogá, lamentablemente, va a partirse siempre por la parte más débil.

Sin duda en la base de esta, como en la de otras muchas situaciones que sería imposible resumir aquí, también está gravitando una solución táctica, tomada hace quince años, que se ha convertido hoy en una tragedia estratégica y un embrollo casi insoluble para el Estado cubano: la circulación de dos monedas. La deformación de valores y precios, de intereses laborales y del propio valor del trabajo (en lo económico y en lo moral), la desproporción entre los salarios y el acceso a ciertos bienes, han dislocado todos los mecanismos de regulación y, sobre todo, han devaluado, junto al peso cubano, el valor del trabajo para una empresa estatal y generado, por tanto, las más diversas e imaginativas formas de corrupción, empezando por «robar» trabajo y esfuerzo, la más extendida y posiblemente perniciosa de todas, practicada bajo el eslogan «Tú haces como que me pagas... y yo hago como que trabajo».

Si la situación política a la cual se le dio una salida con la excarcelación de cincuenta y tres prisioneros fue difícil de tomar para el gobierno por lo que política y simbólicamente significa (y de ahí, pienso, el silencio oficial que le ha seguido), la coyuntura económica parece muchísimo más compleja luego de dos décadas de deformación extrema y muchos, muchos años de paternalismo, improductividad, plantillas infladas, suplir realidades con consignas y metas, voluntarismo económico y de subversión de conceptos económicos que han sido tratados como cuestiones

políticas (¿de dónde sale si no ese millón y tanto de trabajadores sobrantes, por ejemplo?)... El cambio de esta perspectiva será arduo, pero es urgente. Cómo realizarlo es el mayor reto.

Julio, 2010

EL RENACER DEL CUENTAPROPISMO

Nunca podré olvidar aquella mañana de 1968 en que, de paso hacia la secundaria básica donde por entonces estudiaba, me acerqué a saludar a Caridad, el limpiabotas insignia del barrio. Aquel negro retinto con nombre de mujer, pelo canoso, masón y modales refinados, había instalado su butacón de limpieza de calzado en el espacio que mediaba entre la «despedición» del paradero de la ruta 4 —el símbolo por excelencia de Mantilla— y la cafetería aleña, conocida entonces como «el bar del paradero». Después he tratado de fijar la fecha en que Caridad se instaló en ese sitio privilegiado del barrio y todo parece indicar que debió haber sido entre 1954 y 1955, cuando se terminaron las obras constructivas de la nueva terminal de ómnibus, una de las más modernas, mejor diseñadas y funcionales del país (por cierto, desactivada hace un par de décadas y hoy subutilizada como parqueo).

Pero aquella mañana de 1968 en que me acerqué a Caridad, el negro limpiabotas tan amigo de mi familia y tan arraigado al barrio (y que, debo confesarlo, era mi tocayo por la parte «caritativa» de mi nombre), me explicó que debía cerrar su sillón de limpiabotas porque se lo habían «intervenido»: ahora Caridad, si quería trabajar como limpiabotas, debía hacerlo contratado por alguna instancia oficial, pues el sillón era propiedad del Estado y... le habían «inventariado» y también pasaban a ser propiedad estatal, el betún, la tinta rápida, los cepillos y hasta los trapos de dar brillo a la piel, aquellos pedazos de tela que, con un estilo y una habilidad encomiable, Caridad hacía restallar sobre la puntera de los zapatos para indicar que había terminado su labor.

La eliminación del trabajo por cuenta propia, ejecutada hasta la saciedad con aquella ofensiva revolucionaria de 1968 —barrió con friteros, tamaleros, y hasta reparadores de colchones y estiradores de bastidores—, dejó un vacío en ciertos servicios que nunca han vuelto a recuperarse y convirtió al Estado cubano en el único empleador oficial del país (con la excepción de algunos campesinos privados).

La crisis de los años 1990, quizás la más profunda y dramática que ha vivido la nación, buscó una de las diversas salidas al atolladero económico mediante la recuperación del trabajo por cuenta propia, el ahora llamado «cuentapropismo». Más de un centenar de empleos y actividades fueron autorizados a operar al margen del sector estatal, aunque regidos por férreos controles (que impedían la contratación de terceros o la reproducción de la ganancia) y con compromisos tributarios que resultaron demasiado gravosos para muchos.

Sin embargo, a medida que la crisis fue remitiendo hacia los niveles en los cuales se ha mantenido en los últimos diez, doce años, se vio claramente que no existía una verdadera voluntad gubernamental de apoyar unas actividades productivas y de servicios privadas las cuales, curiosamente, en muchos casos nunca el Estado ha podido propiciar a los ciudadanos. Los controles se hicieron más férreos, la corrupción de funcionarios (inspectores) hizo su aparición y se congeló la entrega de

nuevas licencias para la mayor parte de los aspirantes a «cuentapropistas», sobre todo para evitar la posibilidad de su enriquecimiento (¡). Además, la falta de insumos necesarios para algunas de estas labores las hicieron territorio propicio a las ilegalidades pues, sin practicarlas, era imposible desarrollar determinadas labores. De año en año decreció la cantidad de trabajadores por cuenta propia y, con ellos, una alternativa de empleo y de prestación de servicios importante en cualquier sociedad.

El reciente anuncio, por parte del presidente Raúl Castro, de que se ampliará el sector del trabajo por cuenta propia y que, más aún, se permitirá la creación de algunas empresas privadas (no se dijo, pero se infiere; no se sabe cuáles, pero se especula; se ignora su «tamaño») llega en otro momento de crisis para el país, tal vez menos dramática que la de los años 1990, pero no menos grave, pues economía, finanzas y comercio atraviesan un momento de letargo con manifestaciones tan alarmantes como los bajos niveles alcanzados en las zafras azucareras y cafetaleras, dos renglones productores de una buena parte de la riqueza que, en otros tiempos, tuvo el país. Súmese a esto la evidencia, al fin numerada y expresada por las autoridades de la isla, de que en Cuba no hay desempleo porque hay sobrempleo.

Con la cautela que caracteriza a la actual administración cubana este cambio ha sido anunciado pero sin que se conozca cómo, cuándo y dónde será instrumentado. La experiencia previa aplicada en peluquerías y barberías de determinadas localidades, convertidas en cooperativas de trabajadores por cuenta propia, quizás indique uno de los caminos que se transitarán. Las actividades ya permitidas pero asfixiadas por controles y medidas, si son vistas con mayor realismo económico quizás puedan tener un renacimiento, y el hecho de que se garantice seguridad social y jubilación a los «cuentapropistas» pudiera atraer a algunos a legalizar su relación laboral, pues hay cientos de personas que hacen estos trabajos sin la autorización que, supuestamente, deberían tener.

La revitalización del sector privado, que permitirá la ubicación de cientos de trabajadores hoy vinculados al Estado pero sin un real contenido de trabajo, debe producir efectos beneficiosos en muchos sentidos, incluidas las ganancias individuales de los trabajadores.

Resulta importante, de cara al futuro, saber si la decisión actual sólo se ve como una solución coyuntural o si en realidad significará el cambio «conceptual y estructural» que podrá alimentar la actividad privada, con resultados como la acumulación de ganancias y las elevaciones de los estándares económicos de los más hábiles, capaces y laboriosos. ¿Cómo se asimilará este desbalance económico y social? (¿Serán calificados los más afortunados como «macetas», con la carga peyorativa que se le ha dado al calificativo?) ¿Se permitirá la reinversión de la riqueza acumulada o toparán con un techo bajo de posibilidades? ¿Se liberarán al fin restricciones como la que afecta la compra de automóviles y otros bienes que podrían estar al alcance de personas que han ganado legalmente el capital necesario para acceder a ellos?

También sería importante analizar cómo se equilibrará el salario estatal a las exigencias de un mercado más abierto, pues en el caso ya establecido del servicio de peluquería y barberías cooperativizadas, ha significado la multiplicación por tres o cuatro veces del precio del servicio, mientras que hay otras tarifas más o menos establecidas en los trabajos de albañilería, plomería y otros, que significan desembolsos imposibles de realizar por quienes trabajan para el Estado —y que seguirán siendo mayoría, según se planea.

En cualquier caso, existen mecanismos eficientes para socializar la riqueza —los impuestos es el más difundido— y, pienso, la situación económica y productiva del país clama a gritos por esta y otras modificaciones en busca del rasero más importante en este sector: la rentabilidad. Porque la esencia de la cuestión es que sin rentabilidad no es posible lograr los beneficios sociales que el sistema pretende y a los que aspira, por sus principios filosóficos.

Agosto, 2010

UN HOMBRE QUE, ADEMÁS, AMABA A LOS PERROS

Una noticia conmueve a Cuba: varios quintales de plátano y boniato cosechados mueren al sol y la intemperie en un centro de acopio de la casi extinta provincia Habana, a unos pocos kilómetros de la ciudad capital. A nivel de Estado y de gobierno se ha decretado una «guerra» por la seguridad alimenticia y para evitar las grandes derogaciones de divisas que implica la necesidad de comprar en el exterior el ochenta por ciento de los alimentos que se consumen en el país. Pero la «batalla» sufre dolorosos descalabros, como este, pues aunque algunas formas hayan cambiado, las esencias siguen siendo las mismas, justo esas estructuras que durante cincuenta años, por ineficientes, han sido capaces de hacer disminuir a mínimos las producciones de alimentos del agro, de café, azúcar, renglones tradicionales de la economía cubana a las que la isla debió su riqueza desde el siglo XIX.

Aunque para esta y otras informaciones recurrentes se utilizaran palabras como «guerra», «batalla», «contienda», y por supuesto «victoria», ya de uso común en la prensa y la retórica oficial del país cuando se refieren al enfrentamiento de alguna encrucijada, nadie parece recordar, sin embargo, que un hombre muerto —asesinado— hace ahora setenta años, fue uno de los primeros en utilizar y popularizar tales palabras en sus labores de propaganda política en favor de un Estado proletario.

En muchos países del mundo se ha comentado la efeméride: el 20 de agosto se cumplieron siete décadas de que el exlíder bolchevique León Trotski, creador del Ejército Rojo, alma de los sucesos de octubre-noviembre de 1917 en Petrogrado, resultara asesinado en su refugio de Coyoacán, México. Su asesino fue, como ya todo el mundo sabe, un agente secreto soviético, el español Ramón Mercader, quien cumplía órdenes, deseos y obsesión de Josef Stalin, el secretario general del Partido

Comunista de la Unión Soviética, autor intelectual de esa y otras millones de muertes.

Hace seis años, cuando comencé a escribir la novela *El hombre que amaba a los perros*, donde me centro en este acontecimiento histórico —y muchos otros que lo antecedieron y lo sucedieron, causas y consecuencias más o menos ligadas al crimen de Coyoacán—, jamás imaginé que mi libro andaría circulando justo por estas fechas, al mismo tiempo en que los obstinados y románticos trotskistas que aún quedan en el mundo y algún que otro interesado en el tema del ascenso o del fracaso de la utopía comunista del siglo xx, rememoran la obra política, filosófica y literaria de Trotski pero, sobre todo, el acto de su asesinato (al que algunos llegan a calificar de magnicidio) y lo que este significó para la historia del movimiento revolucionario.

En México, por ejemplo, en la fundación que conserva la casa donde muriera Trotski, convertida después en museo dedicado a la obra del líder y al Derecho de Asilo, se celebró una conferencia internacional dedicada a la trascendencia del autor de *La revolución traicionada* y se aprovechó la coyuntura para iniciar una recaudación de fondos destinados a la conservación del inmueble donde el desterrado y perseguido Trotski vivió el último año y medio de su vida. En España, la revista *Letra Internacional* dedicó tres cuartas partes de su contenido a las figuras de Trotski y de su asesino.

No es extraño que en Cuba se haya pasado por alto la fecha. Todavía hoy, veinte años después de la extinción de la Unión Soviética y de la apertura de algunos archivos espeluznantes y reveladores, a veinticinco de iniciada la *glasnot* que comenzó a desempolvar aquella historia turbia y a más de medio siglo del para nada secreto informe que Nikita Jruschov presentó al Comité Central del partido soviético y en el cual se hacía una explícita denuncia de los métodos autoritarios de Stalin y una implícita de su responsabilidad criminal (incluso hacia sus propios colegas partidarios), la figura de Trotski arrastra los lodos que sobre ella vertieron por décadas los líderes soviéticos.

Cierto es que en la isla, cada vez con mayor frecuencia, circulan comentarios más o menos alternativos sobre lo que significó Stalin para el proceso comunista mundial: el de ser su sepulturero, como lo calificó el propio Trotski en fecha tan temprana como 1926. Pero también es palpable que no se ha abierto la compuerta a la crítica profunda de una historia que también atañe a Cuba desde que el país adoptó el camino socialista y lo tomó por la senda marcada por el modelo soviético. Porque este proceso significaría no sólo la revisión de la obra de Stalin, incluso la del propio Lenin, sino también la de León Trotski, el único gran líder soviético que, desde la década de 1920 hasta el mismo día de su asesinato, se dedicó a analizar, comentar y valorar críticamente los sucesos que ocurrían en el llamado país de los soviets y sus consecuencias para los movimientos comunistas en el mundo.

Como cualquier líder, y más si participa de un experimento novedoso y utópico como lo fue el intento de construir una sociedad igualitaria y democrática, Trotski cometió sus propios errores, y fue uno de los responsables de las pérdidas de

libertades sociales, civiles e incluso partidistas que deformaron la idea maravillosa mientras era llevada a la dura práctica. Su participación directa en la desintegración y militarización del movimiento sindical ruso, su apoyo a sofocar de otras tendencias políticas revolucionarias participantes en la gestación del proceso soviético, la represión por él dirigida contra los marinos de la base de Kronstadt (donde, se asegura, incluso se fusilaron rehenes), entre otros hechos, resultan innegables. Por tanto, también él fue responsable de un proceso de desintegración del concepto de Estado proletario en favor del establecimiento de una sociedad vertical, regida desde las alturas por las voluntades de la figura del secretario general, inmejorablemente (es un decir) representada por Stalin.

Cuando decidí escribir la historia del peregrinaje de Trotski, expulsado no sólo del partido, sino del país que ayudó a fundar, y los pormenores de cómo se fraguó su asesinato, uno de mis propósitos literarios era llegar a la humanidad del personaje que había estado en el centro de tan trascendente historia. Como me proponía escribir una novela y no un ensayo histórico, me interesaba su dimensión humana, su relación de hombre con la vida y con las personas, tanto como su obra política. Pero a medida que avanzaba en la investigación previa y luego en la escritura del texto, aquella pretensión inicial se me escapaba constantemente de las manos y el político, el líder, el hombre público siempre dominaba al individuo, casi hasta hacerlo desaparecer. Tuve que aceptar entonces que León Trotski —nacido Bronstein, de origen judío, en la pequeña aldea ucraniana de Yanovka, el 26 de octubre (7 de noviembre según el nuevo calendario) de 1879, justo treinta y ocho años antes de que encabezara con éxito el levantamiento de Petrogrado— era de la extraña raza de los seres que viven en la política, por la política y para la política, mientras los dolores, penas y alegrías humanas ocupan apenas un pequeño espacio en su mente.

No obstante, Stalin se encargó de atacar el flanco mayor y el menor de Trotski: pues no sólo lo vilipendió y, en la práctica, lo venció como político, sino que lo laceró por el resquicio humano, llegando a hacerlo sufrir el asesinato de dos de sus hijos, el encarcelamiento y desaparición de muchos otros familiares, amigos y copartidarios, y de convertirlo, para la gran masa de luchadores progresistas, en la imagen misma del revisionista traidor.

Resulta cuando menos curioso que el aspecto de la vida de Trotski —y, macabramente, también de su asesino, Ramón Mercader, otro hombre casi inhumano— en el cual, como novelista, encontré los mayores reflejos de una sensibilidad cercana y amable, fue en su relación con los perros. Una cierta debilidad por esos animales, una admiración a veces exagerada a su inteligencia, una fascinación por su proverbial fidelidad, sirvieron para que el personaje se me mostrara a escala humana y pudiera entrever, tras la avasallante pasión política, un destello sentimental que lo acercaba a esta otra especie, la nuestra, muchas veces menos fiel y casi siempre (debemos reconocerlo) menos inteligente que la de los perros.

Septiembre, 2010

LA GENERACIÓN ESCONDIDA

Los cambios económicos y sociales ya emprendidos en Cuba y los que se implementarán en un futuro próximo bajo la premisa de la necesaria actualización y perfeccionamiento del modelo económico cubano, tienen entre sus objetivos expresos una descentralización del Estado y un descargo de responsabilidades insostenibles para esa estructura.

Este proceso, que permitirá mayor independencia no sólo a las empresas, a los gobiernos locales y a las opciones laborales de los individuos, trae aparejado una importante modificación de las estructuras sociales cubanas, no sólo en lo económico sino en todas sus esferas de existencia.

Mucho se ha insistido en la necesidad de que el Estado asuma menos responsabilidades que no tiene por qué cargar (aunque fue su decisión asumirlas en una época, como parte del «modelo» escogido) y en la imposibilidad de mantener subsidios, gratuidades y beneficios que hasta hace unos años el propio Estado generó y promovió. Mucho, también, en la necesidad del aporte de los ciudadanos al sostenimiento de ese mismo Estado, mediante una adecuada productividad laboral y a través de impuestos directos (incluidos los destinados a la seguridad social, y por tanto, a esferas como la salud y la educación). Poco se ha dicho, en cambio, de los conflictos individuales que las medidas tomadas y por tomar traerán a los ciudadanos, aunque, ciertamente, se ha insistido en la máxima de que ninguna persona quedará desamparada si necesita de la ayuda estatal.

Cuando se habla de la necesidad de eliminar subsidios no se menciona, en cambio, la posibilidad de reducir los gravámenes que, durante los últimos quince años, han ayudado al sostenimiento del Estado y a su posibilidad de entregar subsidios, como son los impuestos que se aplican a los productos expendidos por las tiendas recaudadoras de divisas, cuyos precios suelen duplicar, triplicar y hasta cuatriplicar los que esos mismos productos tienen en la red minorista de otros países. Esos precios tan duramente gravados, por cierto, son los que regulan los del resto de los mercados (con la excepción de los productos vendidos por la escuálida y moribunda libreta de abastecimiento) y hasta los del mercado negro que funciona en el país y son los que, en conjunto, provocan la incapacidad de los salarios estatales para el sostenimiento del trabajador y su familia, lo cual ha provocado, entre otros efectos, el desinterés por el trabajo.

Entre lo más o menos comentado ha habido, sin embargo, un total silencio respecto a los efectos que tales cambios y redefiniciones traerán para el sector de las personas que, sin llegar a la edad de jubilación, pero ya rebasada la juventud, deberán rehacer sus vidas en nuevas condiciones sociales y económicas en las cuales el Estado aspira a obtener una parte mayor de su sostenimiento del trabajo de los ciudadanos sin que se mantengan las políticas proteccionistas o paternalistas imperantes por décadas en el país.

Este grupo de personas forma la generación que hoy anda entre los cuarenta y cinco y los cincuenta y cinco años, y que es muy definible en Cuba por varias características entre las cuales se me ocurre contar el hecho de haber sido la primera que, masivamente, hizo estudios universitarios (y son, por tanto, profesionales); es la que, esencialmente, participó en las misiones intemacionalistas militares de los años 1970 y 1980, sin recibir los beneficios económicos que perciben, de un modo u otro, los trabajadores intemacionalistas actuales; fue la que, alrededor de los treinta años, o sea, en su etapa de madurez intelectual y laboral, vivió la llegada del período especial y vio en muchos casos truncada o alterada su estructura de ascenso económico y social; y es —en algunos casos para su salvación— la que engendró la generación de jóvenes que en los últimos años han emigrado de Cuba o están emigrando ahora mismo, jóvenes con capacidad intelectual o fuerza física para intentar —y muchas veces lograr— una inserción satisfactoria en otras sociedades, desde donde contribuyen al sostenimiento de sus familiares en la isla.

¿Cuántos de los individuos pertenecientes a esa generación están en condiciones físicas y psicológicas para «reciclarse» en el nuevo modelo económico que se gesta? ¿Cuántos pueden convertirse en agricultores, constructores, policías o trabajadores por cuenta propia, teniendo en consideración su edad y capacidades? ¿Además del trabajo como maestros, qué otra alternativa puede ofrecerles el Estado a muchos de ellos?

En alguna de las novelas que he escrito llamo a este sector específico de la población cubana «la generación escondida», por su proverbial falta de rostro público y de capacidad para decidir sus opciones de vida y futuro en una sociedad que estuvo férreamente reglamentada y en la cual su rol muchas veces fue decidido por las necesidades, exigencias y reclamos del Estado. Desde el estudio hasta la guerra, pasando por los cortes de caña, la orientación profesional y un largo y variado etcétera de necesidades y obediencias.

Esa es la generación que hoy debe intentar reubicarse en un sistema que será necesariamente competitivo, en donde el Estado le exigirá productividad e impuestos, al cual llegan con sus conocimientos en disputa con los conocimientos, capacidades y fuerza de la generación que los sucede, y, dramáticamente, con la posibilidad de la jubilación retrasada por cinco años más debido a una legislación reciente.

No hay duda de que el reto a enfrentar por este sector de la población cubana es arduo, en una medida aún difícil de establecer. Las opciones de trabajar para el Estado se reducirán notablemente y las posibilidades de hacerlo en empresas más o menos autónomas o de capital mixto enfrentarán, más que nunca, el peso de la competitividad. Los trabajos por cuenta propia, mientras tanto, exigen de habilidades y capacidades que muchas de estas personas no poseen, y también funcionarán, en lo adelante, con un alto grado de aptitud del cual dependerá su subsistencia y éxito.

La coyuntura social y económica que hoy acecha a esta generación será su nueva guerra, su nuevo corte de caña. Pero el lenguaje y la retórica que los acompañará en

ese empeño no será ni podría ser el mismo, pues son otros los fines, otros los tiempos, otras las expectativas. Y porque lo que se aproxima es un choque frontal con la realidad y su expresión exigirá nuevas respuestas... y no viejas consignas escuchadas por tantos años.

Noviembre, 2010

CIUDAD CON CRISTALES ROTOS

Hace alrededor de treinta años, en una ampliación que se le efectuó a una terminal de ómnibus que por ese entonces funcionaba en un barrio de La Habana, una acera que daba a la calzada principal de la localidad sufrió graves daños. Los enormes camiones que cargaban escombros y las concreteras que luego vertieron el material utilizado en dicha ampliación, partieron la placa de la acera, hundieron varias partes de ella y la dejaron prácticamente intransitable. Al terminar la obra del paradero las brigadas de constructores (precedidas por sus triunfales dirigentes) se retiraron sin siquiera voltear la vista para contemplar el estropicio provocado.

A lo largo de las tres décadas transcurridas, en los alrededores de esos veinticinco metros de acera convertida en charcos y lodo, se han realizado algunas obras de remodelación de instalaciones comerciales. Pero como los organismos responsables de esas obras no son los encargados del mantenimiento de las aceras (¿existirá ese organismo?), el tramo destruido nunca ha sido reparado y su deterioro ha ido en incremento, por lo que en la actualidad el estado de ese paseo, ubicado en el corazón del barrio, prácticamente obliga a los peatones a caminar por la avenida para evitar los charcos y el fango que dominan lo que antes fue una acera.

Es alarmante que en tanto tiempo ningún organismo o empresa del Estado y el gobierno hayan tenido la posibilidad o la intención de desfacer este doloroso y peligroso entuerto. Ni el Ministerio de Transporte (supongo que primer responsable de la afectación) ni el Poder Popular, ni cualquier otra instancia oficial parecen interesados en devolver a la acera su función de paso de peatones y bien público, ni, mucho menos, eliminar el lamentable espectáculo que desde hace tanto tiempo ofrece. Seguramente, como suele ser, todos podrán esgrimir motivos económicos para tal actitud.

No es extraño —y hasta hay una teoría para explicarlo— que alrededor de la acera quebrada hayan otras en semejante estado y calles destrozadas; que en sus inmediaciones se produzcan actos como la micción en la vía pública (del que he sido testigo), que se acumule basura, que algunos vecinos incluso hayan aprovechado las furnias para verter escombros; que en toda la zona se haya empozado (como el agua y el fango) la fealdad, la suciedad y la desidia. Fue como si una barrera de urbanidad, respeto y normas de convivencia se hubiese levantado y, a la vez, abierto el banderín de la indolencia, el abandono, la falta de límites.

Las consecuencias de una situación como la existente en ese tramo de acera, que es fácil observar repetida por muchas partes de la ciudad y el país donde se han producido similares quiebres de las normas urbanas, pueden ser explicadas por una teoría cuyo reciente conocimiento resultó, al menos para mí, esclarecedor sobre una de las causas del origen y la proliferación de tantas actitudes antisociales y rupturas de las normas de convivencia.

He leído que fue en 1969 cuando el profesor Phillip Zimbardo, de la

norteamericana Universidad de Stanford, realizó un interesante experimento de psicología social que daría pie a la (espero que no apócrifa) «teoría de los cristales rotos».

La prueba de Zimbardo fue muy simple: consistió en dejar abandonados dos autos, idénticos, en las calles de dos barrios muy diferentes. Uno de los autos fue colocado en la por entonces pobre y conflictiva zona del Bronx neoyorquino, mientras el otro fue dejado en el rico suburbio de Palo Alto, en California. Los especialistas observaron que, a las pocas horas, el autoabandonado en el Bronx comenzó a ser canibaleado hasta dejarlo en ruinas. Mientras, el de Palo Alto permaneció intacto durante varios días. La primera respuesta del experimento parecía corroborar la extendida idea de que la pobreza es generadora de actitudes delictivas.

Pero la segunda fase de la prueba fue la que resultó verdaderamente reveladora: los sociólogos quebraron una ventanilla del auto estacionado en Palo Alto y comprobaron que aquel simple acto provocaba similares resultados a los observados en el Bronx: el auto era canibaleado y dejado en el mismo estado ruinoso que su gemelo del barrio pobre.

Los investigadores concluyeron cómo en el origen de ciertas actitudes antisociales, delictivas y violadoras de normas, no sólo incide la pobreza. Para ellos resultaba evidente que aquel test había revelado una conducta más compleja, relacionada con la psicología humana y con las relaciones sociales que establecen las personas. La ventanilla rota del auto de Palo Alto transmitía una idea de abandono, desinterés y falta de preocupación que rompía códigos de convivencia y de reglas. Una vez rota la ventanilla, cada nuevo ataque que sufría el auto del suburbio rico potenciaba esa noción, capaz de conducir a la violencia irracional practicada sobre el automóvil por personas que, supuestamente, no necesitaban de unas gomas o unos faroles para vivir.

En la misma reseña donde se comentaba el experimento del doctor Zimbardo se hablaba de pruebas posteriores, realizadas por otros sociólogos, que elaboraron la «teoría de las ventanas rotas», cuya base estuvo en la demostración de que si se rompe el cristal de una ventana de un edificio y nadie lo repara, pronto estarán rotos todos los demás. Y agregaban: si una comunidad exhibe signos de deterioro y esto parece no importarles a nadie, entonces allí se generará el delito —concluían y agregaban—: «Si se cometen ‘pequeñas faltas’ (estacionarse en lugar prohibido, exceder el límite de velocidad o pasarse una luz roja) y las mismas no son sancionadas, entonces comenzarán faltas mayores y luego delitos cada vez más graves».

La demostración práctica de esta teoría es muy visible hoy en la sociedad cubana. La esquina sin iluminación y con un hueco en la acera o en la calle donde alguien arroja unas carretillas de escombros, pronto se convierte en un vertedero; en un edificio sucio y despintado alguien escribe en una pared y luego se transforma en un mural con pornografía incluida; en una instalación se rompe un cristal y en unas

semanas el resto se convierte en blanco de las piedras de los muchachos del barrio mientras en el parque donde alguien rompe un banco pronto no quedará ninguno en pie.

Si bien estas actitudes no están directamente relacionadas con la pobreza, en el caso cubano mucho tienen que ver con la desidia, la falta de voluntad y de acción de las llamadas «instancias pertinentes». Ya alguna vez comentamos lo ocurrido con el parque de Santos Suárez, que hasta la década de 1980 fue justamente «un parque» y que luego se ha convertido en vertedero de la zona, por encima de los esfuerzos por rehabilitarlo —que han terminado en el robo, incluso, de los bancos reinstalados. Tal actitud de la población se comenzaría a explicar si se recorre, a cien metros del parque, la calle que lleva precisamente el nombre de Santos Suárez y que, desde hace más de veinte años, parece recién salida de un bombardeo, con una imagen de miseria profunda que se trasmite incluso al Sylvain Gran Vía, otrora la más célebre dulcería cubana y hoy un lugar mustio y de baja calidad...

Entre el parque y la calle corre, sin duda, una corriente de abandono y deterioro que sólo se cortará cuando desaparezca la fuente generadora, y las personas vuelvan a sentir una armonía y, con ella, el peso de unas normas de conducta, convivencia, legalidad que requieren, por supuesto, del auxilio de inversiones pero, también, de recuperaciones éticas afectadas por la falta de control y de autoridad que son necesarias en cualquier sociedad para mantener las normas de una convivencia armónica, con la cual se restablezca, como una emanación natural, el respeto por la propiedad social y por los derechos de los demás ciudadanos.

Una cría de cerdos que infecta con sus efluvios toda una cuadra, la música colocada a volúmenes que molestan a vecinos cercanos y lejanos, las latas arrojadas desde las ventanillas de los autos en marcha, los camiones estatales que infectan con sus escapes el ambiente, el ruido desconsiderado de las motocicletas, un estadio histórico dejado en manos del abandono, un museo cuyo techo se viene abajo, no se producen de modo aislado y, ni siquiera, de manera difícil de detectar. ¿Qué autoridad podría poner coto a esas y otras manifestaciones de prepotencia, o de desidia, incluso de resignación ante lo horrible? ¿Sólo son un reflejo de las magras condiciones económicas del país y de la población? Deberíamos, todos, pensar en las causas y consecuencias de tales manifestaciones y, ya es hora, en las respuestas sociales, administrativas y legales que requieren, pues de la ruptura de una norma a la comisión de un delito muchas veces la distancia es bastante corta. Puede que sólo sea la que marca un cristal roto.

Diciembre, 2010

EL DESAFÍO DE LA PRODUCCIÓN DE CULTURA

Una de las primeras leyes dictadas por el gobierno revolucionario recién llegado al poder en el año 1959, fue la creación del Instituto Cubano del Arte y la Industria Cinematográficos (ICAIC) como entidad encargada de crear, producir, distribuir y exhibir una cinematografía que contribuyese a la elevación de los niveles culturales y espirituales del pueblo cubano. Apenas un año después, aquel gesto inicial se multiplicaría como política esencial del nuevo Estado cuando se lanzó una campaña nacional de alfabetización capaz de lograr, en unos pocos meses, que Cuba fuese un país libre de analfabetismo.

Numerosas instituciones, organismos, entidades de carácter cultural fueron creadas en aquellos primeros años del período revolucionario, siempre con la intención, por parte del gobierno y el Estado, de conseguir la creación de un pueblo culto y espiritualmente más satisfecho de sus necesidades. Y esa política se mantuvo incluso cuando las dificultades materiales ya comenzaban el que ha sido un larguísimo aseo.

Todo el proyecto cultural cubano de estos últimos cincuenta y dos años ha tenido como fuente principal las subvenciones estatales, especialmente generosas hasta que a inicios de la década de 1990 se produjo la caída del socialismo europeo y la desaparición de la URSS. Esa centralización de la producción cultural en manos del Estado generó, por supuesto, una dependencia del artista con un único promotor y mecenas, una relación que se hizo especialmente compleja en momentos en que la política cultural se aferró a una ortodoxia que alcanzó altos niveles de censura, dogmatización e, incluso, se llegó a la marginación de numerosas personalidades del mundo cultural —con mayor fuerza en la década de 1970.

Con la crisis económica de los años 1990 la industria cultural cubana entró también en una profunda paralización, como el resto de las actividades económicas y sociales del país y resultó imposible sostener el nivel de acciones hasta ese momento alcanzado. En cambio, como resultado positivo, estuvo la posibilidad de los artistas cubanos (plásticos, escritores, actores, etc.) de vincularse directamente al mercado internacional, lo cual produjo una beneficiosa revulsión en los modos de producción y, más aún, en los caminos de la creación individual.

En la última década, mientras se observaba una cierta recuperación económica (que desde la perspectiva actual del discurso oficial parece haber sido más virtual que real), aun sin llegar a los niveles de abundancia que se gozaron en los años 1980 del pasado siglo, la actividad cultural volvió a reanimarse en la mayoría de los sectores de la producción de bienes culturales mientras se pudo brindar mayor apoyo a los creadores, lo cual condujo a un aumento de ofertas a los consumidores de cultura, una masa que, gracias a los proyectos iniciados en 1959, ha llegado a ser especialmente abultada en la isla.

Hoy, en cambio, se abre una interrogante respecto al futuro de ese complejo y

necesario sector de la vida social, cuando se reestructura toda la política económica del país y uno de los elementos más mencionados es, precisamente, el de la eliminación de subsidios a empresas e instituciones y la búsqueda a toda costa de la eficiencia y la productividad.

¿Cómo combinar esta nueva perspectiva económica con todo un aparato de producción cultural que va desde grandes institutos hasta casas de cultura en cada uno de los municipios del país? Aunque en el Proyecto de Lineamientos de la Política Económica y Social cubana, publicados el pasado 2.º de noviembre, se insiste en «Continuar desarrollando la educación artística, la creación, el arte y la capacidad para apreciarlo...», también se especifica en el documento que es necesario «nuevas fuentes de ingreso» y hacer lo posible por pasar todas las actividades en condiciones de hacerlo del «sector presupuestado al sistema empresarial», y se decreta, como medida al parecer tomada, la racionalización de «la enseñanza artística y la formación de instructores de arte».

Una primera clarinada de los cambios económicos que acechaban al sector sonó en el año que termina cuando toda una serie de premios literarios con dotación económica fueron suspendidos en diversas instancias, provocando la alarma entre los creadores.

Sin embargo, las grandes estructuras de producción cultural, a pesar de que algunas de ellas han disminuido notablemente su capacidad de realización (la cinematográfica, por ejemplo), mantienen sus viejos formatos, sobre todo en lo que a personal empleado se refiere, aun cuando algunas de ellas cuentan con plantillas de artistas, técnicos y burócratas que no parecen corresponder con los resultados productivos concretados en ellas.

Una vía a transitar de la cual aún no se habla abiertamente es la inserción de mecanismos de mercado en la producción de determinados bienes culturales (única vía para transitar del «sector presupuestado al sistema empresarial»). Aunque en muchas sociedades prácticas artísticas como la misma cinematografía, o el teatro, por lo general gozan de subvenciones estatales y hasta privadas que les permiten su realización, hay otras en donde se combinan el apoyo estatal y la comercialización, como es el caso del mundo del libro.

Pero hasta tanto los mecanismos financieros cubanos no consigan una lógica que los adecúe a la realidad, tal solución parece inviable. La única pregunta a responder para tener tal certeza sería de una sencillez dolorosa: ¿a qué precio habría que vender un libro en Cuba para que deje de ser un producto subvencionado? Las cifras seguramente superarían los cien pesos cubanos, o sea, algo así como la cuarta parte del actual salario promedio... sólo por un libro.

Con una segura disminución del apoyo financiero estatal muchas actividades culturales se van a ver limitadas o desaparecerán, con un coste social y espiritual que se debe tener en cuenta. Sin embargo, en el mismo sentido se hace evidente que instituciones como la Biblioteca Nacional de Cuba, una entidad que sólo puede

funcionar con el respaldo oficial, necesita de una enorme y urgente inversión por parte del Estado cubano no ya para que funcione como centro de información y lectura (algo apenas posible en la actualidad), sino incluso para la preservación de sus fondos, insustituibles en casi todos los casos. Y, más de lo mismo: ¿será posible sin apoyo oficial recuperar todas las salas de cine que existían en el país?

La disyuntiva que se abre ante el mundo cultural cubano resulta sin duda compleja y peligrosa. Las pérdidas en un universo tan específico y frágil suelen ser irreparables (recuérdese sino el caso de los carnavales habaneros, convertidos en una acción festiva sin arraigo ni trascendencia a causa de las interrupciones e irregularidades sufridas). Y aunque las autoridades culturales del país aseguran que la política de producción y distribución de cultura, así como la defensa del patrimonio artístico y la identidad cultural cubana seguirán contando con el apoyo del Estado, lo cierto es que un mayor realismo económico provocará también cambios de «estructuras y conceptos» en el sector, y que la instalación de mecanismos de mercado, habitualmente criticados y hasta satanizados, deberán tener un espacio si se quiere seguir contando con una producción cultural amplia y diversa, como la que necesitan los creadores y exigen los consumidores cubanos.

Enero, 2011

LA MÁQUINA DEL TIEMPO

En su célebre conferencia dedicada a La Habana (filmada en los años 1970) Alejo Carpentier evocaba los días de su adolescencia, en las primeras décadas del pasado siglo cuando, a pesar del rápido crecimiento de la capital cubana, los límites entre lo rural y lo urbano todavía eran difusos. Por ese entonces el «campo» aún solía meterse en la ciudad de las más disímiles formas, y el novelista recuerda como ejemplo muy notable el de las lecherías, donde se vendía la leche fresca, recién ordeñada de las vacas que, esa misma mañana, habían sido traídas desde los corrales cercanos a la urbe por unos recorridos fáciles de seguir a través del hedor y la presencia física de las deposiciones que los animales iban dejando a su paso.

Ya hacia los finales de la época histórica registrada por la evocación carpenteriana (1912 – 1930), La Habana era una ciudad con las características fundamentales de la capital moderna y «el campo» se había retirado fuera de sus lindes. Mercados y negocios de diverso tipo, cada vez más adecuados a la vida del siglo fueron surgiendo no sólo en las zonas más comerciales, sino en los barrios de la periferia. Incluso, conceptos como el de la tienda por departamentos y lo que hoy se conoce como *mall* ya tenían una larga presencia habanera (ahí está, aún de pie aunque llena de heridas, la Manzana de Gómez). Surcada por nuevas y cada vez más amplias avenidas, lo urbano se imponía definitivamente y daba la fisonomía que la ciudad mantuvo hasta la década de 1980.

La llegada del período especial, al despuntar el último decenio del siglo xx fue una conmoción para toda la sociedad cubana. Fue ese un momento en el cual comenzó un proceso regresivo de lo urbano que ha sido llamado la ruralización de la ciudad que, en ciertas urbes del interior de la república, llegó a alcanzar niveles alarmantes.

Varios signos muy visibles y otros menos evidentes se conjugaron para ir conformando ese proceso. Un elemento sin duda catalizador de todo el fenómeno fueron las migraciones masivas del campo a la ciudad y del interior a la capital, que empujó a grandes masas de personas en busca de unas posibilidades mejores para su existencia (o simple subsistencia), al punto de que el gobierno trató de regular esos desplazamientos internos con leyes cuya eficacia parece haber sido limitada. Con esas personas, de hábitos específicos, muchas veces marcadamente rurales, y el crecimiento paralelo de una marginalidad citadina provocada por la propia crisis y las múltiples dificultades cotidianas, La Habana fue sorprendida por acciones como la de colocar ollas en las aceras para cocinar con leña, la cría masiva de cerdos incluso en el interior de viviendas con mínimo espacio y la venta callejera de productos agropecuarios. Todas esas manifestaciones, sumadas al deterioro acumulado, y para ese entonces acelerado, del componente físico de la ciudad (edificios, calles, aceras, alcantarillas, espacios públicos), La Habana fue alejándose rápidamente de su

anterior esplendor y adquiriendo la imagen de feria de los milagros con un marcado sabor campestre, surcada por arroyuelos de aguas albañales, lagunas en las furnias callejeras, parques convertidos en solares yermos o vertederos. Lo peor de todo fue que ese espíritu de abandono caló en la conciencia de sus moradores ancestrales o recién llegados, hasta profundidades peligrosas.

En las últimas semanas, al calor de las primeras medidas ya en práctica para la actualización del modelo económico cubano, La Habana ha recibido un nuevo impulso en su proceso de ruralización: apresuradas construcciones de zinc para la venta de cualquier artículo, esquinas tomadas por vendedores de productos agrícolas que colocan la mercancía directamente en el cajón donde han sido transportadas, el incremento masivo de la cría de cerdos que luego nutrirán mercados y rústicos puestos de ofertas gastronómicas que se van expandiendo por todo el territorio, en un avance geométrico, sin orden ni concierto, sin respeto por el urbanismo ni demasiadas preocupaciones por la salubridad. Esta avalancha de lo rural y lo efímero se suma a la situación ya existente desde los años 1990 y no superada en la mayoría de los casos (calles intransitables, edificios derruidos, casas mal pintadas o jamás pintadas, rejas sin un atisbo de intención estética, criaderos de cerdos en jardines y patios), creando una sensación de retroceso más que de progreso, de vuelta a los orígenes y no de evolución.

Sin lugar a dudas la causa de este fenómeno es en primer término económica, aunque en sus manifestaciones tiene un fuerte componente social y cultural. Si bien la supervivencia y búsqueda de alternativas constituye una reacción inmediata con la cual los cubanos tienen que luchar, también resulta evidente que la falta de controles, la degradación de las costumbres, la falta de sentido de respeto por el derecho ajeno, la imposición de la ley del más fuerte, el más inculto, el más picaro, y la filosofía del «hay que resolver», como sea, están bullendo en la misma olla callejera donde se deteriora el aspecto y la cultura de la ciudad.

La ruralización de La Habana (algunos llaman al proceso como *haitianización*, para hacerlo más doloroso y específico) resulta una realidad con la que ya estamos conviviendo, y tanto que muchas veces ni siquiera reparamos en ella, como si ver un carretón de caballos o un cerdo paseado como un perro fuese lo más natural del mundo en una capital del siglo XXI. Pero si lo miramos con detenimiento, costaría trabajo admitir que en la época de las grandes superficies comerciales, de la lucha por la conservación y el reciclaje, en tiempos en los cuales se sabe que el mantenimiento de la higiene representa uno de los elementos esenciales para el buen funcionamiento de un sistema de salud. La Habana y Cuba, en general, se estén moviendo en sentido contrario, como si hubiéramos abordado una máquina del tiempo enganchada en la marcha atrás, sin que se vislumbre un muro de contención para ese proceso de deterioro que afecta por igual lo físico y lo moral, lo material y lo espiritual.

Marzo, 2011

LOS ESCRITORES AUSENTES

Hace unos años, como parte de la autocomplacencia con que la propaganda adornaba la vida cubana, resultaba frecuente escuchar en los medios y en las arengas que los cubanos éramos (y debemos serlo todavía) un país tocado por la sabiduría: gozábamos la condición de ser el pueblo más culto del mundo, se dijo muchas veces, y se exaltó con esa frase el sistema educativo de la isla y su posibilidad y capacidad de consumir cultura, a pesar de las difíciles circunstancias económicas que por largo tiempo nos han acompañado. Pero aquel entusiasmo triunfalista (que no se limitaba a este terreno) desconocía o tapiaba muchas de las coyunturas difíciles que, afortunadamente, en los últimos tiempos se debaten e incluso tratan de superarse con cambios de diversa profundidad y alcance.

No hay duda alguna de que la democratización de la educación y la intensificación del consumo y disfrute de cultura por un gran por ciento de la población han sido dos de las más notables ganancias del país en el último medio siglo. Tampoco se puede poner en duda que las extremas condiciones económicas de las dos últimas décadas afectaron notablemente esos territorios en donde las subvenciones estatales y la capacidad de gastos e inversiones oficiales resultan decisivas.

Las recientes modificaciones del sistema educacional del país, en busca de una recuperación de su calidad, han advertido a las claras que la realidad no siempre se correspondía con las intenciones ni con el discurso. Al mismo tiempo, la crítica generalizada a la pérdida de valores éticos y de comportamiento puso una flecha que indicaba, entre otros problemas sociales y económicos, las deficiencias educativas y culturales que habían crecido con los vientos propicios de la crisis y de las medidas de emergencia.

Un elemento del complejo panorama espiritual cubano que no deja de preocuparme, y al cual debería dársele la mayor importancia y emprender la búsqueda de posibles soluciones (muy complicadas soluciones, es obvio, pues apuntan directamente al plano económico) es el relacionado con el decisivo aspecto, de carácter educativo y cultural, de la literatura a la cual hoy tienen acceso los habitantes de la isla. En este sentido nadie puede negar que, en la actualidad, el lector cubano ha visto constreñidas sus posibilidades a la lectura de obras de autores nacionales publicadas por editoriales nacionales (y no siempre en la cantidad de ejemplares reclamados) y a las contadas ediciones de autores extranjeros, títulos y posibilidades a los que se suman unos pocos ejemplos llegados a la isla en ocasiones especiales, como las ferias del libro.

De más está decir que hoy resulta imposible, desde todo punto de mira, las dos opciones capaces de aliviar esta sequía: la producción nacional y/o la importación de obras, pues, en lo fundamental, ambas dependerían de la creación de un mercado del libro que, en las condiciones económicas del país y de sus ciudadanos, es

simplemente una utopía. Mientras en otras manifestaciones como el cine (visto por la televisión o distribuido por redes alternativas) o la música (incluido el reguetón) el acceso a las nuevas producciones es mucho más fluido, en la literatura la acumulación de deudas crece constantemente y a un ritmo geométrico.

Tal vez algunos colegas o lectores piensen que exagero e insisto demasiado en asuntos como el papel del mercado del libro y la urgencia del acceso de los cubanos a textos más diversos, actuales y motivadores. Pero considero que el enfrentamiento con la literatura que hoy se publica, lee y difunde en el mundo constituye una necesidad apremiante para el desarrollo cultural del país e, incluso, para los rumbos de la creación artística de sus profesionales y aficionados así como para la formación de gustos y preferencias estéticas de las mayorías, pues ambos grupos sólo acceden a ciertos textos por vías rocambolescas... o nunca acceden a ellos.

Iniciativas como Cruzada Semanal «para el fomento de la lectura inteligente» emprendida por la Casa del Escritor de Manicaragua en la provincia de Villa Clara siempre resultan bienvenidas. Allí, a nivel municipal, un grupo de entusiastas, advertidos por esta escasez de posibilidades de que vengo hablando, se han propuesto la lectura y debate de obras y autores prácticamente desconocidos en el país. Pero esta muy loable y necesaria «cruzada» es, evidentemente, una vendita que apenas logra cubrir una enorme herida en las urgencias intelectuales de toda una nación con las altas y peculiares exigencias literarias que hoy tiene Cuba.

Recientemente esta Casa del Escritor villaclareña propuso la lectura y debate de un texto del escritor norteamericano Paul Auster titulado *Experimentos con verdad*, en el cual este importante novelista reflexiona sobre la relación entre literatura y ficción. Pero el mismo hecho de que se escoja la lectura de este ejemplar de Auster (editado por Anagrama, en España) alerta sobre lo más dramático del caso: ¿cuántos cubanos han leído o siquiera tienen noticias de la literatura inquietante de Paul Auster, uno de los nombres claves de la actual narrativa universal?

No pretendo hacer una lista de ausentes en el panorama de lecturas de los cubanos, pues sería un empeño irrealizable. Pero entre los muchos autores que se le «deben» a los consumidores de literatura en la isla, existe uno cuya ausencia me parece grave, alarmante y dolorosa: el del chileno Roberto Bolaño, quizás el más grande narrador en lengua española de las últimas generaciones.

Nacido en 1953 y muerto en el 2003, a causa de una afección renal, Bolaño dejó una obra compuesta por varias novelas y libros de relatos, pero sobre todo dos piezas que, a mi juicio, compiten —y en muchos casos superan— incluso las míticas obras de los años del *boom* de la novela latinoamericana.

La primera de estas obras, *Los detectives salvajes*, de 1998, ya fue capaz de convertirlo en una referencia indispensable no sólo entre los novelistas de su generación, sino en el ámbito de la literatura de la lengua y más allá. Pero la edición en 2004 —un año después de su muerte— de la monumental novela 2666, una obra capaz de provocar a nivel universal una «bolañomanía» (que literariamente nada tiene

que ver con modas como las de Harry Potter o popularidades como las de un Paulo Coelho), hacen de este autor chileno de nacimiento, mexicano de juventud y español de madurez uno de los indispensables de la literatura universal... casi totalmente desconocido en Cuba.

Como ya dije, las soluciones para esta coyuntura son de muy compleja puesta en práctica, especialmente por las pesadas razones económicas que nos acompañan. Pero la realidad, preocupante, es que *el lector cubano* (una ganancia cultural valiosísima) vive desde hace demasiado tiempo de espaldas a mucha de la mejor literatura universal, y esa situación lo limita y lo marca. Quizás de manera indeleble.

Abril, 2011

EL MUNDO ES ANCHO... Y BASTANTE AJENO

Las voces que durante años han clamado por una reforma profunda de la política migratoria cubana, al fin parecen haber sido escuchadas por las esferas de decisión política del país. El anuncio de que se revisará la posibilidad de que los cubanos viajen como turistas (con independencia del tema económico implícito en esa posibilidad) o incluso que busquen con mayor amplitud legal la posibilidad de contratarse como trabajadores individuales fuera del territorio nacional, deben resultar pasos iniciales hacia una normalización de lo que, por cinco décadas, ha sido tristemente anormal: el acto de viajar fuera del país de nacimiento.

Aunque se trate de una decisión de carácter político y social, la economía ha estado detrás del reciente anuncio de la revisión de la política migratoria del país. La situación de la fuerza laboral necesitada de reubicarse, la posibilidad de generar ingresos con contratos o a través de remesas de quienes salgan del país con el propósito de insertarse en otros mercados laborales y los mismos cambios en la estructura y política económica cubana, sin duda han impulsado esta decisión.

Falta ahora saber si la liberalización será total o todavía mantendrá condiciones y especificaciones (según profesiones, edades, criterios políticos), como hasta ahora, y si una figura tan arcaica como la llamada «salida definitiva» se mantendrá vigente. Falta saber en qué condiciones viajarán los presuntos turistas, si tendrán marcadas fechas de retorno y —algo muy complicado— qué países los acogerán en tal condición que, muchas veces, resulta una forma de poner un pie en un posible destino de pretendida residencia... Falta saber si la política también cambiará para quienes viven fuera y necesitan un permiso de entrada en su país de nacimiento.

Pero el hecho de que se discuta y analice la modificación de las regulaciones migratorias resulta, sin duda y sobre todo, un acto de justicia legal que la sociedad cubana exigía. Las razones históricas concretas que una vez sustentaron la creación de barreras para el libre movimiento de los ciudadanos, en el estilo político del sistema socialista, han cambiado demasiado en los últimos años y le restaban validez y hasta efectividad a tales limitaciones. Porque el hecho es que, a pesar de las restricciones existentes (en realidad más laxas desde la década de 1990), muchas de las personas que específicamente por su profesión tenían mayores trabas para viajar, en múltiples casos consiguieron hacerlo por las más disímiles vías (incluidas las salidas clandestinas) y provocaron la imposibilidad de un retorno, la ruptura de lazos familiares y la ansiedad por probar nuevos destinos que, incluso, no resultaron ser como el sueño concebido.

Hoy se calcula que casi dos millones de cubanos residen fuera del país, a pesar no sólo de las restricciones internas, sino incluso de las condiciones y limitaciones que suelen poner muchos países para la concesión de visados, especialmente los solicitados para las visitas familiares.

La apertura cubana —y, repito, falta por saber sus condiciones— quizás

provocaría un cambio de actitud en muchos posibles viajeros o migrantes, quienes al tener garantizada la posibilidad del retorno sin duda optarían por él en muchísimos casos según las condiciones en que viajen y logren (o no) insertarse en otros contextos. También es evidente que al menos en un primer momento serán más numerosos quienes prueben suerte en otras latitudes y que, entre ellos, habría con toda seguridad una cantidad importante de profesionales —los cuales, como antes mencionaba, nunca dejaron de salir por vías alternativas, a pesar de todas las dificultades.

En el caso de los que he llamado «presuntos» turistas, parece evidente que, dadas las condiciones económicas de la mayoría de los cubanos residentes en el país, el cambio no va a resultar esencial: en un por ciento abrumador serían personas invitadas por sus familiares asentados en el exterior, tal como ocurre desde hace años. La mayor variación posible sería la de permitir tal posibilidad a profesionales (el caso de los médicos), que algunos han llegado al extremo de pedir la jubilación para poder viajar sin la interferencia del ministerio al cual estaban vinculados. Algunos de estos médicos, lamentablemente, son todavía profesionales en plenitud de capacidades, que optaron por renunciar a su vínculo laboral a cambio de la posibilidad de visitar a seres queridos radicados en otros países. Muchos de estos médicos —y la contradicción es entonces más dolorosa— han regresado a Cuba después de un período de tiempo... pero sin poder reintegrarse de nuevo a su valiosa actividad científica.

Como cualquier país del tercer mundo, Cuba se ha convertido en emisor de migrantes. Las duras condiciones económicas de las dos últimas décadas han incrementado ese movimiento respecto a momentos anteriores (los años que siguieron al éxodo del Mariel, por ejemplo), pero la realidad crítica que se vive en los mercados laborales de otros países (España es el mejor ejemplo, con un dieciocho por ciento de desempleo) puede desmotivar a algunos en busca de mejoras económicas que, quizás, puedan hasta encontrar en su propio medio a través del trabajo por cuenta propia, también reanimado por la nueva política económica.

Lo esencial, en cualquier caso, es normalizar lo más profundamente posible una opción individual como la de viajar, migrar o volver al país. Como en otros territorios de la sociedad y la economía cubana, resulta necesario que el país se ponga en consonancia con el mundo y que los espacios individuales crezcan y se democratizen. Sin duda, los beneficios de los individuos capaces de generarlos, pueden también revertirse en beneficios para su sociedad.

Mayo, 2011

RESURRECCIÓN Y GLORIA DE VIRGILIO

Uno de los episodios históricos más conocidos de una condena a «muerte civil» fue la que los líderes religiosos de la comunidad judía de Amsterdam impusieron al filósofo Baruj (*Benito*) Spinoza en 1656. Considerando que sus ideas atacaban directamente los dogmas del judaísmo ortodoxo y ofendían profundamente al Creador, los miembros del consejo rabínico, conocido como *mahamad*, aplicaron sobre la persona del polemista una *cherem* o excomunión de por vida que le retiraba todos los derechos de pertenencia a la comunidad, lo maldecía de los modos más diversos y totales y le prohibía al resto de los judíos sostener cualquier relación con el hereje. «Por lo tanto, se advierte a todos que nadie debe dirigirse a él de palabra o comunicarse por escrito, que nadie llegue a prestarle ningún servicio, morar bajo el mismo techo que él, ni acercársele a menos de cuatro codos de distancia», decidía y concluía el *mahamad* de aquellos judíos, los mismos que, en ese momento acogidos en la muy tolerante ciudad de Amsterdam, poco antes habían sido acusados a su vez de herejes, para ser perseguidos y masacrados por la inquisición ibérica.

El pecado de Spinoza, juzgado por los líderes religiosos, había sido el de aplicar métodos de análisis racionalistas a las cuestiones religiosas, sin cuestionarse la existencia de un Dios, pero sí la de los mediadores entre la divinidad y el resto de los humanos. Lo más terrible de aquel suceso histórico es que, visto en la perspectiva de su momento, resulta lógico aceptar que los creyentes dedicados a perseguirlo y condenarlo *tenían* el deber de hacerlo. Lo más aleccionador del caso radica, sin embargo, en que para la historia importan mucho más las ideas del filósofo Baruj Spinoza que esos perseguidores, los cuales creyeron imprescindible condenarlo por el bien de la comunidad, la fe y la preservación de unos dogmas sagrados.

Cuando se revisan otros casos de «muerte civil» ocurridas en diversas épocas y latitudes no resulta demasiado difícil recordar el episodio ejemplar protagonizado por el filósofo judío holandés y, sobre todo, las empecinadas reparaciones que suele realizar la historia, colocando cada cosa en su sitio. Tal ocurre, casi inevitablemente, con la evocación del episodio que empañó la última década de la vida del escritor cubano Virgilio Piñera y la reparación de su imagen y su obra de que luego ha sido objeto, justa recuperación que pretende alcanzar un clímax cuando, el año próximo, se festeje con bombo y platillo —como tal vez le hubiera gustado decir a Virgilio— el centenario de su natalicio.

No es para nada ocioso citar una y otra vez la sintética explicación conseguida por Antón Arrufat (*Virgilio Piñera, entre él y yo*) de la condena a que fueron sometidos, en los años 1970, Virgilio Piñera y otras varias decenas de intelectuales, considerados (ni siquiera acusados) de ser cultural y socialmente perniciosos por sus preferencias sexuales, religiosas, literarias o por determinadas dudas o inconformidades sociales. Cumpliendo su deber (pues *tenían* que hacerlo, como los

rabinos en la Holanda del siglo XVII, en nombre de una pureza ideológica y la preservación de un *status quo*): «La burocracia de la década nos había configurado en esa ‘extraña latitud’ del ser: la muerte en vida. Nos impuso que muriéramos como escritores y continuáramos viviendo como disciplinados ciudadanos. [...] Nuestros libros dejaron de publicarse. Los publicados fueron recogidos de las librerías y subrepticamente de los estantes de las bibliotecas públicas. Nuestros nombres dejaron de pronunciarse en conferencias y clases universitarias, se borraron de las antologías y de las historias de la literatura cubana compuestas en esa década funesta. No sólo estábamos muertos en vida: parecíamos no haber nacido ni haber escrito nunca».

Sumido en esa compacta muerte civil le llegó a Virgilio Piñera la muerte física en 1979. No es imposible, aunque arduo, imaginar lo que había atravesado el escritor a lo largo de esos diez años finales de residencia en la tierra, luego de haber conocido, por única vez en su vida, la fama y la gloria de que disfrutó en los años 1960. La muerte le llegó sin imaginar por cuánto tiempo su nombre seguiría siendo ignorado, más aún, execrado. Los años de marginación los había vivido como un paria, mal vestido y peor alimentado, recibiendo la ofensa y el rechazo de muchos (evitaban acercársele a «cuatro codos de distancia») y la amistad, la solidaridad y la devoción de unos pocos que, por tal desacato, pagaron también su precio, como bien lo ha recordado el escritor Abilio Estévez, uno de esos escasos fieles, también él castigado por su cercanía con el apestado.

Unos pocos años después de la muerte del poeta y narrador, el dramaturgo fundador del teatro moderno cubano, animador de proyectos como la revista *Ciclón* y el semanario *Lunes de Revolución*, comenzó una silenciosa recuperación del nombre y la obra de Virgilio Piñera, como si la ausencia física lo borrara todo. Varios de los libros en los cuales trabajó durante su «muerte civil» fueron estampados entonces (*Muecas para escribientes* y *Un fagonazo*, ambos de Letras Cubanas, 1987), sus obras volvieron a los escenarios, los estudiosos y estudiantes regresaron al examen de su trabajo. Ya en la década de los años 1990, tan devastadores en lo económico, la recuperación de la compleja personalidad del escritor fue absoluta (la revista *Unión* editó una pequeña autobiografía en la que Piñera hablaba abiertamente de su homosexualidad) y con textos como el de Antón Arrufat (*Virgilio entre él y yo*) y más tarde de Abilio Estévez (*Inventario secreto de La Habana*) se reveló, de primera mano, las proporciones de la tragedia de marginación, desprecio, olvido a la que fue abocado mientras estaba «muerto en vida».

Ahora, para el venidero centenario de su natalicio, se prepara un «año virgiliano» a lo largo del cual se pretende, según se ha comunicado, saldar «una de las más grandes deudas de la cultura cubana»: el paso de Virgilio por el infierno. Para ello se ha creado una comisión organizadora de los homenajes, presidida justamente por Antón Arrufat, que espera darle alcance internacional a los eventos previstos: conferencias, ediciones de libros, puestas en escena de sus obras, exposiciones de

fotos y documentos y hasta la cancelación de un sello alegórico, entre otros actos.

Conocida y revisada la historia de su marginación y condena a «muerto en vida», recuperada y exaltada la dimensión grandiosa de su obra literaria, la celebración por todo lo alto de un año virgiliano es un acto final de justicia con el que a la vez se puede recordar que todos los represores y censores, a pesar de sus fueros temporales y de la pureza ideológica o social a la que han dicho representar, nunca serán capaces de vencer la gran creación del pensamiento humano cuando esta es fruto del talento y la empeñada voluntad de un artista que, incluso en la marginación, no puede dejar de serlo.

Junio, 2011

EPÍLOGO

Yo quisiera ser Paul Auster
(Ser y estar de un escritor cubano)

Hay días en que yo quisiera ser Paul Auster. No es que me importe o me hubiera gustado demasiado haber nacido en Estados Unidos (ni siquiera en Nueva York, que, como se sabe, casi no *es* Estados Unidos), aunque pienso que sí me hubiera encantado, como Paul Auster, haber pasado unos años en París, justo en esos años de la vida en que para un escritor París puede ser una fiesta: la época en que la ciudad luz, como vulgarmente se le suele llamar, es el mejor lugar del mundo para un aprendiz de novelista. Y eso a pesar de sus cielos grises, su metro sucio, sus camareros agresivos, tópicos sobradamente compensados con sus maravillosos museos, edificios y *croissants* matinales.

Cuando pienso que yo quisiera ser Paul Auster es por razones que ni siquiera tienen que ver con los premios, la fama, el dinero. No niego, sin embargo, que me hubiera gustado (muchísimo, la verdad), haber escrito *La trilogía de Nueva York*, *Brooklyn Follies*, *Smoke*, por ejemplo. Pero yo desearía ser Paul Auster, sobre todo, para que cuando fuese entrevistado, los periodistas me preguntasen lo que los periodistas suelen preguntarles a los escritores como Paul Auster y casi nunca me preguntan a mí —y no por la distancia sideral que me separa de Auster.

El caso es que resulta muy extraño que a alguien como Paul Auster lo interroguen sobre los rumbos posibles de la economía norteamericana, o quieran saber por qué se quedó viviendo en su país durante los años horribles del gobierno de Bush Jr. —o si dejaría su país en caso de que subiera al poder Sarah Palin. Nadie insiste en preguntarle *siempre, siempre* qué opina de la cárcel de Guantánamo, ni si considera que las medidas económicas de Obama sean sinceras o justas, y muchísimo menos si él mismo o su obra están a favor o en contra del sistema. En una entrevista con el afortunado Paul que acabo de leer ni siquiera le preguntan acerca de temas tan sensibles como la ardua vigilancia a la que han sido sometidos los ciudadanos norteamericanos como ganancia del 11-S, o del control de los individuos por el FBI (casi todo el mundo suele tener allí un expediente, aunque no tan voluminoso como el de Hemingway), por la agencia de seguridad nacional, por el Departamento del Tesoro y por otras entidades controladoras, bancos incluidos, que saben desde el ADN hasta la marca de papel sanitario que usa una persona (según hemos aprendido viendo series como *CSI* y *Without Trace*).

Si yo fuera Paul Auster y estuviera a favor o en contra de Obama o de Bush o de Palin, mi posición política apenas sería un elemento anecdótico, como la decisión de seguir viviendo en Brooklyn o de poder largarme a París hasta que me harte de su cielo encapotado. Porque, sobre todo, podría hablar en entrevistas, como esa recién leída, de asuntos amables, agradables, incluso capaces de hacerme parecer

inteligente, cosas de las que (creo) sé bastante: de béisbol, por ejemplo, o de cine italiano, de cómo se construye un personaje en una ficción o de dónde saco mis historias y qué me propongo con ellas —estéticamente hablando, incluso socialmente hablando, pero no *siempre* políticamente hablando...

Pero, ya lo saben, no me llamo Paul Auster y mi suerte es diferente. Apenas soy un escritor cubano, mucho menos dotado, que creció, estudió y aprendió a vivir en Cuba (por cierto, sin la menor oportunidad de soñar siquiera con irme una temporada a París, cuando más ganancioso resulta irse a París —entre otras razones porque no hubiera podido irme a París, pues vivía en un país socialista en donde viajar— olvidemos por ahora el dinero) requería y requiere de autorizaciones oficiales. Un cubano que tenía que estudiar en Cuba y, cada año, pasar *voluntariamente* un par de meses cortando caña o recogiendo tabaco, como le correspondía a un germen de Hombre Nuevo, el cual se suponía yo debía desarrollar. Pero, sobre todo, porque como soy un escritor cubano que decidió, libre y personalmente, y a pesar de todos los pesares, seguir viviendo en Cuba, estoy condenado, a diferencia de Paul Auster, a responder preguntas diferentes a las que suelen hacerle a él, preguntas que en mi caso, por demás, casi siempre son las mismas. O muy parecidas.

Cierto es que un escritor cubano con un mínimo sentido de su papel intelectual y, sobre todo, ciudadano, está obligado a tener algunas ideas sobre la sociedad, la economía, la política de la isla (y, si se atreve, a expresarlas). En Cuba las torres de marfil no existen —casi nunca han existido— y desde hace cincuenta años la política se vive como cotidianidad, como excepcionalidad, como Historia en construcción de la cual no es posible evadirse. Y tras la política marcha la trama económica y social que, como en pocos países, depende de la política que destila de una misma fuente, aun cuando el líquido chorreante pueda salir por las bocas de diferentes leones que, al fin y al cabo, comparten un mismo estómago: el Estado, el gobierno, el partido, todos únicos y entrelazados. Por tal razón, la política, en Cuba, es como el oxígeno: se nos mete dentro sin que tengamos conciencia de que respiramos, y la mayoría de las acciones cotidianas, públicas, incluso las decisiones íntimas y personales, tienen por algún costado el cuño de la política.

Hay escritores cubanos que, desde un extremo al otro del diapasón de posibilidades ideológicas, han hecho de la política centro de sus obsesiones, medio de vida, proyección de intereses. La política les ha pasado de la respiración a la sangre y la han convertido en proyección espiritual. Unos acusando al régimen de todos los horrores posibles, otros exaltando las virtudes y bondades extraordinarias del sistema, ellos extraen de la política no sólo materia literaria o periodística, sino incluso estilos de vida, estatus económicos más o menos rentables, y especialmente, representatividad. Para ellos —y no los critico por su libre elección ideológica o ciudadana— la denuncia o la defensa política los define a veces incluso más que su obra artística y muchas veces las precede.

No está de más recordar que la compacta realidad politizada hasta los extremos

que ha vivido Cuba en las últimas décadas no podía dejar de producir tales reacciones entre sus escritores y artistas. Y tampoco se debe olvidar que la proyección pública e intelectual detentada por muchos creadores ha dependido de esa coyuntura dominada por la política, la cual, parafraseando a Martí (tan político en buena parte de su literatura) les ha funcionado como pedestal, más que como ara. Pero no menos memorable resulta el hecho de que ese escritor, por vivir o provenir de un contexto como el cubano, arrastra consigo (quíralo o no) la responsabilidad de tener unas opiniones políticas sobre su país (mientras más radicales y maniqueas, mejor), por la simple razón de que no tenerlas sería físicamente imposible e intelectualmente increíble. Sólo que, obviamente, para algunos de ellos la política es una responsabilidad, como debería ser; para otros un modo de acercarse al calor y a la luz, y a veces hasta de poder llevar un látigo con el cual marcar las espaldas de los que no piensan como ellos.

A diferencia de Paul Auster, el escritor cubano de hoy —es mi caso, y de ahí mi envidia austeriana— empieza a definirse como escritor por el lugar en que resida: dentro o fuera de la isla. Tal ubicación geográfica se considera, de inmediato, indicador de una filiación política cargada de causas y consecuencias, también políticas. Nadie —o casi nadie, para ser justos— lo acepta sólo como un escritor, sino como un representante de una opción política. Y sobre tal tema se le suele interrogar, en ocasiones con cierto morbo, y por lo general esperando escuchar las respuestas que confirmen los criterios que el interrogador ya tiene en su mente (todo el mundo tiene una Cuba en la mente): la imagen del paraíso socialista o la estampa del infierno comunista.

La parte más dramática de no poder gozar de los privilegios de hablar sobre literatura de que disfruta alguien como Paul Auster llegan cuando el escritor, por la razón que fuere, decido vivir y escribir en Cuba. Tal opción, por personal que sea, lo ubica de un lado de una frontera muy precisa. Y si por casualidad ese escritor expresa criterios propios, no cercanos e incluso lejanos de los oficialmente promovidos, ocurre una perversa operación: sobre él caen las acusaciones, sospechas o cuando menos recelos de los talibanes de una u otra filiación. (Sobre este tema, como de béisbol, también sé bastante. En mi espalda llevo marcas de varios tipos de látigos).

El lado más circense de este drama lo constituye la condición de pitoniso, astrólogo o babalao que se espera tenga un escritor quo, por ser cubano y sólo para empezar, debe conocer de economía, sociología, religión, agronomía, etc., además, por supuesto, de ser experto en política. Pero, sobre todo, por tal condición de gurú debe tener la capacidad de predecir el futuro y ofrecer datos exactos de cómo será, y fechas precisas de cuándo llegará ese porvenir posible.

Como debe suponer —o quizás hasta saber— quien haya leído los párrafos anteriores, además de no ser Paul Auster, yo soy un escritor cubano que vive en Cuba y, como ciudadano de la isla, en muchas ocasiones atravieso circunstancias similares a las del resto de mis compatriotas, comunes y corrientes (neurocirujanos,

cibernéticos, maestros, choferes de guaguas y gentes así), afincados en el país. Respecto a la mayoría de ellos (no lo niego), tengo privilegios que, espero, he tenido la fortuna de haber ganado con mi trabajo: publico en editoriales de varios países, vivo modesta pero suficientemente de mis derechos como escritor, viajo con más libertad que otros cubanos (sobre todo que los neurocirujanos), e incluso, gracias a un premio literario ganado en 1996, pude comprarme el auto que tengo desde 1997 y que tendré hasta sabe Dios cuando en este, mi país de prohibiciones...

Tengo además, vamos a ver, una casa que construí comprando y cargando cada ladrillo colocado en ella, una computadora que nadie me regaló e, incluso, acceso a internet (sin habérselo mendigado a nadie). Pero, como muchos de esos cubanos con quienes comparto espacio geográfico, debo «perseguir» ciertos bienes y servicios, buscar un «socio» para llegar más rápido a una solución (incluso sanitaria, tal vez con un amigo neurocirujano), ser «generoso» con algún funcionario para agilizar la realización de un trámite y, algún que otro día, debo cargar un par de cubos de agua extraídos de un pozo que cavó mi bisabuelo, pues el acueducto nos puede haber olvidado por varios días. Entre otras peripecias rocambolescas en las cuales no me imagino envuelto —a juzgar por las entrevistas que suelen hacerle— a un escritor como Paul Auster.

Lo curioso, sin embargo, es que aun cuando muchas veces quisiera transfigurarme en Paul Auster, por el hecho de ser un escritor cubano ese deseo no me compete: la vida de mi país, lo que ocurre en mi país, mis opiniones sobre la sociedad en donde vivo no pueden serme lejanas. La realidad me obliga a lidiar con un tiempo en el cual, como escritor, cargo una responsabilidad ciudadana y una parte de ella es (sin tener por ello que ser adivino, sin tener que alejarme de las gentes entre las que nací y crecí) dejar testimonio, siempre que sea posible, de arbitrariedades o injusticias cuando estas ocurran, y de pérdidas morales que nos agreden, como seguramente también hace Paul Auster cuando los periodistas lo abocan a tales temas: porque es un verdadero escritor y porque también él debe tener una conciencia ciudadana.

Mantilla, mayo de 2011



LEONARDO PADURA FUENTES (La Habana -Cuba-, 1955). En 1980 se licenció en literatura hispanoamericana en la Universidad de La Habana, y tras una destacada trayectoria como periodista de investigación, comenzó a cultivar el ensayo, y la escritura de guiones.

Ha desarrollado una extensa escritura periodística que ha dado como fruto las recopilaciones de entrevistas como *El alma en el terreno*, *Los rostros de la salsa*, o *El viaje más largo*, que recrea ambientes y tipos que conforman la pequeña historia de Cuba, esa que corre paralela y a veces oculta la historia nacional, de las páginas del libro emergen fantasmas como Alberto Yarini, el rey de los proxenetas cubanos, y Chano Pozo, el tamborero mayor de todos los tiempos, y también otros temas como la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba, y una historia del ron cubano.

Actualmente es considerado por la crítica internacional entre los novelistas más importantes de la narrativa de la isla, ya que es uno de los creadores de la nueva novela detectivesca, y es precisamente esta faceta lo que le ha granjeado la fama como escritor, sin embargo para Padura lo policial es sólo un pretexto para hablar de la sociedad cubana y hacer un examen de conciencia de su generación. De ahí que sus novelas satisfagan gustos muy diferentes. Es autor de la exitosa tetralogía *Las cuatro estaciones*, formada por las novelas: *Máscaras*, *Paisaje de otoño*, *Pasado perfecto* y *Vientos de cuaresma* (Premio UNEAC en 1993).

También ha realizado una interesante antología del relato breve en Cuba desde 1966 hasta 1991: *El submarino amarillo* (1993).

Ha escrito guiones para documentales cinematográficos tales como: *Yo soy del son a la salsa*, que mereció premio Coral en el 18 Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana. Padura reside actualmente en La Habana.

Notas

[1] Incluido en la edición de 1971 de su volumen de cuentos *Guerra del tiempo*. <<

[2] Una de las muchas traducciones castellanas de estos versos, la que más me complace entre las leídas, dice así: «Denme a sus cansados, sus pobres, sus amontonadas masas, que anhelan respirar con libertad, esos desencajados residuos de vuestras fecundas costas. Envíenme a esos, los descastados, los aventados por la tempestad. Mi antorcha alumbra el umbral dorado». <<

[3] En el momento de escribir este texto avanzaba en la escritura de *El hombre que amaba a los perros*, editada en 2009. <<

[4] Mario Conde, protagonista de la serie de novelas policiales «Las cuatro estaciones». Retirado de la policía protagoniza las novelas *Adiós, Hemingway* y *La neblina del ayer*. <<

[5] *The pride of Havana. A history of the Cuban Baseball*, Now York/Oxford. Oxford University Press, 1999; *La gloria de Cuba, una historia del béisbol en la isla*, Madrid, Editorial Colibrí, 2004. <<